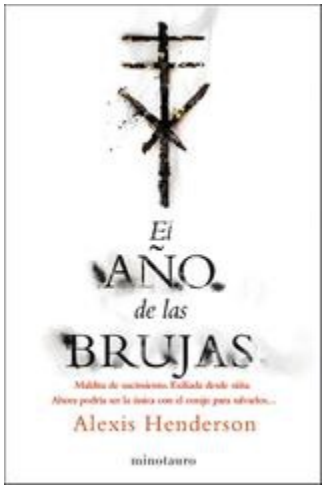
El AÑO de las BRUJAS

Maldita de nacimiento. Exiliada desde niña.
Ahora podría ser la única con el coraje para salvarlos...

Alexis Henderson

minotauro



Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

LA BESTIA

PARTE I: Sangre

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO SEGUNDO

CAPÍTULO TERCERO

CAPÍTULO CUARTO

CAPÍTULO QUINTO

CAPÍTULO SEXTO

CAPÍTULO SÉPTIMO

CAPÍTULO OCTAVO

CAPÍTULO NOVENO

CAPÍTULO DÉCIMO

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

PARTE II: Pestilencia

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

PARTE III: Oscuridad

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

PARTE IV: Matanza

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

EPÍLOGO

CRÉDITOS

PlanetadeLibros

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

SINOPSIS

En las tierras de Bethel, donde la palabra del Profeta es ley, la misma existencia de Immanuelle Moore es una blasfemia. La unión de su madre con un extranjero de piel oscura provocó la desgracia de su antaño orgullosa familia. Para reparar su ofensa Immanuelle hace todo lo posible para honrar al Padre, seguir las Sagradas Escrituras y llevar una vida de sumisión, devoción y obediencia absoluta, como el resto de mujeres del asentamiento.

Pero la casualidad llevará a Immanuelle a entrar en el bosque prohibido que rodea Bethel, donde el primer profeta dio caza y mató a cuatro poderosas brujas. Sus espíritus aún acechan allí y le concederán un extraordinario obsequio: el diario de su madre muerta, quien para sorpresa de Immanuelle buscó refugio en el bosque al final de su vida.

Fascinada por los secretos del diario, Immanuelle lucha por comprender cómo pudo acabar su madre teniendo tratos con las brujas. Pero cuando empiece a descubrir la escalofriante verdad sobre la Iglesia y su pasado, se dará cuenta de que la verdadera amenaza para Bethel es su propia oscuridad. Y de que si Bethel debe cambiar, tendrá que empezar por ella.

El AÑO de las BRUJAS

Alexis Henderson

minotauro

Dedicado a mi madre, a quien se lo debo todo.

LA BESTIA

Nació en lo más profundo de la noche, con los pies por delante. Martha, la comadrona, tuvo que agarrarla por los tobillos y tirar de ella para sacarla del útero. Salió sin problema, cayó en los brazos de Martha y se quedó inmóvil como una piedra.

La hija de la comadrona soltó un débil gemido desde lo más hondo del vientre. Se agarró los pliegues del camisón, que tenía el dobladillo empapado en sangre. Pero no trató en ningún momento de tomar en brazos a su hija. Lo que hizo fue volver el rostro, apoyar la mejilla sobre la mesa en la que estaba tendida y mirar al otro extremo de la cocina, a la ventana que se encontraba sobre el fregadero, y contemplar los bosques.

—Su nombre —solicitó, con los ojos llenos de luz de luna—. Dime su nombre.

La comadrona tomó a la niña, le cortó el cordón umbilical y la envolvió en un trozo de arpillera. Sentía contra el pecho el frío cuerpo de la pequeña, y la habría dado por muerta, de no haber sido por el nombre que se agitaba en el fondo de su garganta, que le sabía amargo como la bilis, pero dulce como el vino. El sabor del nombre que el Padre había elegido para la niña. Pero no quería decirlo... en voz alta, no.

Con sus últimas fuerzas, la joven se volvió para encararse con ella.

—El nombre. Quiero su nombre.

—Immanuelle. —Había terminado por escupirlo como una maldición —. Se llamará Immanuelle.

Al oírlo, la muchacha que estaba echada sobre la mesa sonrió. Sus labios azules se contrajeron. Entonces se rio con un sonido feo, como un gorgoteo, que resonó por la cocina y llegó a la sala, donde el resto de la familia esperaba y escuchaba.

—Una maldición —susurró, sonriendo todavía para sus adentros—. Una pequeña maldición, como ella dijo. Como ella me contó.

La comadrona estrujó a la niña contra su cuerpo y entrelazó sus dedos con los de ella para apaciguar su temblor. Bajó los ojos hacia su hija, echada sin fuerzas sobre la mesa, con un oscuro charco de sangre entre los muslos.

—¿Como te contó quién?

—La mujer del bosque —susurró la joven moribunda, casi sin aliento —. La bruja. La Bestia.

PARTE I

Sangre

CAPÍTULO PRIMERO

De la luz surgió el Padre. De la oscuridad, la Madre. Ese es el principio y el final.

Las Sagradas Escrituras

Immanuelle Moore se arrodilló al pie del altar, con las palmas unidas en oración y los labios abiertos. Frente a ella se erguía el Profeta en vestiduras de terciopelo negro, el cabello muy corto e hirsuto, las manos ensangrentadas y extendidas.

La muchacha lo observó, recorrió con la mirada la larga e irregular cicatriz que surcaba un lado de su cuello, de arriba abajo, y pensó en su madre.

El Profeta se apartó de ella con movimiento fluido —se oyó el roce de sus vestiduras—

y se volvió de cara al altar, sobre el que yacía un cordero destripado. Puso la mano sobre la cabeza del animal y luego metió los dedos hasta lo más hondo de su herida. Cuando se volvió de nuevo hacia Immanuelle, la sangre le resbalaba por la muñeca y desaparecía bajo su manga, y unas pocas gotas cayeron a las manchadas tablas de madera que recubrían el suelo. Pintó a la muchacha con sangre, con dedos cálidos y firmes que descendieron por su barbilla desde el surco del labio superior. Se detuvo un instante, como para tomar aliento, y cuando habló, lo hizo con voz quebrada.

—La sangre del rebaño.

Immanuelle la lamió y sintió el sabor a sal y hierro, al tiempo que se ponía en pie.

—Por la gloria del Padre.

Volvió a su banco con cuidado de no mirar ni una sola vez al cordero. Era una ofrenda procedente del rebaño de su abuelo y lo había llevado a modo de tributo la noche anterior, cuando la catedral estaba vacía y oscura. No había visto cómo lo mataban. Se había excusado y salido afuera mucho antes de que los apóstoles levantaran los cuchillos. Pero sí lo había oído: las plegarias y los murmullos ahogados por los chillidos del cordero, como si hubieran sido los de un recién nacido.

Immanuelle miró mientras el resto de su familia avanzaba en hilera y cada uno de ellos recibía la sangre. La primera fue Glory, que se puso de rodillas y dio las gracias al Profeta con una sonrisa. Anna, la madre de Glory, la más joven de las dos esposas Moore, recibió apresuradamente la bendición e hizo pasar a su otra hija, Honor, que se lamió la sangre de los labios como si hubiera sido miel. Por último,

Martha, la primera esposa y abuela de Immanuelle, recibió la bendición del Profeta con los brazos en alto, los dedos temblorosos, el cuerpo abrumado por el poder de la luz del Padre.

Immanuelle habría querido sentir lo que su abuela sentía, pero lo único que experimentaba, sentada en el banco, era la calidez de la sangre del cordero que aún persistía en sus labios y el incesante murmullo de los latidos de su corazón. Ningún ángel se posaba sobre sus hombros. Ningún espíritu ni ningún dios se agitaba en su interior.

En cuanto se hubo sentado el último miembro de la comunidad, el Profeta levantó los brazos en dirección al techo y empezó a orar.

—Padre, acudimos a Ti como siervos y seguidores, deseosos de llevar a cabo Tu obra.

Al instante, Immanuelle agachó la cabeza y cerró los párpados con fuerza.

—Puede que haya algunos entre nosotros alejados de la fe de nuestros antepasados, insensibles al toque del Padre y sordos a Su voz. Pido para ellos Tu misericordia. Pido que hallen solaz, no en las tinieblas de la Madre, sino en la luz del Padre.

Entonces Immanuelle abrió un ojo y, por un instante, habría jurado que el Profeta la miraba. El hombre se hallaba en el momento culminante de la plegaria y tenía los ojos muy abiertos, y observaba a la muchacha entre las cabezas gachas y las espaldas temblorosas. Los ojos de ambos se encontraron y el hombre apartó los suyos.

—Que se imponga el reino del Padre.

El rebaño del Profeta respondió al unísono:

—Ahora y por siempre.

Immanuelle estaba echada a orillas del río junto a su amiga Leah, hombro con hombro, ambas ebrias del calor del sol de mediodía. Unos pocos metros más allá, el resto de la comunidad se había reunido en espíritu de comunión. Para la mayoría de ellos, la sombra de la matanza del Sabbath ya no era más que un recuerdo lejano. La paz reinaba por doquier y la comunidad se daba por satisfecha con ello.

Leah, al lado de Immanuelle, se dio la vuelta para ponerse boca arriba y contempló las densas masas de nubes que flotaban en lo alto. La joven, ataviada con gasas de color azul celeste y las faldas ondeando

suavemente al viento, era como una visión.

—Hoy es un buen día —dijo, y sonrió mientras el viento le revolvía los cabellos.

En las Escrituras y los relatos, en las vidrieras de la catedral y en las pinturas colgadas de sus pétreas paredes, los ángeles siempre se parecían a Leah: cabellos dorados y ojos azules, vestidos de fina seda y satén, mejillas carnosas y la piel tan pálida como las perlas del río.

En cambio, las muchachas como Immanuelle —las que provenían de las Afueras, las de piel oscura y rizos negros y pómulos angulosos como esculpidos en piedra—... en fin, no aparecían en las Escrituras. No existían estatuas ni pinturas semejantes a ellas, ni se escribían poemas ni historias en su honor. Nadie hablaba de ellas, nadie las veía.

Immanuelle trató de quitarse de la cabeza tales pensamientos. No quería sentir celos de su amiga. Si había alguien en el mundo que mereciese amor y admiración, era Leah. Leah, con toda su paciencia y su virtud. Leah, que cuando todos los otros niños de la escuela habían despreciado a Immanuelle como hija del pecado, atravesó con resolución el patio, le tomó la mano con firmeza y le enjugó las lágrimas con la manga.

Leah, su amiga. La única que tenía.

Y Leah estaba en lo cierto: era un buen día. Habría sido un día casi perfecto, salvo en que era uno de los últimos de su especie, uno de los últimos Sabbaths que pasarían juntas.

Durante años, se habían encontrado todos los Sabbaths después de que terminara el servicio. En los meses de invierno se acurrucaban juntas en un banco vacío al fondo de la catedral y cotilleaban para pasar el rato. Pero en las estaciones cálidas Leah traía una canasta

grande repleta de dulces de la panadería que su familia tenía en el pueblo. En los días buenos venía con un surtido de magdalenas y panes dulces, bollos y galletas, y en los días aún mejores, con un panal de miel o mermelada para acompañarlos. Se marchaban juntas a algún lugar cerca del río, y comían, chismorreaban y se reían hasta que sus familias las llamaban para volver a casa. Esa había sido la costumbre, como si en aquellas largas tardes en el prado el mundo entero hubiera empezado y terminado a orillas del río. Pero, como casi todas las cosas buenas que Immanuelle había conocido, no podía durar. Faltaban dos semanas para que Leah se casara con el Profeta. Ese día, en cuanto le

hicieran la incisión, ya no sería compañera de Immanuelle, sino de aquel hombre.

—Voy a echar de menos los días como este —dijo Leah, interrumpiendo el silencio—.

Echaré de menos los dulces, y el Sabbath, y estar aquí contigo.

Immanuelle se encogió de hombros. Iba arrancando hojas de hierba. Su mirada siguió el recorrido del río que bajaba por las planicies y entre los juncos hasta adentrarse en el bosque lejano y desaparecer engullido por las sombras. Había algo en la manera como el agua se escurría entre los árboles que le inspiraba el deseo de ponerse en pie y seguirla.

—Todo lo bueno termina.

—Aquí no termina nada —la corrigió Leah—. Ahora empieza todo. Nos hacemos mayores.

—¿Mayores? —respondió Immanuelle con sorna—. A mí aún no me ha venido la sangre.

Era verdad. Le faltaba poco para los diecisiete años y no le había venido el flujo ni una sola vez. Las demás muchachas de su edad habían empezado a sangrar años antes, pero Immanuelle no. Immanuelle no había sangrado nunca. Meses antes, Martha había dado prácticamente por seguro que era estéril. No iba a sangrar, ni se casaría, ni tendría hijos. Se quedaría como era, y todas las demás irían creciendo y la dejarían atrás, igual que Leah iba a hacerlo en unas breves semanas. Solo era cuestión de tiempo.

—Algún día sangrarás —respondió Leah con firmeza, como si tan solo con afirmarlo pudiera hacerlo realidad—. Tienes que esperar un tiempo. La enfermedad pasará.

—No es una enfermedad —dijo Immanuelle, que aún sentía el sabor fuerte y punzante de la sangre de cordero en los labios—. Es el pecado.

Immanuelle no podía saber de qué pecado en concreto se trataba. Se había extraviado en demasiadas ocasiones. Había leído en secreto, en contravención del Sagrado Protocolo, y se había olvidado de las plegarias del anochecer, y se había quedado dormida sin recibir la bendición. Tal vez hubiera pasado demasiadas mañanas soñando despierta en los pastos en vez de cuidar del rebaño. O quizá no

hubiera demostrado espíritu de gratitud cuando le servían un cuenco de gachas frías como cena. Pero había algo que Immanuelle sí sabía: que sus pecados eran incontables. No era de extrañar que el Padre no le hubiera concedido la bendición de la sangre.

Tal vez Leah estuviera al corriente de las muchas transgresiones de Immanuelle, pero no las mencionó. En cambio, le hizo un gesto como para decirle que aquello no era verdad.

—Los pecados hallan perdón. Cuando el Padre Bueno lo considere oportuno, sangrarás. Y en cuanto hayas sangrado, un hombre te acogerá, y serás suya, y él será tuyo, y todo será como tiene que ser.

Immanuelle no le respondió. Entrecerró los ojos para protegerlos del sol y miró hacia el campo donde el Profeta se hallaba entre sus mujeres, y ofrecía sus bendiciones y consejos a los fieles que se habían congregado allí. Todas sus esposas vestían los mismos atuendos de apagado color amarillo, el color de los pétalos de narciso, y todas ellas llevaban el sello sagrado, una estrella de ocho puntas trazada entre las cejas con una incisión que se hacía a todas las mujeres de Bethel en el día de su boda.

—Será mejor que me dedique a cuidar de mis ovejas —dijo Immanuelle.

—¿Y qué harás cuando estés vieja? —le preguntó Leah—. ¿Qué pasará entonces?

—Que seré una pastora vieja —respondió Immanuelle—. Una vejestoria que seguirá con sus ovejas.

Leah se rio, con una risa fuerte y bella que atrajo miradas. Sabía reírse así.

—¿Y si un hombre te ofrece su mano?

Immanuelle sonrió.

—Ningún hombre que merezca la pena y tenga buen juicio querrá saber nada de mí.

—Eso son idioteces.

La mirada de Immanuelle se volvió hacia un grupo de chicos y chicas que debían de tener su edad, tal vez un poco más. Miró como se reían y flirteaban, y cada uno de ellos hacía de sí mismo un espectáculo. Los

jóvenes hinchaban el pecho, mientras que las muchachas jugaban en las aguas bajas del arroyo y se levantaban las faldas hasta encima de la rodilla para que no se mojaran, con cuidado de no adentrarse demasiado en la corriente por miedo de los diablos que acechaban en las aguas profundas.

—Sabes que seguiré viniendo a visitarte —dijo Leah, como si advirtiera los temores de Immanuelle—. Me verás en Sabbath, y cuando termine el confinamiento iré a buscarte a los pastos. Todas las semanas, si puedo.

Immanuelle volvió su atención a la comida que tenían delante. Sacó una hogaza de pan de la canasta y la untó con mantequilla recién hecha y con un manchón color sangre de mermelada de frambuesa. Tomó un buen mordisco y siguió hablando con la boca llena.

—Las Tierras Santas están muy lejos de los Calveros.

—Encontraré la manera de venir.

—No será lo mismo —respondió Immanuelle, con un punto de petulancia en la voz que la hizo detestarse a sí misma.

Leah agachó la cabeza. Parecía herida. Hizo girar con el pulgar el anillo que llevaba en la mano derecha, un tic nervioso que le había empezado después de comprometerse al matrimonio. Era bonito: un anillo de oro adornado con una perla pequeña del río, probablemente una reliquia familiar que había ido pasando por muchas generaciones de esposas de profetas.

—Con eso bastará —respondió Leah con una voz que sonaba hueca. Luego añadió con mayor firmeza, como si tratara de convencerse a sí misma—: Tendrá que bastar. Aunque me vea obligada a salir al camino con el caballo del propio Profeta, encontraré una manera de verte. No permitiré que las cosas cambien. Te lo juro.

Immanuelle habría querido creerla, pero era demasiado hábil en descubrir mentiras y reconocía la falsedad en su voz. Sin embargo, no respondió. De todos modos, no habría servido de nada: Leah estaba comprometida con el Profeta, y lo había estado desde el mismo

día en que este le había puesto el ojo encima por primera vez, hacía dos veranos. El anillo de Leah no era más que una prenda, una promesa labrada en oro. Cuando llegara el momento, la promesa cobraría la forma de la semilla que el hombre plantaría en ella. Leah alumbraría un niño y el Profeta plantaría su semilla una vez más, y

otra, como hacía con todas sus esposas mientras fueran lo bastante jóvenes como para darle su fruto.

—¡Leah!

Immanuelle levantó los ojos y vio que el grupo que había estado jugando en las aguas bajas del río se acercaba y saludaba con las manos. Eran cuatro. Dos muchachas: una rubia bonita que Immanuelle conocía de vista porque habían coincidido en alguna clase en la escuela, y Judith Chambers, la esposa más joven del Profeta. También estaban los muchachos: Peter, un corpulento bracero del campo, robusto como un buey y no mucho más inteligente, hijo del primer apóstol. A su lado, con los ojos entrecerrados para protegerlos del sol, Ezra, hijo y sucesor del Profeta.

Ezra era un muchacho alto, moreno, con ojos negros como la tinta. Además, era guapo, de una belleza casi perversa, que atraía las miradas de las esposas e hijas más piadosas.

Aunque no debía de haber cumplido los veinte, llevaba una de las doce dagas doradas de apóstol colgando de una cadenilla en torno al cuello, un honor que la mayoría de los hombres de Bethel, por mucho que se esforzaran, no lograban alcanzar en toda su vida.

La muchacha rubia, Hope, que antes había llamado a Leah, fue la primera en meter baza.

—Tenéis pinta de estar aprovechando muy bien el día.

Leah alzó una mano para protegerse los ojos del sol y los miró con una sonrisa en el rostro.

—¿Queréis quedaros con nosotras?

Immanuelle maldijo en silencio mientras los cuatro se sentaban en la hierba. Peter, el chico buey, buscó dentro de la canasta y se sirvió una generosa cantidad de pan y mermelada. Hope se sentó entre Immanuelle y Leah y se puso a charlar sobre los últimos cotilleos del pueblo, que giraban en torno a una pobre muchacha que iría a la picota del mercado por haber tentado al adulterio a un granjero del lugar. Ezra se sentó enfrente de Immanuelle y Judith se puso a su lado, tan cerca que los hombros de ambos se rozaron.

Mientras conversaban, Immanuelle hizo lo posible por no llamar la atención. Habría querido volverse invisible. A diferencia de Leah, no tenía estómago para socializar. Se imaginaba que, al lado de la gracia

y el atractivo de Hope, Leah y Judith, debía de parecer tan sosa como las muñecas de hoja de maíz de Glory.

Ezra, sentado al otro lado de la cesta, también guardaba silencio. Su daga ceremonial relucía al sol. Parecía abstraído, casi aburrido. Ni siquiera se molestaba en asentir a lo que iban diciendo los demás. Sus ojos recorrían las planicies lejanas de oriente a occidente, y luego de occidente a oriente. Contemplaba el horizonte como si buscara algo, e Immanuelle no podía evitar preguntarse qué sería. Ezra aún no había tenido su Primera Visión, y no la tendría hasta que la vida de su padre estuviera a punto de terminar. Así funcionaba la sucesión: la llegada al poder de un joven profeta siempre implicaba la muerte del anterior.

Judith, sentada al lado de Ezra, lamía un poco de mantequilla que le había quedado en las yemas de los dedos y miraba de reojo a Immanuelle entre sus espesas pestañas. Llevaba

un vestido amarillo, igual que las demás esposas del Profeta, pero le quedaba tan ceñido que se perdía el recato. Las faldas seguían las formas de sus piernas y llevaba el corpiño muy prieto. Le realzaba la cintura y subrayaba las generosas formas de sus caderas bajo los pliegues de las enaguas. El sello entre las cejas todavía estaba rosado y algo hinchado, pero cicatrizaba bien.

Immanuelle recordó el día en el que Judith había perdido su primera sangre. Las tres muchachas —Leah, Immanuelle y Judith— estaban juntas en el patio de la escuela y arrancaban unas setas que crecían en círculo cuando Judith empezó a llorar. Se había levantado la falda por encima de las rodillas y les había enseñado un hilillo de sangre que le bajaba por la pierna derecha y desaparecía dentro de la bota. La maestra se la había llevado al instante, pero Immanuelle había llegado a oír cómo susurraba al oído de Judith:

—Eres mujer. Ahora ya eres mujer.

Y en efecto, lo era.

Judith había dejado atrás enseguida su infancia. Había perdido la costumbre de trenzarse el cabello y se lo recogía en un moño, había cambiado las batitas y vestidos de tirantes por corsés y corpiños, y adoptó pronto todas las gracias y refinamientos propios de la mujer, hasta el punto de que parecían innatos en ella.

Judith se lamió la mantequilla que le quedaba en las yemas de los dedos y se inclinó hacia Immanuelle, se acercó tanto a ella que la muchacha sintió el suave bálsamo de su perfume.

—¿Es verdad lo que cuentan sobre ti?

La pregunta pilló a Immanuelle por sorpresa, aunque no tenía por qué. Era la misma que veía en los labios de todos los lenguaraces de Bethel. Todos ellos habían estado repitiéndolo desde la noche en que su madre le arrebató el arma del Profeta y la usó contra su dueño, y a punto estuvo de cortarle la garganta antes de escapar al Bosque Oscuro. Se ponían en la boca el nombre de su madre como si fuera algo repugnante y, al mismo tiempo, gozaran con ello.

—Depende —respondió Immanuelle, fingiendo ignorancia—. ¿Qué es lo que cuentan?

Judith se encogió de hombros y sonrió con malicia.

—Bueno, me imagino que, si tú misma no lo sabes, no debe de ser verdad.

—Me imagino que no —masculló la muchacha a través de los dientes apretados.

Judith echó la cabeza a un lado.

—Entonces ¿no tienes un don?

Immanuelle negó con la cabeza.

En otro tiempo, los dones no habían sido una rareza. Antaño, en la Era de la Luz, el Padre había bendecido a multitudes con el poder de hacer portentos y realizar milagros. Pero desde los días de la Guerra Santa, en las edades oscuras que habían venido después, los dones escaseaban. Su número disminuía todos los años, a medida que los santos descendían a la tumba y se llevaban consigo sus poderes. En ese momento, Martha era una de las pocas comadronas de Bethel provista del don de nombrar, y tan solo los profetas poseían el don de la visión. Incluso entre los apóstoles se hallaban tan solo unos pocos con el poder de discernimiento —un don que permitía distinguir entre verdad y mentira— o el toque sanador.

En la generación de Immanuelle, los dones se habían concedido tan solo a un puñado entre

los más favorecidos por el Padre, y la joven, al ser bastarda, no podía figurar entre ellos.

—Qué lástima —respondió Judith, mirándola a la cara—. Tenía la

esperanza de que hubiera algo especial en ti. Si tenemos en cuenta...

Immanuelle se puso tensa.

—¿Si tenemos en cuenta el qué?

Judith enarcó una ceja perfecta y una sonrisa cruel afloró a sus labios.

—Bueno, a tu madre, por supuesto.

Immanuelle ya sabía que acabaría por mencionar a su madre. Siempre le mencionaban a su madre. Pero Judith lo había dicho de una manera que duplicaba el insulto y hacía que le escociera todavía más de lo habitual.

Durante un largo instante se hizo el silencio. Tan solo se oía el gorgoteo del río y el zumbido de las avispas que acechaban entre las flores silvestres. Incluso el parloteo lejano de los otros que habían ido a la iglesia enmudeció, como si hubiera desaparecido en la racha de viento que soplaba en el bosque. Entonces...

—Bueno... —respondió Immanuelle—. Ahora que lo pienso... Sí, tengo mucha gracia en danzar desnuda en el bosque... con las bestias y demonios, por supuesto. Como tengo que cuidar de todas esas ovejas, me cuesta encontrar el momento, pero siempre que sale la luna llena, hago lo que puedo. —Miró a Judith con una sonrisa radiante en el rostro—. De tal madre, tal hija, supongo.

Hubo un momento de silencio. Se oyó como alguien tomaba aliento. Leah se estremeció. El grupo se había encerrado de nuevo en el más completo y absoluto mutismo.

Por primera vez desde que se había sentado, Ezra, el hijo del Profeta, apartó los ojos del horizonte. Sus ojos se volvieron hacia Immanuelle.

La muchacha sabía que había cometido un error. Un error pecaminoso, necio, llevada por el calor de su ira. Un error por el que sin duda pagaría, con una bronca, o latigazos, o quizá incluso con un día en la picota del mercado.

Pero entonces se sorprendió al ver que Ezra torcía los labios en una sonrisa amistosa y se echaba a reír. No era una risa mezquina, sino una de esas carcajadas que salen de lo más hondo del vientre. El joven sacudía los hombros y sus negros cabellos le cayeron sobre los ojos. Al cabo de un momento, Peter siguió su ejemplo, con sonoras risotadas que atravesaron el patio de la catedral y atrajeron las miradas de los

parientes que se hallaban a la sombra del edificio. Esto último arrancó risas todavía más fuertes a Ezra. En cuestión de segundos, Leah y Hope se echaron a reír también, y entonces, por fin, la propia Immanuelle esbozó una sonrisa menuda. La muchacha aún no se había dado cuenta y ya se reían todos como una cuadrilla de viejos amigos.

Todos, excepto Judith, que no hizo más que reprimir una tos escandalizada e incorporarse. Agarró a Ezra por el brazo y lo apartó de allí de un tirón, pero el muchacho, al ponerse en pie, volvió a dirigir a Immanuelle su simpática sonrisa' .

—Nos vemos en el próximo Sabbath —gritó mientras Judith se lo llevaba hacia la catedral, con su padre el Profeta, y lejos de Immanuelle. Pero al pisar las hierbas altas que se mecían al viento, se detuvo y se volvió para contemplarla. Sus ojos centellearon, e Immanuelle habría jurado que en ese instante el joven había visto la verdad que se ocultaba en el interior de la muchacha.

—— ✠ ——

CAPÍTULO SEGUNDO

Pues el Padre es bueno, y Su bondad perdura por siempre. Sonríe desde los cielos para otorgar bendiciones a Su rebaño, para que halle satisfacción en Su luz.

Aquella noche los Moore se reunieron para la habitual cena de Sabbath. Martha se encargaba del guiso de pollo, que hervía sobre el fuego crepitante en una olla colgada de un gancho de hierro. Se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. Anna, encorvada sobre el hogar, amasaba el pan con ambas manos, enriquecía la masa con linaza y nueces machacadas, y entonaba himnos religiosos mientras trabajaba. Immanuelle se movía entre ambas, realizaba tareas varias y se esforzaba por ayudarlas. Era torpe en la cocina, pero hacía todo lo posible por colaborar.

Anna, siempre gozosa, fue la primera en quebrar el silencio.

—El oficio de esta mañana ha estado bien, ¿verdad?

Immanuelle colocó un plato de peltre en la cabecera de la mesa, frente a la silla vacía de su abuelo.

—Sí, es verdad.

Martha no dijo nada.

Anna hundió de nuevo los puños en la masa de pan.

—Al hablar el Profeta me he sentido como si todo el aire se me hubiera escapado del cuerpo. Es un verdadero siervo del Padre. Todavía más que los otros profetas. ¡Qué suerte tenemos de contar con él!

Immanuelle dejó una cuchara junto al plato de Martha y otra al lado del cuenco de Honor, un pequeño recipiente de madera que había tallado y pulido haría unos tres veranos, cuando la niña era como un pececillo en el vientre de Anna. Para la mayor de Anna, Glory, reservó la cuchara de latón que más gustaba a la niña, una antigüedad que Martha había comprado hacía años a un buhonero en el mercado.

A Glory, igual que a su madre, le gustaban las cosas bonitas: cintas, puntillas y dulces, y otros placeres que los Moore no se podían permitir. Pero Immanuelle, siempre que podía, trataba de complacer a la niña con pequeñeces. Quedaban tan pocas cosas bonitas en la casa... Habían vendido la mayoría de los objetos de valor y baratijas durante lo peor del invierno, en un intento por compensar la mala cosecha y todo el ganado que la plaga había matado el verano anterior. Pero si Immanuelle podía decidir algo al respecto, Glory tendría su cuchara,

una bagatela que la alegrara en aquel mundo de privaciones.

En cuanto la comida estuvo a punto, Martha llevó la olla del guiso hasta la mesa y la dejó encima con un golpe sordo que se oyó por todo el edificio. Entonces, Honor y Glory corrieron al comedor, deseosas de sentarse en sus sillas y comer. A continuación, tomaron asiento las esposas. Martha, la abuela de Immanuelle, ocupó el lugar en el extremo opuesto

de la mesa, como tenía por costumbre, y Anna, la segunda esposa del abuelo de Immanuelle, se sentó junto a la silla vacía de su marido.

Al cabo de unos momentos unos goznes chirriaron y se oyó una puerta que se abría, y luego las pisadas torpes y dolorosas con que Abram subía por la escalera. El abuelo tenía un mal día. Immanuelle se daba cuenta solo con oír sus pasos, solo con oír la manera en que su pie paralítico se arrastraba sobre las crujientes tablas de madera del suelo en su camino hacia la mesa. Por la mañana no había acudido a la iglesia. Era el tercer Sabbath al que faltaba en un mes.

Antaño, en un tiempo lejano, Abram había sido apóstol. Un apóstol poderoso. Había sido la mano derecha de Simon Chambers, el profeta que había ocupado el cargo antes de que se eligiera y ordenara al profeta actual, Grant Chambers. Como tal, Abram había sido propietario de una de las siete fincas de las Tierras Santas y poseído el don de discernimiento del Padre. A los diecinueve años se había casado con Martha. La unión de ambos era conveniente, tanto por su edad como por su rango, pero a pesar de ello el Padre los hizo esperar mucho tiempo antes de bendecirlos con hijos. De hecho, al cabo de varios años de intentos, Abram y Martha habían logrado concebir tan solo a Miriam, y después de la niña, todos los demás, siempre niños, habían nacido muertos. En tiempos posteriores, muchos dijeron que el nacimiento de Miriam maldijo a los niños que vinieron después, que su misma existencia había contaminado a la respetada familia Moore.

A causa de las faltas de Miriam, Abram se había visto despojado del título de apóstol y de las tierras asociadas a este. La hacienda de los Moore, que en otros tiempos había sido una sucesión de prados ondulados tan extensa que rivalizaba con la del propio Profeta, se dividió entre los demás apóstoles y granjeros de las cercanías. La despedazaron igual que los buitres habrían podido despedazar un cadáver. Abram se quedó con una pequeña porción de la tierra que había sido suya, al lado del mismo bosque laberíntico en el que había perdido a su hija.

Esa era la vida que vivía en aquellos tiempos, envuelto en ridículo y miseria, ganándose la vida como podía con los miserables pastos y marchitos maizales que eran su única propiedad.

Había sido casi un milagro que Anna, dieciocho años antes, se hubiera prestado a seguir a Abram al altar, a pesar de la vergüenza que le había acarreado Miriam al perder la gracia. Immanuelle sospechaba que su lealtad se debía a que Abram había usado el toque sanador para salvarla en cierta ocasión en la que había estado a punto de morir de fiebre cuando era niña. Era como si le debiese la vida y estuviera resuelta a saldar la deuda. Tal vez fuera esa la causa de que su amor por Abram recordara a la reverencia que los apóstoles sentían ante el Padre Santo, más que al afecto habitual entre marido y esposa.

En cuanto Abram entró en el comedor, Anna lo recibió igual que siempre, con una sonrisa radiante. Pero él no le prestó atención y atravesó cojeando el umbral. Se detuvo para tomar aliento. Apoyó ambas manos en el respaldo de una silla rota. La mitad derecha de su cuerpo estaba agarrotada, los dedos retorcidos como si sus huesecillos estuvieran a punto de romperse, el brazo doblado contra el pecho, como si un cabestrillo invisible lo retuviera allí.

Su pierna izquierda, torcida hacia un lado, cojeaba. Mientras avanzaba por el comedor hasta su puesto en la cabecera de la mesa, tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

Se sentó en la silla con movimientos desgarbados y entonces empezó a decir la

plegaria. Le costaba pronunciar las palabras. En cuanto hubo terminado, levantó el tenedor con la mano buena y lo clavó en la comida. Los demás lo imitaron. Las niñas tomaban cucharadas de guisado con afán, como si hubieran tenido miedo de que desapareciera antes de poder terminarlo. La triste verdad era que aquello, más que guisado de pollo, era caldo aguado de huesos con algo de chirivía, unas pocas hojas de col y los lamentables restos del animal. Con todo, Immanuelle se esforzaba por comer poco a poco y saboreaba cada uno de los bocados.

Una vez más, Anna trató de empezar una conversación, pero sus intentos eran en vano.

Martha no apartaba los ojos del guiso y las niñas eran lo bastante avispadas como para guardar silencio, porque temían la ira de su padre.

Abram, por su parte, apenas si decía nada. No solía hablar en los días malos.

Immanuelle sabía cuánto lo atormentaba haber sido en otro tiempo la voz del Profeta y luego, en los años que habían pasado desde la muerte de la madre de la joven, verse reducido a ser poco más que el paria del pueblo, maldito por el Padre a causa de su indulgencia. Al menos eso era lo que se rumoreaba.

A decir verdad, Immanuelle sabía bien poco de lo que le había sucedido a Abram después de que su madre muriera. Tan solo conocía los escasos retazos que Martha le había contado, los fragmentos de una historia demasiado horrible como para relatarla entera.

Hacía diecisiete años, su madre, Miriam, recién comprometida con el Profeta, había iniciado relaciones ilícitas con un muchacho de una granja de las Afueras. Al cabo de unos meses se descubrió el asunto y aquel mismo muchacho murió en la hoguera, como castigo por los crímenes que había cometido contra el Profeta y la Iglesia.

Pero Miriam había salvado la vida; el Profeta fue clemente con ella porque estaban prometidos.

Y la noche anterior a la boda, Miriam, enloquecida por el dolor y desesperada por vengar la muerte de su amante, se introdujo en la alcoba del Profeta mientras este dormía y trató de rajarle la garganta con su propia daga sagrada. Pero el Profeta había despertado y logrado frustrar el ataque.

Antes de que la Guardia del Profeta pudiera prenderla, Miriam huyó al Bosque Oscuro, el bosque prohibido, hogar de Lilith y de su contubernio de brujas, donde había desaparecido sin dejar rastro. Miriam afirmaría luego que había pasado sola los brutales meses de invierno, en una cabaña que se hallaba en el corazón del bosque. Pero en Bethel nadie se lo creyó, porque había sido un invierno muy crudo y nadie llegó a ver nunca la cabaña.

Pasaron meses sin que nadie hallara ni rastro de Miriam. Pero una noche, en medio de una violenta nevada, regresó del Bosque Oscuro con una niña en el vientre, el pecaminoso fruto de su amante muerto en la hoguera. Pocos días después de volver, Miriam alumbró a Immannuelle.

Mientras su hija chillaba en pleno parto, Abram padeció un ataque tan violento que lo transformó, retorció sus miembros y desfiguró sus huesos y músculos, lo despojó de su fuerza y su estatura, y del poder

de los sagrados dones. Y mientras Miriam forcejeaba y daba a luz y se marchaba a la otra vida, él también estuvo a punto de morir. Lo que lo salvó fue un milagro del Padre, que lo rescató cuando se hallaba al borde de la muerte.

Pero Abram había sufrido por los pecados de Miriam y no dejaría de sufrir hasta el día

de su muerte. Tal vez habría sufrido menos si hubiera tenido la fuerza necesaria para repudiar a Immanuelle a causa de los pecados de su madre. Si hubiera repudiado sin más a Miriam después de que esta volviera embarazada del bosque, tal vez el Profeta habría vuelto a concederle su favor.

Pero no lo había hecho. E Immanuelle le daba las gracias por ello.

—Irás... al mercado... por la mañana —dijo Abram desde el otro extremo de la mesa.

Siempre que hablaba, las palabras rechinaban entre sus dientes. Cada una de las sílabas era un combate—. Venderás el carnero primal negro.

—Haré lo que pueda —respondió Immannuelle, a la vez que asentía. Si Abram estaba dispuesto a vender el carnero primal, debía de hallarse en una tremenda necesidad. Había sido un mes malo al final de una serie de meses terribles. Necesitaban con desesperación el dinero. La enfermedad de Abram había empeorado en invierno, después de un severo acceso de fiebre, y el elevado coste de las medicinas había llevado a la familia al borde de la ruina.

Era esencial que Immanuelle pusiera de su parte para aligerar la carga, igual que hacían todos los demás.

Todos los miembros de la familia Moore tenían alguna profesión o negocio. Martha era comadrona y estaba bendita con la Lengua del Padre, y gracias a ella podía invocar nombres de los cielos. Anna trabajaba como costurera, y tenía una mano tan hábil y un ojo tan agudo que sabía zurcir los encajes más finos. Después de padecer el ataque, Abram, en otro tiempo carpintero, había empezado a tallar toscas figurillas que a veces iban a vender al mercado.

Incluso Glory, dotada de talento artístico, aunque a duras penas hubiera cumplido los doce años, pintaba pequeños retratos sobre grabados de madera que luego vendía a sus amigos en la escuela. Honor, que era demasiado pequeña para trabajar en nada, ayudaba

como podía en la granja.

Y luego estaba Immanuelle, la pastora, que cuidaba un rebaño de ovejas con la ayuda de un bracero. Todas las mañanas, salvo en Sabbath, o en las raras ocasiones en las que Martha la llamaba para que la ayudara en un parto especialmente arriesgado, Immanuelle se dirigía a los pastos para cuidar del rebaño. Cayado en mano, guiaba a los animales hacia el prado occidental, donde pasaban todo el día paciendo a la sombra del Bosque Oscuro.

Immanuelle siempre había sentido una extraña afinidad con el Bosque Oscuro, una especie de agitación que se despertaba en su interior cada vez que se acercaba a él. Era casi como si el bosque prohibido cantara una canción que solo ella podía oír, como si la desafiara a acercarse todavía más.

Pero, a pesar de la tentación, Immanuelle no lo había hecho nunca.

En días de mercado, Immanuelle tomaba mercancías escogidas —podía tratarse de lana, o de carne, o de un carnero vivo— e iba a venderlas al mercado del pueblo. Pasaba todo el día en la plaza regateando y vendiendo sus productos. Si tenía suerte, regresaba a casa tras la puesta del sol con monedas suficientes para cubrir los diezmos semanales. Si no, la familia pasaría hambre, y los diezmos y las deudas para con los sanadores de Abram quedarían sin pagar.

Abram se obligó a sí mismo a tomar una nueva cucharada de guisado y tragó con dificultad.

—Véndelo... por un buen precio. No aceptes menos de lo que vale.

Immanuelle asintió.

—Saldré temprano. Podría ir por el camino que atraviesa el Bosque Oscuro y llegaría al mercado antes que los demás.

La conversación murió bajo el estrépito de los tenedores y cuchillos que todo el mundo dejó sobre los platos. Hasta Honor, a pesar de su corta edad, sabía que debía tener cuidado con lo que dijera. Se hizo el silencio, salvo por el rítmico goteo del agua que se filtraba en el rincón de la cocina.

Las mejillas de Martha perdieron casi todo el color y sus labios palidecieron.

—No vayas nunca a esos bosques, ¿me oyes? El mal se esconde en

ellos.

Immanuelle frunció el ceño. A su manera de ver, el pecado no podía ser una plaga que se contagiara tan solo por acercarse. Y no estaba segura de creerse todas las leyendas sobre las maldades que habitaban en el seno del Bosque Oscuro. A decir verdad, Immanuelle no sabía muy bien qué creía de todo eso, pero estaba bastante convencida de que tomar un breve atajo por el bosque no sería su perdición.

De todos modos, una discusión no le iba a servir de nada, y sabía que en un choque entre voluntades no iba a ganar. Martha tenía el corazón de hierro y esa especie de fe inconmovible que podía hacer temblar a las piedras. Habría sido inútil provocarla.

Y por ello, Immanuelle se mordió la lengua, agachó la cabeza y se resignó a obedecer.

Aquella noche, Immanuelle soñó con bestias: con una muchacha de boca enorme y dientes amarillentos de coyote, con una mujer con alas de mariposa nocturna que aullaba al salir la luna. Despertó a primera hora de la mañana con el eco de ese grito. El sonido aún se revolvía entre sus sienes.

Con ojos legañosos y ebria de fatiga, Immanuelle se vistió torpemente. Trató de quitarse de la cabeza las imágenes deformes de los trasgos del bosque, se puso el vestido con cuello de botones y se preparó para pasar un día en el mercado.

Immanuelle salió de la casa donde todo el mundo dormía y anduvo hacia los pastos lejanos. Casi todas las jornadas empezaban igual: salía a cuidar de las ovejas con la primera luz del alba. En las raras ocasiones en que no podía —como por ejemplo la semana en que había pillado la tos ferina, hacía ya algunos veranos—, la sustituía un bracero llamado Josiah Clark.

Immanuelle encontró a su rebaño apiñado en los pastos orientales, cerca de donde terminaba la sombra de los árboles. Los cuervos se habían posado sobre las ramas de los robles y abedules del bosque cercano, pero no graznaban ningún agrio lamento. El silencio era tan denso como la niebla matutina y solo lo quebró la canción de cuna que entonó Immanuelle, y que resonó por las laderas y campos lejanos como un canto fúnebre.

No era una canción de cuna ordinaria, como las tonadas tradicionales y nanas que las madres cantan a sus niños, sino más bien una versión de un antiguo himno luctuoso que la muchacha había oído en otro

tiempo en un funeral. Sonó por los pastos y al instante su rebaño anduvo hacia el este, como una ola que avanzara por las onduladas colinas. Los animales no tardaron en darle alcance. Balaban y correteaban alegremente, y se apretujaban en torno a sus faldas. Pero el carnero primal, Judas, se apartaba del resto, con las pezuñas firmemente clavadas en el suelo y la cabeza gacha. A pesar de su edad, era grande y temible,

con abundante lana negra y dos pares de cuernos: los primeros le sobresalían de lo alto del cráneo como dagas, y los segundos se enroscaban detrás de sus orejas y se curvaban sobre el rudo perfil de su mandíbula.

—Judas —lo llamó Immanuelle, imponiéndose al silbido del viento entre las hierbas altas—. Ven, ha llegado el día en el que irás al mercado.

El carnero sacudió la tierra con las pezuñas y entrecerró los ojos. Cuando se acercó, las ovejas se inquietaron y se apartaron de él, los corderos tropezaron al tratar de abrirle paso. El animal se detuvo a poca distancia de Immanuelle, con la cabeza algo vuelta hacia un lado, de modo que la observaba a través de uno de sus cuernos retorcidos.

—Ahora iremos al mercado. —Sostuvo la cuerda en alto para que el animal la viera. Se mecía en sus manos sin llegar a tocar el suelo—. Voy a tener que atarte.

El carnero no se movió.

Immanuelle apoyó una rodilla en el suelo y le echó el lazo al cuello, y luego apretó para que quedara bien sujeto. El carnero opuso resistencia, dio patadas, se revolvió y sacudió la cabeza, y removió la tierra con las pezuñas. Pero la muchacha no cedió, apuntaló ambas piernas en el suelo y lo sujetó con fuerza, aguantó los rasguños que la cuerda le hacía en la palma de las manos cada vez que Judas saltaba y forcejeaba.

—Calma —le dijo, sin elevar la voz más allá de un murmullo—. Cálmate.

El carnero sacudió la cabeza por última vez y resopló con fuerza. Echó por las narices una nube de aliento que en el frío aire matutino era densa como el humo de una pipa.

—Ven, viejo gruñón. —La muchacha tiró de nuevo de la cuerda para

obligarlo a andar

—. Tenemos que llevarte al mercado.

La caminata por los Calveros fue larga, y aunque hubiera empezado con el frío de la mañana, el sol era fuerte. Immanuelle recorrió el sinuoso camino hacia el pueblo con reguerillos de sudor en la espalda. Si hubiera tomado el atajo por el bosque —en vez del camino más largo que lo bordeaba—, habría llegado ya. Pero le había prometido a Martha que no se metería entre los árboles y estaba decidida a cumplir su palabra.

Así, Immanuelle siguió adelante. La mochila le pesaba sobre los hombros. Sentía el dolor de los pies dentro de las botas, que le iban una talla y media demasiado pequeñas y le apretaban tanto en los talones que le producían ampollas. A menudo parecía que todas sus cosas fueran demasiado grandes o demasiado pequeñas, como si Immanuelle no hubiera estado hecha para el mundo en el que había nacido.

A medio camino del mercado, Immanuelle se detuvo a desayunar. Halló un lugar fresco en la sombra, al pie de un abedul, y buscó dentro de la mochila el trozo de queso y el pan duro como un ladrillo que Anna había cocido la noche anterior. Comió rápido y echó los trozos de corteza de pan a Judas, que los cazó al vuelo y revolvió la cabeza, y tiró de la cuerda con tanta fuerza que la muchacha tuvo que agarrarlo por los cuernos para que no escapara.

El follaje del Bosque Oscuro temblaba a lo lejos. Casi parecía llamarla con el viento que soplaba entre las ramas, como en una lengua secreta, sibilante.

Según las leyendas y las Sagradas Escrituras, el Bosque Oscuro, igual que todo lo maldito y perverso de este mundo, había sido engendrado por la Madre Oscura, diosa de los infiernos. Mientras el Padre Bueno hacía el mundo con luz y llama, e insuflaba vida en el

polvo, ella había invocado a sus maldades para que salieran de las sombras y había alumbrado legiones de bestias y demonios, criaturas tullidas y bestias reptilianas que acechaban en el semimundo purulento que separaba a los vivos de los muertos.

Y era de ese semimundo, de los caminos del bosque maldito, de donde las primeras brujas —Lilith, Delilah, y las dos amantes, Jael y Mercy— habían surgido. Las Cuatro Impías (así las llamaron más tarde) habían hallado un lugar entre los primeros colonos de Bethel, que las habían

recibido como refugiadas y les habían ofrecido asilo. Las mujeres habían tomado esposos y habían dado a luz. Habían vivido con el rebaño del Padre como aliadas y amigas. Pero, aunque las cuatro brujas se revistieran con la piel de mujeres humanas, sus almas estaban hechas a imagen y semejanza de su madre, y al igual que ella buscaban la destrucción de las creaciones del Padre Bueno, y querían sofocar Su luz con sombra y tinieblas.

Las cuatro brujas habían plantado semillas de discordia en el corazón de los buenos hombres de Bethel, los habían tentado y habían extraviado sus almas. Las raíces de su engaño llegaron muy hondo y no tuvo que pasar mucho tiempo para que el gobierno del país se hallara en sus manos. Tan solo la gracia del Padre hizo que un joven llamado David Ford

—el primero de los profetas— reuniera un bravo ejército de santos cruzados y derrocara a las cuatro reinas brujas con fuego y purificación en una sangrienta revuelta, y expulsara sus almas al bosque maldito del que habían salido.

Pero el poder de las brujas y de la oscura diosa a la que servían perduró mucho tiempo después de que terminara la Guerra Santa. En aquellos mismos instantes sus espectros acechaban en el Bosque Oscuro, hambrientos de las almas de quienes osaran entrar en su reino.

Por lo menos, eso era lo que se contaba.

En cuanto hubo terminado de desayunar, Immanuelle se puso en pie y reanudó la caminata por los Calveros. Aquel tramo del camino principal se acercaba más al Bosque Oscuro y la muchacha divisó a lo lejos las ofrendas conmemorativas que se hallaban en su linde. Había guirnaldas de flores silvestres, prendas varias y tributos, incluso un par de zapatitos de niño colgados con los cordones en una cerca, como si alguien creyera que el pequeño a quien habían pertenecido tuviera que salir del bosque algún día a buscarlos.

Aquellas reliquias eran todo lo que quedaba de quienes habían desaparecido en el Bosque Oscuro. Pues el bosque raramente devolvía lo que tomaba.

Immanuelle y su madre eran excepciones a la norma. Algunos decían que por milagro.

Pero en los momentos de mayor debilidad, cuando el viento soplaba entre los pinos y los cuervos cantaban su canción, Immanuelle sentía

como si el Bosque Oscuro aún la tuviera en su poder, como si la llamase hacia su hogar.

La muchacha se estremeció y siguió adelante, dejó atrás los cobertizos y cabañas y los ondulados maizales y anduvo cerca de la linde del bosque, por el camino del arroyo. El sol cambió y el aire se volvió pesado y cargante. Los extensos pastos de los Calveros llegaron a su fin y empezaron las calles empedradas de Amas, el pueblo que se hallaba en el corazón de Bethel. Allí, en vez de graneros y caseríos, había una sucesión de casas de campo adoquinadas y viviendas con tejados de pizarra, edificios de piedra con cristales de colores en las ventanas que relucían a la luz del mediodía. A lo lejos, muy por encima de los tejados,

se erguía una de las construcciones más altas de todo Bethel, sobrepasada tan solo por la aguja de la catedral. La llamaban Puerta Consagrada y el primero de los profetas, David Ford, la había hecho con hierro forjado.

Más allá de la puerta había un camino ancho y empedrado, flanqueado por farolas que siempre ardían. Lo llamaban la Vía del Peregrino. Si Bethel era una isla en medio del ancho mar de bosques, aquel camino era un puente que conducía a los territorios extranjeros que se encontraban mucho más allá de sus fronteras. Pero, por lo que Immanuelle sabía, tan solo la Guardia del Profeta, los apóstoles y una selección de evangelistas a quienes se tenía en gran estima contaban con autorización para marcharse de Bethel, y solo en raras ocasiones. Y

jamás había entrado ningún extranjero por la puerta, al menos durante los dieciséis años de vida de Immanuelle.

A veces la muchacha se preguntaba si las ciudades que se encontraban más allá de los territorios de Bethel serían mera leyenda. También podía ocurrir que los bosques que crecían por todas partes las hubieran devorado en su totalidad, como podría haber ocurrido con Bethel si la luz del Padre no hubiera obligado a las tinieblas a retroceder. Era mejor dejar las complejidades del mundo que se hallaba tras la Puerta Consagrada en manos de los apóstoles y del Profeta, que tenían el conocimiento y el juicio necesario para analizarlas.

Immanuelle agarró con fuerza la cuerda de Judas y se abrió paso por el mercado cada vez más abarrotado. Como de costumbre, la plaza estaba repleta de puestos de venta. En algunos de ellos se vendían

candelabros, y en otro un carnicero ofrecía carne cubierta de moscas sobre bloques de hielo que se derretían. Al lado del carnicero, un puesto grande vendía rollos de tela. Contaba con una variedad de brocados y terciopelos, sargas y sedas suaves. Al pasar frente a la tienda del perfumista, Immanuelle sintió el aroma de aceites finos elaborados con flores y mirra.

El relojero tenía un puesto frente a su propia casa. Desde una larga mesa de roble pregonaba las virtudes de sus relojes y cronómetros a los hombres elegantes que, por sus mismos ropajes, parecían lo bastante ricos como para pagar por ellos. A pocos pasos de allí, una zapatería ofrecía unas botas de cuero con hebillas que eran más caras que todo lo que Immanuelle hubiera podido permitirse a lo largo de su vida. Que eran más bonitas que todo lo que probablemente podría permitirse a lo largo de su vida.

Pero no quería pensar en ello. Se empeñaba en andar con la cabeza alta, sin apartarse de la calle principal, sin detenerse siquiera a examinar las mercaderías. Judas caminaba a su lado. Sus negras pezuñas se deslizaban sobre el empedrado. El carnero volvía las orejas de un lado para otro e hinchaba las narices ante las imágenes y sonidos. A veces trataba de alejarse de la muchacha, pero Immanuelle sujetaba la cuerda con fuerza, de modo que el animal no podía apartarse a más de un paso de su cadera.

Por la calle, a intervalos, se encontraban mendigos provenientes de las Afueras, acuclillados en las esquinas empedradas, con cuencos y vasos donde recogían monedas.

Muchos de ellos iban descalzos y se levantaban para recibir las limosnas de los transeúntes que tenían la gentileza de echárselas. Pero la mayoría de las gentes que iban al mercado los ignoraban por completo. Al fin y al cabo, los afuereños eran exiliados, menospreciados como hijos más humildes, menos favorecidos por el Padre. Unos pocos miembros más radicales del rebaño apuntaban que su misma apariencia era un castigo y que el color negro de su piel era

un signo exterior de que en su fuero interno se adherían a la Madre Oscura, semejante a ellos.

Se contaban muchas historias sobre la llegada de los afuereños a Bethel, pero por lo general se pensaba que descendían de refugiados que habían huido hasta allí en los días antiguos. Circulaban muchos rumores distintos sobre el motivo de su huida. Algunos decían que había sido por una sequía que había transformado su tierra en cenizas.

Otros contaban historias sobre un cielo que había llorado fuego y azufre. Otros afirmaban que un mar hambriento había inundado su patria y que las aguas habían subido hasta el punto de sumergir las montañas y obligarlos a huir a parajes agrestes.

En aquel tiempo, un santo llamado Abdiah gobernaba la Iglesia. Dijo que el Padre había castigado a los refugiados por su obediencia a la Madre. Afirmó que las plagas que los habían expulsado de su hogar eran una forma de castigo divino. Llegó a la conclusión de que el Padre había querido llevar a los afuereños a Bethel para que avanzaran en su proceso de santificación mediante el servicio a la Iglesia. Y así, por orden de Abdiah, y por primera vez en siglos de historia, Bethel había abierto su puerta a forasteros.

Para impedir lo que Abdiah llamó propagación de falacias, los afuereños solo podían vivir en un asentamiento que se hallaba en el extremo meridional de Bethel. Los siervos de la Iglesia acudieron allí para atenderlos, difundieron la palabra del Padre, transformaron al pagano en creyente, un alma tras otra, en lo que luego se llamó la Gran Evangelización. Con el paso de las décadas, los habitantes de las Afueras se asimilaron a las costumbres de Bethel. Adoptaron su fe y su lengua común, y avanzaron en su proceso de contrición mediante el servicio a la Iglesia. Gradualmente, con el paso de las generaciones, los moradores de las Afueras dieron la espalda a su propia historia, hasta que fueron más de Bethel que de ningún otro lugar. Pero Immanuelle veía muy claro que no los trataban como a los demás. A ella misma no la trataban como a los demás.

No importaba que la mayoría de los afuereños de su época hubieran heredado la sangre de colonos de Bethel, ni que hubieran luchado contra el ejército de Lilith en la Guerra Santa.

La sangre, compartida o derramada, no parecía importar tanto como la apariencia. Y por ello no importaban los siglos que hubieran pasado, no importaban los servicios que hubieran prestado en el mejoramiento de Bethel, parecía que los afuereños estuvieran condenados a hallarse siempre en los límites.

Aquel día habría una docena de mendigos en la calle principal. Cuando Immanuelle se acercaba, se volvían hacia ella, como siempre, aunque ninguno de ellos le mostrara sus cuencos ni sus vasos, ni la saludaran, salvo con una mirada fría. No, más bien parecía que la escudriñaran con una mezcla de curiosidad y desprecio en el rostro.

La muchacha no los culpaba por ello.

Aunque por fuera compartiese sus rasgos —la piel oscura, la nariz firme, los ojos negros y grandes—, Immanuelle no era uno de ellos. No, no lo era. Jamás había conocido la pobreza que se vivía más allá de los Calveros ni había andado por los caminos que recorrían las Afueras, ni había conocido a los parientes que debía de tener allí. Immanuelle sabía que aquellas gentes que acechaban en la calle podían pertenecer a su familia —parientes de su padre, quizá tíos, o primos—, pero no los veía como propios, y ellos, a su vez, tampoco veían como propia a la muchacha.

Immanuelle aceleró el paso con los ojos clavados en el suelo, tratando de librarse de las

miradas insistentes de los afuereños, mientras caminaba hacia la parte donde se comerciaba con ganado. Ya casi había llegado allí cuando encontró la mejor de las tiendas: el puesto de venta de libros.

En comparación con los rótulos pintados y los elaborados aparadores de otros puestos, no era nada del otro mundo. Estaba instalada bajo un toldo pequeño, de arpillera, que se sostenía sobre tres estacas de madera. Debajo había cinco estantes, todos ellos más altos que la propia Immanuelle y repletos de libros, libros de verdad, no los libros decorativos y los himnarios que la familia Moore tenía sobre la repisa de la chimenea y que nadie abría ni leía.

En el puesto había libros de botánica y medicina, de poesía y tradiciones, atlas e historias de Bethel y de los asentamientos que se encontraban más allá, e incluso librillos sobre materias tales como la gramática y la aritmética. Era sorprendente que la Guardia del Profeta los hubiera aprobado.

Tras atar a Judas a una farola cercana, Immanuelle se acercó al puesto. Aunque sabía que tenía que dirigirse al sector donde se comerciaba con ganado, se entretuvo con los estantes, abrió los libros para sentir el aroma de la encuadernación y pasar los dedos por sus páginas. Aunque hubiera abandonado la escuela a los doce años, como hacían todas las niñas de Bethel en cumplimiento del Sagrado Protocolo del Profeta, Immanuelle era muy aficionada a la lectura. De hecho, le parecía que leer era una de las pocas cosas que hacía bien, una de las pocas cosas de las que se enorgullecía. A veces había pensado que si tenía algún don era ese. Los libros eran para ella lo que la fe para Martha. Jamás se sentía tan cercana al Padre como en aquellos instantes, a la sombra de la arpillera, leyendo las historias que había escrito un extraño al que jamás iba a conocer.

El primer libro que eligió era grueso y estaba encuadernado en pálida tela gris. No tenía título, tan solo la palabra «Elegía» escrita en tinta dorada sobre el lomo. Immanuelle lo abrió y leyó los primeros versos de un poema sobre una tempestad que rugía en el océano.

No había visto jamás el océano, ni conocía a nadie que lo hubiera visto, pero al leer los versos en voz alta le pareció oír el bramido de las olas, paladear el gusto salobre de las aguas y sentir el viento que le revolvía los cabellos.

—Veo que has vuelto.

Immanuelle levantó los ojos y se encontró con la mirada de Tobis, el librero. Se llevó una sorpresa. Al lado de este se encontraba Ezra, el hijo del Profeta, que el día antes se había sentado con ella y con Leah a orillas del río.

Iba vestido con ropas ordinarias, las mismas de los granjeros que volvían del campo, salvo por la daga sagrada de apóstol, que aún colgaba de la cadenilla que llevaba al cuello.

Sostenía dos libros con una mano. El primero de ellos era un grueso ejemplar de las Sagradas Escrituras, encuadernado en cuero marrón. El segundo era delgado, encuadernado en tela, y carecía de título. Saludó a la muchacha con una sonrisa y esta inclinó la cabeza. Immanuelle volvió a dejar el libro en el lugar que había ocupado en el estante. De todos modos, no tenía dinero para comprarlo. Los Moore apenas si podían costearse la comida y pagar los diezmos al Profeta y su Iglesia. No podían gastar monedas en frivolidades tales como relatos, papel y poesía. Esos privilegios estaban reservados a los apóstoles y a hombres a quienes sobraba el dinero. Hombres como Ezra.

—No tengas prisa —le dijo Tobis, acercándose a ella. El aroma especioso de su pipa se

hizo sentir entre los estantes—. No queríamos molestarte.

—No me molestáis en absoluto —murmuró Immanuelle, y dio un paso hacia la calle.

Hizo un gesto en dirección a Judas, que se había quedado a la sombra de la farola y golpeaba las pezuñas contra el empedrado—. Ya me marchaba. No había venido a comprar, solo a vender.

—Vaya tontería —respondió el librero con la pipa en la boca—. Hay

un libro para cada persona. Tiene que haber algo que te llame la atención.

Immanuelle se volvió hacia Ezra, hacia su abrigo de lana y sus botas lustrosas, hacia los libros encuadernados en cuero que llevaba bajo el brazo, tan lujosos que se imaginó que uno de ellos habría bastado para pagar los medicamentos de Abram durante varias semanas.

Se ruborizó.

—No tengo dinero.

El tendero sonrió. Sus dientes estaban llenos de acero y cobre.

—¿Y si hacemos un trato? Te daré un libro a cambio de ese carnero.

Por una fracción de segundo, la muchacha vaciló.

En un momento dado, la muchacha habría podido caer en la necedad de aceptar la oferta. Se habría prestado a vender a Judas a cambio de unas pocas páginas de poesía. Pero entonces pensó en Honor y en las bolas de tela que llevaba en las puntas de los zapatos para tapar los agujeros y que no le entrara la humedad, en Glory con el vestido heredado que le colgaba de los hombros como un viejo saco para grano. Pensó en Abram y en su violenta tos, pensó en todos los medicamentos que necesitaba para aliviarla. Tragó saliva e hizo que no con la cabeza.

—No puedo.

—¿Y eso? —El tendero señaló el collar de su madre con el pulgar. La piedra pulida del río que colgaba al extremo de la correa de cuero. Era un adorno tosco, a mucha distancia de las perlas y joyas que llevaban algunas de las muchachas de Bethel, pero era una de las escasas pertenencias que Immanuelle había heredado de ella y lo quería por encima de todas las cosas—. Esa piedra te queda muy bonita sobre el pecho.

Immanuelle, sin pensarlo, llevó la mano hacia el collar.

—Yo...

—Te ha dicho que no —exclamó Ezra en tono brusco. La muchacha se sorprendió—.

No quiere el libro. Déjala en paz.

El tendero tuvo el buen sentido de obedecerlo. Se alejó meneando la cabeza como una gallina.

—Lo que tú digas, señor, lo que tú digas.

Ezra se quedó mirando con la mandíbula prieta y los ojos entrecerrados al vendedor que volvía a sus libros. De algún modo le recordó a Immanuelle la manera como la había mirado a ella misma en el Sabbath, la manera como el joven había vacilado, como si hubiera visto en ella algo que no había contado con ver. Entonces Ezra se volvió hacia la muchacha.

—¿Lees?

Immanuelle, a pesar de sí misma, se ruborizó. El interés de Ezra le inspiraba no poco orgullo. Muchas de las jóvenes —Leah, Judith y las demás— a duras penas sabían leer, no iban más allá de sus propios nombres y algunos de los versículos más importantes de las

Escrituras. De no haber sido por la insistencia de Abram en que aprendiera a leer y lo sucediera en la administración de la granja Moore, Immanuelle habría podido terminar como la mayoría de jóvenes que conocía, sin apenas poder escribir su propio nombre, incapaz de distinguir entre un libro de narraciones y una colección de poemas.

—Leo bastante bien.

Ezra enarcó una ceja.

—¿Y has venido tú sola? ¿No te acompaña nadie?

—No necesito que nadie me acompañe —contestó, aunque supiera que en el mejor de los casos se había desviado del Protocolo y en el peor lo había infringido. Pero imaginaba que Ezra no lo iría contando por allí. Desató a Judas de la farola y lo llevó a la calle—.

Conozco los caminos lo bastante bien como para poder ir sola.

Vio con sorpresa que Ezra echaba a andar a su lado. La multitud se apartaba para dejarlo pasar.

—Es un camino demasiado largo para hacerlo tú sola. Las tierras de los Moore se encuentran a... ¿tal vez quince kilómetros de aquí?

—Dieciséis. —Immanuelle se sorprendió de que conociera sus tierras.

Casi nadie las conocía—. Y no tengo ningún problema con ello. Me pongo en marcha poco después del alba y llego aquí antes del mediodía.

—¿Y no te importa? —preguntó el joven.

Immanuelle negó con la cabeza y agarró la cuerda aún con más fuerza al entrar en el sector de ganado. Aunque le hubiera importado, sería lo mismo. Las quejas y enfados no les darían de comer. No pagarían los diezmos ni repararían el techo, ni cubrirían las deudas que había que abonar en otoño. Solo los ricos gozaban del privilegio de que las cosas pudieran importarles. Los demás tenían que agachar la cabeza, morderse la lengua y hacer lo que había que hacer. Indudablemente, Ezra se hallaba en la primera categoría, e Immanuelle en la segunda.

En verdad, encontrarlo en el mercado ya era una sorpresa de por sí. La muchacha habría imaginado que el sucesor del Profeta tendría responsabilidades más importantes que comprar y hacer trueques. Las tareas de ese tipo se hallaban muy por debajo de su dignidad.

Y sin embargo estaba allí, y paseaba con ella como si hubiera salido a pasear en Sabbath, cargado de libros como si el Profeta lo hubiera enviado a un recado más propio de un siervo.

Ezra se dio cuenta de que la muchacha lo miraba y le enseñó uno de sus libros, el más grande de los tres, con las palabras «Las Sagradas Escrituras» repujadas en oro sobre la cubierta.

—Toma. Échale una ojeada.

Immanuelle hizo que no con la cabeza y dio un tirón a la cuerda para apartar a Judas de un corral lleno de pollos.

—Ya tenemos un ejemplar de las Escrituras en casa.

Ezra sonrió con disimulo y miró de soslayo a sus espaldas, y luego le quitó de la mano la cuerda con la que llevaba a Judas.

—Esto no son las Escrituras.

Immanuelle tomó el libro con curiosidad. Parecía que se tratara de las Escrituras, pero cuando lo abrió no encontró versos ni salmos, sino más bien dibujos, bocetos y grabados en

tinta de animales extraños y árboles imponentes, montañas, aves e insectos que la muchacha no había visto jamás. En unas pocas páginas

había ilustraciones de grandes reinos y templos, ciudades paganas en las tierras que se encontraban más allá de la puerta de Bethel.

En ese mismo instante, un griterío burlón se hizo oír en medio del ajetreo del mercado.

Immanuelle miró por un espacio que quedaba vacío entre la muchedumbre y vislumbró la picota donde se ejecutaban las condenas a latigazos. Había allí una joven rubia, atada y amordazada, que se sostenía en pie con dificultad. Era la misma sobre la que Judith y su amiga habían cotilleado en el Sabbath, la pobre muchacha que había conducido al pecado a un granjero del lugar con sus seducciones y su lujuria.

Al verla, Immanuelle cerró el libro de Ezra, tan rápido y con tanta fuerza que estuvo a punto de dejarlo caer sobre la mugre de la calle. Se lo llevó al pecho.

—Devuélvelo. Por favor.

Ezra puso cara de exasperación y le dio la cuerda de Judas.

—Y yo que pensaba que una muchacha tan descarada como para bailar con diablos no se asustaría de estas cosas.

—No estoy asustada —mintió Immanuelle. Los gritos de la multitud resonaban en sus oídos—. Pero este libro es...

—Una enciclopedia —respondió el joven—. Un libro que encierra conocimiento.

Immanuelle sabía muy bien que había un solo libro que encerrara conocimiento y que ese libro no tenía ilustraciones.

—Esto está prohibido. Es pecado.

Ezra la contempló en silencio unos instantes y luego sus ojos recorrieron el mercado hasta detenerse en la muchacha que se hallaba en la picota, que lloraba y tiraba de sus cadenas.

—¿No te resulta extraño que leer un libro sea pecado y que, en cambio, atar a una muchacha a la picota y entregarla a los perros se considere rutina al servicio del Padre Bueno?

Immanuelle lo miró con espanto.

—¿Qué?

Jamás se le habría ocurrido que el hijo del propio Profeta —y nada más y nada menos que su sucesor al frente de la Iglesia— pudiera decir tal cosa, aunque fuera cierta.

La torcida sonrisa afloró de nuevo a los labios de Ezra, solo que en aquella ocasión sus ojos no sonrieron.

—Te veré en el Sabbath —le dijo el joven, y luego, sin despedirse tan siquiera con una inclinación, se marchó.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TERCERO

Los muertos caminan entre los vivos. Esta es la primera verdad y la más importante.

Aquel día Immanuelle no vendió el carnero primal. Regateó, discutió, llamó a las gentes que pasaban por allí e hizo cuanto pudo por librarse del carnero, pero nadie lo quería. No podría comprarle un vestido nuevo a Glory, ni zapatos a Honor, ni pagarle los diezmos al Profeta.

Había fracasado.

Cuando la calle principal ya estaba casi vacía, Immanuelle abandonó el puesto en el mercado e inició la larga caminata de regreso a los Calveros. Iba pensando en la ramera que habían puesto en la picota. El recuerdo de la muchacha —sus grilletes, las rodillas que apenas la sostenían, sus súplicas bajo la mordaza— la obsesionaba, por mucho que tratara de quitarse todo aquello de la cabeza y pensar tan solo en el camino de vuelta.

Siguió andando. El sol descendió hacia el horizonte y una negra tempestad barrió los llanos. La lluvia se precipitó desde las nubes y el viento aulló cual criatura viva.

Immanuelle aceleró el paso. Acortó la correa de la mochila y tiró de Judas para que la siguiera. El carnero se resistía a cada paso, sus pezuñas negras tropezaban sobre el empedrado del camino, sus ojos iban de un lado a otro sin cesar. A pesar de los truenos, la muchacha intentaba que el animal la oyera, pero este no la escuchaba.

Cuando estaban a punto de salir de la vía principal y tomar el sendero de tierra que pasaba por los Calveros, un relámpago rasgó las nubes. Judas empinó el cuerpo con tal violencia que Immanuelle perdió el equilibrio y resbaló sobre el húmedo empedrado. El golpe que se dio en las costillas la magulló hasta los huesos y le vació de aire los pulmones.

Jadeó, agazapada sobre la mugre, mientras Judas sacudía la cabeza con frenesí.

—Cálmate —dijo sin resuello, mientras trataba de ponerse en pie—. Hazme el favor de calmarte.

El carnero volvió a empinar el cuerpo. Sus pezuñas delanteras aterrizaron fuera del camino y se hundieron en tierra. Se volvió y miró a los ojos a Immanuelle. Entonces agachó la cabeza y embistió.

Immanuelle saltó a la derecha. Judas giró a la izquierda y le arañó la

comisura de los labios con la punta de uno de sus cuernos y le hizo un corte en el labio inferior. La muchacha volvió a caer de rodillas en el suelo y se hizo unos buenos rasguños.

El furioso carnero volvió a tirar con fuerza y la cuerda se partió. Al liberarse, Judas empinó una vez más el cuerpo y echó a correr hacia el bosque. Desapareció entre los árboles.

Immanuelle cobró aliento como pudo y chilló:

—¡Judas!

Se incorporó con dificultad y anduvo tambaleante hasta el borde del camino, hasta el

lugar donde se dividía en dos y una de sus mitades se dirigía hacia el lejano bosque. El camino que discurría entre los árboles medía varias leguas menos que el que los bordeaba, e Immanuelle tenía muy claro que, si lo seguía, llegaría mucho antes a su hogar.

Pero la advertencia de Martha resonaba en su cabeza: «En el bosque hay maldad».

Sin embargo, pensó en los diezmos que no tardarían en cobrarles, en las goteras del tejado y en los zapatos agujereados de Glory. Pensó en las malas cosechas, en las sopas de gachas y en la despensa cada vez más vacía donde guardaban la comida del invierno. Pensó en todo lo que necesitaban y en todo lo que les faltaba, y dio un paso hacia los árboles. A continuación, dio otro.

En la entrada del bosque todo estaba más tranquilo, el viento no soplaba tan fuerte.

Immanuelle llamó una vez más a Judas con las manos haciendo bocina. Escudriñó las sombras que había entre los árboles. Pero no descubrió nada, tan solo el susurro del viento que se colaba entre los pinos y murmuraba a través de las hierbas altas. «Ven aquí, ven aquí», parecía decirle.

Immanuelle sintió que algo se agitaba en lo más hondo de su estómago. Sintió que el corazón se le aceleraba, que sus latidos eran como el batir de las alas de un colibrí. Volvió los ojos hacia el camino, hacia el pueblo. Las nubes de tempestad aún oscurecían en parte el sol, pero al ver la posición de este en el cielo la muchacha se dio cuenta de que le quedaba casi una hora hasta que se ocultara. Así pues, una hora para encontrar a Judas. Una hora para corregir sus

errores.

Si se apresuraba, podría conseguirlo. Sabía que aún estaba a tiempo de arreglar el desastre, y nadie —ni siquiera Martha— se enteraría jamás.

Immanuelle dio un paso vacilante hacia los árboles, y luego otro. De pronto las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Sentía los pies entumecidos dentro de las botas.

El viento fluía entre las ramas de los árboles y le decía que siguiera adelante: «Ven aquí. Ven aquí».

De pronto echó a correr y pasó entre los olmos y los robles. El aire olía a lluvia y a savia, a marga y al aroma dulzón de la podredumbre. El trueno sonó y el viento volvió a soplar. Mientras corría por el bosque, las zarzas se prendían a sus vestidos y quedaban adheridas a las correas de su mochila.

—¡Judas! —chilló, abriéndose paso por la maleza, tropezando en las raíces de los árboles y en enmarañados matojos. Siguió adelante, adelante, corriendo por el bosque a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Pero el carnero había desaparecido.

Y el sol iba a ponerse.

Y al cabo de poco Immanuelle se dio cuenta de que se había perdido.

Esforzándose por ver a través de la lluvia, se volvió y trató de regresar sobre sus pasos.

Pero el Bosque Oscuro parecía cambiar de forma mientras ella caminaba y no logró regresar al sendero. Tenía frío, y estaba sola y hambrienta. Las rodillas apenas la sostenían y la mochila le pesaba, como si la llevara repleta de piedras. Pensó con amargura que Martha tenía razón al prevenirla contra el bosque, y se sintió necia por haber desobedecido.

Immanuelle levantó los ojos hacia las copas de los árboles y vio que las últimas nubes de tormenta empezaban a escampar. El viento aún agitaba el ramaje, pero el aguacero se

había transformado en llovizna y el apagado fulgor del sol poniente se filtraba entre los pinos. La muchacha siguió su luz y marchó hacia el oeste, a toda la velocidad que podía alcanzar con sus pies

entumecidos. Pero las sombras fueron todavía más rápidas y no tardó en hacerse de noche.

Cuando los últimos rayos del sol morían en la oscuridad, Immanuelle sintió que las rodillas le fallaban. Se tambaleó y se derrumbó en un lugar lleno de barro entre las raíces de un roble. Allí, tendida sobre la mugre, plegó las rodillas contra el pecho y trató de tomar aliento. Bajo el viento que soplaba entre los árboles, aferró el colgante de su madre para que le trajera buena suerte.

Pero no rezó. No tuvo el descaro de rezar.

En lo alto la tempestad moría y dejaba tras de sí tan solo estrellas esparcidas y una luna en cuarto creciente, todavía baja, en el cielo vespertino. Immanuelle contempló el lejano firmamento y fue como si una especie de serenidad la envolviera, como los suaves pliegues de una manta, y empezó a sentirse menos sola y menos asustada. Había cierta ternura en la caricia de la luz de luna sobre el follaje y en el viento que murmuraba entre las copas de los árboles. Era como si el Bosque Oscuro le cantara una canción de cuna, una canción de cuna que ya había oído antes: «Ven aquí, Immanuelle. Ven aquí».

La voz del viento se filtró a través de los árboles y le pareció que las sombras se difuminaban. La luz de luna y la oscuridad se mezclaron como si de pintura se tratara. Sintió como un estado de alerta que se adueñaba de ella y saboreó metal en el fondo de la garganta, como si fuera sangre. Pero, por el motivo que fuera, no tenía miedo. Era como si se lo hubieran arrancado, como si ya no hubiera estado entera, como si tan solo hubiese quedado media muchacha que existía a medio camino entre lo que es y lo que no es.

Ya no era simplemente Immanuelle. Era algo más. Y algo menos.

Estaba en el Bosque Oscuro. Y el Bosque Oscuro también estaba en ella.

Apoyó una mano contra el tronco del roble y se puso en pie, todavía con las rodillas débiles, todavía con los pies entumecidos. El susurro del viento cobró fuerza y la muchacha dio traspiés a ciegas por la oscuridad, con la esperanza de que el viento la guiara hasta los márgenes del bosque.

Poco a poco los árboles empezaron a espaciarse y por un momento Immanuelle pensó que había llegado al final. Pero su esperanza se desvaneció al salir a un pequeño claro, un círculo despejado en medio del bosque frondoso, iluminado por la luz de la luna. En torno a su

perímetro crecía un círculo de setas, de colmenillas, las mayores que Immanuelle hubiera visto jamás.

Y en el mismo centro del círculo yacían dos mujeres que se abrazaban desnudas, con las piernas entrelazadas y los labios abiertos. La más alta de las dos, de cabellos oscuros y miembros muy delgados, se encontraba encima de la otra, con la espalda arqueada y los hombros tan tensos que Immanuelle distinguía las contracciones y los espasmos bajo su piel, fina y grisácea como la de un cadáver. La segunda mujer se retorcía bajo su amante y la besaba en el hombro.

La mochila de Immanuelle se deslizó de su espalda y fue a parar al suelo.

Las mujeres se detuvieron, dejaron de moverse y se separaron la una de la otra. Se levantaron del suelo. Una de ellas agarró algo que estaba escondido entre la hierba alta, un

objeto oscuro que Immanuelle no alcanzó a ver desde el sitio donde se encontraba. Ambas se volvieron hacia ella a la vez.

Una vez erguidas, las dos medían unos treinta centímetros más que Immanuelle.

Ambas compartían una misma expresión de relajación: boquiabiertas, con los labios rojos e impecables como los bordes de una herida abierta. Llevaban una marca entre las cejas que parecía un sello de novia, solo que la estrella del centro era algo distinta, quizá menos elaborada. Aunque las mujeres permanecieran en pie, sin moverse, parecía que sus huesos sí se desplazaran y cambiaran de sitio, como si sus esqueletos estuvieran pugnando por escapar.

Sus ojos tenían la blancura de la muerte, el color de los huesos secados al sol. Ni pupila ni iris. Pero de algún modo la mirada de ambas se clavaba en Immanuelle.

—— ✠ ——

CAPÍTULO CUARTO

El amor entre el Padre y la Madre, entre la luz y la oscuridad, es extraño. Ninguno de los dos puede existir sin el otro. Y sin embargo, jamás podrán ser uno.

La mujer rubia fue la primera en acercarse. Su mano se soltó de la de su amante. Cruzó el claro en unas pocas zancadas y se detuvo a muy poca distancia de Immanuelle. Al tenerla cerca, la muchacha se dio cuenta de que el rostro de la mujer estaba desfigurado... se le veía una fea fractura en la nariz y el hueso del puente le sobresalía notablemente. Tenía los labios gruesos, algo hinchados, e Immanuelle vio que el de abajo estaba partido por la mitad. Los pechos le colgaban pesadamente, desnudos, y estaba con la cabeza ladeada, como si a su cuello le faltaran fuerzas para mantener erguido el cráneo.

La mujer de cabello moreno se acercó después, caminando por la hierba y los helechos.

Era la más alta y hermosa de las dos, y andaba con la tímida gracia de una gacela. Se detuvo al lado de su amante y le pasó la mano en torno a la cintura, como para hacerla retroceder.

Pero la otra la apartó y siguió avanzando, y poco a poco tendió una mano hacia Immanuelle, como para saludarla. Sus dedos se veían pálidos y deformes —tanto como los de Abram—, y sujetaban algo pequeño y negro.

Un libro encuadernado en cuero.

La mujer pálida empujó el libro contra el pecho de Immanuelle y retrocedió tambaleándose. Cayó contra el tronco de un pino cercano. Sus labios se retorcieron en algo semejante a una sonrisa.

«Tómalo.» Las palabras se oían en el viento, murmuraban entre las ramas de los árboles. Las rodillas de Immanuelle flaquearon ante aquel sonido. «Es tuyo».

Recibió con manos temblorosas el regalo que le entregaba la mujer. El libro era pesado y extrañamente cálido al tacto, como si la sangre circulara bajo el cuero de su encuadernación. Al agarrarlo, Immanuelle no sintió miedo ante la presencia de las mujeres, ni vergüenza por su desnudez. Solo la asaltó la más extraña de las sensaciones. Fue como si zarpara de un puerto, como si su alma ya no estuviera atada a su cuerpo.

Se oyó en el bosque un chillido estrangulado que puso fin a su trance.

«Judas.»

Immanuelle volvió a la realidad y retrocedió hacia los árboles. Logró dar unos pocos pasos dubitativos, agarró la mochila que había quedado en el suelo y metió el libro en el bolsillo de delante, y entonces echó a correr a toda prisa.

Las ramas se enredaban en su vestido y la golpeaban en las mejillas. No sabía si era el viento lo que le gimoteaba en los oídos o las mujeres que le gritaban que volviese al claro.

Pero a cada nuevo paso, a cada nuevo correteo, el bosque parecía engullirla. La maleza se volvía más frondosa, las copas de los árboles se acercaban, las sombras se agitaban como

tinta revuelta.

No le importó. Siguió corriendo.

El pie de Immanuelle quedó trabado en la raíz de un árbol y la muchacha se estrelló contra el suelo con un golpe sordo. Logró incorporarse y trató de tomar aliento, y descubrió un rostro familiar que le devolvía la mirada desde las sombras: Judas.

Pero Judas no estaba entero. Tan solo era su cabeza cortada, sangrante, colocada sobre un tocón cercano.

Al verlo, se cubrió los labios con la mano y se tragó un chillido y la bilis que le había subido por la garganta. Se puso a temblar, sufrió violentas sacudidas que la agitaron con tanta violencia que a duras penas lograba sostenerse en pie.

Echó a correr de nuevo, aún más rápido que antes, entre los matorrales y los pinos, desesperada por escapar. Y por gracia del Padre, escapó.

Cada vez había menos árboles y las sombras eran menos abundantes, y poco a poco el bosque dio paso a los llanos de Bethel y la muchacha vio por fin el camino zigzagueante que la llevaría a su hogar. Se derrumbó allí, en el confín del bosque. Emergió de entre las sombras de los árboles gateando sobre manos y rodillas, tratando de recobrar el aliento. Se obligó a sí misma a incorporarse y recorrió el camino por los Calveros hasta su hogar, con respiración trabajosa, cojeando. Se tambaleaba por la senda como si les hubieran encadenado pesos a los tobillos. Cuando se acercaba a la tierra de los Moore, vio a Martha, Anna y Glory, que caminaban por los altos pastos y los muertos

maizales. Todas ellas llevaban faroles en la mano y la llamaban por su nombre.

Immanuelle les gritó y se volvieron. Glory fue la primera en correr hacia ella. El dobladillo del camisón de noche se le enredó en torno a los tobillos, y se agarró a la cintura de Immanuelle con un violento abrazo.

Entonces llegó Anna, que dio gracias al cielo y llevó una mano a la mejilla de Immanuelle, y recorrió con los dedos los cortes ensangrentados que se había hecho con las zarzas, el labio partido y el magullado mentón.

—¿Qué ha ocurrido?

Immanuelle abrió los labios para responder, pero no le salió ninguna palabra. Volvió los ojos hacia Martha, que se encontraba a unos pocos metros de ella con el farol bajo y los ojos entrecerrados. Sin decir nada, agachó la cabeza y les hizo un gesto a las tres para indicarles que debían regresar a casa. Glory soltó la cintura de Immanuelle y Anna se apartó de ella, y las cuatro anduvieron en absoluto silencio por los pastos.

En cuanto hubieron llegado a la casa, Anna llevó a Glory escaleras arriba y se detuvo tan solo un momento para desearles buenas noches a las dos. Martha esperó a que ambas estuvieran en sus respectivas habitaciones, y entonces se volvió hacia Immanuelle y le habló:

—Sígueme.

Martha la llevó por la sala y entraron en la cocina, que estaba a oscuras, salvo por la cálida luz del hogar. Tomó un atizador de hierro que colgaba de un gancho y avivó el fuego.

Entonces apoyó el mango del atizador en un costado de la chimenea, contra la pared de ladrillo, para que la punta de hierro quedara bien hundida en las llamas.

—¿Has vendido el carnero?

Immanuelle negó con la cabeza.

—Entonces, ¿dónde está?

Immanuelle cerró los ojos y le pareció volver a ver la cabeza de Judas sobre el tocón, y las marcas que habían hecho en los árboles con su

sangre.

—Lo he perdido. Lo he perdido en el bosque.

—¿Has ido al Bosque Oscuro? ¿De noche?

—Yo no quería —respondió Immanuelle en voz baja. Su labio partido le temblaba al hablar—. Judas ha logrado soltarse y ha corrido hacia los árboles. He creído que podría encontrarlo, pero entonces ha empezado una tempestad y me he perdido, y ha caído la noche.

Lo siento tanto... Ha sido peligroso y estúpido. Tendría que haber sabido que no podía hacerlo. Debería haberte escuchado.

Martha llevó la mano a la frente de la niña. En ese momento se veía anciana, arrugada, como si los acontecimientos de aquella noche le hubieran arrebatado la poca juventud que le quedaba. Abram no era el único que se había deteriorado con el paso de los años.

Immanuelle también había visto sufrir a Martha. Sabía que si su abuela se agarraba a sus doctrinas y a sus Escrituras no era por fe, sino por miedo. Aunque Martha no fuera capaz de murmurar siquiera el nombre de su hija, Immanuelle sabía que vivía a la sombra de Miriam.

Todo lo que hacía Martha —desde las plegarias hasta las obras caritativas— eran fútiles intentos por escapar de la maldición que había empezado con la muerte de su hija.

—He visto algo —dijo Immanuelle, y su propia voz le pareció lejana y extraña, como si un desconocido hubiera hablado desde otra habitación.

—¿Qué? —Una luz terrible iluminó los ojos de Martha—. ¿Qué es lo que has visto?

—Mujeres. Dos mujeres que estaban solas en el bosque. —Immanuelle cerró los dedos en torno a la correa de la mochila. El extraño libro que llevaba en ella le parecía pesado como una piedra. Sabía que habría tenido que entregárselo a Martha. Pero no lo hizo. No pudo hacerlo. Las palabras de las mujeres que el viento había llevado hasta ella le atravesaron el cerebro: «es tuyo». A lo largo de su vida, Immanuelle apenas había tenido nada que pudiera considerar suyo. A veces sentía como si a duras penas se perteneciera a sí misma. La misma idea de separarse de una de las pocas cosas en el mundo que podía llamar suya le resultaba casi insoportable, todavía peor que una flagelación. No, no podía entregarlo.

—¿Y qué hacían esas mujeres en el bosque?

Immanuelle tragó saliva con fuerza. Por un instante recordó cómo se había sentido en su primera confesión: estaba sentada en el borde de la silla, en la oscuridad de la cocina, y el apóstol Amos se había sentado frente a ella, Escrituras en mano, con el ceño fruncido. Le preguntó si alguna vez se había entregado a los pecados de la carne, y si alguna vez, durante la noche, sus manos habían ido a donde no tenían que ir.

Martha resopló e Immanuelle volvió al presente.

—Estaban juntas, agarradas de las manos. Y tenían unos ojos raros, vidriosos, totalmente blancos. Parecía que estuvieran enfermas. Casi como... no sé... como si hubieran muerto.

Martha contrajo los labios y luego se retorció con tanta violencia que, al apagado fulgor de la chimenea, casi recordaba a Abram. Con mano temblorosa, cogió de nuevo el atizador. Lo sujetó por el mango de hierro y lo retiró de las brasas, cálido, rojo, humeante.

—Acerca la mano.

Immanuelle dio medio paso hacia atrás. Por mucho que quisiera, no lograba abrir los dedos. Las uñas se le clavaron en las palmas.

Los ojos de Martha se oscurecieron.

—Será en la mano o en la mejilla. Tú eliges.

Immanuelle apretó los dientes y levantó el brazo. Extendió la mano hacia el sanguinolento fulgor del fuego.

Martha, a su vez, recitó la plegaria del pecador:

—«Guárdate del deseo de tu ojo y tu corazón. Acalla tu lengua y ensordece tu oído.

Oye la llamada que te susurra tu Padre. No te entretengas cerca de los diablos. Aparta el corazón de las tentaciones del pecado, y cuando tu alma se extravíe, busca el solaz en la confesión verdadera y halla tu senda en la expiación.»

Martha agarró con mayor fuerza todavía el mango del atizador y su extremo refulgente descendió hacia la palma extendida de la mano de Immanuelle.

—Por la gloria del Padre.

El dolor abrasador de la quemadura hizo caer de rodillas a Immanuelle. La joven chilló entre dientes apretados y se derrumbó, lloró, se aferró el pecho con la mano.

Por unos momentos no vio nada, y cuando por fin se aclararon sus ojos, se dio cuenta de que estaba con la espalda apoyada contra los armarios de la cocina. Martha se había agachado a su lado. Aún se sentía un débil olor a carne chamuscada.

—El mal es enfermedad y la enfermedad es dolor —dijo Martha, que parecía a punto de echarse a llorar ella misma, como si aplicar el castigo provocara tanto sufrimiento como el castigo en sí mismo—. ¿Me has oído, niña?

Immanuelle giró la cabeza a un lado y reprimió un sollozo. Con la mano buena, acercó la mochila hasta su cuerpo, porque temía que su abuela la registrase y encontrara el libro dentro.

—Dime que lo has entendido. Prométemelo.

Immanuelle sacó las palabras de lo más hondo de su vientre. La mentira le supo amarga en la lengua.

—Te lo prometo.

—— ✤ ——

CAPÍTULO QUINTO

El Padre ama a quienes lo sirven con fidelidad. Pero quienes se apartan del camino de la justicia —el pagano y la bruja, el lascivo y el hereje— sentirán el ardor de Sus llamas celestiales.

Aquella misma noche, después de que Anna le vendara la mano y el resto de los Moore se hubiera acostado, Immanuelle sacó de la mochila el libro prohibido y lo acercó a la luz de la vela. Al poder examinarlo con mayor atención vio que estaba bien hecho. La cubierta y la contracubierta estaban confeccionadas con unas láminas de cuero tan finas como el hocico de una ternera recién nacida. Un punto de seda sobresalía entre sus páginas. Era tan delgado que tembló bajo el aliento de Immanuelle.

Abrió la cubierta y el lomo crujió, y la muchacha sintió un perfume en el que se mezclaban el papel viejo y la cola de caballo. Al pie de la primera página había una firma garabateada a mano: Miriam Elizabeth Moore.

Las manos de Immanuelle temblaron con tanta violencia que estuvo a punto de soltar el libro. Era el nombre y la firma de su madre. El libro le había pertenecido. Pero ¿cómo era posible que aquellas mujeres del Bosque Oscuro guardaran un libro que había sido de su madre? ¿Qué relación habían tenido con ella?

Immanuelle descubrió, con consternación, que bajo la firma había un pequeño dibujo hecho con tinta. Tenía los bordes quebrados, como si lo hubieran arrancado de otro libro y pegado sobre la página de aquel, pero los detalles eran tan precisos que Immanuelle reconoció enseguida los rasgos de su madre, que había visto en las pinturas colgadas en la sala. La Miriam que aparecía en aquel dibujo era joven, tal vez tuviera diecisiete o dieciocho años, apenas mayor que la propia Immanuelle. Llevaba un vestido largo que en el dibujo no tenía color, pero que Immanuelle sabía que era rojo como el vino tinto, porque era el mismo que guardaba cuidadosamente doblado en el fondo de su ajuar de novia. En aquel retrato sonreía, y el bosque se hallaba a su espalda.

En la página siguiente había una ilustración de un joven que recordaba a Immanuelle.

Su cabello era una masa de tirabuzones y algunos de los más largos le caían sobre la frente.

Tenía una mandíbula angulosa y ojos oscuros con pestañas espesas, y la piel tan solo un poco más oscura que la de la propia muchacha. La expresión de su rostro era más bien severa, pero sus ojos no carecían de gentileza. Al pie del retrato no había ninguna fecha, tan solo su

nombre, la primera vez que aparecía en las páginas del libro: Daniel Lewis Ward. El retrato estaba acompañado por varias anotaciones que parecían poemas de amor: A veces pienso que compartimos el alma. Ahora su dolor es mío. Y el mío, suyo.

Unas pocas páginas más adelante...

Lo amo. Me ha enseñado a amarlo. No creo que supiera amar hasta que lo conocí.

Las anotaciones siguientes eran más breves y la escritura algo más descuidada que antes, como si las palabras se hubieran garabateado con prisas. La mayoría de ellas narraban breves encuentros al abrigo de la noche entre Miriam y Daniel, o momentos robados después de ir a la iglesia en días de Sabbath. En todas aquellas anotaciones, que sumaban varias docenas, Miriam no hacía ninguna mención del Profeta. Sin embargo, Immanuelle sentía su presencia en las páginas, como una sombra en los márgenes, como una mácula bajo las palabras. Y aunque supiera que aquella historia iba a terminar en tragedia, deseó en vano un final distinto. Las anotaciones de Miriam iban del regocijo a la esperanza, a la inquietud y a la desesperación más extrema... y después de la desesperación llegaba una especie de impotencia.

Las dos anotaciones siguientes estaban separadas por varios meses e Immanuelle solo pudo explicárselo por el tiempo que Miriam había estado detenida en el Refugio del Profeta.

A continuación, estaba escrito:

Me lo han arrebatado. Lo han llevado a la hoguera. Las llamas han ardido hasta lo más alto. Me han obligado a mirar mientras el fuego lo consumía.

Immanuelle pestañeó para contener el llanto, pero las lágrimas brotaron de todos modos. Se forzó a sí misma a pasar la página. La anotación siguiente estaba fechada en el verano del año de Omega. Decía:

Estoy embarazada.

Entonces las lágrimas de Immanuelle brotaron sin freno, y la muchacha tuvo que parar un momento para secárselas con la manga del camisón. El apunte siguiente estaba fechado invierno de Omega, ocho meses después del anterior. Decía:

He visto las maldades de este mundo y las he amado.

Las anotaciones siguientes se volvían cada vez más extrañas. Ya no estaban escritas con la ágil caligrafía que Immanuelle había asociado con su madre, sino con letra torpe, como si las hubiera pergeñado en la oscuridad. Los dibujos también eran distintos. Los retratos y paisajes se habían transformado en garabatos frenéticos, abstracciones entreveradas con manchas de tinta, tan confusas que Immanuelle a duras penas lograba descifrarlas. Una de ellas representaba una mujer con el cuerpo doblado que parecía vomitar ramas de árbol.

Otra era un autorretrato de Miriam, que estaba de pie, desnuda, con un brazo en torno a los pechos y el cabello suelto sobre la espalda. Su vientre de embarazada estaba muy hinchado, y adornado con un tosco símbolo que recordó a Immanuelle los sellos que las novias llevaban inscritos entre las cejas, solo que mucho más grande.

En la página opuesta había una imagen de dos cuerpos contorsionados. Estaban desnudas, igual que aquellas mujeres, y se sujetaban con las manos. Ambas llevaban marcado entre las cejas un signo que, en un primer instante, Immanuelle tomó por el sello del Profeta. Pero al observarlo con mayor atención se dio cuenta de que la estrella que había en el centro del sello tan solo tenía siete puntas, en vez de las habituales ocho. En un extremo del dibujo había un título y una fecha:

Las Amantes, invierno del año de Omega. Eran las mujeres que Immanuelle había visto en el bosque. Las mujeres que le habían entregado el diario. Y no eran unas mujeres cualquiera. Se trataba de las Amantes, Jael y Mercy, brujas y sirvientes de la Madre Oscura, que habían muerto en las hogueras de la Guerra Santa, en purificación por su pecado y su

lascivia.

De algún modo, contra toda lógica, seguían con vida en el interior del Bosque Oscuro y su madre las había conocido. Tal vez hubiese vivido con ellas. ¿Qué otro motivo podían haber tenido las brujas para darle el libro a la muchacha? ¿Por qué otro motivo podían aparecer dibujos de las brujas en el propio libro? ¿Acaso las Amantes le habían entregado el libro para cumplir la voluntad de Miriam? ¿Se trataba de una especie de herencia? ¿Habían cumplido una promesa que mucho tiempo antes le habían hecho a Miriam?

Immanuelle, turbada, siguió leyendo. Las anotaciones eran cada vez

más breves y escasas, y separadas por intervalos temporales cada vez mayores. En su mayor parte consistían tan solo en toscos dibujos, acompañados aquí y allá por frases extrañas e ilegibles.

En uno de los dibujos había dos robles con raros símbolos que se bifurcaban sobre sus troncos. Justo detrás de los árboles había una idílica cabaña, en una pequeña hondonada en medio del Bosque Oscuro. Immanuelle tardó un instante en darse cuenta de lo que era.

Aquella cabaña era el lugar donde Miriam decía haber pasado los meses de invierno tras huir al Bosque Oscuro.

Immanuelle siguió leyendo las extrañas anotaciones... aunque ya no supiera si llamarlas anotaciones, a la vista de lo incoherentes que se habían vuelto. Pero un dibujo le llamó la atención. En primer plano había un rostro: una línea sombreada a modo de boca, dos ojos estrechos, unos labios gruesos y una nariz tosca y larga que parecía rota. Detrás de ella asomaba sobre su hombro el contorno retorcido de un cuerpo desnudo de mujer. Al final del cuello no había una cabeza, sino algo que Immanuelle solo habría sabido comparar a una calavera de ciervo coronada con una amplia cornamenta.

Lilith.

El nombre le había venido de pronto a la cabeza, el fragmento de una historia que solo se contaba en torno a las hogueras, o se susurraba con una mano sobre la boca. Lilith, hija de la Madre Oscura. La Maestra de Pecados. La Reina Bruja del Bosque. Immanuelle la habría reconocido en cualquier lugar.

En la página siguiente había un dibujo de una mujer que emergía de lo que parecía un lago. Igual que las Amantes, estaba desnuda, y sus cabellos largos y oscuros le caían sobre los hombros. La imagen se titulaba Delilah, la Bruja del Agua. Además del dibujo había una nota:

He visto de nuevo a la Bestia y a sus doncellas. De noche oigo sus gritos en el bosque.

Me llaman, y yo las llamo. No hay un amor tan puro como ese.

Una semilla amarga cobró forma en lo más hondo del vientre de Immanuelle. Sus manos temblaron al pasar las últimas páginas del diario. De todo lo que había visto hasta entonces, lo que más la turbó fueron aquellos dibujos tan esquemáticos. Las palabras que los acompañaban estaban escritas en una letra tan enmarañada que era casi imposible descifrarlas. Pero Immanuelle consiguió entender una

frase que aparecía y reaparecía una y otra vez en el fondo de los dibujos, aplastada en los márgenes de otros garabatos: La sangre de ella engendra sangre. La sangre de ella engendra sangre. La sangre de ella engendra sangre.

Immanuelle siguió leyendo, y a medida que leía, los dibujos se volvían cada vez más abstractos. En algunas páginas tan solo había manchas de tinta, mientras que en otros se

veían trazos hechos con tanta violencia que incluso las páginas aparecían rasgadas. Entre las últimas ilustraciones —si es que de verdad podían llamarse así— tan solo había una que Immanuelle lograra entender. Aquello... no, ella —pues, por alguna razón que la propia Immanuelle no comprendía, estaba convencida de que se trataba de una mujer— era un torbellino. Un revoltijo de dientes, ojos, carne desgarrada. Unos pliegues carnosos que tal vez correspondieran al sexo de la criatura, o quizá a una boca abierta. Dedos rotos y ojos sin cuerpo, con rajas en vez de pupilas. Por un inexplicable fenómeno, la tinta aún se veía húmeda y resbalaba hacia los bordes del papel, como si amenazara con derramarse sobre la cama y manchar de negro las sábanas.

La anotación final del diario no se parecía en nada a las que había visto hasta entonces.

Las últimas dos páginas estaban cubiertas de uno a otro extremo con cuatro palabras que se repetían:

Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza. Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza.

Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza. Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza...

Y así continuaba.

Al final de aquella tempestad de vocablos ominosos, unas frases garabateadas al final de la última página del diario:

Padre, ayúdalos. Padre, ayúdanos a todos nosotros.

—— ✠ ——

CAPÍTULO SEXTO

Te vi por vez primera a orillas del río. Tenías el sol en las mejillas y el

viento en los rizos, y estabas sentada con los pies dentro del agua y me sonreías. Pienso que hasta aquel día no había sentido temor de verdad, pero pongo por testigo al Padre que te temí.

De las últimas cartas de Daniel Ward

Pasaron ocho días sin ningún acontecimiento destacable. Por las mañanas, Immanuelle llevaba las ovejas a pastar. A veces acompañaba a las niñas a la escuela. Vendía la lana en el mercado y evitaba las tentaciones del puesto de libros y del bosque. En el Sabbath, acudió a la catedral y puso sus pecados a los pies del Profeta. Cerró los ojos para rezar y no los abrió.

Cantó sus himnos con tal vigor que su voz enronqueció a la mitad del servicio y tuvo que susurrar durante las horas restantes de culto. Cuando estaba en casa, no desobedecía a Martha ni se peleaba con Glory.

Se atenía a los credos y mandamientos.

Pero de noche, cuando el resto de los Moore se había retirado ya a sus alcobas y los niños dormían, Immanuelle sacaba el diario de su madre de debajo de la almohada y lo leía con reverencia, igual que Martha examinaba las páginas de las Sagradas Escrituras del Profeta.

Veía en sueños a las mujeres del bosque. Sus piernas entrelazadas y las manos con las que se agarraban. Las miradas muertas que la observaban sin ver, la negrura de los caminos del bosque, los labios entreabiertos como si las hubiera sorprendido a la mitad de un beso. Y

por la mañana, cuando Immanuelle despertaba de aquellos sueños perversos, cubierta de sudor frío, las piernas enredadas con las sábanas... pensaba tan solo en el Bosque Oscuro y en su deseo, cada vez más fuerte, de volver allí.

La mañana en que tenían que hacerle la incisión a Leah y desposarla con el Profeta, Immanuelle despertó con el diario de su madre bajo la mejilla. Se incorporó de pronto, alisó las páginas antes de cerrarlo y lo metió bajo el colchón.

Después de embutirse los pies en las botas de agua, bajó pesadamente por la escalera y salió por la puerta de atrás. Cruzó el patio de la granja y fue al prado para sacar a pastar a las ovejas. Después, para preparar el paseo en calesa hasta la catedral, sacó el viejo mulo del cobertizo y lo cepilló, y luego le dio de comer y lo embridó.

Al otro lado de los campos y los pastos se divisaba la negrura del bosque, los árboles que arrojaban sus sombras bajo la luz del sol naciente. Immanuelle se dio cuenta de que estaba buscando rostros entre las ramas, las Amantes que había visto aquella noche en el bosque, las figuras dibujadas en el diario de su madre.

Pero no vio nada. El lejano bosque estaba en silencio.

Para cuando Immanuelle regresó a la granja, las niñas Moore desayunaban en el comedor. Honor estaba sentada a la mesa y tomaba la última cucharada de sopa de gachas, y Glory contemplaba su propio reflejo en el fondo de un cazo pulido. Se tiraba de las trenzas y fruncía el ceño.

Anna vestía sus mejores ropas para el Sabbath. Se había recogido los cabellos sobre la cabeza y los había adornado con flores silvestres. Estaba sonriente. Siempre sonreía en los días de incisión.

—Pensar que fue Leah quien conquistó los ojos del Profeta —dijo, casi como si cantara las palabras.

Martha salió de la cocina con Abram. El hombre se apoyaba pesadamente sobre el hombro de su esposa. Su pie tullido se arrastraba sobre el entablado del suelo. La mujer miró con atención a Immanuelle y su ceño fruncido arrugó el sello que llevaba entre las cejas.

—Eso nos revela cuán grande es su virtud —dijo.

Las mejillas de Immanuelle ardieron de vergüenza ante la sutil expresión de menosprecio.

—Sí, desde luego.

Dicho esto, se marchó al baño. Por el camino tropezó con el dobladillo del camisón. Se entregó a la tarea de prepararse. Había poco que pudiera hacer, salvo lavarse la mugre que tenía en las manos y humedecerse los rizos en un triste intento de domesticarlos. Trató de recogerse los cabellos sobre la cabeza como hacía Anna, pero los tirabuzones se le enredaban, engullían las horquillas y atrapaban las púas del peine.

Al fin, se dejó los cabellos sueltos. Los gruesos rizos le caían sobre la nuca. Se pellizcó las mejillas para que tuvieran mejor color, se mordió los labios y los humedeció.

Le frunció el ceño a la imagen de sí misma que veía en el espejo del lavamanos.

Cuanto más se miraba, más se desfiguraba y transformaba su rostro a sus propios ojos. La piel le palidecía. Sus ojos se desorbitaban. Los labios se le retorcían en una mueca de desdén.

De repente, el rostro del espejo ya no era el suyo, sino el de una de las Amantes. El mismo monstruo que le había dado el diario. Sus labios se retorcieron al abrirse. Un extraño gorjeo resonó dentro de su cabeza:

Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza.

Immanuelle se apartó del lavamanos, con pasos tan inseguros que se cayó en la bañera y se golpeó contra el fondo. Al incorporarse con torpeza, huyó del baño y subió por la escalera de hierro hasta su dormitorio en la buhardilla, y cerró la puerta de una patada.

Se obligó a sí misma a respirar hondo varias veces para apaciguar su desbocado corazón. Se cubrió el rostro con manos temblorosas, cerró los ojos con fuerza, como si la oscuridad hubiera bastado para mantener a raya sus recuerdos. Pero no lograba olvidar a las mujeres del bosque. Y peor aún, Immanuelle no estaba segura de querer olvidar. Si hubiera querido, habría abandonado el pecado, sin duda, y habría entregado el diario. O aún mejor, lo habría arrojado a la chimenea para que ardiera. Pero no lo había hecho. No podía. Habría preferido llevarse a la mejilla un hierro de marcar antes que presenciar cómo se reducía a cenizas lo poco que le había quedado de su madre.

Sin embargo, las brujas que le habían entregado el diario y el mal que estas obraban eran otra historia. Immanuelle no iba a permitir que la atormentaran como habían

atormentado a su madre. No quería abandonar con tanta rapidez su fe. Se decidió por quedarse el diario, aunque solo fuera como recordatorio de lo que el pecado podía hacerle a alguien lo bastante débil como para sucumbir a él.

Immanuelle apartó las manos del rostro y vio que el vestido que había llevado para la incisión de Judith estaba extendido sobre la cama. Era de color negro desvaído, con falda estrecha, mangas largas y abullonadas, y botones de cobre herrumbrosos que le llegaban hasta el pecho. Un vestido infantil, más adecuado para una niña de la edad de Glory que para Immanuelle.

Suspiró. Aquello no tenía arreglo. Por supuesto que no podía ponerse la ropa que llevaba en Sabbath. Habría resultado demasiado informal para una ocasión tan importante.

Pero entonces se acordó del dibujo de su madre que había encontrado unos días antes en el diario. El dibujo en el que estaba de pie ante el bosque prohibido.

Immanuelle se arrodilló frente al baúl del ajuar y buscó entre sus pertenencias. Casi todo lo que había eran recuerdos, edredones y trozos de cinta, y otras cosas que había ido guardando con el paso de los años. No había nada tan importante como el diario, nada prohibido. Pero en el fondo del baúl, envuelto en papel pergamino, se hallaba el vestido de su madre, el mismo que llevaba en el retrato.

A diferencia del vestido largo que Leah se pondría para la incisión, no era nada especial, pero era un vestido de Sabbath bien cosido, de color vino tinto, con botones de cobre en el cuello. En las escasas ocasiones en que Immanuelle se lo había puesto —en su dormitorio de la buhardilla, mientras todos los demás dormían—, se había sentido perfectamente presentable, incluso bonita, como las muchachas que a menudo veía paseando por las tiendas del mercado con sus guantes y sus chales de seda.

Se sacó el camisón y se puso el vestido. No le encajaba del todo, la cintura le quedaba demasiado ancha y las caderas quizá más ceñidas de lo que Martha consideraría recatado, pero de todos modos le sentaba mejor que la ropa heredada de Anna y era mucho más elegante. Además, le llegaba muy abajo y ocultaría la parte de arriba de las botas, que estaban demasiado estropeadas como para usarlas en una ocasión más formal que un paseo por los pastos.

Una vez se hubo vestido, Immanuelle tomó una guirnalda de flores silvestres que tenía sobre el armario ropero. Las flores se habían secado bien en la semana que había transcurrido después de que las recogiera con Leah, y la corona de tallos entretejidos aún las sostenía.

Con timidez, se la puso en la cabeza, se la colocó cuidadosamente y se volvió para contemplar su propio reflejo en la ventana del dormitorio.

No podía considerarse una estampa de hermosura. Aún tenía el labio partido y magullado por la pelea de unos días antes con Judas. Pero pensó que no quedaría fuera de lugar al lado de Judith, Leah y las otras muchachas que asistirían a la incisión. El vestido quedaba bien con el tono oscuro de su piel y resaltaba el color de sus ojos, y las

flores en el pelo daban buen aspecto a sus enredados rizos.

Immanuelle salió con sigilo al corredor. Podía oír el roce de las faldas en torno a los tobillos. Bajó poco a poco por la escalera y entró en la cocina. Honor se había puesto un guardapolvo de color oscuro. Sus gruesos pies a duras penas cabían en las pequeñas botas de cuero. Fue la primera en ver a Immanuelle y chilló de regocijo al contemplarla.

—¡Déjame que me ponga la corona! —le suplicó, mientras se reía y agitaba las manos en alto. Con una sonrisa llena de ironía, Immanuelle le concedió el capricho y colocó la guirnalda sobre los rizos pelirrojos de la niña.

—Ese es el vestido de Miriam.

Martha estaba en el umbral con un trapo húmedo de la cocina en las manos.

Immanuelle no recordaba la última vez que Martha había pronunciado el nombre de su hija. En sus labios sonaba extraño, ajeno.

La muchacha tomó la guirnalda de la cabeza de Honor y volvió a ponérsela, y ajustó en un momento las horquillas.

—Lo he encontrado en el fondo del ajuar. He pensado que podría llevarlo para la incisión, si te parece adecuado.

—¿Si me parece adecuado? —Martha torció el labio—. Sí, es adecuado.

Immanuelle se quedó inmóvil, sin saber qué decir. Se preguntó si lo mejor sería regresar al dormitorio y ponerse el vestido que Anna le había dejado allí. Pero no fue capaz.

Para su sorpresa, la mirada de Martha se suavizó, no con afecto, sino con lo que Immanuelle solo podía describir como resignación.

—Te queda igual que a tu madre —dijo.

La familia Moore fue hasta la catedral en la calesa. El mulo tuvo que tirar de todos ellos por los llanos. Era un día luminoso. El sol besaba con calidez la nuca de Immanuelle y el aire olía a verano. A sudor, flores de manzano y miel.

Durante todo el viaje, la muchacha tuvo buen cuidado de no mirar al Bosque Oscuro.

Martha la había estado vigilando desde la noche en la que regresó. Sus ojos eran agudos, e Immanuelle sabía que si volvía a pillarla rondando por allí el castigo sería inmediato y doloroso. Por ello, no hacía más que mirar al fondo del carro, con los dedos entrecruzados sobre el regazo.

Para cuando llegaron a la catedral, la mayor parte de la comunidad se había congregado en el césped. Immanuelle saltó al suelo y buscó con los ojos a Leah entre todo aquel gentío, pero en su lugar encontró a Ezra, que estaba con otros muchachos de su edad y un grupo de chicas, entre las que se hallaban Hope, Judith y otras esposas del Profeta.

Al ver a Immanuelle le hizo un gesto con la cabeza. La joven, a su vez, lo saludó levantando el brazo —consciente de que Judith y las otras chicas le habían puesto el ojo encima— y escapó al oscuro interior de la catedral. Al llegar allí vio a Leah rezando de rodillas al pie del altar. En cuanto oyó el eco de las pisadas de Immanuelle, la muchacha abrió los ojos y se volvió hacia ella.

Leah sí era una estampa de hermosura, envuelta en sus ropajes blancos y el cabello tan largo que le llegaba al final de la espalda. Una sonrisa apareció en su rostro y echó a correr entre los bancos de la catedral para abrazar con fuerza a Immanuelle.

Se mantuvieron abrazadas en silencio durante largo rato.

Aquello era el final, el final de lo que habían compartido en su niñez. Con el paso de los años, Leah se había vuelto mujer, mientras que Immanuelle no, y había llegado la hora en la que deberían separarse.

—Se ve muy bien que eres la prometida de un profeta —dijo Immanuelle. Se esforzaba

para que la tristeza no se reflejara en su voz.

Leah sonrió e hizo una pequeña cabriola. La pálida falda de su vestido para la ceremonia ondeó en torno a su cuerpo, ligera como neblina. Lo había cosido ella misma con gasas unos meses antes de la boda. Había trabajado de noche a la luz de una vela, bordando en él los versículos de las Escrituras, como solían hacer las novias jóvenes. Tenía los pies descalzos y limpios, y se había peinado el cabello con una raya en medio. Del cuello le colgaba una nueva daga sagrada de oro, muy parecida a las que llevaban los apóstoles, salvo en que su hoja era roma y mucho más corta. Jugueteó un poco con ella mientras hablaba.

—Había pensado que no vendrías jamás. Me tenías preocupada.

—Nuestro mulo se ha tomado su tiempo —respondió Immanuelle.

—Bueno, pues me alegro de que ya estés aquí. Te necesito. Para que me des fuerzas.

—Me tienes a tu lado. Siempre.

Leah tendió la mano para agarrar la de Immanuelle. Tenía los dedos fríos. Se dio cuenta de los vendajes.

—¿Me vas a contar lo que te ha ocurrido?

—No tenía intención de explicártelo.

—Pues mira, yo quiero saberlo y no puedes negarte, porque es el día de mi incisión.

Venga, cuenta.

Immanuelle miró al suelo.

—Me quemaron como castigo.

—Ha sido Martha, ¿verdad? —Immanuelle asintió, sin mirarla a la cara—. Es demasiado dura contigo. Siempre lo ha sido.

—Esta vez me lo he ganado. Puedes creerme.

Leah frunció el ceño.

—¿Qué hiciste?

Immanuelle calló unos instantes, en parte por vergüenza y en parte porque temía explicárselo.

—Me metí en el Bosque Oscuro. Mi carnero rompió la cuerda con que lo llevaba atado y se metió entre los árboles. Traté de seguirlo, pero al poco tiempo cayó la noche y me perdí.

Estaba a punto de rendirme, pensaba esperar al amanecer para buscar el camino de regreso...

pero entonces oí voces.

—¿Y qué decían esas voces?

Immanuelle flaqueó.

—No entendí nada de lo que decían.

—Entonces eran... ¿extranjeros?

—No. No lo creo. Lo que ocurre es que los sonidos que hacían no eran palabras de ningún tipo. Solo eran gemidos y sollozos. Fue eso lo que me atrajo hacia ellas.

Leah estaba pálida y muy turbada.

—¿Qué aspecto tenían?

—Eran altas, muy delgadas. Demasiado delgadas. Y estaban echadas en el suelo en un claro entre los árboles, y se abrazaban como podrían haberlo hecho marido y mujer.

Leah la miró con ojos desorbitados.

—¿Qué hicieron al verte?

Immanuelle estuvo a punto de hablarle del diario de su madre, pero se contuvo. Lo mejor para ambas era que se mordiese la lengua. Tenía miedo de haberle contado ya demasiado. Después de todo, faltaba muy poco para que Leah fuera la esposa del Profeta, sujeta a él por el sello sagrado. Immanuelle sabía lo poderoso que era un vínculo como ese, y aunque confiara en Leah como amiga, en cuanto fuera esposa del Profeta ya no sería dueña de sí misma.

—No hicieron nada. Se quedaron allí de pie. Me eché a correr antes de que tuvieran la oportunidad de acercarse a mí.

Leah calló un buen rato, como si aún no supiera si tenía que creérselo. Y luego le dijo:

—Pero ¿cómo se te ocurrió? El bosque es peligroso. Por algo nos enseñan que nos alejemos de él.

Una llama de cólera lamió la nuca de Immanuelle.

—¿Tú te crees que no lo sé?

Leah la agarró por el hombro y apretó con tanta fuerza que le arrancó un gemido.

—No basta con saberlo, Immanuelle. Tienes que prometerme que no

vas a regresar jamás al Bosque Oscuro.

—No lo haré.

—Bien —dijo Leah, y aflojó la presión—. Espero que esas mujeres que viste regresen al infierno de donde salieron. Aquí no hay sitio para ellas.

—Pero es que no estaban aquí —dijo Immanuelle en voz baja—. Estaban en el Bosque Oscuro.

—¿Y acaso el Padre no tiene poder también sobre el bosque?

Immanuelle recordó el diario de su madre, las cuatro palabras que se encontraban al final de la última anotación: «Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza».

—Tal vez el Padre haya vuelto Su espalda hacia el bosque —dijo con cuidado de no levantar la voz—. Él tiene Su Reino, y la Madre Oscura tiene el Suyo.

—Pero has pasado por los caminos del Bosque Oscuro sin sufrir ningún daño. Eso tiene que significar algo.

Antes de que Immanuelle tuviera oportunidad de responder, la campana de la catedral sonó y las puertas se abrieron. El Profeta entró a la oblicua luz de los rayos del sol. Vestía ropas sencillas, en vez de las túnicas y estolas que solía llevar los días de Sabbath. De algún modo, sus vestidos sencillos lo hacían todavía más intimidante. Immanuelle no pudo evitar fijarse en el tono amarillento de su piel. Tenía bajo los ojos unas bolsas oscuras que los ensombrecían, y la muchacha habría jurado que había costras de sangre en las comisuras de sus labios.

El Profeta se volvió en primer lugar hacia Immanuelle y observó su vestido, y por su expresión pareció que lo reconociera. Como si a través de ella contemplara el tiempo ya desaparecido en el que Miriam aún vivía. La joven no había entendido nunca del todo lo que el Profeta había visto en su madre. Algunos decían que la había buscado por amor, otros que, por lujuria, pero la mayoría pensaba que Miriam había seducido al Profeta con su brujería.

Circulaba un gran número de historias y de secretos, hebras enmarañadas y cabos sueltos, pero Immanuelle se preguntó si la verdad podría hallarse en la intersección de todo ello.

Al cabo de un largo instante, el Profeta se volvió y le hizo un gesto con la cabeza a

Leah, como si acabara de recordar que se encontraba allí. El hombre avanzó en silencio hasta el altar. Se detuvo tan solo un momento para cubrirse el rostro con la manga y toser. El resto de la comunidad entró detrás de él y desfiló hacia los bancos. Los apóstoles caminaron en torno al perímetro de la estancia. Ezra se encontraba entre ellos.

Immanuelle hizo todos los esfuerzos posibles por no mirarlo.

La mirada de Leah, a su vez, se volvió hacia el Profeta.

—Es la hora.

Immanuelle asintió y estrechó por última vez la mano de Leah antes de que su amiga se dirigiera al altar. Mientras la muchacha buscaba su sitio en los bancos, los apóstoles entonaron una bendición y Leah subió al altar, cuidando de recogerse la falda de modo que no se le viesen las rodillas. Y allí se quedó, inmóvil, a la espera del cuchillo.

El Profeta llevó la mano al vientre de la muchacha.

—Te bendigo con la semilla del Padre. —Su mano subió hasta el pecho de la joven—.

El corazón del cordero.

Leah lo miró con una sonrisa trémula. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

El Profeta levantó la cadenilla de su daga y pasó el arma sobre su cabeza.

—Que el poder del Padre actúe a través de ti, ahora y para siempre.

El rebaño de fieles respondió al unísono:

—Bendiciones por siempre.

Entonces, el Profeta acercó la hoja a la frente de Leah y le hizo un corte. Marcó la primera línea del sello sagrado. La muchacha no chilló, ni forcejeó, mientras la sangre le bajaba por las sienes y se depositaba dentro de sus oídos.

El rebaño miraba en silencio. Immanuelle se agarraba al banco con tanta fuerza que se le habían quedado los nudillos blancos. No quería

pegar un salto durante el rito de la incisión.

Le pareció que habían pasado varias horas cuando el Profeta puso la mano sobre la cabeza de Leah y la acarició con gentileza. Sus dedos se entretuvieron en los rizos de la muchacha y revolvieron sus cabellos.

Al sentir su roce, Leah se incorporó muy despacio. Un reguerillo de sangre le bajaba por el puente de la nariz y le adornaba los labios. Con una sonrisa vacilante y los ojos llenos de lágrimas, se volvió hacia la comunidad y se lamió la sangre.

—— ✠ ——

CAPÍTULO SÉPTIMO

Lilith, coronada de huesos,

es madre de las bestias.

Por las aguas está nadando

Delilah de sonrisa tierna.

Jael y Mercy cantan sus canciones

a la luna y los astros.

Cuentan su amor impío

y sus mortales pecados.

Pero los que se aventuran en el bosque

después de ponerse el sol

no volverán a ver la luz del alba,

ni conocerán nada mejor.

Canción de cuna de Bethel

Después de la incisión hubo un banquete, uno de los más grandes que se hubieran visto desde la cosecha de otoño. Pusieron nueve mesas para los invitados de Leah y del Profeta. Todas ellas eran tan largas que iban de un extremo al otro del patio de la catedral. En todas había un gran número de bandejas y platos. Se sirvió estofado de vaca y patatas, maíz tostado, y un surtido de panes y quesos. Para beber

había sidra y cerveza fuerte, que los hombres tomaban a tragos de unas jarras grandes de madera. Las barbas les quedaban cubiertas de espuma. A la hora del postre comieron ciruelas hervidas con crema y azúcar.

En lo alto brillaba una luna redonda y llena, y el cielo estaba tachonado de estrellas.

Los invitados comieron en abundancia, charlaron y se rieron, borrachos del poder de la incisión. Las familias se juntaban con espíritu de fraternidad y las esposas del Profeta andaban entre las mesas, atendían a los invitados y se tomaban su tiempo para saludarlos uno a uno.

Al frente de todo ello —en una pequeña mesa para dos— se sentaban Leah y su esposo, el Profeta. La muchacha sonreía, a pesar del dolor que le causaba la herida reciente, que ya le habían limpiado y vendado. Al ver a Immanuelle sentada al fondo del patio con los Moore, su sonrisa se ensanchó. Sus ojos se inflamaban con la luz de las hogueras, las mejillas se le enrojecían a causa del calor, y quizá también de los excesivos sorbos de cerveza. A su lado se sentaba el Profeta, con los codos apoyados sobre la mesa y los dedos entrelazados. Este siguió la mirada que su nueva esposa dirigía a Immanuelle, y la muchacha se quedó con la inequívoca impresión de que el hombre la observaba.

Solo con pensarlo, Immanuelle sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda. Pero antes de que pudiera apartar el rostro, el Profeta se puso en pie, y en ese mismo instante todo su rebaño quedó en silencio. Apartó los ojos de la joven y pasó al otro lado de la mesa para dirigirse a la comunidad.

—Esta es una noche de alegría —dijo, con voz algo ronca—. Me he unido en santo enlace con una verdadera hija del Padre y doy gracias por ello.

El rebaño aplaudió.

—El Padre, en Su divina providencia, ha juzgado oportuno ofrecerme un gran número de esposas que encarnan las virtudes de nuestra fe. Por ello, querría honrar a nuestro Padre, en celebración por Su infinita gracia y generosidad. —Se detuvo un instante para toser, cubriéndose la boca con el brazo, y luego recobró la compostura y sonrió—. Que entren las brujas.

La comunidad estalló en vítores. Los hombres levantaron las copas y

sus esposas golpearon los platos sobre las mesas. Los niños se daban palmadas en las rodillas y en el vientre. Al sonar la fanfarria, los apóstoles salieron de la catedral. Llevaban espantapájaros con forma de mujer. Cada una de las figuras estaba colocada en una cruz de hierro, con los brazos extendidos, y el cuello y el cuerpo atados a la misma.

Cuando se acercaron, la comunidad estalló en aplausos. Los hombres levantaron el puño y gritaron maldiciones al viento.

El apóstol se adelantó con la primera de las brujas, una pequeña figura de mimbre poco más grande que Honor.

—Esa es Mercy —dijo Anna, que se tomaba el tiempo necesario para instruir a sus hijas en los detalles de la fe.

El apóstol siguiente sostenía a su bruja muy por encima de su propia cabeza, de modo que el camisón que la cubría se agitaba y ondeaba al viento. La falda se subió hacia arriba y dejó al descubierto el lugar donde habrían estado sus vergüenzas, y algunos de los hombres más atrevidos la insultaron.

—¡Puta! ¡Zorra!

—¿Y quién es esa? —preguntó Anna mientras el apóstol llevaba la figura hasta las crepitantes llamas.

—Esa es Jael —dijo Immanuelle, y se estremeció al decir el nombre, porque recordó a la miserable criatura que había visto unos días antes en el Bosque Oscuro—. La segunda Amante.

—Sí —asintió Anna, y torció el labio con repugnancia—. Esa es ella. Y es malvada.

Perversa y taimada como la mismísima Madre Oscura.

Alargó una mano para hacerle cosquillas en el vientre a Honor. La niña chilló y rio con entusiasmo, pataleó bajo la mesa y los platos y copas se tambalearon.

Entonces llegó la tercera bruja. Llevaba un vestido no muy distinto del de Immanuelle, solo que le habían rellenado de paja el corpiño para imitar la hinchazón de una mujer embarazada.

—Esa es Delilah —contó Martha—. La Bruja del Agua. La puta del infierno.

Era Ezra quien cargaba con la última bruja. La llevaba en una barra de hierro. Su figura duplicaba a las otras en tamaño y estaba desnuda. Su cuerpo estaba hecho con ramas de abedul entrelazadas. A lado y lado de la cabeza le salían unas ramas de arbolillo que recordaban a una cornamenta.

Anna no dijo su nombre en voz alta, aunque sí vitoreó cuando Ezra pasaba cerca de ella. Pero Glory y Honor se quedaron en silencio a su paso. Se encogieron un poco cuando la sombra de la última bruja pasó sobre ellas. Su nombre emergió de las profundidades del cerebro de Immanuelle: Lilith. Primera hija de la Madre Oscura. Reina Bruja del Bosque, que reinaba con ira y mataba a cualquiera que se opusiese a ella.

Cada uno de los apóstoles levantó en alto la bruja que llevaba y clavó bien hondo en el suelo el poste en el que se sostenía, de modo que las figuras quedaran erguidas. El Profeta levantó su antorcha, una rama envuelta en llamas cuya longitud casi igualaba la estatura de Immanuelle. Entonces la acercó a las brujas y les fue pegando fuego una por una. Primero a las Amantes, Jael y Mercy, y después a la Bruja del Agua, Delilah.

Immanuelle sintió un sabor amargo en lo más hondo de la garganta y se le retorció el estómago. La sangre le palpitaba con tal fuerza en los oídos que casi dejó de oír los insultos de la multitud.

Lilith era la última de las brujas que iban a arder aquella noche y el Profeta le sacó todo el partido. Alzó la rama en llamas muy por encima de su propia cabeza y la metió entre los cuernos de la bruja, como si hubiera golpeado con una espada. En sus ojos brillaba el fulgor de la antorcha y parecía que las ascuas ardieran en lo más hondo de sus pupilas.

Immanuelle, en silencio, vio arder a Lilith, contempló las llamas que la devoraban y la engullían, mientras el resto de los invitados volvía a comer y charlar. Vio como ardían las brujas hasta que las llamas se extinguieron y tan solo quedaron los huesos ennegrecidos de Lilith, que humeaban en los brazos de la cruz de hierro.

Immanuelle huyó de la fiesta. La cerveza le daba calor en el vientre y la cabeza le pesaba.

Pasó por el lado de unos niños que corrían en círculo en torno a los restos chamuscados de las brujas y berreaban himnos que casi no dejaban oír la música del violinista. Pasó por el lado del Leah, y del

Profeta, y de la multitud de esposas de este. Pasó por el lado de los Moore sin que la vieran.

Anduvo tambaleándose hasta detrás de la catedral, hasta el cementerio que se alzaba allí. En cuanto llegó, cayó de rodillas y las arcadas le sacudieron el cuerpo, y vomitó la cerveza sobre los matojos. Se puso en pie, aturdida, dio unos pocos pasos más y volvió a sufrir arcadas. Vomitó sobre una lápida funeraria cercana y el líquido maloliente resbaló hasta la tierra.

A pesar del calor veraniego, Immanuelle temblaba. Respiró hondo para recobrar el equilibrio y se secó la boca con la manga.

Qué necia había sido al imaginar que podría zafarse del recuerdo de las brujas. Lo que había visto aquel día en el bosque era real. Las Amantes no eran fugaces alucinaciones. Eran de carne y sangre, tan reales como ella misma. El diario, las cartas, el bosque prohibido... no la abandonarían jamás y ella tampoco podría abandonarlos. No habría plegaria ni castigo que los alejara.

Lo que había visto en el bosque se había transformado en parte de ella misma... y la muchacha sabía muy bien que tenía que matar esa parte de sí misma, y sin tardanza.

Immanuelle logró ponerse en pie y anduvo por el cementerio. Zigzagueó entre las lápidas y leyó los epitafios, por si aquello la ayudaba a aclararse la cabeza. Algunas de ellas pertenecían a profetas y apóstoles de eras pasadas, pero la mayoría indicaban el lugar donde reposaban los cruzados que habían caído en la guerra para acabar con las brujas. En unos pocos casos se trataba de fosas comunes y en las lápidas que las marcaban solo estaba escrito: «En recuerdo de los hombres del Padre y de la oscuridad que purificaron». En cuanto a las brujas, no había monumentos que identificaran sus tumbas. Sus huesos y su recuerdo se

hallaban en el Bosque Oscuro.

En el centro del cementerio había una gruesa lápida de mármol, casi tan alta como una casa de dos pisos, esculpida en la forma de un pináculo que sobresalía del suelo como un hueso medio enterrado. Immanuelle se arrodilló para leer la inscripción que se hallaba al pie del monumento, aunque en realidad no fuera necesario. Igual que casi todo el mundo en Bethel, se la sabía de memoria.

Decía: «Aquí yace el primer profeta del Padre, David Ford, desde la primavera del Año de la Llama hasta el invierno del Año del

Despertar». Más abajo, unas palabras profundamente inscritas en la piedra proclamaban: «Sangre por sangre».

A pesar del agobiante calor de la noche, Immanuelle temblaba. Los huesos del Matador de Brujas, el profeta que había purificado, abrasado y limpiado Bethel de toda maldad, se hallaban bajo sus pies. Porque fue David Ford quien mandó a la hoguera a Lilith y al resto de su contubernio, quien encendió el fuego y atizó las llamas. Todas las purificaciones habían empezado con él y con la guerra que libró durante los Días Oscuros.

Immanuelle se puso en pie. Entonces oyó un débil grito en el viento. Moviéndose con sigilo entre las lápidas, anduvo hasta el final del cementerio, que se hallaba en la linde del bosque. Una verja de hierro cerraba el cementerio y lo separaba de los árboles que todo lo cubrían más allá de las Tierras Santas. Y fue allí donde los descubrió. Ezra y Judith estaban juntos en la oscuridad, a pocos pasos del sepulcro tras el que se escondía Immanuelle. Se encontraban muy cerca el uno del otro y Judith sujetaba al muchacho por la camisa. Lo agarraba por la tela con ambos puños.

—Basta ya —dijo Ezra, y trató de obligar a la muchacha a abrir las manos.

Judith lo agarró con más fuerza todavía.

—No puedes obligarme a quererlo.

—Hiciste un juramento —exclamó Ezra—. Te marcaron con una incisión igual que a Leah, y harías bien en recordarlo.

Trató de darle un empujón para alejarla de su cuerpo, y entonces fue cuando Judith se arrojó sobre él y lo besó por la fuerza. Le metió las manos bajo la camisa y movió sus caderas contra las del joven.

—Por favor —murmuró, con los labios sobre los del muchacho, sobre su cuello—. Por favor, Ezra.

El joven la agarró por los hombros y la obligó a retroceder.

—Te he dicho que no.

Los ojos de Judith se llenaron de lágrimas. Volvió a arrojarse sobre él, lo agarró por el puño de la daga, y dio un tirón tan violento que la cadenilla de la que colgaba se rompió. Las diminutas anillas de plata se desparramaron en la oscuridad y unas pocas llegaron tan lejos que

cayeron junto a los pies de Immanuelle.

El corazón le dio un vuelco y se le paró un instante. Se volvió para marcharse, y tropezó con la falda del vestido de su madre, desesperada por huir, cuando uno de los niños que jugaban en torno a la hoguera chilló.

Ezra lo oyó y volvió la cabeza, y entonces vio a Immanuelle. La llamó por su nombre y la muchacha huyó. Corrió por el cementerio tan rápido como había corrido por el bosque en aquella noche de tormenta.

—— ✠ ——

CAPÍTULO OCTAVO

Padre, ayúdalos. Padre, ayúdanos a todos nosotros.

Miriam Moore

Aquella noche Immanuelle soñó con el bosque. Conjuró en sueños visiones en las que la Madre Oscura merodeaba por los caminos del bosque y acunaba en Sus brazos un cordero sacrificado y arrastraba Su negro velo por la maleza. Soñó con las brujas de paja que ardían como antorchas en la noche, en miembros entrelazados y besos robados. En sus pesadillas, vio como las Amantes se revolcaban sobre la tierra, cómo se agarraban la una a la otra, con los dientes desnudos, los ojos pálidos iluminados por la luz de la luna.

Cuando despertó, tenía el cuerpo cubierto de sudor frío, la espalda de su camisón estaba húmeda, se le pegaba a los hombros como una segunda piel. Se sentó, aturdida. El corazón le marcaba un enérgico ritmo contra las costillas. En sus oídos resonaba un balido lastimero.

Al principio pensó que era el eco de un sueño. Pero cuando volvió a oírlo, se acordó del rebaño, y las sombras de sus pesadillas se desvanecieron, se puso en pie de un salto y tomó la capa que colgaba del gancho de la puerta. Se embutió los pies en las botas de agua, agarró la lámpara que tenía en la mesilla de noche y bajó con ligereza por la escalera de la buhardilla hasta el pasillo.

El silencio reinaba en la granja, salvo por los ronquidos de Abram. Immanuelle se dio cuenta de que se había acostado en el lecho de Anna, por lo cerca que se oía. En aquellos días solía acostarse en el lecho de Anna, y muy poco, o nunca, en el de Martha.

Immanuelle se alegró de ello. En las noches en las que Abram se acostaba con Martha, la mujer no podía dormir, y a menudo Immanuelle la oía caminar por los pasillos. En cierta ocasión, hacía años, Immanuelle había sorprendido a su abuela en la cocina, casi a la hora de la medianoche, con una taza llena del whisky de Abram. Miraba al exterior, a la negrura del bosque, mientras su marido dormía en la cama de ella.

Otro balido quebró el silencio e Immanuelle volvió a acordarse del rebaño. Bajó a toda prisa por la escalera, tan silenciosamente como pudo. Al correr, su lámpara se mecía y alternaba luces y sombras. El gimoteo continuó: un sonido hueco, agudo, que parecía meterse en los huesos de la casa. Al salir a los pastos de atrás, Immanuelle se dio cuenta —

con un gélido espasmo en el vientre— de que provenía del Bosque Oscuro.

Immanuelle bajó del porche trasero y echó a andar por los pastos. El fulgor de su lámpara de queroseno era como una mancha de calor en el negro mar de la noche.

Otro grito, más agudo que el anterior, y más fuerte.

Immanuelle echó a correr hacia los pastos, esta vez a toda velocidad, y no encontró más que a su rebaño, apretujado para guarecerse del frío de la noche, quieto y silencioso, y

totalmente ileso. La muchacha contó rápidamente los animales. En total eran veintisiete.

Todos los corderos y las ovejas estaban allí. Pero el grito continuó, y ya era más aullido que gimoteo.

Entonces se oyó algo más: un chillido que brotaba de una garganta de mujer.

Al oírlo, un agudo dolor se apoderó de Immanuelle. Se dobló por la cintura y la lámpara escapó de su mano. La recogió del suelo antes de que el queroseno se derramase e incendiara la hierba, apretó los dientes para contener el dolor que sentía en el estómago.

Los gritos se fueron volviendo cada vez más frenéticos, hasta que Immanuelle se dio cuenta de que no eran gritos, sino más bien algún tipo de canción. Sabía que tenía que regresar a casa, volver a su cama, donde no correría peligro, y abandonar el bosque a su propia maldad. Pero no lo hizo.

Era como si alguien le hubiera atado un hilo en torno al esternón y tirara de ella, la obligara a acercarse. Como si algo, o alguien, la llevase hacia el Bosque Oscuro. Tal vez habría podido resistirse si lo hubiese intentado de verdad. Habría podido obedecer a todos los instintos que la apremiaban a dar media vuelta y regresar a la granja. Habría podido cumplir sus promesas.

Pero no hizo nada de eso.

En cambio, dio un paso hacia los árboles, anduvo por la hierba que se mecía en los pastos, trepó sobre la cerca que los rodeaba, atraída por las voces del bosque. Lámpara en mano, Immanuelle se abrió paso entre la densa maleza, siguió la llamada del bosque entre los árboles. No sabía por dónde caminaba, ni hacia qué caminaba, pero sí sabía —sin saberlo de verdad— que no se había perdido.

Continuó, y continuó... Las zarzas se adherían a su camisón y sentía el frío en la nuca.

Parecía que los gritos se deslizaran entre los árboles, pero se habían vuelto más tenues y fenecían entre jadeos y susurros que se perdían en el viento sibilante. En esos momentos podía oír su propio nombre en medio de aquel coro: «Immanuelle, Immanuelle».

Pero no sintió miedo. No sentía nada, salvo aturdimiento y ligereza, como si en vez de andar pasara rozando el suelo entre los árboles, insustancial como las mismas sombras.

Una rama se partió. Su mano agarró con mayor fuerza el asa de la lámpara y sintió un ligero estremecimiento, y su mano quemada se irritó bajo los vendajes.

Sintió en el aire un olor húmedo y embriagador, y cuando los gritos terminaron, oyó el suave chapoteo de aguas revueltas.

Por instinto, siguió el sonido, con la lámpara en alto para iluminar los árboles.

Abriéndose paso entre los arbustos, llegó a un pequeño claro. En el centro del mismo se hallaba un estanque de aguas negras como petróleo. Igual que un espejo, devolvía el reflejo de la luna al propio astro. Immanuelle se detuvo al borde del agua y su mano se aferró con más fuerza todavía al asa de la lámpara.

—¿Hola? —preguntó a la noche, pero el bosque engulló el sonido. A pesar del silencio, no se oyeron ecos. Los gritos habían enmudecido. El follaje de los árboles se había aquietado.

Immanuelle sabía que debería haber echado a correr, volver por donde había venido y huir a la granja. Pero en cambio, enderezó los hombros y plantó los pies en el suelo, y halló en sí misma un vestigio de fortaleza al que aún se podía aferrar.

—Si hay alguien ahí, dejad que os vea. Sé que los de vuestra especie acecháis en el Bosque Oscuro. Sé que conocisteis a mi madre, y que me estáis llamando, igual que la llamasteis a ella.

Cualquiera que fuese la maldad que querían obrar en ella, Immanuelle tenía que descubrir de qué se trataba y ponerle fin.

Unas amplias ondas se formaron en el agua del centro del estanque. Las olas acariciaron la orilla y la lámpara de Immanuelle chisporroteó

como si se le terminara el combustible.

A la luz parpadeante, una mujer emergió de las aguas poco profundas. Immanuelle dio un paso hacia atrás, tambaleándose, y levantó la lámpara.

—¿Quién está ahí?

La mujer no le respondió. Se deslizó por las aguas someras como habría podido hacerlo un pececillo. Sus miembros se enredaban en los juncos. Cuando se acercó aún más, Immanuelle vio que era hermosa, y que tenía ese tipo de rostro que podía hacer que un profeta volviera la cabeza, o agarrar el corazón de un hombre y arrancárselo de las costillas.

Y entonces Immanuelle la reconoció, porque la había visto en las páginas del diario de su madre. Tenía la misma boca firme y severa que una de las mujeres de los dibujos. Su anchura habría resultado casi cómica si no hubiera tenido los labios tan carnosos y bonitos. Sus cabellos eran oscuros y lustrosos, del mismo color que la espuma del estanque que se deslizaba sobre las piedras donde el agua era poco profunda. Su piel era pálida como la de un cadáver, como la piel de las Amantes, e igual que ellas llevaba una marca entre las cejas, una estrella de siete puntas en el centro de un círculo.

Entonces Immanuelle lo entendió: se trataba de Delilah, la Bruja del Agua.

La mujer se deslizó sobre el vientre por la pendiente de la orilla y luego se puso en pie.

El lodo negro cubría sus desnudos pechos y su atributo de mujer, pero Immanuelle, al resplandor de la lámpara, distinguió todas sus líneas y perfiles. Al acercarse la bruja se dio cuenta de que no era una mujer, sino más bien una muchacha de su edad, no más de dieciséis o diecisiete años, máximo dieciocho.

Delilah se le acercó tanto que Immanuelle sintió su olor. Apestaba a criaturas muertas, a líquenes, a hojas, a putrefacción en las aguas del estanque. Fue entonces —a la luz de la luna— cuando Immanuelle vio las magulladuras, los moretones oscuros como manchas de tinta que le afeaban las mejillas. Tenía el ojo derecho algo hinchado y sus dos labios estaban partidos.

La bruja tendió una mano y sus dedos se cerraron en torno a la muñeca de Immanuelle.

Con un rápido movimiento, rasgó las vendas y la quemadura quedó expuesta al aire frío de la noche. A pesar de todos los ungüentos y los cuidados de Anna, no se había curado bien.

Estaba roja e irritada, y supuraba pus. Lo más probable era que le quedara una fea cicatriz después de que le cayeran las costras.

Cuidadosamente, como una madre haría con su hija, la mujer llevó la palma de la mano de Immanuelle a sus labios y la lamió. Un frío entumecedor irradiaba de su boca.

Entonces Delilah la besó: primero la carne de la palma, luego la muñeca. Los labios de la bruja siguieron los tendones de Immanuelle hasta las yemas de los dedos. Mientras lo hacía, sus ojos oscuros miraban a los de Immanuelle, y en ningún momento dejaron de

mirarlos.

El miedo se apoderó del pecho de la muchacha y su visión se volvió borrosa.

Reconoció retazos del diario de su madre reflejados en la mujer... su rostro delgado, pálido, muerto. La lámpara escapó de sus dedos y cayó al suelo con un golpe sordo.

Delilah tiró de su mano. Immanuelle dio medio paso hacia delante, luego otro, y mientras caminaba se quitó las botas. Entró descalza en el agua. Sintió que las olas se elevaban a su alrededor, que le cubrían los tobillos, las pantorrillas, los muslos, que le lamían la curva de la entrepierna, todo el volumen de sus pechos, hasta que sus pies se deslizaron por el fondo y el agua le besó el mentón.

Delilah la hizo avanzar más y más. Caminaba de espaldas para que la muchacha pudiese verla. Sus ojos muertos, hinchados, estaban clavados en los de Immanuelle.

Y entonces se sumergieron en el agua, desaparecieron en la negrura, el frío y las sombras. La bruja dejó de sujetarla, sus dedos se separaron de la muñeca de Immanuelle y se hundió en las oscuras profundidades del estanque.

Ella trató de seguirla, pero sus piernas habían muerto, pesaban tanto que tenía que luchar para acabar cada uno de sus pasos. El frío subía de las profundidades del estanque, y la muchacha se hundía como si tuviera ladrillos encadenados a los pies. Sintiendo opresión en el pecho, se sumergió en la oscuridad.

En la negrura vio rostros, imágenes fugaces. Un atisbo de la sonrisa de su madre, los retratos de las Amantes pálidas como la luna, el cadáver de mimbre de una bruja que ardía en la cruz, una niñita, una mujer con el cabello corto como el de un muchacho.

Immanuelle les tendió la mano y trató de llamarlas, su voz no fue más que un gorjeo que desapareció en las aguas.

Y entonces, cuando ya se rendía a la oscuridad, ascendió de nuevo y salió a la superficie con un jadeo. Vio la lejana linde del bosque más allá de las aguas del estanque, desdibujada y borrosa. La bruja se había esfumado. Immanuelle estaba sola.

En Bethel, nadar era pecado. Una persona recatada y prudente no entraba en el agua, porque se creía que los demonios moraban en ella. Pero Leah le había enseñado en secreto a Immanuelle un verano, cuando ambas eran más jóvenes y osadas. Habían cabeceado en las aguas poco profundas del arroyo, se habían tapado las narices y nadado como los perritos hasta que Immanuelle aprendió a tomar aliento entre brazada y brazada.

Y en aquel momento Immanuelle pensó en Leah, mientras movía brazos y pies y nadaba hacia la orilla del estanque guiándose por la luz de la lámpara. Una corriente profunda le tiraba de los tobillos y tenía que pelear para mantenerse a flote. Cuando por fin llegó a las aguas bajas, gateó hasta la orilla sobre manos y rodillas, y una vez allí se desplomó, y vomitó en el suelo.

Su pecado la había salvado.

Mientras se apretaba el vientre con brazos temblorosos, vislumbró dos pies desnudos que caminaban por las sombras de la maleza y salían al pálido halo de la luz de su lámpara.

Se apartó los rizos húmedos de los ojos y levantó la mirada, y vio que una figura femenina

—aunque bestial— se cernía sobre ella.

La mujer —porque Immanuelle estaba segura de que era una mujer— tenía un cuerpo alto y desgarbado. Sus piernas eran largas y delgadas, mantenía los brazos caídos y las yemas

de los dedos le rozaban las rodillas. Y estaba desnuda, tan desnuda que ni siquiera un púdico vello le cubría el atributo de mujer. Pero lo que atrajo la mirada de Immanuelle no fue tanto su desnudez como la

calavera de ciervo que se hallaba al final de su delgado y pálido cuello: una corona de hueso.

Su nombre brotó de los labios de Immanuelle como una maldición:

—Lilith.

La Bestia resopló con fuerza. El vapor escapó por las grietas de su calavera y se arremolinó en torno a sus astas.

Immanuelle se agazapó en el fango. A pesar del terror que sentía, su buen sentido le bastó para advertir que se hallaba frente a una reina. Bajó la mirada. El corazón le latía con tanta fuerza que sentía dolor en el pecho. Y allí estaba, postrada en el lodo y las sombras.

Respiraba con dificultad, y sus lágrimas marcaban un rastro en la mugre y el fango del estanque que le habían quedado sobre las mejillas.

Iba a morir allí. Estaba segura. Iba a morir, igual que los que habían sido lo bastante necios como para adentrarse de noche en el bosque. No le quedaba ninguna fe en alcanzar los cielos —no, al cabo de tantos pecados y tanta locura—, pero de todos modos rezó.

La Bestia movió los pies. Sus dedos desnudos se clavaron en el fango. Estaba agachándose. Immanuelle se arriesgó a mirar hacia arriba. Aquella enorme calavera se había ladeado, con un movimiento tan humano, y tan semejante incluso al de una niña, que Immanuelle se acordó de Glory por un momento fugaz.

La Bestia alzó una mano que solo de lejos parecía humana. Sus dedos, largos y absurdamente delgados, recorrieron el puente de la nariz de Immanuelle, y luego descendieron hasta el surco del labio superior.

Immanuelle, fascinada, buscó los ojos de Lilith y clavó su propia mirada en las cuencas negras y vacías de la temible calavera. Pero en su interior no halló nada, salvo vapor y sombras arremolinadas.

Sintió que las rodillas le fallaban.

Lilith le sujetó la muñeca con una mano gigantesca y fría y la obligó a ponerse en pie.

El viento soplaba en el bosque y parecía que los árboles se inclinasen y temblaran bajo su fuerza. Las aguas del estanque se agitaron y una bruma inundó el claro y se arremolinó en torno a sus tobillos. La

criatura levantó una mano para agarrar un rizo que caía tras la oreja de Immanuelle y algo parecido a un sollozo salió de sus labios.

Entonces el dolor traspasó una vez más el estómago de Immanuelle, y la muchacha de dobló por la cintura, casi sin poder sostenerse en pie. Una vez más suplicó salvación —esta vez en voz alta—, llamó al Padre, luego a la Madre, y finalmente a la propia Lilith, a todos los dioses que se dignaran a escucharla.

Pero no halló respuesta... nada. Nada salvo el dolor abrasador que sentía en el vientre.

Y, al tiempo que las rodillas de Immanuelle flaqueaban, un reguerillo de sangre descendió por su pierna, bajó por la curva de la pantorrilla y se deslizó por el tobillo, hasta desaparecer en el agua que había quedado a sus pies.

De pronto, las aguas del estanque quedaron inmóviles.

El viento se calmó y las ramas de los árboles dejaron de sacudirse.

Lilith se retiró hacia las sombras con pasos lentos, con la calavera baja, para evitar que

su cornamenta se enredara con el ramaje. Immanuelle habría jurado ver un breve centelleo en la negrura de las cuencas de sus ojos. Y entonces la bruja se perdió de vista.

Immanuelle echó a correr. Pero a cada paso que daba, a cada carrerilla que tomaba entre la maleza y los helechos, el dolor que sentía en el estómago se volvía más agudo, y la oscuridad más opaca, y parecía que el bosque la engullera, que la obligara a retroceder otros dos metros por cada uno que avanzaba. En lo alto, las ramas se elevaban hasta formar un extraño caleidoscopio en el que la luz de luna se dividía, las sombras se difuminaban, las estrellas centelleaban en la negrura.

Pero no dejó de correr, aunque la oscuridad le tirara de los tobillos y la arrastrara hacia el corazón del bosque. Divisó una luz lejana en la negrura. El fulgor mortecino de las ventanas donde las velas daban calor. Entrevió la granja de los Moore por los espacios vacíos entre árboles.

El dolor le desgarró el vientre y un fuerte rugido le llenó los oídos, al tiempo que las sombras se alzaban a su alrededor. Lo último que vio Immanuelle antes de que la noche la engullera fue el ojo brillante de

la luna que parpadeaba entre los árboles.

CAPÍTULO NOVENO

El derramamiento de sangre engendra el poder de cielos e infiernos. Porque la ofrenda que se realiza con el hierro gana la expiación en sus muchas formas.

Immanuelle despertó tendida en el suelo. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no se hallaba en lo más profundo del Bosque Oscuro, sino en su propia casa, en su propia cocina, echada de bruces al pie del lavadero. Su capa, húmeda y sucia de barro, se había quedado en el otro extremo de la estancia, en el suelo, al lado de la puerta trasera, que estaba entreabierta.

Al instante la asaltaron los recuerdos de la noche. Recordó a Delilah, que se había deslizado entre los juncos en las aguas bajas. A Lilith, que había regresado a las sombras del Bosque Oscuro, tan callada como cuando había venido. Las ramas que se habían cerrado en torno a ella, la llegada de la oscuridad. Recordó haber corrido por el bosque, el dolor en el vientre, la sangre que perdía, recordó haberse desplomado en la linde del bosque, el rostro de la luna que la contemplaba por los huecos entre el ramaje.

Podría haber pensado que todo era un sueño, de no haber sido por la negra mugre que le ensuciaba las uñas, por sus cabellos húmedos y el camisón embarrado.

No, había ocurrido de verdad. Todo aquello había ocurrido de verdad.

A juzgar por la luz azulada que se colaba por la ventana de la cocina, debía de faltar muy poco para la salida del sol, aunque parecía que aún no se había levantado nadie en toda la casa. Dio las gracias por ello. Se imaginó la paliza que le pegaría Martha si se enteraba de que había vuelto a ir al Bosque Oscuro.

Immanuelle reprimió ese pensamiento. Sentía el sabor de la bilis en el fondo de la garganta. Un dolor sordo volvió a desgarrarle el vientre y se estremeció. Con los ojos entrecerrados, miró entre sus propias piernas y vio un charco de sangre pequeño y frío a sus pies. La muchacha perdía una roja humedad que se filtraba por sus enaguas y manchaba el entablado del suelo.

Su primer sangrado.

Immanuelle se puso en pie torpemente y trató de limpiar la cocina. Frotó la sangre con un viejo trapo, y también el lodo. En cuanto el suelo estuvo impecable, subió con sigilo hasta el cuarto de baño, se llevó un puñado de trapos de los que había en la cesta que estaba junto al lavamanos y trató de metérselos en las bragas. En esos momentos no se sentía mujer, sino más bien como un bebé que trataba

de cambiarse sus propios pañales. El sangrado tendría que haber sido un momento de celebración, alivio —contra toda probabilidad, por fin era mujer—, pero tan solo se sentía pequeña, herida, y un poco enferma.

Immanuelle lo compartió con Anna, y después con Martha. Hubo mucha agitación,

alguien hizo que se sentara en una silla del comedor y le llevó una taza humeante de infusión de hoja de frambuesa y un plato de huevos con un bollo frito. Se sentía demasiado mareada como para comérselo. Pero, a pesar de la insistencia de Anna en que tenía que quedarse echada, al salir el sol Immanuelle ya había emprendido el camino hacia los pastos, cayado en mano. Conducir el rebaño era una tarea difícil. Immanuelle estaba fatigada por la noche que había pasado en el bosque y se movía con lentitud, y sentía en el vientre los dolores del sangrado. Parecía que el rebaño advirtiera su malestar. Los carneros estaban inquietos. Las ovejas, asustadizas. Los corderos balaban al más insignificante soplo de brisa, como si temieran que el viento les arrancara la carne de los huesos. Immanuelle tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para llevarlos hacia los pastos orientales, y cuando por fin lo hubo hecho, se desplomó sobre las hierbas altas, con los dolores del sangrado en el vientre.

En el lugar donde terminaban los pastos empezaba el Bosque Oscuro. A medida que salía el sol, las sombras de los árboles cubrían el llano. Unos pocos buitres volaban en torno a los pinos, cabalgaban sobre el viento, pero no se divisaba ni un indicio de la presencia de las brujas. No había mujeres en el bosque. No había Amantes que retorcieran el cuerpo.

Delilah no acechaba entre los árboles, ni tampoco vislumbró rastro alguno de Lilith.

El bosque estaba en silencio.

Cuando la luz del sol naciente se coló entre los árboles, Immanuelle recordó la última anotación en el diario de Miriam: «Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza. Padre, ayúdalos».

¿Qué era lo que Miriam había visto en el bosque y le había inspirado aquellas anotaciones? ¿Qué era lo que había sabido y que Immanuelle aún no sabía? Y quizá aún más importante: ¿qué era ese impulso carnal que obligaba a Immanuelle a volver al bosque una y otra vez, a pesar del peligro?

¿Por qué la llamaba el bosque?

Immanuelle podría haber pasado todo el día ahí sentada, podría haber contemplado los árboles y forcejear con la verdad, si no la hubiera distraído una voz que la llamaba por su nombre.

Se volvió y tuvo que entrecerrar los ojos bajo la luz del sol naciente, y vio que Ezra venía hacia ella con un paquete en la mano.

—Buenos días —le dijo.

Immanuelle sintió una punzada. Recordó haberlo visto la noche anterior, en la linde del bosque, en los brazos de Judith.

La muchacha volvió los ojos hacia el rebaño. A lo lejos, Josiah, el bracero que trabajaba para su familia, alejaba los animales del Bosque Oscuro.

—Así lo quiera el Padre.

Ezra se detuvo a poca distancia, pero la brisa transportaba el aroma que envolvía al muchacho: heno recién cortado y cedro. Se hizo un instante de silencio. El joven se metió las manos en los bolsillos.

—Vengo a disculparme.

Immanuelle vaciló, sin saber muy bien qué decirle. Las personas que ocupaban cargos en la Iglesia no solían disculparse, porque raramente pecaban.

—¿A disculparte? ¿Por qué?

Ezra se sentó a su lado, sobre la hierba, tan cerca de ella que sus hombros casi se tocaban. Contempló en silencio los pastos y luego se volvió hacia la muchacha.

—Por lo que viste la pasada noche, después de la fiesta. Me comporté de una manera indigna de mi nombre. Actué con bajeza, y también cometí un acto de egoísmo al hacerte conocer mis pecados.

A la muchacha no le preocupaban los pecados de Ezra. La mirada de Immanuelle se volvió hacia la linde del bosque. Se abrazó las rodillas recogidas contra el pecho y se quedó en silencio. Sin aguardar su respuesta, Ezra le puso en las manos el paquete que había traído.

Immanuelle había pensado en rechazar el regalo hasta que se dio cuenta de su peso y su forma. Era un libro.

—Es el que estuviste leyendo en el mercado —dijo Ezra, al tiempo que rasgaba el papel. El color subió a las mejillas del muchacho y casi pareció que sintiera timidez. Pero Immanuelle sabía que eso no era posible. No podía ser que una chica como ella produjera semejante reacción en un joven como él—. Es casi exactamente el mismo.

Immanuelle pasó las páginas hasta encontrar, hacia la mitad del libro, el poema que había leído aquel día. Ezra estaba en lo cierto, era el mismo, aunque la cubierta fuera distinta y casi todas las páginas estuvieran marcadas con el sello de la Iglesia. La muchacha comprendió, sobresaltada, que el joven debía de haberlo sacado de la biblioteca privada del Profeta. Habría sido un bonito gesto, si no se hubiera tratado de un soborno.

—No hace falta que me regales un libro para hacerme callar. —Lo cerró de golpe e hizo el gesto de devolvérselo—. No pienso meterme en tus asuntos. No voy a contárselo a nadie. No te preocupes.

—No me preocupo. Es que... me siento culpable por pedirte que me guardes mis secretos.

—Pues no me lo pidas —respondió Immanuelle, que aún sostenía el libro frente a él—.

No pasa nada.

—Pero es que es un pecado.

Ezra tenía razón en eso. Era un pecado, y además un pecado grave. La misma falta que había llevado a la hoguera a Daniel, el padre de Immanuelle. Pero a la luz de lo que había visto en el bosque la noche anterior, le parecía casi trivial.

—Los pecados se pueden perdonar —dijo la muchacha, haciéndose eco de las palabras que Leah había pronunciado hacía varios Sabbath.

—Sí —asintió Ezra—. Pero no es nada fácil aligerarse el peso de la culpa.

—¿Y por eso quieres que me quede el libro? ¿Para aligerarte el peso de la culpa?

—Si no es mucho pedir... —Ezra se encogió de hombros—. Además, me gustaría tener a alguien con quien hablar.

—¿Sobre poesía?

Asintió.

—En la biblioteca hay más. Puedo buscar por los estantes y traerte más libros.

—No —respondió Immanuelle—. Con este me bastará, gracias. No necesitas comprar mi silencio.

La muchacha se estremeció, porque temió haber ido demasiado lejos y haber dicho más de la cuenta, pero Ezra se contentó con sonreír.

Se dio cuenta por primera vez de que tenía diminutas pecas en la nariz, una nariz algo torcida, como si le hubieran arreado un mal puñetazo en una pelea de patio de escuela. Y

quizá fuera así. Los rumores sobre Ezra se difundían con tanta rapidez como los que circulaban sobre Immanuelle. Se sabía que el joven era inteligente y astuto, que todo el tiempo leía o estudiaba, que era el tipo de persona que sabía hacer las preguntas adecuadas.

Además, era fuerte y había heredado la testarudez de su padre, y al igual que él se había ganado el respeto de la gran mayoría de los hombres de Bethel, y si no, por lo menos el miedo, miedo al poder del Profeta, que ardía dentro de Ezra como un fuego sagrado, aunque el muchacho aún no hubiera presenciado su Primera Visión.

—¿Qué te ha ocurrido en el labio? —La pregunta de Ezra la sacó de sus pensamientos, y entonces Immanuelle se dio cuenta de que el muchacho la estaba mirando. Llevó una mano al lugar donde Judas la había golpeado. Aunque hacía tiempo que el labio partido había cicatrizado, la comisura seguía magullada e hinchada.

—Perdí en una pelea con un carnero enfurecido.

—¿Ese que llevabas al mercado?

—Sí. —Recordó la cabeza ensangrentada de Judas, abandonada sobre el tocón a modo de presente, y entonces masculló—: Ha muerto.

—¿Como víctima sacrificial?

Ezra volvió la mirada hacia los pastos.

La muchacha iba a negar con la cabeza, pero no lo hizo.

—Podría ser.

Ezra se puso en pie y se estiró, trazando círculos con los hombros para desentumecerlos.

—Ya me dirás si te gusta este libro. En el lugar de donde ha salido quedan muchos más. Hay una biblioteca en el Refugio. Puedo traerte lo que tú quieras.

Immanuelle abrió la boca para responder, para decirle que una muchacha como ella no tenía nada que hacer con los libros del Profeta, por grande que fuera su deseo de leerlos, y entonces se oyó un chillido en los pastos. La joven reconoció la voz: Glory.

Hubo un momento de silencio. Entonces se oyó un segundo grito.

Immanuelle se puso en pie al instante. En cuanto echó a andar, Ezra se cruzó en su camino, como si quisiera protegerla de los peligros que pudiera haber. Pero Immanuelle no tenía tiempo para satisfacer el sentido de la caballerosidad del joven. Lo apartó de un empujón y echó a correr hacia el eco de los gritos de Glory. Y mientras corría, tan solo pensaba en las mujeres del bosque... en las brujas de ojos muertos.

Encontró a Glory al lado del pozo, al final de los pastos. Se hallaba a unos pocos metros de la linde del bosque, con un cubo volcado sobre los pies.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Immanuelle deteniéndose a su lado.

Glory negó con la cabeza. Tenía la boca abierta y algunos de sus rizos rubios se le habían quedado pegados a los labios. Volvió la mirada hacia Ezra, como si la aparición del muchacho le hubiera causado tanta sorpresa como su anterior motivo de espanto. Pero ese instante pasó y la muchacha volvió en sí. Las palabras parecían pegarse a su garganta. Señaló al cubo con un dedo tembloroso.

Ezra se agachó a recogerlo. Entonces Immanuelle sintió el olor a putrefacción que

impregnaba el aire, húmedo y fétido. Un líquido oscuro se filtraba por el suelo y manchaba la superficie del cubo.

Immanuelle trató de tragar saliva con la boca seca, con el estómago revuelto. Ezra colgó el cubo de su gancho y volvió a bajarlo hasta el fondo del pozo. Hizo girar la manivela y el cubo descendió y desapareció en las profundidades. Cuando el sonido del cubo

rompiendo la superficie del agua resonó por el pozo, el muchacho hizo girar la manivela en sentido contrario, con rapidez. La tensión que le provocaba el esfuerzo era visible en su espalda.

Poco a poco, el cubo subió hasta el brocal de piedra del pozo. Ezra lo descolgó del gancho y Glory retrocedió dando un traspiés, como si el joven hubiera subido una víbora desde el agua.

Ezra dejó el cubo en el suelo e Immanuelle vio con horror que estaba lleno hasta arriba con un líquido espeso y oscuro que se derramaba por el borde y ennegrecía el suelo.

Immanuelle cayó de rodillas a su lado y metió los dedos en el cubo. Cuando sacó la mano, las yemas le habían quedado de color rojo brillante.

—Sangre —susurró, y al decir esas palabras sintió una especie de horrendo *déjà vu*, tan poderoso que pareció que le arrancara el alma del cuerpo. Tardó un instante en volver en sí.

—¿Dónde está Martha?

—Ha ido con mamá a las Tierras Santas para asistir a un parto —respondió Glory con palabras atropelladas—. La sexta esposa del apóstol Isaac está...

—¿Y Abram? ¿Dónde está?

—E-en su taller.

—Ve a buscarlo —dijo, y al ver que la niña no se movía, le dio un empujón en la dirección correcta—. ¡Venga!

Entonces Ezra se acercó a ella y frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

Immanuelle asintió, trató de responderle, pero se quedó en silencio al verse la mano ensangrentada. Sintió una vez más aquel tirón, la fuerza espectral que momentos antes había tratado de sacarla de su propio cuerpo... no muy distinta de la fascinación del bosque.

—Estoy...

Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza. Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza.

Sangre.

Sangre.

—Immanuelle...

—Gracias por el libro.

Con esas palabras, Immanuelle se volvió y se echó a andar hacia la granja. Atravesó corriendo los pastos. Tal y como le había dicho Glory, no había nadie, e Immanuelle irrumpió en la sala y subió a saltos por la escalera hasta su habitación. En cuanto estuvo frente a la cama, cayó de rodillas, metió la mano bajo el colchón y sacó el diario. Lo abrió en el suelo y fue manchando de sangre las páginas a medida que las pasaba hasta llegar a la anotación final: Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza. Sangre. Pestilencia. Oscuridad.

Matanza. Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza. Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza.

Sangre...

Sangre.

Por supuesto.

La estupefacción se transformó en temor, y el temor se convirtió en horror. Immanuelle leía y releía las palabras y entendía por primera vez su significado. El diario. La lista. Los dibujos del bosque y de sus brujas. Las palabras de Miriam no eran divagaciones de una mujer enloquecida. Eran advertencias frente a lo que iba a suceder.

Cuatro advertencias. Cuatro brujas. Cuatro plagas, y la primera había llegado.

—Immanuelle, ¿qué diabl...? —Ezra entró en su dormitorio y se agachó a su lado.

Primero la miró a ella, y luego al diario que tenía sobre el regazo—. ¿Qué es eso?

Immanuelle cerró de golpe el diario, lo metió dentro del baúl del ajuar y cerró este último. Se volvió con la intención de inventarse alguna excusa plausible para Ezra, pero las campanas de la iglesia le impidieron hablar. Doce tañidos en rápida sucesión, una pausa, y entonces otras campanas se hicieron oír por todo Bethel, porque

repetían la llamada de alarma. Y así empezó la primera de las plagas.

CAPÍTULO DÉCIMO

El amor es un acto de lealtad.

Immanuelle iba sentada al lado de Martha en la carreta y contemplaba los llanos moribundos.

Avanzaban por el camino principal en dirección a las Tierras Santas. El hedor a carnicería impregnaba la atmósfera y el zumbido de los mosquitos ahítos de sangre había cobrado tanta fuerza que casi impedía oír el traqueteo de las ruedas.

En tiempos antiguos —cuando las hijas de la Madre Oscura habían batallado contra el rebaño del Padre— se habían trabado combates en los llanos. Immanuelle recordaba las historias que le habían contado sus maestras en la escuela, historias de hombres heridos y de campos de batalla ensangrentados de los que no se divisaba el final.

Immanuelle pensaba en todas aquellas historias mientras iban hacia la catedral y pasaban entre las granjas moribundas de los Calveros y dejaban atrás kilómetros de maizales que la sangre había ennegrecido. En los días que habían pasado desde el comienzo de la plaga de sangre, las aguas contaminadas se habían filtrado desde el suelo, infectado la tierra y destruido las cosechas.

El mundo entero estaba rojo y podrido.

Immanuelle sentía dolor en la garganta. No había podido beber un sorbo desde el amanecer. El agua estaba racionada en casa de los Moore —como en todas las demás—, pero aun así no había suficiente. No se encontraba agua pura dentro de las fronteras de Bethel y se rumoreaba que las cisternas de la iglesia estaban casi vacías.

Para sorpresa de Immanuelle, Martha tomó las riendas e hizo que el mulo se dirigiera a las Afueras, un extenso pueblo de chabolas que se hallaba a la sombra del bosque meridional.

La mayoría de las gentes de Bethel lo evitaban por miedo a los pecadores que vivían allí con vergüenza y miseria.

—Hay una inundación de sangre en las Tierras Santas —dijo Martha, para explicarle por qué había decidido acudir a la catedral por el camino más largo—. Sus caminos están cortados.

La carreta pasó entre una serie de chozas tan decaídas y decrépitas que parecía que un soplo de viento podría transformarlas en un montón de maderos. Cuando se acercaban al centro del pueblo, la

muchacha vio la pequeña y ruinosa iglesia donde los habitantes de las Afueras se congregaban para rendir culto en Sabbath, mientras el resto de Bethel se reunía en la catedral. El edificio tenía una torre corta y torcida, y una única ventana con una vidriera que representaba una mujer cubierta con un velo negro. Immanuelle pensó que se trataría de una santa, o de un ángel, aunque no llevara diadema. La carreta tuvo que acercarse para que la joven reconociera a la mujer: la Madre Oscura.

En los frescos que adornaban las bóvedas de la catedral, la diosa aparecía siempre como una criatura miserable, con miembros retorcidos y garras en vez de manos, y los labios manchados con la sangre de los cruzados a los que había devorado en combate. Pero en aquel retrato la Madre Oscura se veía hermosa, incluso gentil. Su piel era de una profunda tonalidad de negro, casi tan oscura como Su velo, pero Sus ojos eran como pálidas y anchas lunas. No se parecía en nada a la diosa maldita de las brujas y los infiernos. No, en aquella representación parecía mujer mortal más que monstruo... y por el motivo que fuese, eso era aún peor.

La carreta avanzaba traqueteando. Unos pocos muchachos con el torso desnudo correteaban descalzos por la mugre de las calles. Al acercarse Martha e Immanuelle, abandonaron sus juegos y se quedaron inmóviles, con los ojos muy abiertos, en silencio, mientras la carreta pasaba de largo.

En la lejanía acechaba la sombra del Bosque Oscuro occidental. Cuanto más se adentraban en el pueblo, más cerca se hallaban el bosque. Aunque los bosques que bordeaban los Calveros del este fueran exuberantes y frondosos, no podían compararse con la selva que flanqueaba las Afueras. De algún modo, el bosque del oeste parecía más vivo.

Las copas de sus árboles estaban repletas de vida: ardillas grandes como gatos trepaban por las ramas de los árboles y los cuervos se posaban sobre el follaje de robles y cornejos, extendían al sol sus alas y graznaban sus canciones vespertinas. En lo alto, un azor volaba en círculo sobre el bosque inmenso y un viento poderoso soplaba entre los árboles y arrastraba el aroma a marga y a cadáveres.

A lo largo del bosque se ofrecían tributos y sacrificios: una medida de maíz que alguien había introducido entre las raíces de los árboles, una piel de oveja colgada en una rama baja de un roble, una cesta de huevos en la copa de un tronco, guirnaldas que parecían hechas de romero seco, pollos y conejos muertos con las patas perforadas para

pasar un cordel y colgarlos de las ramas de los pinos.

Immanuelle estiró el cuello para ver mejor el extraño espectáculo.

—¿Qué es todo eso?

Martha no apartaba los ojos del camino.

—Son ofrendas.

La carreta pasó frente a lo que parecía una especie de altar, una elaborada construcción de ramas sobre la que yacía una cabra destripada.

—¿Ofrendas a quién?

—Al bosque —replicó Martha, como si escupiera las palabras—. En estas regiones lo adoran. El Profeta debería expulsarlos a las tierras salvajes por semejante pecado. Si tanto les gustan los bosques, que regresen a ellos.

—¿Por qué no lo hace?

—Me imagino que por misericordia. Pero no debería preguntarme por qué el Profeta hace lo que hace, y tú tampoco. —Se volvió hacia Immanuelle y le dirigió una severa mirada, y luego giró de nuevo la cabeza hacia el camino—. Además, los que viven en las Afueras tienen su posición, igual que la tenemos nosotros. También el pecador ocupa un lugar en este mundo. Y también el hereje puede glorificar a su manera al Padre.

Cuando llegaban al corazón del pueblo de chabolas, una joven de piel caoba emergió

de las ruinas de una choza y se puso en medio de la calle. Iba descalza, con los pies magullados, y llevaba en el pecho, sujeto con un cabestrillo, a un bebé que berreaba sin cesar. Mientras se acercaban, abrió ambos brazos, despegó sus labios resecos y las miró con ojos enloquecidos.

—Agua para el bebé, por favor. Dadnos un poco para beber.

Martha murmuró una plegaria y sacudió las riendas. Las ruedas de la carreta entraron en un charco y salpicaron de sangre a la mujer. Esta retrocedió tambaleándose, agarrando al niño, y tropezó con su propio vestido.

Immanuelle se volvió para decir algo, pero Martha la agarró por la muñeca.

—Déjalos con sus pecados.

Pero Immanuelle no podía apartar los ojos de la mujer. La vio agazapada a un lado del camino, llorando, hasta que se transformó en una mota en el horizonte y desapareció.

El viaje continuó. Cuando giraron hacia el sur, en dirección a las Tierras Santas, el zumbido de las moscas y mosquitos cobró fuerza. Dejaron atrás el pueblo de chabolas y pasaron por amplios llanos y prados inundados de sangre, que se ahogaban bajo el desbordamiento de las aguas subterráneas contaminadas.

A lo lejos se divisaban las grandes propiedades de los apóstoles de la Iglesia, los maizales y pastos que se extendían hasta más allá del horizonte occidental. Estaban cubiertos de cadáveres de vacas, caballos y otros animales que habían muerto de sed durante los primeros días de la plaga, todos ellos putrefactos y cubiertos de moscas.

—Miriam venía a cabalgar por estas colinas —explicó Martha, que todavía empuñaba con fuerza las riendas. Una leve sonrisa afloró a su rostro, e Immanuelle alcanzó a vislumbrar la mujer que Martha debía de haber sido antes de la muerte de su hija. Una mujer gentil, quizás incluso cariñosa—. Abram le compró un poni el verano en que cumplió trece años. Montaba casi todos los días... Subía y bajaba por estos caminos, casi tan rápida como los diablos, hasta que un día quiso ir demasiado deprisa. El animal tropezó sobre una piedra del camino y se rompió el hueso de la rodilla. Yo misma lo vi. Cayó allí.

Martha señaló un bosquecillo de manzanos muertos al lado del camino.

—¿Qué sucedió con el caballo? —preguntó Immanuelle, y al hablar sus labios resecos se agrietaron. Trató de humedecerlos, pero tenía la lengua seca.

—Miriam lo mató —respondió Martha con voz monótona, como si hubiera estado hablando sobre el tiempo—. Abram quiso hacerlo, pero Miriam no se lo permitió. Empuñó el rifle y le disparó al poni directo al ojo.

Immanuelle lo procesó en silencio. Un escalofrío le recorrió la espalda. La carreta traqueteaba por el camino en dirección a la catedral. El sol

se ponía y las sombras empezaban a cobrar fuerza. Aquella noche Immanuelle estaba sola con Martha. Anna se había quedado en casa para cuidar del resto de la familia.

—Id en paz —les dijo cuando se marchaban, e Immanuelle notó su preocupación. Todo el mundo a quien el Padre hubiera concedido buen juicio estaba preocupado. La tierra sangraba bajo sus pies y, a pesar de todas sus plegarias y esfuerzos, no lograban poner fin a aquello. Era lo que Miriam había profetizado en su diario.

Si el Profeta y sus apóstoles conocían la causa de la plaga de sangre, o algún medio para detenerla, no habían compartido sus descubrimientos con el rebaño. Lo único que

hacían era animar al pueblo a rezar y ayunar, con la esperanza de ganarse el favor del Padre.

Mientras dicho favor no llegara, se los animaba a racionar sus recursos, a sacar el jugo de las frutas y verduras ya recolectadas, a recoger el agua de lluvia y lo poco que pudieran del rocío todas las noches y amaneceres. Pero con aquellos escasos recursos no les bastaba.

Immanuelle había perdido ya a seis de sus ovejas por sed o envenenamiento.

Pero, a pesar de la tribulación, aún les restaba esperanza. Días después de la plaga de sangre, las tempestades se abatieron sobre Bethel. Y gracias a la coordinación de los granjeros y de la Iglesia consiguieron almacenar un buen volumen de agua. Además, las reservas de hielo que se guardaban en las catacumbas del Refugio del Profeta también les habían resultado útiles, así como sus grandes bodegas de vino. Se hablaba incluso de traer agua fresca de los asentamientos que se encontraban más allá de la Puerta Consagrada. Pero, a pesar de todas aquellas medidas, las reservas menguaban con rapidez, habían pasado varios días sin lluvia y el pánico empezaba a cobrar fuerza de nuevo. El ganado se les moría todos los días y todo el mundo daba por sentado que se sufrirían nuevas pérdidas, esta vez humanas, si la plaga no terminaba pronto.

Al cabo de un camino largo y tortuoso llegaron a la catedral y la encontraron llena. Era un día laborable, pero los granjeros se habían marchado de sus campos en hora temprana y todos los apóstoles se habían reunido allí.

Immanuelle saltó al suelo. La muchedumbre se agitó. El patio estaba

abarrotado de hombres y muchachos que vestían camisas sudorosas y pantalones manchados de sangre. Sus ropas apestaban por haber estado en los campos.

La muchacha distinguió a lo lejos el arroyo donde solía encontrarse con Leah al salir de la iglesia. Ya era poco más que una herida sanguinolenta entre las colinas. Las rocas que sobresalían del agua estaban manchadas de sangre. La quebrada entera parecía la escena de una matanza, e Immanuelle, desde el sitio donde se encontraba, sintió el hedor de la putrefacción.

—Ven por aquí —la apremió Martha. Pasaron juntas entre la muchedumbre, evitando carretas y carruajes. Reinaba una solemnidad mucho mayor que la típica de las asambleas del Sabbath. Todo el mundo parecía hablar con débiles murmullos, como si hubieran temido molestar al mismísimo Padre si empleaban una voz más fuerte.

Martha e Immanuelle subieron por la escalinata y entraron en la catedral. En su interior el aire estaba impregnado del olor acre de la sangre y el sudor. Las gentes se apiñaban en los bancos y llenaban los pasillos adyacentes. Al frente, en hilera tras el altar, se hallaban los apóstoles y otros santos de elevado rango dentro de la Iglesia, pero Ezra no se encontraba entre ellos. Estaba en la nave de la catedral y andaba de un banco a otro con un cubo lleno de leche y un cucharón de hierro. Se agachó frente a un anciano y le llevó el cucharón a los labios. Unos momentos después una niñita se acercó a él, y entonces el muchacho dejó el cubo, apoyó una rodilla en el suelo y le susurró algo que la hizo reír. En cuanto la niña hubo bebido su parte, Ezra le limpió la boca con la manga, cogió de nuevo el cubo y siguió adelante.

Cuando entró en el pasillo central entre los bancos, sus ojos se encontraron con los de Immanuelle. Vaciló por un instante, como si lo avergonzara que lo hubiera sorprendido en pleno ministerio. Pero luego se recobró y se acercó a ella. Se abrió camino entre el gentío

hasta que estuvo a su lado.

Acercó el cucharón a los labios de la muchacha.

—Toma —le dijo con voz quebrada. Hablaba como si él mismo necesitara beber algo.

Immanuelle se inclinó hacia delante. El frío borde del cucharón presionó su labio inferior. Tomó un pequeño trago. Luego otro. La leche estaba cálida y dulce. Beberla reconfortó sus labios resecos y calmó el ardor que sentía en la garganta. Vació el cucharón, y Ezra

había vuelto a meterlo en el cubo para ofrecerle un segundo trago cuando Martha llamó a la muchacha por su nombre.

La mano de la mujer se cerró sobre el hombro de Immanuelle y apretó con fuerza. Miró con ojos centelleantes, primero a su nieta, luego a Ezra, y después otra vez a Immanuelle.

—Ven, tenemos que buscar un sitio para sentarnos, antes de que nos veamos obligadas a quedarnos de pie.

—Immanuelle puede sentarse con nosotros —dijo Ezra, y señaló con la cabeza un banco cercano donde se agolpaban sus amigos y medio hermanos. Aparentemente, la invitación suscitó el interés de todos ellos. En calidad de sucesor, Ezra era uno de los jóvenes solteros más codiciados de Bethel, y se sabía que cortejaba a las muchachas siempre que le apetecía. Pero, a juzgar por los rostros consternados de sus amigos, Immanuelle podía dar por seguro que no estaban acostumbrados a verlo cortejar a una chica como ella.

Martha también pareció darse cuenta, e Immanuelle vio a las claras el desprecio que le inspiraba aquella deferencia.

—Immanuelle estará donde tiene que estar. Conmigo.

—Muy bien —respondió Ezra, que tal vez se hubiera dado cuenta de que su voluntad no podría imponerse a la de Martha. Precavido, tomó el cucharón de la mano de Immanuelle y regresó con sus amigos. La muchacha, a su vez, se alejó con Martha, con plena consciencia de las miradas que la siguieron mientras se alejaba.

Poco después de que se sentaran, Isaac, el primer apóstol, subió al altar. Era un hombre alto, de piel pálida y rostro aguileño, expresión arisca en los labios y barbilla prominente.

Immanuelle pensó que debía de haber sido apuesto en su juventud, y sabía que contaba con las esposas necesarias para demostrarlo. Su voz tenía el timbre de un órgano bien afinado y reverberaba por toda la catedral.

—Estamos aquí reunidos para hacer frente a una grave dolencia. Comparezco en nombre del Profeta, que ante este gran mal se ha retirado a su santuario para un período de plegaria y súplicas.

Un coro de murmullos respondió a su declaración. Durante el último año, el Profeta había pasado semanas enteras encerrado en el Refugio, donde se entregaba al ayuno y la meditación. Pero crecía la sospecha

de que sus súbitos períodos sabáticos se debían en realidad a su mala salud.

—Nuestras tierras están mancilladas —afirmó el apóstol, que caminaba de un lado a otro al pie del altar—. Una gran maldad habita en nuestras aguas. Nuestros ríos la arrastran.

Sé que teméis por vuestras familias, cosechas y tierras. Y bien podéis temer. Esta plaga no es una obra de la naturaleza tal como la conocemos. No se debe al azar. Hay alguien entre nosotros, quizá alguien que se sienta esta noche en los bancos, que ha atraído esta maldición.

Se oyeron gritos ahogados por toda la catedral y empezaron los susurros, un fuerte

murmullo como el sonido de las cigarras en verano. El apóstol Isaac alzó la voz hasta casi gritar:

—El Profeta está convencido de que alguien ha tenido trato con las fuerzas de la oscuridad y ha despertado a esa maldad que antes dormía.

Immanuelle sintió una opresión sobre el pecho. Pensó en Delilah caminando por las aguas bajas del estanque, en las Amantes que se retorcían sobre la tierra en el claro, en el momento en que había vislumbrado los pies oscuros de Lilith cuando esta emergía de las sombras del Bosque Oscuro. ¿Era posible que aquellos breves encuentros hubieran dado comienzo a algo mucho más grande y horrible de lo que había pensado hasta entonces? ¿Era posible que la propia Immanuelle tuviera algo que ver con todo aquello?

—Dime, ¿cómo se conjuró esta maldad? —Una voz delgada y trémula levantó ecos desde el fondo de la catedral. Una anciana se adelantó e Immanuelle la reconoció al instante.

Era Hagar, la primera esposa del profeta anterior y una de las últimas que aún vivían.

Apoyándose pesadamente en el bastón, anduvo cojeando hasta el pasillo y miró con ojos fieros a Isaac—. Dices que ese pecador tiene que haberse encontrado con fuerzas que moran en el Bosque Oscuro, pero no basta con eso. Muchos necios han entrado en el bosque y han dado testimonio de sus horrores sin engendrar plagas como esta. No habíamos contemplado un poder semejante desde los días de David Ford. ¿Cómo es que una maldad tan grande ha despertado ahora,

precisamente ahora?

—El Profeta cree que se ofreció algún tipo de... incentivo —respondió el apóstol Isaac con voz dubitativa—. El Padre no es el único que recibe ofrendas de sangre. Si alguien que se encuentra entre nosotros ha ejecutado un ritual, si alguien ha ofrecido un sacrificio de sangre a la Madre, puede que haya bastado para suscitar esta maldad.

Al oírlo, Immanuelle respiró más tranquila. Quizá hubiera pecado al entrar en el Bosque Oscuro; había visto lo que no tenía que ver, pero no había caído tan bajo como para ofrecerle un sacrificio a la Madre. La plaga debía de ser obra de otra persona.

Sin embargo, pareció que el apóstol Isaac le hablara tan solo a ella al decir:

—Si alguno entre vosotros se ha ofrecido a lo oscuro, le pido que confiese ahora mismo sus pecados, para preservar su alma de los fuegos de la hoguera y de las llamas sagradas de la purificación.

—— ✠ ——

CAPÍTULO ONCE

Porque es en los fuegos de la purificación donde los hombres hallan la fe.

Cuando la asamblea finalizó, todo el mundo hablaba del fuego. La hoguera era el castigo tradicional para la brujería y la herejía en Bethel, pero habían pasado años desde la última purificación. Había quien hablaba de las hogueras como de una bendición, otros como de un espectáculo, porque recordaban que grandes fuegos habían ardido sobre las colinas en las purificaciones del pasado. Aunque todo el mundo pareciera conmocionado por la revelación del apóstol Isaac de que alguien había arrojado deliberadamente una maldición, Immanuelle no tenía claro qué era lo que le daba más miedo, si la maldición de la sangre o la amenaza de las llamas sagradas.

—¡Immanuelle! —Se volvió al oír que alguien la llamaba y vio que Leah había escapado de las garras de las otras esposas del Profeta.

Era la primera vez que Immanuelle veía a su amiga desde la noche de la incisión. El sello que le habían trazado entre las cejas cicatrizaba bien, pero las bolsas amoratadas que tenía debajo de los ojos habían empeorado, aunque solo un poco.

—Te veo bien. —Immanuelle se permitió aquella pequeña mentira mientras se abrazaban—. ¿Las demás te tratan con gentileza?

—Me tratan como quieren —dijo Leah, y miró de soslayo a su espalda. A pocos metros de allí, las otras esposas del Profeta se habían apiñado y contemplaban a la muchedumbre con los labios apretados hasta parecer finas líneas. La muchacha agarró a Immanuelle por el hombro y se la llevó unos pasos más allá, lejos de oídos indiscretos—. La mayoría de ellas no son crueles, pero tampoco me tratan con amabilidad. Tan solo Esther —

la madre de Ezra— me trata bien de verdad.

—¿Y tu marido? ¿Te trata bien?

Leah se ruborizó, pero en sus ojos no había ninguna calidez.

—Me llama a menudo.

«Se acuesta a menudo con ella.» Immanuelle se encogió solo con pensarlo.

—¿Y... te gusta?

Leah se miró las manos e Immanuelle se dio cuenta de que le temblaban, aunque solo fuera con un temblor ligero. La joven entrelazó los dedos para tratar de aquietarlos y apretó con tanta fuerza que se quedaron sin sangre.

—Me complace satisfacer la voluntad del Padre.

—No te pregunto por la voluntad del Padre, te pregunto por la tuya. —Se acercó un poco más a su amiga y bajó la voz—. ¿Te gusta? ¿Eres feliz?

—Lo que me gusta es estar aquí contigo.

—Leah...

—No —la interrumpió con firmeza—. Por favor, Immanuelle. ¿Podríamos hablar de otra cosa, de lo que sea? Hace semanas que no te veía. ¿Cómo has estado?

—Bastante bien —respondió Immanuelle, que no quería cambiar de tema, pero sabía que no le quedaba otra opción—. El rebaño está bastante bien, dentro de lo que cabe, aunque he perdido algunos corderos y una de mis mejores ovejas de cría por culpa de la plaga...

—Pero ¿y tú, Immanuelle? ¿Cómo estás tú?

—Yo... bueno... he sangrado.

En cuanto dijo esas palabras, varias piezas encajaron.

Había sangrado.

De algún modo, lo había olvidado. Aquella noche en el Bosque Oscuro, en la que Lilith se había erguido frente a ella y Delilah se deslizaba por las sombras de lo profundo, había empezado su primera sangre. El flujo ya era constante a la mañana siguiente, cuando había despertado echada en la cocina, pero el sangrado había empezado aquella noche en el estanque, junto a las brujas. Immanuelle tuvo un temblor en las manos. El corazón se le aceleró a un ritmo rápido y brutal.

¿Y si su sangrado menstrual era el sacrificio de sangre del que había hablado el apóstol Isaac? ¿Y si era ella quien había engendrado aquella desgracia? ¿Era posible que, sin saberlo, fuera cómplice de los planes de Lilith? La mera idea estuvo a punto de hacerla vomitar, pero no podía acallar la sospecha, cada vez más fuerte, de que lo sucedido

aquella noche en el Bosque Oscuro era mucho más que un encuentro casual.

Entonces la asaltó un horrible pensamiento, la respuesta a una pregunta que se había hecho desde la primera vez que entró en el bosque. ¿Y si el diario era un cebo? Cuando las brujas le regalaron las palabras de su madre, antes de que pasaran todas aquellas semanas, supuso que lo hacían por alguna especie de parentesco o afinidad con Miriam. Pero ¿y si no era así? ¿Y si el verdadero motivo por el que le habían dado el diario era que querían que volviese allí e hiciera el sacrificio que necesitaban para crear la plaga? ¿Y si el diario era un señuelo, un lazo que la ataba al bosque?

Al entender plenamente lo que había ocurrido, Immanuelle sintió que las piernas le flaqueaban. Aquella noche en la que acudió al Bosque Oscuro le habían tendido una trampa y la habían manipulado para que ejecutara el sacrificio de sangre que las brujas necesitaban para crear la plaga. La propia Immanuelle había puesto algo en movimiento. Había abierto una puerta que no sabía cómo cerrar, y todo Bethel sufría por su pecado y su ingenuidad.

Todo aquello era obra suya.

Leah le agarró la mano.

—¿Immanuelle? ¿Qué te ocurre?

Ella no le respondió. Sus pensamientos daban vueltas a tanta velocidad que le resultaba imposible formar palabras. Si hubiera sido mejor persona, lo habría confesado todo en aquel momento y lugar. Habría comparecido ante el apóstol Isaac, le habría contado todo lo que sabía sobre la plaga... cómo había empezado, dónde, y sus sospechas de que luego se producirían otras. Le habría entregado el diario de su madre. Pero Immanuelle sabía que, si lo hacía, tendría bastantes posibilidades de que la quemaran en la hoguera bajo acusación de brujería. Si informaba a la Iglesia se condenaría a sí misma... eso lo tenía claro. Y la misma

idea de entregar el diario de Miriam a la Iglesia le resultaba insoportable. Era verdad que lo habían usado para tenderle una trampa, pero de todos modos era un fragmento de su madre, y todavía más: era su fuente de conocimiento sobre las brujas y sobre el bosque por el que rondaban. Quizá aún pudiera utilizarlo de algún modo.

Entonces se le ocurrió algo, una idea peligrosa... ¿Y si hubiera alguna otra solución?

Alguna manera de detener la plaga de la sangre sin implicar a la Iglesia, sin delatarse. ¿Y si podía acabar con la plaga del mismo modo en que la había empezado? ¿Con su propia sangre?

No era una idea tan extraña. Parecía lógico que, si un sacrificio había desatado toda aquella maldad sobre Bethel, otro sacrificio pudiera ponerle fin. Si regresaba al bosque, tal vez podría deshacer lo que había hecho. Después de todo, era su sangre la que había engendrado aquella plaga. Quizá su sangre también pudiera acabar con ella.

Pero si entraba de nuevo en el bosque... No... cuando entrara de nuevo en el bosque, debería ir preparada. No tendría tiempo para instintos, ni para deducciones. Necesitaría hechos. Sabía muy bien que no acabaría con la plaga tan solo porque fuera al bosque y sangrara allí. Debía de haber algo más, algún protocolo que explicara cómo se hacían las ofrendas. Pero no tenía manera de acceder por sí misma a semejante información.

Immanuelle necesitaría un cómplice, alguien que dispusiera de las llaves de la biblioteca del Profeta, y sabía muy bien a quién acudiría.

—Tengo que hablar con Ezra —explicó Immanuelle, y estiró el cuello para buscarlo entre la multitud que se marchaba—. ¿Tú sabes dónde está?

Leah frunció el ceño. Su perplejidad era evidente.

—¿Para qué tienes que hablar con él?

—Me debe un favor —respondió la muchacha, que recordaba la conversación en los pastos. Ezra le había explicado que la biblioteca del Profeta albergaba conocimientos. Si en algún sitio se podía hallar información sobre las prácticas de las brujas y sus procedimientos para producir plagas y ponerles fin, sería allí.

—Tal vez deberíamos salir afuera —dijo Leah, con la dulzura con que se suele hablar a un caballo asustado para calmarlo—. A tomar el aire. Parece que estés a punto de desmayarte.

Entonces Immanuelle vio a Ezra al pie del mismo altar donde unos minutos antes el apóstol Isaac había pronunciado su discurso. Estaba charlando con un grupo de amigos, pero Immanuelle se dio cuenta, con sorpresa, de que el muchacho se fijaba enseguida en ella. Le indicó con la mano un corredor oscuro en el ala oriental de la catedral, y el joven se apresuró a despedirse y se apartó del grupo de amigos sin decirles apenas nada.

—Espera... —dijo Leah, casi desesperada en su preocupación.

Immanuelle la detuvo con un gesto.

—Solo será un momento.

Y a continuación fue tras Ezra, abriéndose paso entre la multitud, hasta el banco vacío donde este aguardaba.

—Parecía que tu abuela estuviera a punto de degollarme. ¿Siempre intimida de ese modo, o es que...? —Al ver la cara que le ponía Immanuelle, vaciló—. ¿Qué te pasa? Espero no haberte metido en ningún problema...

—No, en absoluto. Tan solo necesito que me dediques un momento, si puedes.

Ezra la miró con recelo, pero asintió y la acompañó hasta un pequeño ábside en la nave principal. Había allí dos bancos para la plegaria, uno al lado del otro, frente a una efigie de piedra del Padre Santo. Sobre un altar de poca altura ardían varias docenas de velas. La mayoría de ellas parpadeaban. El incienso humeaba sobre una bandeja de cerámica y su fragancia flotaba en el aire cual hebras de telaraña.

Ezra e Immanuelle se arrodillaron en el banco, hombro con hombro, y encendieron velas, como se tenía por costumbre. Una vela para cada uno. Immanuelle juntó las manos y bajó la cabeza.

—La última vez que hablamos te referiste a la biblioteca del Profeta. Me dijiste que allí había todo tipo de libros. Incluso libros que encierran conocimiento, como el que me mostraste aquel día en el mercado.

Ezra asintió.

—Si quieres algún libro, dame el título y te lo traeré.

—Esa es la cuestión, no sé muy bien lo que busco. Tendría que ir yo misma y ver los libros para encontrar lo que quiero, lo que necesito.

—¿Y qué es exactamente?

—Una manera de detener la plaga de la sangre.

Ezra parpadeó, e Immanuelle comprendió, con no poca satisfacción, que lo había pillado con la guardia baja. El rostro del muchacho pasó de la serenidad a la preocupación.

—¿No sería mejor que dejaras la tarea de detener las plagas en manos de la Iglesia?

—¿Por qué, cuando está claro que los hombres de la Iglesia no están mejor informados que yo? —Por supuesto que no se trataba tan solo de aquello. Immanuelle ocultaba la verdad sobre su verdadero papel en la plaga de la sangre y sobre la manera en que las brujas la habían utilizado para provocarla. Pero no podía confiarle tales asuntos a Ezra. Aunque a su manera fuese un rebelde, escéptico ante la misma Iglesia a la que servía, no dejaba por ello de ser el sucesor del Profeta—. Quiero ayudar y no veo por qué no podría hacerlo.

Durante largo rato, Ezra contempló en silencio las velas. Se frotó la nuca.

—No está permitido que las mujeres entren en las salas de la biblioteca.

—Lo sé. No te lo pediría si no se tratara de algo importante, pero...

—¿Como has tenido que esconder mi pecado, ahora quieres que te ayude en el tuyo?

Immanuelle no había querido llegar hasta aquel punto, pero de todos modos asintió.

—Yo sabré algo sobre ti, y tú sabrás algo sobre mí. Estaremos en igualdad de condiciones. Un secreto a cambio de otro.

Ezra lo pensó unos instantes. Luego dijo:

—¿Cuándo querrías ir?

—Me iría bien mañana por la tarde, porque entonces nuestro bracero podrá cuidar del rebaño.

Así la muchacha tendría tiempo de ausentarse sin que los demás se dieran cuenta.

Ezra se puso en pie.

—De acuerdo, que sea mañana. Nos vemos a mediodía en las puertas del Refugio.

—— ✠ ——

CAPÍTULO DOCE

Nosotros somos los consagrados, los elegidos del Padre. Y lo que a Él le pertenece, Suyo es por siempre.

El Refugio del Profeta era el edificio más antiguo de todo Bethel, construido en los Días Oscuros, antes de que la fe contara con escrituras y con una verdadera doctrina. Se erguía sobre un cerro solitario desde el que se contemplaba una extensión de pastos ondulados. Se trataba de una estructura alta, imponente, que comprendía la edificación principal —una catedral de piedra ruinosa donde había empezado a celebrarse la fe— y una serie de ampliaciones, algunas de las cuales eran tan recientes que no tenían más de un mes.

Todo el recinto estaba circundado por una reja de acero forjado que medía unos tres metros de altura. Se contaba que, durante la Guerra Santa, las cabezas cortadas de las cuatro brujas y de sus aliados habían adornado las puntas de sus barrotes. De acuerdo con las mismas leyendas, el cadáver decapitado de Lilith había colgado de la puerta de la reja y, por orden de David Ford, lo habían coronado con la calavera de un ciervo, para hacer burla de su reino y sus matanzas. Mientras caminaba hacia la puerta, Immanuelle se lo imaginaba casi como si pudiera verlo: las cabezas cortadas de los pecadores que la miraban aleladas, sin poder abrir la boca, porque la punta de hierro del barrote que las atravesaba por debajo se lo impedía. A su lado, el cadáver de la Reina Bruja coronado con una calavera, colgado del arco de la puerta, meciéndose al viento. Immanuelle sacudió la cabeza para librarse de aquella imagen horrenda y entró en el recinto.

Encontró a Ezra, que la esperaba al otro lado. Estaba sentado bajo las ramas de un álamo alto, con la espalda contra el tronco y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

Leía un libro pequeño como la palma de su mano.

Había muchas personas que iban de un lado a otro por el patio, sobre todo siervos y granjeros que trabajaban en las extensas posesiones del Profeta, pero de todos modos Ezra levantó la cabeza al oír que Immanuelle se acercaba, como si la hubiera reconocido por el sonido de sus pasos. Se guardó el libro en el bolsillo de atrás de los pantalones y se puso en pie. Señaló con la cabeza las puertas del Refugio.

—Es por allí.

El Refugio del Profeta se veía imponente desde fuera, pero el interior habría podido considerarse inmaculado. El vestíbulo era casi tan

grande como la propia catedral, con el techo en arco. Cada una de las ventanas del vestíbulo medía unos tres metros y todas ellas estaban adornadas con vidrieras, de modo que la luz del sol teñía las paredes y el suelo con los colores del arco iris. El aire olía a especias, un olor bueno, embriagador, que traía el recuerdo de las fiestas de la cosecha y la carne asada sobre hogueras en el invierno.

Ezra la condujo por una serie de largos corredores. Se oían los ecos de sus pasos. Cada vez que pasaba alguien, el joven se alejaba unos pasos de la muchacha, pero en cuanto se quedaban solos se tomaba su tiempo para enseñarle algunos detalles de la casa. Por ejemplo, las pinturas que colgaban de las paredes (sobre todo retratos de los profetas que habían reinado en los primeros tiempos después de la Guerra Santa) y los corredores que terminaban en lugares tales como la cocina del Refugio o las estancias de confinamiento donde se alojaban las nuevas esposas.

Al pasar por allí, Immanuelle se preguntó cuál de los pasillos debía de conducir a la habitación donde su madre había apuñalado al Profeta, pero no osó preguntarlo.

Doblaron otra esquina y entraron por un pasillo pequeño y bien iluminado. En sus paredes se alineaba una serie de ventanas estrechas, cada una a menos de medio paso de la siguiente. Frente a las ventanas había una hilera de puertas, cada una de ellas con un nombre pintado con tinta dorada sobre el travesaño: Hannah, Charlotte, Sarah, Charity, Naomi, Esther, Judith, Bethany, Justice, Dinah, Ruth, Tilda. Eran las habitaciones de las esposas.

Immanuelle fue leyendo todos los nombres en busca del de Leah.

—Ezra, ¿eres tú?

La voz había salido de una puerta abierta en el pasillo. Era delicada y agraciada por un suave acento que Immanuelle no había oído jamás en el habla de ningún nativo de Bethel.

Ezra se detuvo de golpe y murmuró una maldición. Luego se serenó y se acercó a la puerta.

—¿Sí, madre?

Immanuelle se quedó detrás del joven y echó una mirada al interior de la estancia. Allí, de pie en el centro, se encontraba la madre de Ezra, Esther Chambers. Immanuelle apenas la había visto hasta ese día —desde el otro extremo de la catedral, o al otro lado del patio de la

iglesia—, pero aquellos breves encuentros le habían bastado para darse cuenta de que se trataba de una de las mujeres más bellas con las que se hubiera cruzado su camino. Esther era tan alta como Ezra, aunque más delgada. Pálidas venas le recorrían el cuello y le llegaban hasta las sienes. Sus cabellos eran de color azabache, como los de su hijo, y los llevaba recogidos sobre la cabeza con una única horquilla de oro. Cuando se acercó, Immanuelle sintió un perfume a jazmín.

La mujer la observó, y una delicada sonrisa afloró a sus labios y volvió a desaparecer.

—¿Quién es tu amiga, hijo mío? —preguntó, al tiempo que volvía la mirada hacia Ezra.

—Te presento a la señorita Immanuelle Moore. —Se apartó a un lado para que su madre pudiera verla mejor—. Señorita Moore, le presento a mi madre, Esther Chambers.

—Ah —dijo la mujer, y la sonrisa volvió a sus labios, cual sutil imitación de la de Ezra

—. La hija de Miriam.

—Sí, señora —murmuró Immanuelle con la cabeza gacha. Todo el mundo sabía que la mujer que se encontraba frente a ella era la favorita del Profeta.

—Por favor, llámame Esther. —Tomó la mano de Immanuelle con su propia y fría mano—. Es un placer conocerte. —Immanuelle logró asentir y sonreír. Contaba con que la mujer retirara la mano, como dictaba el Protocolo, pero no lo hizo. Aún tenía agarrados los dedos de Immanuelle. Sus ojos de vivo color verde recorrían su figura con frío interés—. ¿Y

qué es lo que te trae al Refugio?

Ezra intervino.

—Ha venido a ver a Leah.

—Me parece que Leah se encuentra en el ala occidental —dijo Esther, que en esta ocasión habló en voz baja. Al verla más de cerca, Immanuelle se dio cuenta de algo que hasta entonces le había pasado inadvertido: en una de las comisuras de los labios de Esther había un moretón, disimulado con la aplicación de pálido polvo facial.

—Está con el Profeta. Hoy el Profeta... no se encontraba muy bien. Seguramente sería mejor que la visitara luego.

Ezra calló por un instante que se alargó demasiado mientras escrutaba el rostro de su madre.

—Hablaré con él.

—No lo harás —le respondió Esther con súbita brusquedad, pero volvió a la compostura antes de hablar de nuevo y se obligó a sí misma a recobrar su sonrisa gentil—.

No te olvides de que tienes una invitada. Sería de muy mala educación que no te dedicaras a ella. Seguid vuestro camino, por favor, y que el Padre bendiga vuestros pasos.

La madre de Ezra se retiró a su estancia y cerró la puerta con llave. El muchacho calló.

Se marchó en silencio, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, perdido en cavilaciones que Immanuelle no sabía cómo interrumpir, aunque tuviera la sensación de que habría sido mejor hacerlo.

La muchacha no entendía del todo qué había ocurrido con Esther en el pasillo, pero se imaginaba que tendría algo que ver con el Profeta y con el moretón que se apreciaba en la comisura de los labios de la mujer. Immanuelle pensó en que Leah estaba obligada a hacerle compañía al Profeta en sus ratos de mal humor y sintió que se le revolvía el estómago. Los profetas no eran más que hombres, y los hombres eran criaturas falibles, propensas a las pasiones de la carne e inclinadas a la violencia cada vez que su ira se desbordaba.

Después de todo, un Profeta no era más que un receptáculo en el que se introducía el Padre, y el Padre no era siempre un benigno dios de luz. También conocía la cólera y el fuego, el azufre y la tormenta, y a menudo usaba Su omnipotencia para golpear por igual a brujas y paganos. Immanuelle solo podía imaginar lo peligroso que podía volverse un hombre si se llenaba de una ira sagrada como aquella.

Tras un breve paseo por una serie de pasillos oscuros, iluminados tan solo con lámparas, llegaron a una amplia galería. Al fondo había una puerta negra de doble batiente, casi dos veces tan alta como Immanuelle. La muchacha se dio cuenta de que debía de haber formado parte de la estructura original del Refugio, donde había empezado a celebrarse la fe.

Ezra se sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura de la puerta. Se oyó un leve chasquido. Ambos batientes se abrieron y los dos muchachos entraron en la biblioteca.

Immanuelle no había visto nunca tantos libros a la vez y estaba segura de que jamás volvería a verlos. Aquello no era una sala de estudio como las que podían encontrarse en la parte de atrás de una escuela. Era grande como una catedral, pero en vez de bancos había estanterías, hilera tras hilera, desde el altar hasta el umbral donde se hallaba la muchacha.

Junto a la pared derecha había una escalera de caracol que subía hasta el lugar donde debía de haberse hallado el órgano, pero en lugar de esto tan solo había unos pocos tubos

herrumbrosos y estanterías encajadas entre ellos de cualquier manera. El acceso a la antigua sede del órgano estaba cerrado por una puerta de hierro forjado, idéntica a la del propio Refugio.

—Es esto —dijo Ezra, al tiempo que señalaba a su alrededor con la mano—. La biblioteca del Profeta.

—Es enorme.

—Sí, supongo que sí —asintió Ezra, como si nunca hubiera pensado en ello. Y quizá no lo hubiera pensado nunca. Al fin y al cabo, la grandiosidad del Refugio era lo único que había conocido en toda su vida. Le hizo un gesto a Immanuelle para indicarle que lo siguiera entre los anaqueles hasta la escalera que bajaba desde el órgano. La muchacha se recogió las faldas y subió detrás de él, y Ezra, siempre caballero, le ofreció la mano—. Esta es la sección de acceso restringido —le dijo mientras subían—. Todos los textos sobre las artes oscuras se guardan aquí. Si buscas información sobre las plagas, aquí es donde la encontrarás.

Immanuelle se arriesgó a echar una mirada hacia abajo, hacia el suelo. Se hallaba a tanta altura que casi se mareó.

—No creo haber estado en toda mi vida en un lugar tan alto.

—Algún día tendré que llevarte al campanario de la catedral. Las vistas desde allí son mucho mejores que esto.

Ezra subió lo que quedaba de escalera, se detuvo frente a la entrada y abrió con una llave pequeña y herrumbrosa que se había sacado del bolsillo. Sostuvo la puerta abierta con una mano y con la otra hizo un

gesto para indicarle a Immanuelle que ya podía pasar.

Y ella entró en el espacio restringido. Era más amplio de lo que había esperado, pero nueve grandes estanterías que iban desde la escalera hasta la pared opuesta ocupaban casi toda su superficie. La mayoría de libros estaban encadenados a los anaqueles.

Ezra empezó a buscar de inmediato por los estantes. A medida que sacaba libros se levantaban nubes de polvo densas como humo y las cadenas herrumbrosas traqueteaban.

—¿Vienes a menudo a leer aquí arriba? —preguntó Immanuelle, que lo seguía entre los anaqueles.

—No —respondió Ezra—. La última vez que subí aquí tenía nueve años. Por aquel entonces aún no poseía la daga y tuve que trepar por la puerta para entrar. Me rompí el codo al bajar por el otro lado, pero de todos modos logré hurtar algunos libros antes de que me encontraran.

—¿El dolor mereció la pena?

Ezra le sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—No, pero la cara que puso mi padre cuando se dio cuenta de que había logrado colarme en uno de los lugares más prohibidos de todo Bethel sí lo valió.

Immanuelle se volvió hacia el estante que tenía más cerca para tratar de disimular su sonrisa. Muchos de los libros almacenados allí eran tan viejos que la muchacha temió que se transformaran en un montón de polvo si los tocaba. Algunos de ellos no eran más que unas pocas páginas de papel podrido que se aguantaban con correas. Había otros que eran diarios como los de su madre, escritos por profetas del pasado.

Sin embargo, Immanuelle y Ezra empezaron a buscar en aquellas colecciones, por si encontraban referencias a las plagas. Era una labor lenta y que a ratos exigía concentración,

pero Immanuelle no tuvo ningún problema en ello. Al principio le resultó estimulante poder leer las palabras de hombres que habían muerto hacía tanto tiempo. Pero su entusiasmo menguó cuando se dio cuenta de la inmensidad de la tarea que la aguardaba. Tan solo en la sede del órgano había cientos de libros, y abajo se encontraban varios millares más. Habrían necesitado años enteros para consultarlos todos.

Durante varias horas examinaron la colección sin encontrar apenas nada, e Immanuelle ya estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando descubrió un libro solitario en un estante vacío, en el rincón más recóndito. Immanuelle lo tomó en sus manos, le quitó la capa de polvo con los dedos, y abrió la cubierta. En la primera página se leía: *Las Cuatro Impías: un compendio*, y estaba fechado en el año del Tormento. No figuraba el nombre de su autor.

Lo que se narraba a continuación era una historia de las brujas y de sus crímenes, desde el inicio de la rebelión del contubernio hasta su derrota, siete años más tarde, a manos de David Ford. Al principio Immanuelle imaginó que el libro tan solo hablaría de lo que había acaecido durante la Guerra Santa, pero al hojear sus páginas se dio cuenta de que profundizaba en la práctica de la brujería y del poder pagano que el contubernio de Lilith había empleado contra los ejércitos de Bethel. Entre todo aquello había una práctica que llamó la atención de Immanuelle: «La nutrición de la Madre».

Describía a grandes rasgos una oferta ritual que se realizaba en un lago que se hallaba en el corazón del bosque y era conocido tan solo como el Vientre de la Madre. Si bien el libro había sufrido varias intervenciones —páginas arrancadas o cubiertas de tinta negra para hacerlas ilegibles—, Immanuelle logró hacerse una idea sobre aquella práctica. El libro afirmaba que todos los que hicieran ofrendas de sangre a la Madre en aquel lugar impío solían recibir a cambio poderes oscuros.

Según aquellas explicaciones, se rumoreaba que Lilith y las de su ralea hacían sacrificios en el Vientre de la Madre para ganar poder y favor. Se hablaba de brujas que se habían cortado las venas de las muñecas en el centro del lago y dejado que la sangre fluyera en el agua para saciar el hambre de la Madre. Había quien afirmaba que Lilith había arrojado a sus profundidades las cabezas de los cruzados capturados en la guerra. Cierto pasaje hablaba de brujas que se agachaban sobre las aguas poco profundas con las faldas levantadas hasta las rodillas y dejaban que su sangre menstrual se mezclara con el agua. El libro también observaba que después de la guerra, tras la derrota de Lilith y de su contubernio, David Ford y su ejército de cruzados habían ejecutado brujas en el estanque. Las habían ahogado por sus pecados contra la Iglesia.

El pasaje siguiente observaba que las ofrendas siempre iban precedidas por una especie de plegaria o llamada a la que el Bosque Oscuro atendía. Las brujas cantaban un encantamiento que sonaba como el siseo y el susurro del viento en los árboles del bosque.

Otras vadeaban el estanque hasta el lugar más profundo y por el camino susurraban al bosque sus mayores anhelos. Pero a Immanuelle le quedó muy claro que el Bosque Oscuro exigía una plegaria antes de que se presentara la ofrenda, y se quedó con la impresión de que lo más importante no era lo que alguien dijese, sino el propio acto de decirlo. No bastaba con sangrar. El Bosque Oscuro quería que las almas que acudían para recibir su poder le suplicaran.

Al pie de los espantosos relatos había una ilustración muy detallada de un estanque en

medio del bosque. Las manos de Immanuelle empezaron a temblar con violencia. Era una representación casi perfecta del estanque donde había visto a Lilith y a Delilah. Todos los detalles del dibujo coincidían con su recuerdo.

Immanuelle no necesitó más confirmación. Aquel estanque donde había visto por primera vez a Lilith era el altar de la Madre Oscura y la primera sangre de Immanuelle había sido el sacrificio. Vio muy claro que, para poner fin a la plaga, debería regresar al estanque y presentar una segunda ofrenda para anular la primera.

Pero su plan tenía una pega. Immanuelle no tenía la más mínima idea de cómo regresar al estanque. El bosque era enorme y desorientador. Tardaría días, si no semanas, en encontrarlo. Si es que lo encontraba.

Immanuelle cerró el libro, se incorporó y se acercó a Ezra.

—Tengo que ver un mapa de Bethel. ¿Sabrías encontrarme uno?

Ezra enarcó una ceja, pero, para inmenso alivio de Immanuelle, no le preguntó para qué lo quería. Tan solo hizo un gesto con la cabeza en dirección a la escalera, como para decirle: «Tú primero». En cuanto hubieron bajado, el muchacho desapareció entre dos largas hileras de estanterías. Al cabo de unos instantes, regresó con un libro enorme. La anchura de su cubierta podía compararse con la de los hombros de Immanuelle.

—Por ahí. —Señaló con la cabeza hacia el centro del templo. Immanuelle lo siguió hasta un estrado de piedra agrietado. A su lado había una única silla de madera. La muchacha tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de un altar, donde los primeros devotos de la fe debían de haber realizado sus sacrificios. Detrás de este había una vidriera que iba desde el suelo de la catedral hasta la bóveda, que empezaba unos siete metros más arriba. A la izquierda del cristal había figuras de cruzados a caballo. Cabalgaban por los llanos y en sus

espadas centelleaba el fuego del Padre. Y al verlo más de cerca Immanuelle distinguió Su rostro en el gran ojo del sol, desde donde contemplaba a Sus hijos que iban al combate.

En el lado opuesto de la vidriera había un torbellino de infiernos, una legión de bestias y brujas que huían de las llamas del Padre. Por encima de su prole, envuelta en un velo de noche, se hallaba la Madre Oscura. Estaba coronada con la luna y lloraba lágrimas de sangre.

Una placa de hierro que se hallaba al pie de la ventana decía: «La Guerra Santa».

—No está nada mal, ¿verdad? —le dijo Ezra mientras contemplaba las vidrieras. La luz del sol que se filtraba a través de las llamas del infierno le teñía de rojo la cara—. Una legión entera que se transforma en cenizas por un mero antojo.

Immanuelle lo contempló, silenciosa y atónita. Las palabras del joven se habían acercado mucho a la blasfemia, un pecado que habría podido condenarlo a flagelación pública si no hubiera sido el sucesor del Profeta. La mirada de la chica se volvió hacia el extremo izquierdo de la ventana, donde un muchacho pequeño, de piel oscura, se encogía mientras las llamas del Padre devoraban a una mujer que habría podido ser su madre.

—Pero no fue un capricho —respondió Immanuelle, que por fin encontró su propia voz

—. Los cruzados invocaron al Padre Bueno para que los liberase de las brujas, y Él respondió a sus plegarias con fuego sagrado. Los salvó a todos de la ruina, de la condenación a manos de la Madre Oscura. Esas llamas fueron Su bendición.

Ezra entrecerró los ojos y contempló la ventana con obvio menosprecio.

—Eso es lo que cuentan la Escrituras.

—¿No crees en lo que dicen?

—Yo solo digo que, si fuera un dios todopoderoso, capaz de hacer todo lo que me apeteciese, habría hallado otra manera de terminar la guerra. —El joven le devolvió la mirada a Immanuelle—. ¿Tú no?

—Como no soy un dios, no lo sé. No pretendo descifrar la voluntad del Padre. Y si fuera capaz de hacerlo, estoy segura de que no habría lugar

para dudas ni preguntas.

—Así es como habla una creyente —respondió Ezra, pero lo dijo como si fuera un insulto.

Al cabo de unos momentos de búsqueda, el muchacho encontró la página y se la enseñó. Allí, dibujado en tinta sobre lo que parecía pergamino, había un mapa. Indicaba las fronteras de Bethel: la muralla occidental, el pueblo y la plaza del mercado, las extensas Tierras Santas y los ondulados pastos de los Calveros que se encontraban más allá. En el extremo izquierdo del mapa, reducidas a poco más que un garabato, se hallaban las Afueras.

Y todo ello rodeado por amplias zonas de sombra designadas con un único nombre: el Bosque Oscuro.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

La voz de Ezra arrancaba ecos al silencio.

Immanuelle hizo que no con la cabeza. El estanque donde había visto a Lilith no estaba señalado en ninguna parte.

—¿No se podría hallar algo más específico en la biblioteca? ¿Un mapa del Bosque Oscuro?

Ezra frunció el ceño. Una vez más, Immanuelle se preguntó si habría ido excesivamente lejos, o habría confiado demasiado en él.

—Que yo sepa, no existe ningún mapa del bosque —dijo, y cerró el libro—. Pero quizá pueda ayudarte. Cuando era pequeño iba al Bosque Oscuro a jugar y aún lo conozco bastante bien. Si sabes adónde quieres ir, es probable que pueda guiarte.

Immanuelle ahogó un grito.

—¿Habías ido al bosque cuando... eras niño?

—A veces, cuando lograba escapar del Refugio. —Ezra se encogió de hombros como si aquello no hubiera tenido importancia, pero el orgullo que sentía era evidente—. Por supuesto que nunca me quedé después de que se pusiera el sol. No me gustaba nada la idea de que las brujas del bosque me arrancaran la carne de los huesos.

Immanuelle sintió un temblor. Recordaba a las brujas, sus ojos llenos de avidez y las garras que tenían por manos.

—Si se hubieran contentado con eso, habrías podido dar gracias.

Ezra se rio, como si aquello hubiera sido una broma, como si todas las leyendas sobre el Bosque Oscuro hubieran sido tan solo cuentos de viejas.

—¿No crees en esas historias? —le preguntó, incrédula—. ¿No crees que las brujas existan?

—No es cuestión de creencias.

—Pues entonces, ¿qué es?

El joven se tomó su tiempo para pensar la respuesta. Al final dijo:

—La cuestión es saber quién es el que hace un uso creativo de la verdad.

Immanuelle no tenía nada claro qué había querido decir con aquello, pero le pareció que había rozado la blasfemia.

—Las verdades creativas no explican siglos de desapariciones en el bosque.

—La gente no desaparece en el bosque. Escapa. Por eso no vuelven: porque no quieren regresar.

Immanuelle no era capaz de imaginar que alguien se marchara a propósito de Bethel.

Al fin y al cabo, ¿adónde iría? ¿A las ciudades paganas y sin dios del oeste? ¿A las ruinas sin vida del este? A nadie se le habría ocurrido buscar solaz en semejantes lugares. Más allá de Bethel no había nada. No existía ningún otro sitio adonde se pudiera ir.

—¿Y todos los niños desaparecidos? ¿Qué ha sido de ellos?

Ezra se encogió de hombros.

—El Bosque Oscuro es un lugar peligroso. Los depredadores tienen que comer, y un niño indefenso que se meta por ahí es alimento para los lobos.

—Pues entonces ¿dónde están todos los cadáveres? ¿Los huesos?

—La naturaleza hace desaparecer su propia suciedad. Imagino que los animales devoran los cadáveres antes de que nadie pueda

encontrarlos.

—¿Y qué ocurre con la plaga de sangre?

—¿Qué ocurre con ella?

—Pues que si no ha salido del bosque, ¿cuál es su origen? ¿Tanto te cuesta creer que en el Bosque Oscuro haya alguna criatura que quiera cobrarse lo que cree que le corresponde? ¿Que las leyendas son ciertas y que las brujas que murieron no se han marchado, y que ahora quieren...? —Pasó los dedos sobre las inscripciones del altar y reconoció las palabras de la lápida funeraria de David Ford: «Sangre por sangre»—.

Venganza.

Ezra estaba a punto de responderle, pero antes de que tuviera la posibilidad de hablar, se oyó un repiqueteo de llaves y el fuerte chasquido de un cerrojo que se abría. Se volvió hacia la muchacha. El pánico se pintó en su rostro.

—Hay una puerta al final de la biblioteca, detrás de los anaqueles de la sección médica.

Te llevará a una escalera que baja al sótano. Sigue el pasillo y sal por la puerta que encontrarás al fondo. Nos vemos en la puerta principal. —Resonó el chirrido de las puertas que se abrían—. ¡Márchate ahora mismo, corre!

Immanuelle corrió hacia los dos estantes más cercanos y se escondió detrás de ellos.

Un hombre apareció en el pasillo central de la biblioteca.

—¿Ya vuelves a andar por aquí?

Aunque la voz sonara enronquecida, Immanuelle recordó de inmediato haberla oído en los Sabbath y las fiestas.

Era la voz del Profeta.

—He pensado que podía venir a investigar —respondió Ezra.

El Profeta asintió y volvió sobre sus pasos. Se detuvo junto a una estantería que se hallaba a poca distancia de Immanuelle. La muchacha se apartó un poco, haciendo todo lo posible para que sus pisadas no resonaran sobre las baldosas.

El Profeta se quedó allí. Tan solo unos pocos libros lo separaban de la joven. Al verlo de cerca, Immanuelle se dio cuenta de que miraba a Ezra con una mal disimulada expresión

de menosprecio. Cada vez que hablaba, fruncía un poco el labio superior.

—¿Investigación sobre qué?

Ezra volvió los ojos hacia Immanuelle. Parecía que le dijera «vete» con la mirada. Pero la chica se quedó agazapada e inmóvil detrás de la estantería. Temía que el Profeta la sorprendiera si se movía tan solo un centímetro.

Ezra se volvió una vez más hacia su padre. El rostro del Profeta era impenetrable.

—Mi madre vuelve a sufrir esa... dolencia que le causa moretones. Buscaba una manera de aligerar su dolor, pero empiezo a pensar que no voy a encontrar la cura entre estas paredes.

El Profeta se estremeció al oír su velada amenaza y por un momento perdió la compostura. Pero recobró enseguida el control y sacó un libro del estante que tenía más cerca, un volumen grueso sin título, y pasó poco a poco sus páginas.

—Si tu madre no se encuentra bien, dile que llame a un médico. Voy a asignarte una tarea más importante.

Ezra se quedó en silencio, como si temiera decir algo de lo que después tuviera que arrepentirse. Cuando por fin habló, lo hizo con voz tensa:

—¿Qué quieres que haga?

El Profeta devolvió el libro a su lugar en el estante e Immanuelle anduvo agachada hasta detrás de otro anaquel para evitar que la descubriera. Desde allí vio la puerta. Era pequeña, unos quince centímetros más baja que ella, como si la hubieran hecho para un niño.

Cuando trataba de alcanzar el picaporte, oyó que el Profeta decía:

—Necesito los registros censales de todas las mujeres de Bethel.

Un escalofrío recorrió la espalda de Immanuelle. Pasó por la puerta

con ligereza y cuando estuvo al otro lado trató de cerrarla. El crujido de los goznes resonó por toda la biblioteca.

—¿Has oído eso? —exclamó el Profeta con voz cortante.

Immanuelle se quedó inmóvil. Su mano aún se hallaba sobre el picaporte. Miró por el resquicio entre la puerta y el marco. Sabía que tenía que marcharse por el corredor, como le había dicho Ezra, pero no podía apartar los ojos de aquella escena.

El Profeta tosió con aspereza, cubriéndose el rostro con el codo.

Cuando habló de nuevo, su voz no era más que un débil carraspeo.

—Juraría que he oído algo.

Ezra se apartó del altar y avanzó por el pasillo central.

—Debe de ser que las piedras de construcción se asientan. La osamenta del Refugio ya está vieja.

—Eso es verdad.

Al tiempo que resonaba el eco de su voz, el Profeta pasó por el lugar donde Immanuelle se había ocultado tan solo unos momentos antes. La muchacha habría jurado que padecía una leve cojera, pero tal vez solo lo pareciese por el extraño ángulo desde donde lo observaba.

La muchacha contuvo el aliento, porque el Profeta se acercaba todavía más, y esperó agazapada detrás de la puerta, aunque supiera que debía marcharse. Pero tenía que averiguar de qué iba aquello de los nombres de las mujeres de Bethel. ¿Para qué los quería el Profeta?

¿Y si había visto algo en una visión, o sospechaba que una mujer era la causante de la plaga?

¿Y si sospechaba de ella?

Los pesados andares del Profeta se hallaban ya a tan solo unos pasos de la puerta.

—Esos nombres, padre... —empezó a decir Ezra, atrayendo su atención—. Si tengo que conseguir los registros de todas las mujeres de Bethel... van a ser por lo menos ocho o nueve mil.

—Probablemente van a ser todavía más. —El Profeta pasó de largo frente a la puerta, para gran alivio de Immanuelle. La joven se

arriesgó a echar otra mirada por el resquicio—.

Saca los registros del censo y envíalos a mis habitaciones. Quiero tenerlos todos sobre el escritorio antes de que finalice la semana. Hazte ayudar por los escribas, si es necesario. Y si tienen que trabajar toda la noche, me da igual. Quiero que se haga. ¿Ha quedado claro?

Ezra bajó la cabeza.

—¿Eso es todo?

El Profeta se quedó pensativo. Miraba a Ezra con algo parecido al asco. Era público y notorio que el hijo elegido por el Profeta no era siempre su favorito. Immanuelle pensó que a ningún hombre le resulta fácil contemplar el rostro de su propia perdición. Las Sagradas Escrituras estaban llenas de historias de profetas que habían tratado de matar a sus sucesores en un intento por extender su propia vida y su reinado. Varios sucesores, a su vez, habían tratado de matar a sus predecesores para acelerar su ascenso al poder.

Mientras observaba al Profeta y a Ezra, Immanuelle recordó aquellas horribles historias, historias de violencia contra hijos y padres, contra maestros y aprendices. Cismas que habían amenazado con desgarrar a la Iglesia. La tensión que se interponía entre ambos era tan siniestra como palpable. En aquel momento, Ezra y el Profeta eran más enemigos que familiares. Uno de ellos sería la perdición del otro. Immanuelle no pudo evitar el pensamiento de que aquel espectáculo era horrible, por mucho que pudiera deberse a la voluntad del Padre.

—Falta una cosa.

El Profeta se adelantó y se detuvo frente a su hijo. Sacó algo del bolsillo de sus pantalones. Immanuelle forzó la vista y se dio cuenta de que se trataba de una daga.

La daga de Ezra.

La cadenilla se había roto, el cierre estaba muy doblado, como si alguien la hubiera arrancado de un tirón del cuello de Ezra... e Immanuelle se dio cuenta, con sobresalto, de que eso era lo que había ocurrido. Era la misma daga que Judith le había arrebatado mientras peleaba con él la noche de la incisión de Leah.

El Profeta dejó que se balanceara entre él y su hijo. Al ir de un lado para otro, la hoja del arma reflejaba una y otra vez la luz del sol.

—He encontrado esto en los aposentos de Judith. Dime, ¿cómo es que la tenía ella?

Como por milagro, Ezra mantuvo la compostura.

—Perdí la daga la noche de la incisión de Leah.

—¿La perdiste?

—Es que me distraje.

—¿Con mi mujer?

—No —respondió Ezra, e Immanuelle se sorprendió de que fuera capaz de mentir con

tanto aplomo—. No, con Judith no. Con... con otra cosa. Cuando volví al lugar donde creía haber perdido la daga, ya no estaba. Judith debió de encontrarla. Estoy seguro de que quería devolvérmela.

—Pero es que la tenía debajo de las almohadas —replicó el Profeta con un ronco susurro—. ¿Cómo es que mi esposa guarda la daga sagrada de mi hijo bajo sus almohadas mientras duerme por la noche?

En aquel momento, más que en ningún otro, Immanuelle habría querido echarse a correr, huir, y dejar muy atrás el Refugio. Pero se sintió incapaz de moverse. Tenía los pies clavados al suelo.

El Profeta agarró a Ezra por la muñeca y apretó la daga contra la palma de su mano, después obligó al muchacho a cerrar los dedos sobre la hoja, sin protección alguna. Por un momento el hombre no hizo nada, se quedó con la mano cerrada sobre la de su hijo, mirándolo a los ojos. Entonces hizo presión con tanta fuerza que se oyeron los chasquidos de sus nudillos.

Immanuelle contempló sin aliento, horrorizada, la sangre que goteaba entre los dedos de Ezra. El muchacho apretó los dientes, pero no se estremeció, aguantó la mirada de su padre, aunque la sangre le resbalara por la muñeca y el metal se hundiera todavía más en su carne.

—Lo que hacemos a la sombra acaba por salir a la luz. —El Profeta se acercó todavía más a su hijo—. Estaba convencido de haberte enseñado a comprender ese principio. Quizá me equivocaba.

—No, no te equivocabas.

El rostro de Ezra no había cambiado de expresión, pero en sus ojos había un punto de frialdad y desafío, como si fuera su padre quien tuviera que disculparse, y no él.

De pronto, el Profeta lo soltó. Se lo veía sobresaltado, casi aturdido al ver lo que había hecho, al ver la daga y sus propias manos manchadas de la sangre de su hijo.

—La misericordia del Padre es una cosa —dijo, mientras trataba de recobrar la compostura—. Pero la mía es otra. Harás bien en recordarlo.

Entonces el Profeta se volvió para marcharse, pero Ezra no soltó la daga. Immanuelle vio que, de hecho, la sujetaba con más fuerza todavía, y tuvo que ahogar un grito, porque un nuevo reguero de sangre le bajó por la muñeca. El joven miró en silencio mientras su padre se alejaba en dirección a la puerta de la biblioteca.

La sangre manchó las baldosas a los pies de Ezra, pero el muchacho aún presionaba con la mano contra la hoja de la daga. Hasta que el Profeta no hubo salido, no respondió en voz baja:

—Lo recordaré, padre.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TRECE

He tratado de amarlo y de expulsarte de mis pensamientos. Pero no es fácil volverle la espalda al propio hogar, y hogar es lo que he hallado en ti.

De la correspondencia de Miriam Moore

Immanuelle se encontró con que los sótanos que se hallaban bajo el Refugio del Profeta le recordaban de manera extraña los caminos del Bosque Oscuro. Las sombras eran densas y húmedas, y sentía como si se le pegaran a la ropa mientras avanzaba por los pasillos. El aire olía a hierro y podredumbre, y vio a la luz parpadeante de las antorchas que las paredes de piedra rezumaban sangre.

Anduvo al azar, desorientada y víctima del frío, guiándose con una mano que apoyaba en una pared que la sangre había vuelto resbaladiza. Una vez estuvo sola, nada le impidió repasar la escena que había presenciado en la biblioteca: la paranoia del Profeta, su repentina y cruel malicia, la sangre que se había derramado sobre las baldosas y la mirada inexpresiva de Ezra. A cada nuevo paso que

daba, los corredores se cerraban sobre ella y las sombras parecían llenarle los pulmones, y tenía que jadear y luchar cada vez para tomar aliento.

Cuando por fin llegó a la planta baja, el corazón le palpitaba con tanta fuerza que le dolía. Cruzó el umbral con un traspié y salió de las húmedas sombras a un pasillo estrecho de techo en arco.

Una puerta se abrió y se cerró, e Immanuelle se volvió y descubrió a Judith unos pasos más allá. Llevaba un vestido de color azul pálido y sostenía en la mano una pieza deshilachada de bordado que, aun así, era mejor que todo lo que Immanuelle hubiera cosido en su vida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Judith, y su mirada recorrió todo el cuerpo de la muchacha y advirtió todo lo que estaba mal: los parches en la parte de arriba de las botas, la falda manchada de sangre, sus rizos desaliñados y revueltos—. ¿No deberías estar en el campo, cuidando de tu rebaño... o en las Afueras?

Immanuelle se estremeció. Llevó una mano a los cabellos para ponérselos bien, pero entonces recapacitó y se detuvo. Por mucho que tratara de arreglarse, el desprecio de Judith no iba a cambiar. Siempre encontraría alguna falta sobre la que pudiera fijar su atención, o alguna palabra cruel para hacer que Immanuelle se sintiese menos de lo que era.

—Buenos días, Judith.

La muchacha no le devolvió el saludo. Primero miró a Immanuelle, y luego a la puerta que se hallaba a su espalda.

—¿De dónde has salido?

Immanuelle trató de pasar de largo.

—Me había perdido.

Judith la agarró por el brazo. Apretó con tanta fuerza que con seguridad tendría

moretones, pero le habló con voz suave y dulce.

—Hueles a sangre. ¿Te paseabas por las catacumbas?

—No, he venido aquí por un asunto —respondió Immanuelle con voz firme.

—¿Un asunto de quién?

—Eso es cosa mía.

Judith ladeó la cabeza. Una sonrisa afloró a sus labios, pero en aquella sonrisa no había ninguna gentileza. La esposa del Profeta retiró la mano.

—Sé que nos viste aquella noche. —Lo mejor para Immanuelle habría sido marcharse, pero se detuvo un instante en medio del pasillo—. Te crees muy lista, ¿verdad? Me vienes con pequeñas amenazas.

—No sé de qué me estás hablando.

—No insultes mi inteligencia haciéndote la idiota. Sé que aquella noche nos viste.

Estabas fisgando igual que ahora, metiendo las narices donde no debes.

—No he venido a fisgar.

Judith resopló con desprecio y luego se rio, y de algún modo su sonrisa era más cruel que su ceño fruncido.

—Tienes la misma gracia mintiendo que una niña pequeña llevando un corsé —le replicó Judith, y tiró de uno de los cordones de su propio corpiño—. No sabes engañar, y ya me estaría bien si te dedicaras a robar dulces en el mercado, o a mentirle a tu padre cuando te riñera por haberte besado con un chico detrás de la escuela. Pero no creo que los secretos que guardas sean esos. Pienso que los secretos que ocultas podrían llevarte a la hoguera, si no te andas con cuidado.

Immanuelle se dio cuenta de que Judith no conocía el peligro en que se hallaba. No sabía que el Profeta había descubierto su coqueteo con Ezra. Si Judith hubiera sabido el peligro que corría, no habría perdido tiempo con ella en el pasillo. Aquella niña malcriada estaba tan acostumbrada a conseguir siempre lo que quería que era incapaz de imaginar que algún día no fuera así. La idea de que pudieran sorprenderla le resultaba tan absurda, tan inconcebible, que ni siquiera se había parado a pensarlo.

—Si crees que soy yo la que corre peligro, es que eres idiota.

Por primera vez en tiempos recientes —o quizá durante los dieciséis

años en que Immanuelle la había conocido— Judith manifestó genuino desconcierto. Una variedad de emociones pasó por su rostro, como una serie de sombras en rápida sucesión, desde la rabia a la duda pasando por el miedo. Había despegado los labios para responder a la advertencia de Immanuelle, o tal vez para exigirle una explicación, cuando una puerta se abrió al final del pasillo. Las dos muchachas se volvieron de inmediato y vieron a un hombre alto y pálido cruzar el umbral. A juzgar por la suciedad de sus botas y su guardapolvo, habría podido ser un sirviente. Una daga sagrada colgaba de la presilla de su cinturón, así como un pequeño martillo de hierro apenas más largo que la mano de Immanuelle. Lo único que indicaba su posición era el símbolo de la Guardia del Profeta, que llevaba bordado al lado derecho del guardapolvo.

El hombre les sonrió, pero sin ningún esfuerzo por aparentar calidez.

—Discúlpeme, señora mía. Su marido querría hablar con usted. — Judith se volvió hacia Immanuelle y luego miró de nuevo al hombre —. Por aquí.

Su tono de voz empezaba a expresar impaciencia.

De pronto, los ojos de Judith se llenaron de lágrimas y la esposa del Profeta se puso a temblar. Por un absurdo instante, Immanuelle pensó en agarrarla, como si hubiera podido hacer algo para protegerla del destino que la aguardaba al final del pasillo, bajo la forma de aquel hombre extraño y lleno de desprecio.

Pero entonces Judith se echó a caminar con andares lentos y pesados, arrastrando su falda de terciopelo tras de sí. Con ojos llenos de terror, cruzó el umbral donde el hombre la aguardaba y se perdió de vista.

—— ✠ ——

CAPÍTULO CATORCE

Nos hemos roto por estar juntos. Mis fragmentos encajan en tus fragmentos, y lo que queda de nosotros es más grande que la suma de quienes éramos.

De la correspondencia de Daniel Ward

Immanuelle encontró a Ezra frente a la entrada principal, en los pastos orientales, de pie junto al mismo álamo bajo el que había estado leyendo al llegar antes la muchacha. Sujetaba con su mano buena las riendas de un corcel alto y negro. Con la mala aferraba un trapo sucio

para impedir el sangrado.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó el joven.

Immanuelle hizo un esfuerzo por no mirarle la mano.

—Tu hermosa amante me ha sorprendido en el pasillo. Quería charlar.

—¿Judith?

—Sí, Judith —replicó Immanuelle, que de pronto se llenó de rabia—. ¿Acaso tienes problemas para recordarlas a todas?

Ezra frunció el ceño. Alargó la mano buena hacia ella e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la carreta.

—Sube. Te llevaré a casa.

Immanuelle no se movió.

—¿Qué hay entre vosotros dos?

—¿Qué?

—Entre Judith y tú. ¿Qué hay entre vosotros dos?

—Entre nosotros no hay nada.

Immanuelle se resistió al impulso de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Vi como la besabas y no parecía que fuese la primera vez.

Ezra aferró el trapo con más fuerza todavía y apretó los dientes.

—No, no fue la primera. Pero sí la última.

Immanuelle sabía que lo mejor habría sido morderse la lengua y abandonar a Ezra a sus pecados. Pero luego se acordó de aquel hombre extraño y despreciativo que había salido al pasillo y de la mirada de terror que había aparecido en el rostro de Judith mientras se marchaba con él. La rabia hervía en su interior y las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas.

—Para empezar, ¿por qué lo hiciste? Otras muchachas han ardido en la hoguera por pecados menos graves que los que habéis cometido vosotros. A mi propio padre lo quemaron por menos.

Al menos, Ezra tuvo la decencia de poner cara de avergonzado.

—Immanuelle...

—Conocías el peligro. Seguro que lo conocías.

—Sí, lo conocía. Ambos lo conocíamos.

—Pues entonces ¿por qué? —le preguntó, al tiempo que señalaba la mano del joven—.

¿Por qué lo habéis arriesgado todo?

—No lo entenderías.

Immanuelle pensó en su padre. Se lo imaginó con su madre, en encuentros secretos como los de Ezra y Judith. Pensó en todo lo que habían arriesgado por estar juntos: su felicidad, su fe, todas sus esperanzas de futuro.

—Tienes razón —replicó Immanuelle con voz tensa—. Jamás entenderé a las personas que hacen daño a otras personas a las que pretenden amar.

—Yo no amo a Judith, y ella no me ama a mí. No es eso. En absoluto.

—Pues la otra noche no lo parecía.

—Bueno, no siempre todo es lo que parece —respondió Ezra frustrado —. Mira, Immanuelle, si lo que quieres es una historia sobre amores, desencuentros y penas, deberías haber sacado un libro de la biblioteca. Lo que había entre Judith y yo no tenía nada que ver con todo eso.

—Pues entonces ¿por qué os complicasteis así?

—Se ha acabado la discusión sobre este tema. —El muchacho hizo un gesto con la cabeza en dirección a la carreta—. Venga, sube de una vez.

—Iré a pie.

—No, de eso nada —replicó Ezra, y se volvió para enjaezar el corcel en el vehículo.

Tuvo que pelear un poco con las hebillas y se estremecía cada vez que se veía obligado a usar la mano herida—. Mira, he respondido lo

mejor que he podido a tus preguntas. Le he mentido a mi padre para meterte en la biblioteca y en el proceso me he saltado por lo menos la mitad de las normas del Protocolo de Bethel. Así que, si tuvieras la amabilidad de permitirme que te acompañe a casa, te lo agradecería mucho. ¿Te parece bien, o prefieres que te lo pida de rodillas?

La muchacha pasó de largo.

—Prefiero ir a pie.

—Mierda... ¡Immanuelle!

Entonces la muchacha se volvió hacia él con un movimiento tan brusco que hundió el talón en tierra.

—Qué lenguaje tan sucio en boca del hijo de un profeta.

—Es que el propio mundo es sucio —exclamó el joven—. Y por eso mismo preferiría que me dejaras acompañarte a casa.

Un viento bajo soplaba entre las altas hierbas.

Immanuelle contempló de nuevo la mano de Ezra. El trapo estaba ya empapado, y aunque el muchacho se mantuviera impávido, la joven tenía muy claro que le dolía. Una herida como aquella tenía que dolerle. Y, además, también había que contar con dolores más profundos... dolores invisibles que no se podían apaciguar con vendas ni con ungüentos.

—¿Es por tu padre? —preguntó Immanuelle en voz baja.

Ezra no la miró, pero sujetó el trapo con más fuerza todavía.

—Sube. El sol se está poniendo.

—No has contestado a mi pregunta sobre Judith y tú.

—Ni pienso contestarla. —Dio unas palmadas sobre el banco de la carreta—. Sube.

Venga.

—Si me respondes, quizá sí.

Ezra apretó de nuevo los dientes y por un instante Immanuelle tuvo la certeza de que ambos se quedarían allí, plantados en aquel lugar, hasta que la noche se transformase en aurora y las piernas les

flaquearan. Pero se llevó una sorpresa cuando Ezra habló primero:

—Los seres humanos desesperados por escapar de sí mismos se vuelven estúpidos y temerarios. —Suspiró y bajó la cabeza—. Por feo que suene, a veces esa es la única verdad.

Immanuelle se quedó mirándolo unos instantes. Luego subió a la carreta.

Durante un rato ambos fueron en silencio, mientras el ocaso se transformaba en tiniebla y las sombras de los árboles se alargaban al atravesar las Tierras Santas. Cuando se hallaron cerca de los Calveros, Immanuelle sacó unas vendas que llevaba enrolladas en el bolsillo de la mochila. Al cabo de algunos ruegos, Ezra aceptó que la muchacha tomara su mano y le quitase el trapo de la herida. Se había hecho un feo corte, lo bastante profundo como para necesitar sutura, pero Immanuelle hizo cuanto pudo para vendarlo con fuerza y restañar el sangrado. Mientras estaba en ello, pensó en lo irónico que resultaba todo. Hacía tan solo unas semanas, ella misma había tenido que curarse una herida semejante. Quizá tuviera más en común con Ezra de lo que pensaba. ¿A qué se debía la afinidad que sentía nacer entre ambos? ¿Al dolor compartido?

Un viento frío y desagradable sopló con fuerza desde el norte y sacudió las copas de los árboles. El corcel se asustó y se volvió hacia un lado, y Ezra tuvo que tirar de las riendas y levantar la voz sobre el fragor para apaciguarlo.

Immanuelle tembló y se agarró al asiento. Ezra, que aún tenía los ojos clavados en la lejana negrura, sostuvo las riendas con una mano y agarró con la otra una manta que llevaba en el carro.

—Toma.

—Gracias —dijo la muchacha, y se la echó sobre los hombros.

—No es nada.

—Gracias de todos modos.

El camino giraba hacia el este, en dirección a los Calveros, y atravesaba las tierras centrales de Bethel. Pero cuando se acercaron de nuevo a la linde del Bosque Oscuro, la fascinación de la joven fue en aumento. Immanuelle se preguntó entonces si el poder del Padre llamaría a Ezra del mismo modo que el bosque la llamaba a ella. Si el muchacho se sentiría atraído por la luz igual que a ella la atraían las

sombras.

Ezra la observó por el rabillo del ojo.

—¿Qué te ocurre?

Immanuelle se ruborizó. La avergonzaba que el joven la hubiera sorprendido mirándolo.

—Es solo que... bueno... me preguntaba si...

Ezra sonrió con satisfacción. Se divertía con su tartamudeo.

—Dímelo de una vez.

—¿Siempre has sentido la vocación de Profeta?

Ezra negó con la cabeza.

—Jamás he querido heredar ese puesto. Yo quería viajar, ir más allá del muro.

—¿Y por qué querrías hacer eso?

—Porque Bethel no es lo único que hay en el mundo. Las tierras salvajes no pueden ser infinitas. Tiene que haber vida más allá. Seguro que la hay.

—¿Te refieres a las ciudades paganas?

—Así es como las llamamos. Pero antes de que Ford construyera el muro, esas ciudades paganas eran aliadas de Bethel.

—Pero han pasado siglos.

—Lo sé —repuso Ezra, con los ojos fijos en el horizonte—. Por eso quería ir allí... para descubrir lo que ocurrió, para saber si estamos solos aquí.

Immanuelle frunció el ceño. Estaba confusa. Ezra, en calidad de sucesor, era una de las pocas personas de Bethel que gozaban de la jurisdicción necesaria para abrir la Puerta Consagrada y conceder el derecho de pasar por ella. Pensó que, si de verdad hubiese querido marcharse de Bethel, lo habría hecho ya.

—¿Y por qué no te vas?

A modo de respuesta, Ezra sacó la daga del bolsillo. Immanuelle se dio cuenta de que aún no la había limpiado y quedaban costras de sangre en la hoja.

—Me han dicho que mi lugar está aquí.

Callaron una vez más. Las ruedas del carro traquetearon sobre baches y charcos de sangre. Habían llegado a los Calveros. Aunque había oscurecido hasta el punto de que apenas si veían el paisaje que los rodeaba, Immanuelle sentía el suave susurro del viento en las ramas del bosque occidental.

—Mañana deberíamos subir al campanario de la catedral —dijo Ezra, poniendo fin al silencio—. Por la tarde tengo reunión con los apóstoles, pero por la mañana estoy libre.

La propuesta sorprendió a Immanuelle, tanto por su atrevimiento como por el mismo hecho de que se la hiciera. Antes, cuando le había hablado de llevarla al campanario, no había pensado ni por un momento que el joven fuera a cumplir su promesa. Pero, aunque le habría encantado, hizo que no con la cabeza.

—No puedo.

—¿Tienes otros planes? —preguntó Ezra, e Immanuelle sintió la extraña sospecha de que había algo más, de que alguna otra cosa se ocultaba tras su pregunta, aunque no habría sabido decir exactamente de qué se trataba.

—Iré al Bosque Oscuro.

En el mismo momento en que la verdad escapó de sus labios, Immanuelle se preguntó por qué no se habría callado. Se imaginó que una parte de sí misma, una parte pequeña, débil, quería impresionar al joven... y se detestó a sí misma por ello.

Pero vio, sorprendida, que Ezra no parecía inquietarse por su confesión.

—Había creído que el bosque te daba miedo.

—Es que tengo miedo. Toda persona que conserve el buen sentido con el que nació teme al bosque —respondió Immanuelle. Y aunque así fuera, había llegado a entender que el miedo no era una excusa razonable para no hacer lo que había que hacer. La idea le resultaba extraña, porque Immanuelle no había sido nunca particularmente

valerosa. Pero en los días que siguieron al inicio de la plaga de sangre, había empezado a desarrollar su propio tipo de

coraje. Y le gustaban las sensaciones que transmitía—. Ciertas cosas se tienen que hacer, por mucho miedo que se sienta.

Ezra se acercó a Immanuelle e inclinó la cabeza hacia ella, y la muchacha se dio cuenta de que el joven se esforzaba por escudriñarla, por descubrir la verdad.

—¿Qué interés puede tener una chica como tú por el bosque de las brujas?

Immanuelle pensó que no tenía sentido mentirle.

—Quiero detener la sangre —dijo simplemente—. Y creo saber cómo hacerlo.

Immanuelle esperaba que Ezra se riese, que la ridiculizara, pero no fue así.

—Nos veremos junto al pozo a la hora del amanecer.

Entonces fue la joven quien se sintió conmocionada.

—No puedes ir conmigo.

—Puedo ir e iré —replicó Ezra, como si la cuestión ya estuviera zanjada—. No voy a permitir de ningún modo que entres sola en el Bosque Oscuro.

—Pero es que andar por el bosque es peligroso para los hombres —afirmó Immanuelle, que recordaba las historias que Martha le había contado cuando era niña para prevenirla contra el bosque y sus maldades. A menudo le explicaba que los hombres de los Días Oscuros que osaban entrar en el bosque solían regresar rabiosos, enloquecidos por la brujería del contubernio que moraba en la espesura.

Ezra hizo un gesto de menosprecio.

—Eso es una superstición.

En otro tiempo Immanuelle había pensado lo mismo, pero eso fue antes de ver a las brujas del bosque. Había descubierto que los peligros del Bosque Oscuro eran reales, y aunque estuviera dispuesta a arriesgar su propia vida para detener la plaga que ella misma había empezado, no arriesgaría la de Ezra.

—Es demasiado peligroso. Hazme caso. Sobre todo, porque eres un hombre santo. El bosque es hostil contra hombres como tú.

El muchacho entornó los ojos.

—Eso es una mentira que los paganos inventaron en tiempos antiguos para impedir que las gentes de Bethel cruzaran sus fronteras.

—No es cierto. Aunque no hayas visto de primera mano los horrores del Bosque Oscuro, eso no significa que no existan. El bosque es peligroso, y si quieres seguir con vida, lo mejor será que no te acerques a él.

Ezra había abierto la boca para responder cuando el caballo relinchó con fuerza. La carreta se ladeó hacia la derecha con tanta violencia que Immanuelle se habría caído de cabeza si Ezra no la hubiera agarrado por la cintura.

Había un sabueso enfrente de ellos, en medio del camino. Era una bestia enorme, sucia, y gruñía. Sus ojos reflejaban la luz de las lámparas que se balanceaban de un lado a otro en la carreta. Mordió al caballo en los cascos. Tenía la boca cubierta de sangre y espumarajos.

Ezra le pasó las riendas a Immanuelle.

—Agárralas y quédate aquí.

—Pero si tienes la mano...

—Estoy bien.

Se volvió y sacó un rifle que llevaba en la carreta bajo un montón de heno.

—No irás a...

—Está rabioso —dijo, al tiempo que saltaba al suelo. Con el arma en ristre, se acercó poco a poco al sabueso. Este gruñó al verlo y pegó el cuerpo a tierra.

El caballo se encabritó e Immanuelle tiró de las riendas con tanta fuerza que se hizo rasguños en las palmas de las manos.

Ezra apoyó el rifle en el hombro.

El sabueso se arrojó sobre él.

La detonación de la bala que salía del cañón rasgó la oscuridad. El sabueso se tambaleó, tropezó sobre sus propias patas y cayó muerto sobre el polvo.

Immanuelle sintió que la garganta se le llenaba de bilis, pero logró contener el vómito.

Ezra volvió a su lugar y apoyó el rifle contra el asiento. Tomó las riendas de las manos temblorosas de Immanuelle y las sacudió dos veces, para que el caballo dejara atrás el cuerpo ensangrentado del sabueso. Ni el joven ni Immanuelle dijeron una palabra.

Al cabo de unos minutos, la carreta dobló un recodo y entró por el camino largo y accidentado que conducía a la tierra de los Moore. La luz de la granja apareció en la lejanía.

Su fulgor alumbraba las onduladas tierras cubiertas de trigo.

Cuando se acercaban, Ezra insistió:

—Así pues, ¿nos vemos por la mañana? ¿Al alba?

Immanuelle murmuró entre dientes palabras que no eran muy santas, pero accedió, porque sabía que sería inútil discutir.

—Más te valdrá llegar cuando salga el sol y traer ese rifle. Quizá lo necesites.

Ezra empuñó las riendas con un punto de engreimiento.

—Nos vemos en el pozo.

Immanuelle asintió. Entonces se le ocurrió algo:

—¿Para qué quería esos nombres el Profeta?

—¿Qué?

—En el Refugio, tu padre te ha pedido que le consiguieras todos los nombres de las mujeres y niñas de Bethel. ¿Por qué?

Ezra titubeó antes de responder.

—Se ha dicho que las maldiciones solo pueden salir de labios de una mujer. De los labios de una bruja.

Una maldición. Así pues, de eso se trataba. La verdad salía a la luz.

—¿Él piensa que se trata de una maldición?

—Bueno, desde luego que no es una bendición —respondió Ezra—. ¿Cómo lo vas a llamar?

Immanuelle se acordó de la catedral, de la vidriera que representaba a las legiones de la Madre envueltas en fuego y a punto de morir. Se acordó de la muchacha amordazada, encadenada a la picota en el mercado. Se acordó de las turbas burlonas y de las hogueras llameantes. Se acordó de Leah, prosternada sobre el altar, con las orejas llenas de sangre y el acero en la frente. Se acordó de las muchachas casadas con hombres de la misma edad que sus abuelos. Se acordó de los mendigos hambrientos de las Afueras que se agazapaban en el camino con sus cuencos para pedir limosna. Se acordó de la mirada del Profeta y de la manera como se posó sobre ella y se detuvo donde no debía.

Immanuelle respondió a la pregunta de Ezra con un ronco susurro:

—Un castigo.

—— ✠ ——

CAPÍTULO QUINCE

Si el bosque está hambriento, aliméntalo.

De Las Cuatro Impías: un compendio

A la mañana siguiente, Immanuelle despertó con la salida del sol y fue al taller de Abram, que a esa hora estaba vacío, en busca de lo que pudiera necesitar. Miró entre las herramientas y eligió un grueso rollo de cuerda suficiente para rodear toda la granja y que aún sobrara, una gasa limpia y el cuchillo para tallar madera más afilado de Abram. El rollo de cuerda pesaba tanto que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio, pero Immanuelle logró colgárselo del hombro y se echó a andar por los campos en barbecho hasta el redil donde las ovejas pasaban la noche. Las sacó enseguida a pastar. Se quedarían allí bajo el ojo vigilante del bracero, Josiah, mientras la muchacha se hallara en el bosque.

Una vez el hombre se hubo hecho cargo del rebaño, Immanuelle se dirigió al pozo que se hallaba en la linde oriental de los pastos. Aguardó allí la llegada de Ezra. Mientras pasaba el rato, hojeó las páginas del diario de su madre y repasó los dibujos de las brujas, en preparación de lo que se disponía a hacer. Si todo le salía de acuerdo

con el plan, hallaría el estanque, se metería en el agua y realizaría el sacrificio, y para cuando volviera a salir del Bosque Oscuro la plaga de sangre habría terminado. Tan solo rogaba que la luz del día bastase para mantener a raya al contubernio de Lilith.

Vio a Ezra sobre una colina que se encontraba varios metros más allá. El joven bajó a los pastos. Se había puesto ropas de trabajo y traía la mano recién vendada con unas pocas tiras de gasa limpia y blanca. Llevaba el rifle colgando del hombro con una correa de cuero.

Immanuelle frunció el ceño y echó una mirada al sol. Ya era casi mediodía.

—Llegas tarde.

Ezra pasó entre las ovejas y los animales se apartaron. Se detuvo frente a la muchacha.

De cerca se lo veía algo cansado, tal vez porque había pasado toda una noche clasificando registros del censo.

—Y tú lees literatura prohibida.

Immanuelle cerró de golpe el diario y se lo metió a toda prisa en la mochila.

—¿Cómo sabes que esto está prohibido?

—Pones cara de culpable. Nadie pone cara de culpable al leer un libro autorizado por el Protocolo. —Señaló con la cabeza el rollo de cuerda que la muchacha llevaba en el hombro—. ¿Para qué es eso?

—Para pescar —respondió Immanuelle, al tiempo que se sacudía el polvo de la falda

—. ¿Vamos?

Ezra se echó a andar, abriéndose paso por las hierbas altas que los separaban de la linde del bosque. Immanuelle lo siguió hasta la maleza. El mismo alivio que sintió al hallarse entre

los árboles hizo que se detestara a sí misma. El bosque estaba hermoso como nunca. La luz del sol se filtraba por el follaje y moteaba la angosta senda que se adentraba en la espesura.

El bosque no le había parecido nunca tan acogedor y tan vivo. Contrastaba fuertemente con Bethel, donde todo se había marchitado

y moría. Allí, en el Bosque Oscuro, la plaga de sangre casi podía parecer una pesadilla vaga y lejana. De no haber sido por los reflejos del río enrojecido que seguía su curso entre los árboles, por los surcos llenos de sangre en la senda, Immanuelle habría llegado a pensar que la plaga afectaba tan solo a Bethel.

Pero la verdad era aún más sobrecogedora. A diferencia de Bethel, donde la plaga había provocado estragos, el bosque parecía medrar con ella. Como si la sangre lo hubiera alimentado. Los árboles florecían, aunque no hubiera llegado la primavera y sus ramas se llenaban de exuberancia. Las zarzas habían crecido tanto que le cerraban el paso, hasta el punto de que en ocasiones le costaba seguir adelante. Casi parecía que el bosque se expandiera, que se extendiera más allá de los límites que tenía marcados.

¿Eso era la plaga? ¿Una artimaña de las brujas para apoderarse de Bethel? ¿Acaso Lilith trataba de recobrar lo que había perdido hacía tantos años?

Ezra miró de reojo a Immanuelle.

—Decías que el Bosque Oscuro te daba miedo, pero ahora te veo muy tranquila.

El muchacho tenía razón, al menos en parte. Había algo en el Bosque Oscuro que hacía que Immanuelle se sintiera más ella misma cuando entraba, y menos cuando salía. Pero tal vez se tratara de un engaño de las brujas.

—Y tú decías que a ti no te asustaba, pero te veo tenso.

—Quien está preparado para lo peor no necesita temer a nada.

—¿Eso es lo que esperas encontrar aquí? —preguntó Immanuelle, al tiempo que se agachaba para pasar bajo una rama de roble. Sintió una punzada de remordimiento por todos los secretos que le había ocultado—. ¿Lo peor?

—Puede ser —respondió Ezra—. Aunque no crea en brujas ni en cuentos, sé muy bien que casi nada de lo que salga del Bosque Oscuro puede ser bueno.

Aquellas palabras le dolieron a Immanuelle, y la muchacha tardó un momento en comprender por qué: ella misma provenía del Bosque Oscuro, al menos en parte. Era allí donde había crecido en el vientre de su madre, era su primer hogar, tanto si lo reconocía como si no.

Ezra se volvió hacia ella.

—¿No estás de acuerdo?

—No lo sé —respondió Immanuelle, y se acercó al muchacho, redujo a la mitad la escasa distancia que los separaba—. ¿Sabes?, me gusta pensar que de los lugares inesperados pueden salir cosas buenas.

Ezra levantó la mano sana y se agarró a una rama para sostenerse mejor. Los dos estaban muy cerca el uno del otro, demasiado cerca como para que el Protocolo de Bethel lo considerara aceptable. Pero ya no se hallaban en Bethel y el Bosque Oscuro no conocía ninguna ley. Fue Ezra quien puso fin al silencio, con voz algo quebrada.

—Eres una muchacha desconcertante, ¿lo sabías?

Immanuelle levantó la barbilla para verlo bien. Ezra había despegado los labios y la luz del sol jugueteaba sobre su rostro, pintaba sombras en sus mejillas y su mentón. Aunque la

distancia que los separaba no alcanzara un dedo de grosor, Immanuelle solo pensaba en acercarse todavía más. Pero no se atrevió a dejarse llevar. No se atrevía.

—Ya me lo habían dicho.

Entonces anduvieron durante un tiempo sin decir nada. Immanuelle sentía con demasiada fuerza el súbito silencio y la calculada distancia que los separaba. Al cabo de un rato que le parecieron varias horas, Ezra se detuvo por fin y señaló un hueco entre los árboles.

—Hemos llegado.

Immanuelle se adelantó. Sí, desde luego, habían llegado. Allí había un estanque, una herida ancha y ensangrentada en medio del bosque. Los árboles que lo rodeaban eran mucho más grandes de lo que recordaba Immanuelle y sus raíces se adentraban en las profundidades del estanque, sumergidas en sangre, saciándose de sangre. El dulce hedor de la podredumbre era tan empalagoso y denso que Immanuelle estuvo a punto de sufrir arcadas.

Se volvió hacia Ezra, se descolgó del hombro la cuerda enrollada y dejó la mochila en el suelo.

—Cierra los ojos y date la vuelta.

—¿Qué vas a...?

Immanuelle se subió la falda hasta las rodillas y volvió la cabeza para mirar al muchacho. La canción del bosque se volvía burlona. Sonaba en el acelerado ritmo del corazón de Immanuelle, en el siseo del viento, en el sordo golpe de las botas de Ezra contra el suelo, porque este había dado un paso hacia ella.

—Te he dicho que cierres los ojos —le recordó la joven.

Esta vez Ezra obedeció. Cerró los ojos y volvió el rostro hacia las copas de los árboles.

—¿Por qué será que pienso que tu idea es mala y contraria a la fe?

—No lo sé. —Immanuelle se detuvo un momento para descalzarse las botas—. Será que el sucesor del Profeta es malo y contrario a la fe y le gustan ese tipo de ideas.

La muchacha no miraba, pero cuando Ezra le respondió, reconoció la sonrisa en su voz.

—¿Piensas que soy un mal sucesor?

—Pienso que eres un sucesor muy taimado. —La muchacha meneó el cuerpo para despojarse del vestido, que quedó arrebujado en torno a sus tobillos. Lo dobló con rapidez, y a continuación agarró la cuerda y se ató uno de sus extremos en torno a la cintura. En cuanto estuvo bien sujeta, se acercó a Ezra y le puso el otro cabo en la mano buena —. Agarra esto y no lo sueltes. —Ezra se volvió y la miró de frente, y los ojos le brillaron al seguir la cuerda desde su mano hasta el talle de la muchacha. De repente Immanuelle se sintió como si sus enaguas traslucieran como la bruma matutina—. Te había dicho que cerraras los ojos.

Ezra volvió la mirada hacia el agua, y luego contempló de nuevo a la muchacha.

Immanuelle habría podido jurar que estaba casi... aturdido.

—No se te habrá ocurrido...

—Tengo que hacerlo. Si no, la plaga de sangre no terminará.

—Esto es ridículo —replicó Ezra negando con la cabeza. Hasta aquel momento se había plegado a las extravagancias de la muchacha, pero

estaba claro que se le había terminado la paciencia—. Si estás empeñada en que alguien se meta en ese estanque, ya me meteré yo. Tú sostendrás la cuerda.

Immanuelle hizo que no con la cabeza.

—Tengo que ser yo.

—¿Por qué? —respondió Ezra exasperado. Casi enojado—. ¿Qué tiene que ver ese estanque con la plaga de sangre? No lo entiendo.

—No tengo tiempo para explicártelo, pero, aunque te lo explicara, no sé si me creerías.

Pero ahora no importa. Estás aquí porque has querido venir, así que puedes ayudarme, y también puedes marcharte. Solo te pido que, decidas lo que decidas, lo hagas enseguida y con discreción. Yo he guardado tus secretos y tú tienes que guardar los míos.

Ezra apretó los dientes, sin saber qué hacer.

—Esto es un disparate.

—Tú no sueltes la cuerda —respondió Immanuelle, y se agachó para sacar de la mochila el cuchillo de Abram—. Si no la sueltas, no habrá nada de qué preocuparse.

—Pero el agua está contaminada.

—Bueno, no voy a beber, ¿verdad que no? Haré como los peces y nadaré. Tú agarra la cuerda. Si sucede algo malo... si paso demasiado rato bajo el agua, o empiezo a forcejear...

tira de mí para sacarme. Así no ocurrirá nada.

Ezra sujetó la cuerda con fuerza.

—Está bien. Pero en el momento en el que ocurra algo extraño, como que chapotees más que antes, te arrastraré hasta la orilla.

—Me parece bien.

Immanuelle, cuchillo en mano, bajó hasta el agua. El cieno frío, que con la sangre se había vuelto de color negro, se le metía entre los dedos de los pies y la succionaba desde abajo, y su sal le escocía en las ampollas que le habían hecho las botas. La muchacha se tragó la náusea que le subía por la garganta y se metió en el agua hasta los

tobillos, las rodillas, la cintura, se encogió cuando el lodo frío y ensangrentado le acarició el vientre y se filtró por sus enaguas. Se detuvo para cobrar fuerzas y luego volvió a andar, empapada en sangre. Cuando su labio inferior apenas si sobresalía del agua, cerró los ojos con fuerza y susurró su plegaria al Bosque Oscuro.

—No te diré mi nombre, porque ya lo conoces. Antes oí como me llamabas. —Se detuvo un instante, se puso de puntillas, se esforzó por mantener la cabeza sobre la superficie

—. He acudido en nombre de Bethel, para rogarte... no, para suplicarte que pongas fin a las plagas que se engendraron aquí mismo hace semanas. Acepta este sacrificio. Por favor.

Y dicho esto, elevó el cuchillo hasta el antebrazo y se hizo un corte profundo.

Cuando su sangre se entremezcló con la del estanque, un viento poderoso sopló en el bosque, con tanta fuerza que doblaba los pinos jóvenes. Amplios anillos irradiaron desde el centro del estanque, como si alguien hubiera arrojado un peñasco a sus profundidades. Las olas llegaban a la orilla en rápida sucesión e Immanuelle tuvo que apoyar los pies en el cieno para impedir que la arrastraran.

Ezra dio un par de fuertes tirones a la cuerda y la muchacha volvió los ojos hacia él. El joven dio un nuevo tirón aún más fuerte y gritó el nombre de la chica contra el viento ensordecedor. Pero antes de que Immanuelle pudiera responderle, una mano fría la agarró por el tobillo y tiró de ella hacia el fondo.

—— ✠ ——

CAPÍTULO DIECISÉIS

La mujer es una criatura astuta. Creada a imagen y semejanza de su Madre, es creadora y destructora a un tiempo. Es gentil hasta que se vuelve cruel, mansa hasta que se vuelve implacable.

De los escritos tempranos de David Ford

La Bruja del Agua flotaba en la tenebrosa profundidad. Nadaba en torno a Immanuelle, veloz como un pececillo. La muchacha agitaba manos y piernas, y pugnaba por no ahogarse. La bruja ladeó la cabeza y se acercó más a ella, hasta que ambas casi se tocaron por la nariz. La expresión de su rostro se volvió ceñuda, separó los labios, y cuando gimoteó, la sangre empezó a burbujear, y unas formas grandes y

negras emergieron de la tenebrosa profundidad.

Immanuelle se revolvió, tan asustada que estuvo a punto de abrir la boca y que se le llenara de agua. Aquellas formas eran figuras de mujeres y niñas. Algunas de ellas tenían la edad de Honor, otras eran aún más jóvenes. En cuanto se acercaron, Immanuelle descubrió que todas ellas estaban gravemente heridas de una u otra manera, que eran poco más que cadáveres arrastrados por la corriente. Una de las mujeres estaba degollada. Otra llevaba una soga al cuello. El rostro de una tercera estaba tan amoratado e hinchado que a duras penas parecía humana. Una cuarta sostenía contra el pecho su propia cabeza cortada, como si se hubiera tratado de un bebé. Más y más almas emergieron de las sombras del agua profunda, hasta que las muertas fueron casi legión.

De la negrura emergió un fragor, como si la campana de una catedral hubiera tañido en las profundidades. Al oírlo, los cadáveres cobraron vida y retrocedieron hacia la oscuridad.

Entonces un nuevo rostro surgió del cieno y las sombras.

¿El Profeta?

No. No era él.

Era un rostro que Immanuelle reconoció haber visto en la estatua de la plaza del mercado, en los retratos que colgaban de las paredes de la catedral y el Refugio del Profeta.

Era el primer profeta. El Matador de Brujas, David Ford.

Los labios de Ford se ensancharon en una horripilante sonrisa, su boca se abrió como si hubiese querido tragarse entera a Immanuelle. El hombre respiró hondo y un único grito resonó por el estanque.

Y entonces, en la negrura, ardió un fuego.

Las llamas crecieron en el agua y devoraron a las mujeres. Sus chillidos se transformaron en coro y se mezclaron con la risa profunda y sonora de David Ford. Las mujeres lloraban y pateaban, algunas de ellas preguntaban por sus padres, otras suplicaban piedad. Pero las llamas no se aplacaron.

Immanuelle trató de nadar, quiso darles la mano, se desesperó por ayudarlas, pero sintió en torno a su cuerpo el tirón de la cuerda, el nudo se clavó en su vientre. Peleó contra

él, dio brazadas hacia las mujeres y las niñas, mientras el fuego ardía con furia.

La cuerda dio otro tirón que la dejó sin aire en los pulmones. La muchacha jadeó y la sangre le llenó la boca. Aún oía los chillidos de Delilah en las negras profundidades del estanque.

Immanuelle no recordaba haber salido a la superficie, ni que la hubieran arrastrado a la orilla.

Un momento antes estaba en las profundidades sanguinolentas y al siguiente se encontró echada de espaldas en el suelo, contemplando las copas de los árboles. Se incorporó a medias, se puso de rodillas y vomitó. Su sangre y su bilis salpicaron la orilla. No fue hasta que hubo vomitado por segunda vez que levantó la cabeza y contempló las sombras del ocaso. Habría jurado que era poco más del mediodía cuando Delilah la había arrastrado bajo el agua. ¿Cuánto tiempo había pasado allí?

Los conjuros del estanque volvieron a su memoria: las figuras, los ruegos y los chillidos, el fuego. No podía ser que todas aquellas mujeres y niñas fuesen brujas... algunas eran demasiado pequeñas como para practicar ninguna fe. Eran víctimas, víctimas inocentes asesinadas por hombres como David Ford, con el pretexto de una purificación sagrada. Las había matado a sangre fría. Las Sagradas Escrituras disfrazaban aquellos conflictos como batallas y guerras, pero en realidad había sido una masacre.

Era una horrible verdad, pero Immanuelle se vio obligada a apartarla de sus pensamientos. Tenía que centrarse en las maldiciones, y en las brujas, y en regresar a Bethel, y en... Ezra.

Ezra.

Levantó la cabeza para buscarlo. Al ponerse en pie, le flaquearon las rodillas. Pero no se encontraba en la orilla, donde lo había visto la última vez. Y la cuerda que llevaba atada a la cintura estaba floja.

Immanuelle dio unos pasos y lo llamó, pero el joven no respondió.

Entonces, mientras subía trabajosamente por la orilla, lo vio echado sobre los juncos.

Corrió hacia él dando traspiés y cayó a su lado. Ezra estaba tendido en el suelo con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas, tan dilatadas que casi le devoraban el iris. Tenía sangre en la nariz y en la boca,

pero Immanuelle no habría sabido decir si era del estanque o del propio Ezra. El corte de la mano herida sangraba sin freno, las vendas se habían rasgado y los puntos se habían abierto a causa de la fricción de la cuerda, que aún sujetaba con mano de hierro. Y sus miembros... habían quedado atrapados en el suelo, sujetos por una maraña de espinas y raíces de árbol.

A poca distancia de allí estaba su rifle, tirado sobre los juncos. El cañón de metal era un nudo retorcido, como si se hubiera tratado de un simple alambre.

Immanuelle pugnó por arrancar las plantas que lo retenían y se ensangrentó las manos al tirar de las zarzas, pero el bosque no soltaba a Ezra, y por mucho que la joven se esforzara, no conseguía liberarlo. Desesperada, empuñó el cuchillo de Abram y empezó a cortar la maraña de espinos y raíces, y tras muchos esfuerzos le liberó los brazos.

Ezra le tendió una mano. Pero se detuvo a medio gesto. El joven contempló a la muchacha con una especie de aturdido asombro, pero sus ojos tan solo expresaban ausencia y vaguedad, como si hubiera estado viendo alguna otra cosa. Sin embargo, cuanto más la

miraba, más se transformaba su expresión. El asombro se transformó en confusión, la confusión en temor, y el temor en puro horror.

Algo se movió en el bosque.

El aire se enfrió. El estanque empezó a gorgotear. Pequeñas olas acariciaron sus sangrientas orillas. En lo alto, un grupo de nubarrones empezó a agitarse y vientos de tormenta silbaron entre las copas de los árboles. Unos pocos cuervos se elevaron hacia lo alto y volaron al este, y el viento empezó a rugir, y sopló con tanta fuerza que los árboles se combaban.

Immanuelle trataba de cortar las plantas que sujetaban a Ezra con el cuchillo de Abram tan rápido como podía. Se desgarró sus propias manos al arrancar las zarzas que retenían los tobillos del muchacho.

—No te va a ocurrir nada. Te liberaré. Tan solo aguanta un poco más... Ya casi...

¿Ezra?

El muchacho la miró como si hubiera sido una desconocida... no, aún peor que una desconocida, una enemiga. Dejó de forcejear contra las

zarzas y ramas que le impedían levantarse y luchó con ella, trató de golpearla, le chilló, le exigió que se alejara.

Pero Immanuelle se negó a ceder. Siguió cortando ramas, pugnó por liberarlo de las garras del Bosque Oscuro, aunque el muchacho pateara y se retorciera como si el roce con la joven lo quemara. Y cuando Immanuelle hubo cortado la última de las raíces que le sujetaban las piernas al suelo, Ezra atacó y le aferró la garganta con una mano, tan rápido que Immanuelle no pudo ni chillar.

Los dedos del joven, cubiertos de sangre, se hincaban a ambos lados de su garganta y le impedían respirar. Immanuelle trató de obligarlo a abrir los dedos, clavó las uñas en sus manos, sus brazos, su camisa. Pero no sirvió de nada. La presión de Ezra era implacable y se volvía cada vez más fuerte. Primero dejó de oír y luego empezó a perder el mundo devista, la periferia de su visión se tiñó de negro. Entonces se dio cuenta de que iba a morir, allí, en el bosque, a manos del muchacho que habría querido tener por amigo.

En un último acto de desesperación, Immanuelle empuñó el cuchillo de Abram, lo llevó al pecho de Ezra y le apoyó la punta justo encima del esternón. Por un instante ambos se quedaron inmóviles, Ezra con una mano en torno a la garganta de Immanuelle, y esta con un cuchillo en la del joven.

De pronto, cuando la muchacha empezaba a perder el sentido, la cordura regresó a los ojos de Ezra. Se vio en ellos que había reconocido a Immanuelle, y a continuación se llenaron de horror.

La soltó.

Immanuelle lo apartó de una patada, jadeó en busca de aliento e interpuso el cuchillo entre los cuerpos de los dos, dispuesta a usarlo si volvía a aferrarla.

Pero antes de que Ezra tuviera oportunidad de hacer nada, salvo murmurar el nombre de la muchacha, sus miembros fueron presa de convulsiones. Se revolvió, movió la cabeza de un lado a otro con furia, arqueó la espalda con tal fuerza que Immanuelle temió que se le partiera el espinazo. Pero de algún modo, a pesar del dolor de los horribles espasmos, Ezra...

hablaba, mascullaba plegarias, salmos y proverbios, y extrañas oraciones que Immanuelle jamás había oído. Fue entonces, y solo entonces, cuando la joven se dio cuenta de que el

muchacho experimentaba... una visión, la primera.

Los vientos de tempestad soplaron por el bosque. Los pinos se doblaban y el follaje se agitaba. Immanuelle sopesó distintas opciones mientras se vestía. Su primer pensamiento fue egoísta: evitar el riesgo de un segundo ataque y abandonar a Ezra en el bosque. Dejar que fuese él quien buscara el camino de salida. Pero cuando se ponía en pie para marcharse, su sentimiento de culpa la derrotó. Se volvió hacia Ezra, que yacía inmóvil en el suelo. Lo peor de su visión había pasado ya.

O salían juntos del bosque, o no saldrían.

Por ello, hizo que Ezra se sentara, apoyó al joven sobre los hombros y se incorporó con no poco esfuerzo. Apretando los dientes, logró que el muchacho se pusiera en pie y anduvieron tambaleándose hacia los árboles. Immanuelle trató de gritar para pedir ayuda, con la esperanza de que algún cazador o trabajador del campo los oyera a pesar del rugido del viento, pero el fragor de la tormenta impedía que sus voces encontraran oídos dispuestos a escuchar. Con todo, siguió adelante, luchando por terminar cada uno de los pasos que daba, con fuego en los pulmones.

A cada dos pasos adelante, la linde del Bosque Oscuro parecía retirarse tres pasos más allá, y por ello Immanuelle caminó cada vez más rápido, aunque las sombras la envolviesen como si hubieran sido agua. Distinguió a lo lejos la línea brillante de la linde del bosque, donde la luz del sol se colaba entre los árboles. Pero a pesar de lo extraño y difícil que era todo —a pesar del terror y la desesperación que sentía la muchacha, a pesar del horrible estado en que se hallaba Ezra— había dentro de ella algún rincón miserable que quería quedarse allí.

Pero Immanuelle no cedería con tanta facilidad a la tentación.

No, no cedería, porque el destino de Ezra dependía de lo que hiciera.

Se obligó a sí misma a seguir adelante y batalló por cada uno de los pasos que daba hacia la luz del sol. Y entonces, con un último impulso, salió del bosque y cayó de rodillas en la propia linde. Ezra se derrumbó a su lado y ambos golpearon la tierra con una contundencia que les dejó moretones por el cuerpo. Immanuelle se incorporó sobre manos y rodillas y le dio la vuelta a Ezra para que quedase con la cara hacia arriba. Le apartó el cabello de los ojos. Le llevó una mano al pecho, pero no encontró sus latidos.

Josiah, el bracero, venía hacia ellos por los pastos, corriendo con tal precipitación que el rebaño huía a su paso. Immanuelle tomó la cabeza de Ezra entre las manos, le quitó la tierra de las mejillas, le rogó que volviera con ella.

Pero el muchacho no respondió. No se movió.

—— ✠ ——

CAPÍTULO DIECISIETE

El Padre derramará Su espíritu sobre la carne de Su siervo, y el rebaño lo llamará Profeta, pues contemplará las maravillas de los cielos y hablará en lenguas de ángeles.

Los secretos de la tierra y la sangre se le revelarán, y conocerá la voz de su Padre.

Tuvieron que pasar nueve días para que Immanuelle recibiera noticias de Ezra. Josiah había cabalgado a Amas en busca de ayuda y regresó con lo que parecía la mitad de la Guardia del Profeta a caballo. Immanuelle aún se hallaba en los pastos con Ezra, con su cabeza en el regazo, y Anna estaba de rodillas a su lado y cubría la frente del joven con un paño húmedo, en un vano intento por aliviar la tortura que le provocaba su visión. Glory lloraba unos pocos metros más allá. Las hierbas altas, sin vida, se agitaban a la altura de su talle. A lo lejos, la Guardia del Profeta se acercaba por las onduladas colinas cubiertas de pastos.

Todo lo demás ocurrió muy rápido. Al menos así se lo pareció a Immanuelle.

Pocos momentos antes, había sostenido la cabeza de Ezra en el regazo, y la mano del muchacho agarraba la de la joven mientras padecía un segundo ataque. Y de pronto, Ezra desapareció. Unos miembros de la Guardia del Profeta, de quienes Immanuelle ni siquiera recordaba el rostro, se lo habían llevado. Unos pocos de ellos se habían quedado a interrogar a la chica allí mismo, en los pastos. Esta, a su vez, les había contado algunas mentiras y medias verdades. Lo suficiente para aplacar sus sospechas sin comprometerse a sí misma ni revelar el verdadero horror de lo que había acontecido aquel día en el Bosque Oscuro.

Immanuelle tenía que contentarse con la esperanza de que si Ezra despertaba —no: cuando Ezra despertara— no descubriría sus mentiras. Pero si lo hacía, la joven no se lo habría reprochado. No después de todo lo que habían vivido en el Bosque Oscuro.

Cuando por fin tuvo noticia del estado de Ezra, le llegó bajo la forma de un edicto que le entregó a mano uno de los correos personales del Profeta. Si bien la misiva se dirigía a Abram, el anciano concedió a Immanuelle el honor de abrir el sello y leer el edicto. Las manos de la muchacha temblaron violentamente al romper el sello de cera. La carta decía lo siguiente:

Con la mayor alegría, comunicamos la noticia de que Ezra Chambers ha recibido su Primera Visión. Al cabo de ocho días de hallarse en compañía del Padre mediante el poder de la Videncia, ha recobrado la consciencia y se recupera en el Refugio, mientras se prepara el próximo Sabbath. Larga vida a Ezra Chambers, sucesor a la Santa Dignidad de Profeta, y que el

Padre bendiga a su predecesor, Grant Chambers, en sus últimos días.

Siempre en la luz,

La Santa Asamblea de los Apóstoles del Profeta

En el siguiente Sabbath se llevaría a cabo una evisceración para conmemorar la Primera Visión de Ezra. Los Moore se levantaron temprano y se pusieron sus mejores atuendos.

Tuvieron buen cuidado de planchar las arrugas de las faldas y sacar lustre a los zapatos para aquella ocasión especial. Partieron al alba y llegaron cuando el sol aún se hallaba cerca del horizonte.

La catedral estaba abarrotada como Immanuelle jamás la había visto. A pocos pasos del patio, el río corría sin impedimento. La sangre que antes ensuciaba las rocas había desaparecido en su mayor parte y el agua se había aclarado hasta tomar un color de orín. La plaga de sangre, finalmente, había terminado. Muchos afirmaban que había sido un milagro...

el primero de Ezra.

Immanuelle contempló a la muchedumbre que se había reunido en el patio de la catedral. Buscaba a Leah. Pero se dio cuenta de que su amiga no se hallaba entre las esposas del Profeta. Estas aguardaban con rostro grave a la entrada del templo, ataviadas todas ellas con idénticos vestidos negros. Unas pocas llevaban pañuelos húmedos a sus ojos enrojecidos y se lamentaban abiertamente por lo que estaban a punto de perder... un esposo, un padre, un líder. El Profeta no podía permanecer mucho tiempo en el mundo después de que Ezra ascendiera a la supremacía. Si los rumores que circulaban sobre su enfermedad eran ciertos, no viviría para ver el Año Nuevo.

Al sonar la campana, Immanuelle cruzó el patio y subió con pasos lentos por la escalinata de la catedral. Anduvo hasta un banco que se hallaba a muy poca distancia del altar.

Hacía calor y todo el mundo se apiñaba en los bancos, hombro con hombro. El olor a sudor y a incienso ardiendo impregnaban la atmósfera.

Las puertas de la catedral se cerraron de golpe. Los apóstoles avanzaron a lo largo de ambas paredes y fueron cerrando los postigos de las ventanas. El Profeta venía tras ellos, ataviado con ropajes solemnes. Sus pies descalzos se arrastraban por el suelo. Cojeaba

visiblemente y parecía que cada paso que daba le costara aún más que el anterior. En varias ocasiones tuvo que agarrarse al respaldo de un banco para no caerse. Al pasar tambaleándose por el lado de Immanuelle, la muchacha percibió su trabajosa respiración, un profundo resuello que le salía del fondo de los pulmones. Estaba claro que, fuera cual fuese la enfermedad que lo afligía —gota, o fiebre, o alguna dolencia sin nombre— empeoraba con rapidez.

Ezra entró después de su padre y aminoró el paso para no adelantarse a él. Anduvieron juntos hasta el altar y se quedaron hombro con hombro de cara al rebaño. Hubo un tímido aplauso, pero el Profeta levantó la mano para ordenar silencio.

Las puertas de la catedral se abrieron de nuevo. Las pisadas de las pezuñas sobre el suelo de piedra resonaron por todo el edificio, porque el apóstol Isaac venía con la víctima sacrificial. Era una becerra pequeña, a la que los cuernos apenas si le habían empezado a salir. Tenía los ojos grandes y castaños, como de gacela.

Honor agarró con fuerza un puñado de la falda de Immanuelle. Nunca le habían gustado las matanzas.

—No pasa nada —le susurró esta, y le pasó los dedos por el cabello a la pequeña.

El apóstol Isaac arrastró a la becerra hasta el altar. El animal resbaló sobre los

escalones de piedra manchada, sus pezuñas patinaron y las patas se le torcieron mientras buscaba el equilibrio. Isaac le bajó la mano por el costado y le agarró las patas para colocarla con el estómago sobre la fría losa del altar. La becerra obedeció sin resistirse, demasiado joven y demasiado estúpida como para reconocer el hedor de la muerte.

El Profeta se acercó con Ezra a su lado. Sus pies desnudos hacían un sonido desagradable al rozar el suelo. Empuñó en alto el cuchillo.

—Por Ezra.

El rebaño de fieles respondió al unísono.

—¡Largo sea su reinado!

Unas pocas horas después del oficio y la matanza del Sabbath, Immanuelle se separó de su familia y acompañó a Leah hasta el Refugio en el carruaje de esposa del Profeta. Todos los ojos la

siguieron cuando entró en la galería. A pesar de los temores de la muchacha, Ezra —

¡que el Padre lo bendijera!— no la había traicionado a la Iglesia. De hecho, había ocurrido todo lo contrario. Cualquiera que fuese la mentira que se había inventado para explicar su presencia en el Bosque Oscuro, la chica aparecía en ella como una heroína. Y parecía que todo el mundo quisiera conocer la historia de la desventurada pastorcilla que había salvado al sucesor del Profeta de las garras del Bosque Oscuro. Pero Immanuelle estaba harta de historias y mentiras, e hizo cuanto pudo para evitar las miradas mientras tomaba asiento a la mesa del banquete y empezaba a comer. Trató de ceñirse a la conversación a su alrededor, pero cuando la discusión empezó a girar en torno a los dolores del parto, dejó de prestar atención y se puso a mirar por la sala.

La galería se veía impecable. Las mesas estaban decoradas con guirnaldas de rosas, recién cortadas y traídas del invernadero del mismísimo Profeta. Junto a la pared, a intervalos regulares, había candeleros tan altos como Abram, y su luz llenaba de calidez los rostros de los invitados, que charlaban y devoraban sus platos de carne asada y patatas.

Como la plaga de sangre había terminado y se habían revocado los decretos de racionamiento, el vino y el agua fluían en abundancia.

En la parte frontal de la galería había una mesa larga de roble donde se sentaba el Profeta. A su izquierda se hallaba Esther, con un vestido de color lila pálido, y a su derecha Ezra, con ojos vidriosos e inyectados en sangre.

El Profeta se inclinó sobre la mesa y cortó un trozo del asado de cabra que tenía en el plato. Mientras maniobraba entre los huesos con el cuchillo, pasó revista a toda la comunidad con la mirada y acabó por encontrar a Immanuelle. Las miradas de ambos se cruzaron y el Profeta dejó el cuchillo sobre la mesa, y con cierto esfuerzo levantó la copa para ofrecerle un brindis. Unos pocos invitados lo imitaron.

Immanuelle tan solo acertó a responder inclinando brevemente la cabeza. Clavó los ojos en el plato y trató de contener el vómito que sentía en el fondo de la garganta cada vez que su mirada se encontraba con la del Profeta.

Y últimamente sus miradas se habían encontrado a menudo.

Leah le puso una mano sobre el hombro.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien —respondió Immanuelle, mientras trazaba un rastro en la salsa de

carne con el tenedor—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te veo pálida y asustada, como si hubieras visto el rostro de la Madre Oscura.

¿Estás mal? —quiso saber Leah.

—No.

—Pues entonces, ¿estás cansada?

Immanuelle asintió. Por supuesto que lo estaba. Estaba exhausta e irritada, harta de contar una y otra vez las mismas historias, de responder las mismas preguntas y de hablar con las mismas personas, personas que en circunstancias normales no habrían querido saber nada de ella. La muchacha solo quería volver a casa y acostarse en su cama. No recordaba la última vez que se había sentido tan terriblemente fuera de lugar.

Para empezar, en circunstancias normales Immanuelle no habría asistido a una celebración de tan alto rango, pero como era ella quien había «rescatado» a Ezra, el Profeta le había enviado una invitación formal a la fiesta. La muchacha habría tenido que sentirse embargada por la emoción, pero aquella invitación tan solo le había inspirado un profundo y desagradable temor. Nunca se había sentido cómoda en los actos sociales y le costaban aún más si su familia no estaba a su lado. Había buscado todas las excusas imaginables para no tener que ir, pero Martha no dio su brazo a torcer y la obligó a aceptar la invitación, porque lo contrario habría sido un insulto a la Iglesia. Y por eso estaba allí sentada.

—Lo siento. Hoy no me siento bien.

Leah le acarició el brazo en un gesto compasivo.

—No pasa nada. Patience preguntaba si podrías volver a contarnos la historia.

Una muchacha pequeña y bonita, que debía de ser Patience, le sonrió con timidez desde otra parte de la mesa. Immanuelle adivinó que era recién casada, porque el sello que tenía entre las cejas aún estaba

cubierto de costras. A juzgar por su hermoso vestido y su aire atildado, se había casado bien.

Immanuelle tomó un sorbo de ponche para ganar tiempo. La bebida era tan fuerte que le quemaba en la lengua. Repitió con pocas palabras la mentira que había contado a los apóstoles:

—Me encontraba en los pastos y vi a Ezra en la linde del bosque. Traté de despertarlo, pero no se movía, y entonces pedí ayuda...

Hope exhaló un largo suspiro y dejó caer los hombros.

—Parece el principio de una historia de amor.

—No digas estupideces —replicó Patience, entornando los ojos—. Ezra Chambers tiene ocupaciones mucho más importantes que retozar en el Bosque Oscuro con —sus ojos recorrieron el cuerpo de Immanuelle, observaron sus rizos, su piel oscura, sus gruesos labios

— una muchacha de las Afueras.

Immanuelle se estremeció. Aquellas desagradables palabras no eran ninguna mentira.

Lo más probable era que la afinidad que la había unido a Ezra hubiera muerto en el día de la Primera Visión. Bethel tenía ciertos códigos de conducta que impedían que las gentes de las Afueras fueran admitidas en sociedad, y aunque no estuvieran escritos, ni se expresaran en voz alta, sabía que todo el mundo esperaba que se cumplieran.

—Además —siguió divagando Patience—, entre el nuevo título de Ezra y lo que le ha ocurrido a Judith, me atrevería a decir que el sucesor guardará las distancias.

Al oír el nombre de Judith, todos los que se sentaban a la mesa callaron. Leah miraba su copa como si se hubiera enamorado de los posos del vino, y las chicas más jóvenes que habían estado soltando risillas en un extremo se quedaron en silencio.

—¿Qué ha ocurrido con Judith?

Immanuelle trataba de aparentar despreocupación y calma, pero el corazón se le aceleró al recordar aquel día en el Refugio en que el hombre extraño del guardapolvo manchado había aparecido al final del corredor para acompañar a Judith a la presencia del Profeta.

Nadie le respondió. Todo el mundo parecía atareado en comer, o en trasegar vino.

Por fin, Leah habló:

—La noche después de la visión de Ezra, sacaron a Judith de la estancia de confinamiento y la enviaron a contrición.

Contrición. Era el castigo que se reservaba para las ofensas más flagrantes contra el Sagrado Protocolo del Padre. Nadie sabía muy bien en qué consistía, aparte de la excomunión inmediata y el encierro. Según algunos, se trataba de ayunos obligatorios en los que el hambre expulsaba el pecado y purificaba el alma. Otros hablaban de largas temporadas en las mazmorras del Refugio, donde los penitentes sufrían violentas palizas destinadas a exorcizar los demonios y pecados de su cuerpo. Pero había algo que estaba claro: todos los que tenían que ir a contrición volvían... cambiados. Era el acto definitivo de santificación, si el alma afectada era lo bastante fuerte como para llegar al final.

De pronto, Immanuelle sintió ganas de vomitar, sintió que corría el peligro de devolver todos los bocados de carne asada que se había obligado a engullir. A duras penas logró pronunciar las siguientes palabras:

—¿Cuál fue el pecado de Judith?

—No quieren contarlo. —Patience se llevó la copa a los labios y luego añadió—: Pero si tiene que ver con su puterío, apuesto a que se la quedarán durante un tiempo.

Leah enarcó las cejas.

—No deberías decir esas cosas tan terribles.

—¿Y por qué no? Es la verdad. —La mirada de la muchacha se volvió hacia Immanuelle—. Me atrevería a decir que alguna de nosotras podría aprender de ese ejemplo.

Immanuelle sintió que todo el cuerpo se le agarrotaba. Con una punzada en el pecho, miró al otro extremo de la galería, a la mesa del Profeta. Ezra estaba repantigado en la silla al lado de su padre y apuraba los últimos posos de vino. Se detuvo un momento para limpiarse los labios con el dorso de la mano, agarró la jarra, llenó la copa hasta el borde y bebió como si tratara de ahogarse en el líquido.

Immanuelle se preguntó si el joven se sentiría responsable por el castigo de Judith, si había sido aquel encuentro nocturno lo que la había llevado al encierro. Si ese era el caso, temía por ella. Immanuelle y Judith no eran en absoluto amigas, pero si los horrores de la santa contrición eran todo lo que Immanuelle se imaginaba, no tenía más remedio que compadecerla. Y al mismo tiempo que piedad, sintió una especie de rabia, no contra ella, ni contra Ezra, sino contra el sistema que hacía que una tuviera que responder por sus pecados mientras el otro se llevaba las alabanzas.

La mirada de Ezra se volvió hacia otro lado y sus ojos se encontraron con los de

Immanuelle por primera vez en todo el día. La muchacha le ofreció una sonrisa y el joven apartó la cara y se levantó de la mesa con un movimiento tan brusco que se oyó el traqueteo de los cubiertos. Sin una palabra de despedida, se marchó por la galería con pasos vacilantes, hasta las puertas que se hallaban en el extremo opuesto. Las miradas de los invitados lo siguieron, pero nadie fue tras él. Esther lo intentó, pero el Profeta la agarró con fuerza por la muñeca y la obligó a quedarse en la mesa. Detrás de ambos, la Guardia del Profeta callaba y aguardaba una orden.

El Profeta, que jamás perdía el tiempo, echó el cuerpo hacia atrás y se levantó de la silla. Encargó al cuarteto de músicos que interpretara un animado himno y, con un gesto, ordenó que trajeran un nuevo barril de hidromiel de las bodegas del Refugio. Los siervos fueron de mesa en mesa y llenaron jarras y copas hasta los bordes. En cuestión de momentos, la salida de Ezra quedó casi olvidada.

Immanuelle también se levantó y las patas de su silla chirriaron contra el suelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Leah—. ¡Pero si aún no han traído los postres! Sé de buena fuente que los cocineros van a servirnos tarta de manzana con crema cuajada.

—Hoy no tengo estómago para dulces —respondió Immanuelle, y miró entre el gentío las puertas por las que Ezra había desaparecido—. Creo que saldré a tomar el fresco.

Leah la observó con atención. Entonces ella misma se levantó de la mesa y agarró a Immanuelle de la mano y entrelazó los dedos con los de su amiga.

—Voy contigo.

En cuanto se hubieron marchado de la galería sorteando las mesas y estuvieron en el corredor, Leah se volvió hacia ella.

—Quieres ir en busca de Ezra, ¿verdad que sí?

—¿Por qué piensas eso?

—Te ha estado echando miradas furtivas cada vez que le dabas la espalda, y tú has hecho lo mismo con él. Sois incapaces de apartar los ojos el uno del otro.

Immanuelle se ruborizó, pero no perdió el paso.

—No es eso.

—Entonces ¿qué es lo que no quieres contarme? ¿No confías en mí?

—Sí confío en ti, pero no quiero meterte en problemas.

—¿Problemas? —Entonces Leah la agarró por el brazo al mismo tiempo que un sirviente pasaba en la dirección contraria con una bandeja cubierta de tartas de manzana sobre el hombro—. ¿De qué problemas hablas? ¿Ocurrió algo en el bosque aquel día? ¿Ezra te hizo algo?

—¡Por supuesto que no! Ezra sería incapaz...

Pero Immanuelle, mientras decía esas palabras, sabía que no importaba lo que hiciera Ezra. El verdadero peligro se hallaba en encontrarse cerca de él, bajo la mirada vigilante de Bethel. Judith era un buen ejemplo de ello. Y, aunque la vergüenza le habría impedido reconocerlo, sentía un alivio egoísta al saber que era Judith quien pagaba el precio en contrición, porque también habría podido tocarle a ella.

—Si no es por Ezra, entonces ¿de qué se trata? ¿Qué es todo esto? —insistió Leah, y le puso la mano delante para detenerla—. Te veo asustada, Immanuelle... frágil y silenciosa. No pareces tú. ¿Todo esto tiene que ver con esas mujeres que viste la noche en que fuiste al

Bosque Oscuro?

Immanuelle no quería mentirle, pero sabía que, a la luz de su situación, más valdría una mentira que la verdad.

—No.

Leah se quedó mirándola unos instantes. Aún no tenía claro qué era lo que debía creer.

Immanuelle se preparó para nuevas preguntas, pero no las hubo. Leah, sonriente, enlazó su brazo con el de su amiga.

—Bien. Tenía miedo de que el contacto con Ezra te hubiera llevado por mal camino.

—Immanuelle le propinó un codazo en las costillas y Leah se rio—. Por supuesto que no te lo reprocharía. A pesar de todos sus dones sagrados, tiene ojos y lengua de diablo. No te fíes de él.

—No es tan malo como parece —respondió Immanuelle—. Ahora, silencio. En estos corredores las voces resuenan, y podría oírte.

—Bueno, no creo que vaya a oír algo que no sepa ya. Tengo muy claro que ese muchacho ha estado trazando planes desde el día en que nos encontramos en la orilla del río.

Me fijé en la manera como te miraba.

—¡Leah!

Leah le sonrió y arqueó las cejas de manera sugerente, y ambas muchachas sufrieron un ataque de risillas. Para cuando llegaron a la biblioteca, se reían abiertamente y daban traspiés, tropezaban con sus propios zapatos, intercambiaban bromas e historias.

—Prudence trató de teñirse ese cabello pelirrojo con jugo de remolacha —decía Leah entre risas—. Y los rizos le quedaron azules como los pétalos de un aciano. ¿Y tanto esfuerzo por llamarle la atención a Joab Sidney? Oye, ese hombre es viejo. Apuesto a que debe de estar a dos pasos del sepulcro.

—¡Qué mala eres!

—Las dos somos malas. Por eso somos la pareja de amigas perfecta. Lo somos desde siempre.

—Y siempre lo seremos —respondió Immanuelle, que se había echado a andar por el corredor que llevaba a la biblioteca. Leah la agarró y la hizo retroceder.

—Tengo que explicarte algo —le dijo en tono repentinamente grave.

—¿Qué es?

Leah vaciló.

—Prométeme que te lo guardarás para ti misma. No importa lo que sientas, no importa lo que llegues a enfurecerte al saberlo.

—Te prometo que no se lo contaré a nadie —respondió Immanuelle—. Te doy mi palabra.

—Muy bien —le dijo Leah con un ligero temblor en la barbilla—. Dame la mano.

Immanuelle obedeció sin resistirse y Leah guió la mano de su amiga bajo las distintas capas de su vestido hasta hacerle sentir la forma de su vientre, que se había hinchado en una marcada prominencia.

—Estás... No, no estás... no puede ser que estés...

—Embarazada.

Immanuelle se quedó boquiabierta.

—¿De cuántos meses?

Leah enarcó las cejas, como siempre hacía cuando tenía que decidirse entre mentir y decir la verdad. Por fin, susurró:

—Seis. Puedes añadir o quitar algunas semanas. —Immanuelle se quedó muy quieta y muy silenciosa—. Dime algo —le rogó Leah, con una voz tan suave y tan joven que ni siquiera parecía suya—. Dime lo que sea. Chíllame, si no te queda otro remedio. Prefiero eso antes que tu silencio.

—¿Es de él?

—Por supuesto que sí —exclamó con una voz estridente desconocida en ella.

—Pero ¿cómo es posible? Apenas lleváis un mes casados.

Leah miró al suelo avergonzada.

—Nos prometimos poco después.

—¿Poco después de qué?

Leah frunció el ceño, e Immanuelle no habría sabido decir si lo que veía en sus ojos era rabia o dolor.

—Vino a mí una noche, antes de la incisión, cuando cumplía penitencia.

Penitencia. Por supuesto.

Se invitaba a muchas chicas de Bethel a servir a la Iglesia como doncellas de las esposas del Profeta, o de otras residentes del Refugio. Nunca habían llamado a Immanuelle porque era bastarda de nacimiento, pero Leah había servido a menudo durante los años previos al compromiso. En sus últimos tiempos de servicio, había llegado a parecer que pasara más noches en el Refugio que en su propio hogar. En ese instante, Immanuelle comprendió por qué.

—¿Cuándo empezó?

Leah parecía enferma de pura vergüenza.

—Unas pocas semanas antes de mi primera sangre.

—¿Cuándo acababas de cumplir los trece años? —susurró Immanuelle, y aquello era tan horrible que, en el momento de decirlo, a duras penas podía creer que fuese cierto—.

Leah... eras... él...

La barbilla de Leah temblaba.

—Todos somos pecadores.

—Pero es que él es el Profeta...

—No es más que un hombre, Immanuelle. Los hombres cometen errores.

—Pero tú eras una niña. Eras una muchachita. —Leah estaba con la cabeza gacha y trataba de contener las lágrimas—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque habrías hecho lo mismo que estás haciendo ahora.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo, Leah?

—Desnudar tu corazón roto. Compartir la vergüenza de mi pecado, como si también tuvieras que cargarlo sobre tus hombros. —Leah alargó el brazo, la agarró de la mano y tiró de ella hacia sí—. Este dolor es mío. No necesito que tú lo acarrees por mí. Algún día deberás aprender que no podemos compartirlo todo. A veces tenemos que

caminar solas.

Aquellas palabras fueron como un bofetón. Immanuelle abrió los labios para decir algo, lo que fuese, para llenar el feo silencio que se interponía entre ambas. Temía que, si no

hacía nada, el silencio duraría para siempre, pero Leah se le adelantó.

—Me marcho para que podáis hablar.

—¿Qué...?

Una puerta se cerró de golpe en el corredor e Immanuelle se volvió y vio que Ezra salía de la biblioteca, sosteniendo un montón de libros tan enorme que el muchacho tenía que sujetarlos por arriba con la barbilla. Quiso acercarse a ellas y algunos de los libros más gruesos se le escaparon y cayeron ruidosamente al suelo. Immanuelle se acercó para ayudarlo a recogerlos.

Ezra murmuró una palabra parecida a «gracias» y le quitó el libro de la mano. De cerca olía a alcohol... a un alcohol mucho más fuerte que el ponche que se había servido en la fiesta. Immanuelle, desgarrada por la duda entre quedarse o irse, se volvió hacia Leah. Pero cuando Ezra se alejó tambaleándose por el pasillo, lo siguió. Antes de salir, Immanuelle se dio la vuelta y miró a su amiga. Leah estaba inmóvil en medio del pasillo, como si se hubiera quedado clavada en aquel lugar. Immanuelle vio que tenía la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el vientre, y poco a poco se volvió.

—— ✠ ——

CAPÍTULO DIECIOCHO

A veces me pregunto si sería mejor que me tragara mis secretos, en vez de contarlos.

Quizá mis verdades han hecho ya suficiente daño. Quizá debería llevarme a la tumba mis recuerdos y dejar que los muertos juzguen mis pecados.

—Tenemos que hablar —decía Immanuelle, esforzándose por seguir el ritmo de las largas zancadas de Ezra.

—Si temes que le haya contado a alguien lo que sucedió en el bosque, no sufras —le respondió el joven con voz brusca, sin dejar de mirar adelante. Hablaba como si supiera algo, aparte de lo que ya le había contado la muchacha, por lo que cabía preguntarse... ¿qué?

¿Cómo interpretaba él lo que había ocurrido en el bosque?

—Ya sé que no se lo has contado a nadie —dijo Immanuelle, que aceleró el paso para no quedarse atrás—. Si hubieras dicho algo, lo más probable es que ahora estuviera en contrición.

—O ardiendo en una hoguera. —Ezra calló un instante—. Ven conmigo.

Immanuelle se recogió la falda con una mano y siguió a Ezra por el pasillo, y luego subió con él por una escalera de caracol. Al final había una puerta de hierro que Ezra abrió de una patada, con tanta fuerza que los libros estuvieron a punto de caerse de sus manos. El muchacho se volvió hacia ella.

—¿Vas a entrar, o no?

Immanuelle no había entrado jamás en la habitación de un hombre y estaba segura de que Martha le arrancaría la piel a tiras si llegaba a sospechar que había perpetrado tan grave y licenciosa transgresión. Se detuvo un instante y luego asintió.

En cuanto la muchacha hubo cruzado el umbral, Ezra soltó los libros sobre una mesa cercana y cerró la puerta. La araña de luces se meció sobre ellos y sus cristales tintinearon.

Immanuelle se dio cuenta de que el techo estaba pintado como si hubiera sido el cielo, moteado de planetas y estrellas, y adornado con las figuras de constelaciones, algunas tan grandes que iban de un extremo a otro de la habitación. Las paredes de piedra estaban cubiertas de tapices y retratos de santos de aire severo y apóstoles de eras pasadas. Una cama grande de hierro, adornada con oscuros brocados y unas pocas y gruesas pieles de oveja, ocupaba la mitad derecha de la estancia. Al otro lado vio un escritorio de madera tosco como el bloque de un carnicero. Encima había plumas y papel de

pergamino.

Enfrente de la puerta se alzaba una chimenea que ocupaba toda la pared. Sobre ella había un mapa del mundo de más allá de los territorios de Bethel, pintado a mano sobre los ladrillos. Immanuelle leyó los nombres de todas las ciudades paganas: Gall en el árido norte, Hebron en las tierras medias, Sine en las montañas, Judah en la cúspide del desierto, Shoan en el sur, donde el mar embravecido acariciaba la tierra, y la mancha negra de Valta —los

dominios de la Madre Oscura— en el lejano este.

Por toda la estancia había libros, apilados en montones tan altos como la propia Immanuelle. Los había en estantes, encima de la chimenea e incluso debajo de la cama. Pero tuvo que acercarse a leer sus títulos para darse cuenta de que casi todos ellos trataban la historia, el estudio y la práctica de la brujería.

Immanuelle sintió que se le encogía el corazón, como si una mano lo hubiera agarrado y lo estrujara con fuerza. Se le ocurría una única razón por la que Ezra podía haberse interesado de pronto por los libros de brujería, y esa razón empezaba por la propia Immanuelle y terminaba por lo que había sucedido en el Bosque Oscuro.

—¿Qué es esto, Ezra? Me asustas.

—Algo tiró de ti hacia abajo —respondió Ezra, y la fuerza de su mirada hizo que a la muchacha se le pusiera la carne de gallina.

—¿Qué?

—En el bosque, en el estanque, algo tiró de ti hacia abajo, y te retuvo mucho tiempo allí.

Pese al calor del fuego, un frío glacial atravesó el cuerpo de la joven.

—¿Qué quieres decir con mucho tiempo?

—Veinte minutos. Quizá más.

—Eso es imposible —susurró Immanuelle, y negó con la cabeza—. Seguro que te equivocas, no pasé más de un minuto bajo el agua. Ya te avisé, el Bosque Oscuro tiene el poder de confundir las mentes de los hombres...

—No me hables con esa condescendencia —exclamó el joven—. Sé

muy bien lo que vi. Te metiste en el agua, algo tiró de ti hacia abajo y te retuvo allí. —La voz se le quebró al pronunciar la última palabra y se quedó con la cabeza gacha—. Traté de echarme al agua e ir a buscarte, pero el bosque me agarró y no pude. Tuve que quedarme allí sin poder hacer nada y ver cómo te ahogabas, con la maldita cuerda en la mano. Al final, ya solo me quedaba la esperanza de sacar tu cadáver a la orilla para que tu familia pudiera darte sepultura.

—Ezra... lo siento.

Immanuelle ni siquiera estaba segura de que el muchacho la hubiera oído. Este siguió hablando sin apartar los ojos del fuego.

—Cuando era pequeño, mi abuela me contaba historias de niñas que flotaban a varios centímetros de la cama mientras dormían por la noche. Niñas que podían convencer a un hombre de que se suicidara, o de que matara a otro. Niñas a las que ejecutaban, a las que arrojaban a un lago con piedras de molino atadas a los tobillos, pero salían vivas del agua una hora más tarde. Niñas que se reían mientras ardían en la hoguera. Jamás había dado crédito a esas historias, pero tú... —Entonces pareció perder el hilo de sus pensamientos.

Tardó un momento en recobrarlo—. ¿Por qué estabas obsesionada con la plaga de sangre?

Dijiste que querías ponerle fin, pero no era solo eso, ¿verdad? Sabes algo que los demás no sabemos. ¿De qué se trata?

Así pues, Ezra sabía la verdad, o por lo menos sabía suficiente para enviarla a la hoguera. En aquella situación, no tenía sentido mentirle.

—Entré en el Bosque Oscuro justo antes de que empezara la plaga de sangre, y mientras estaba allí tuve... un encuentro.

—¿Un encuentro con qué?

—Con las brujas del bosque. Existen. Estuve con ellas la noche antes de que empezara la plaga de sangre. Pienso que mi presencia en el bosque desencadenó algo terrible. Volví allí porque quería ponerle fin. Y me habría gustado poder decírtelo antes, habría querido decírtelo, pero...

—No podías confiar en mí.

—Eres el hijo y sucesor del Profeta. Una palabra tuya habría bastado para mandarme a la hoguera. No sabía si podía confiarte mis secretos.

Aún no lo sé.

Ezra se apartó de ella y se acercó al escritorio que se hallaba al otro lado de la habitación, abrió el cerrojo del cajón de arriba con la hoja de su daga sagrada, sacó un montón de papeles y se los dio.

Immanuelle los tomó con la mano.

—¿Qué es esto?

—Tu registro en el censo. Habría tenido que entregárselo a mi padre hace días.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Lee tú misma y lo sabrás. —Al ver que vacilaba, Ezra señaló con la cabeza a las sillas que se encontraban al lado de la chimenea. Entre ellas había una mesa con una jarra y una copa de cristal—. Venga, lee.

Immanuelle tomó asiento en una de las sillas y Ezra se acomodó frente a ella. Se sirvió un poco de vino y, mientras bebía, observó a la muchacha por encima del borde de la copa.

La primera página contaba los detalles de la historia personal de Immanuelle, su nombre completo y los nombres de sus padres, la fecha de nacimiento... Al final de la narración había una marca extraña, emborronada. En un primer momento, Immanuelle la tomó por una mancha de tinta. Pero al examinarla con mayor atención se dio cuenta de que era una especie de extraño símbolo: un sello de desposada, con la diferencia de que las puntas de la estrella eran más largas, y de que había siete en vez de ocho. Cuanto más miraba la extraña marca, más convencida estaba de haberla visto ya.

Entonces se dio cuenta.

Era la misma marca que Delilah y las Amantes llevaban en la frente.

Las manos de Immanuelle se pusieron a temblar. La muchacha se inclinó hacia Ezra, le señaló la marca que figuraba al final del registro del censo y le tendió la página para que se lo aclarara.

—¿Esto es...?

El muchacho asintió sin más, sin apartar la mirada del fuego.

—La marca de la Madre. Es el símbolo del que hace años derivó el sello de la incisión.

David Ford buscó una manera de apropiárselo, y por ello modificó la marca y dijo que era suya.

—Entonces, ¿cómo es que aquí no está modificada?

Ezra apuró el vino, se puso en pie y dejó la copa sobre la chimenea.

—Por lo general, la Iglesia usa la marca de la Madre para identificar a quienes han sido objeto de una acusación creíble de brujería. Pero a veces se usa para identificar a los descendientes directos de brujas y conocer su filiación. Si mi padre me pidió hace días que clasificara los registros del censo, fue porque buscaba esto.

—No lo entiendo.

Ezra se frotaba la nuca como si los músculos le dolieran. Se lo veía ojeroso y débil, igual que unos días antes en el estanque.

—La marca de la Madre aparece por lo menos en una de cada dos generaciones de antepasados de tu padre. La última fue tu abuela, la madre de tu padre, Vera Ward.

—Y eso significa que...

Ezra asintió, silencioso y triste. Ninguno de los dos expresó en voz alta la callada acusación que se cernía entre ambos, como si hubiera sido la cortina de humo que brota de una pira.

—¿Cuándo descubriste esto? —susurró Immanuelle.

—La noche antes de que entráramos en el Bosque Oscuro. Tu censo fue uno de los primeros que leí.

Las manos de Immanuelle empezaron a temblar.

—¿Se lo has contado a alguien?

—Por supuesto que no.

—¿Se lo dirás a alguien?

Entonces se hizo el silencio.

—No soy mi padre.

—Y sin embargo estoy aquí, sometida a un interrogatorio.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Ezra, que casi pareció sentirse traicionado.

—Si no, ¿cómo vas a llamarlo? Desde el mismo momento en que he entrado en esta habitación me haces preguntas sin parar, como si fuera una criminal en un juicio.

Un largo silencio se interpuso entre ambos, quebrado tan solo por el chisporroteo de la chimenea. Fuera, un viento repentino sopló por los llanos y los cristales de las ventanas retemblaron en sus marcos. Un coro incorpóreo de risas y música subió por la escalera. Los sonidos eran tan lejanos que casi parecían espectrales.

Ezra se volvió hacia Immanuelle y le tendió la mano.

—Dámelo.

—¿Qué?

—Tu registro del censo. Dámelo.

—¿Por qué? —susurró Immanuelle, afligida, y quizá más aterrorizada de lo que hubiera estado en toda su vida—. ¿Qué vas a hacer con él?

Ezra no volvió a preguntar. Se acercó a ella y se lo arrebató con tal rapidez que Immanuelle no tuvo ninguna oportunidad de impedírselo.

—Ezra, por favor...

El muchacho arrojó los papeles al fuego y ambos miraron en silencio mientras las voraces llamas los devoraban.

—Vamos a ocultarlo —le dijo Ezra con un sigiloso murmullo—. No hablaré de lo que ocurrió aquel día en el Bosque Oscuro, y tampoco lo harás tú. No hace falta que nadie sepa cuál es tu verdadera herencia. Cuando salgamos de esta habitación, será como si nada de esto hubiera ocurrido... el bosque, las brujas, el censo, todo ello. No volveremos a hablar de esto.

—Pero la plaga...

—Ha terminado. Acabaste con ella en el estanque.

—Eso no lo sabes —dijo la muchacha, que recordaba el diario de su madre y las palabras garabateadas en sus páginas finales: «Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza»—.

¿Y si empiezan otras?

—¿Otras qué?

—Otras plagas —respondió Immanuelle, que no quería decirlo todo—. ¿Y si esto no se queda tan solo en la sangre?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasará si esta plaga no es la última? ¿Y si hay más?

—Esto ha terminado al desaparecer la sangre —respondió Ezra, y su manera de hablar recordaba tanto a la de su padre que Immanuelle se estremeció.

—No va a ser verdad solo porque tú lo quieras. La Videncia es formidable, sí, pero solo te permite ver vislumbres del futuro. No te otorga el poder de darle forma. Sé que tienes miedo, Ezra. Yo también tengo. Pero eso no nos da derecho a cerrar los ojos y creer que lo que nos da miedo no existe. Si llegaran más plagas...

—Por el amor del Padre, eso no ocurrirá.

—Si llegaran, debemos estar preparados para hacerles frente.

Ezra volvió a sentarse junto a ella. Parecía exhausto. Se inclinó hacia delante, se abrazó las rodillas y se quedó con la cabeza gacha.

—Escúchame, Immanuelle. O esto termina aquí, de este modo, o terminará con tu muerte. No hay un punto medio. Por eso te digo, por eso te ruego, que olvides esta historia.

La muchacha vaciló. No era una amenaza, pero Ezra lo había dicho como si el futuro fuese inmutable, y eso, por supuesto, era imposible. A menos que...

—¿Lo has visto en una de tus visiones? ¿Me has visto a mí?

El muchacho esquivó la pregunta.

—No necesito la Videncia para confirmar lo que ya sé. Las muchachas como tú no duran mucho en Bethel. Y por eso tienes que pasar inadvertida, si quieres sobrevivir a esto.

Prométeme que lo harás.

—¿Por qué te importa lo que haga, Ezra?

El muchacho no apartaba los ojos del suelo, como si no pudiera mirarla.

—Tú ya sabes por qué.

Immanuelle se ruborizó. No sabía qué responder a aquello, ni tan solo sabía si se esperaba que respondiera.

—Tú también me vas a prometer algo.

—Cualquier cosa. Todo lo que quieras.

—Se trata de tu padre.

Ezra se quedó como helado. Una serie de expresiones pasaron por su rostro en rápida sucesión, a tal velocidad que Immanuelle no habría sabido decir cuáles eran sus sentimientos.

—¿Te ha hecho daño?

Immanuelle negó con la cabeza.

—A mí no. A una amiga. Era joven cuando ocurrió, y temo que no sea la única víctima de los... impulsos del Profeta.

Ezra se levantó de manera tan brusca que las patas de la silla chirriaron contra el suelo.

Parecía que estuviera a punto de dirigirse a la puerta.

—No —exclamó Immanuelle, y lo detuvo con la mano—. Se está muriendo. Hay quien dice que no llegará al final de este año. No volverá a tomar ninguna otra esposa. Ahora está demasiado débil como para alzar el brazo contra nadie.

—Entonces ¿qué quieres que haga? —preguntó Ezra, y la muchacha vio la rabia en su interior—. ¿Nada?

—Nada, salvo prometerme que cuando te toque empuñar la daga del Profeta protegerás a los que no pueden protegerse a sí mismos... de las plagas, de sus maridos, de cualquiera, o cualquier cosa que pueda hacerles daño. Prométeme que repararás los males del pasado.

—Te lo prometo —respondió Ezra, y la muchacha vio que lo decía de corazón—. Por mi vida.

Immanuelle asintió, contenta de haber hecho lo poco que podía. Para

tratarse de una granjera de los Calveros, había llegado lejos, sin duda. Le resultaba irreal estar cerrando tratos con el sucesor del Profeta, ajustando cuentas con brujas, trazando planes para el futuro de Bethel, cuando pocas semanas antes sus responsabilidades terminaban en los límites de la tierra de los Moore.

Pero el tiempo de los planes apasionantes y la grandeza tocaba a su fin. Por el momento, y tal vez para siempre, las plagas habían terminado. Ezra seguiría su camino, e Immanuelle también. La afinidad que pudieran haber compartido moriría enseguida. De hecho, la joven dudaba de que pudieran volver a hablarse con tal sinceridad. Cuando llegara el momento, Ezra ocuparía el puesto de Profeta e Immanuelle ya solo sería una sombra en su pasado. La muchacha habría tenido que darse por satisfecha con ello. Pero no era así.

—Cuídate —le dijo Ezra, y el joven, igual que ella, parecía presentir que era el momento del adiós—. Por favor.

Immanuelle se obligó a sonreír mientras se ponía en pie.

—Lo mismo te digo.

—Y si algún día necesitas algo...

—No, eso no ocurrirá —respondió Immanuelle, que caminaba ya hacia la puerta. Se detuvo un instante, con la mano sobre el pomo—. Pero gracias. Gracias por todo. Has sido un amigo en un momento en que lo necesitaba y no lo olvidaré jamás.

—— ✠ ——

CAPÍTULO DIECINUEVE

De la Madre provienen la enfermedad y la fiebre, la plaga y la pestilencia. Maldice la tierra con podredumbre y dolencias, pues el pecado nació de Su útero.

Pasaron tres semanas sin que se vieran indicios de ninguna maldición. Las bestias del Bosque Oscuro no se manifestaban. Las brujas no llamaban a Immanuelle en la noche ni la acosaban en sueños. Si no las hubiera visto en persona, si los fríos dedos de Lilith no se hubieran cerrado en torno a su muñeca, la muchacha habría llegado a pensar que las plagas habían terminado y se habría dejado ganar por la complacencia, igual que el resto de Bethel. Todo el país estaba convencido de que, fuera cual fuese el mal que había caído sobre ellos, la luz del Padre lo había purificado.

Pero Immanuelle había visto lo que había visto, y a pesar del juramento ante Ezra, no le resultaba nada fácil olvidar.

Aquella noche, Glory y Honor se habían acostado temprano. Padecían una fiebre estival. Durante un rato, Immanuelle y las esposas Moore velaron para cuidarlas. Pero en cuanto las dos niñas hubieron entrado en el agitado sueño que da la fiebre, todas se retiraron a sus respectivos cuartos a dormir.

Cuando todo el mundo dormía y la granja estaba en silencio, Immanuelle volvió a hojear las páginas del libro de su madre. Había cumplido aquel rito todas las noches que habían pasado desde la investidura formal de Ezra como sucesor del Profeta. Buscó su dibujo favorito en todo el libro: el retrato de su padre, Daniel Ward, que Miriam había dibujado hacía tantos años.

Al haber finalizado la plaga, sentía que tenía tiempo de llorar a su padre como jamás lo había hecho. Siempre había vivido con el recuerdo de Miriam, porque su infancia transcurrió en la casa donde ella había pasado su niñez, pero lo que le ocurría con Daniel era distinto.

Para Immanuelle, Daniel nunca había sido del todo real, como sí lo era Miriam... hasta aquella noche, hacía unas semanas, en la que leyó su propio registro del censo en el Refugio, y vio la marca de la bruja al lado de su nombre y la lista de los Ward que la habían precedido.

Y aunque la muchacha estuviera desesperada por cumplir la promesa hecha a Ezra, todavía era más fuerte su deseo de comprender de verdad quién era y lo que era ella misma.

Quería conocer a su familia en las Afueras, y saber si sufrían las mismas tentaciones que ella.

Quería comprender por qué la fascinaba el Bosque Oscuro, por qué las brujas le habían dado el diario de Miriam, por qué habían elegido su sangre como sacrificio para engendrar aquella horrible plaga. Tal vez todo se debiera a su orgullo, pero por mucho que lo intentara, no podía resignarse a la vida que había llevado hasta entonces. Quería respuestas y sabía dónde podría hallarlas: en las Afueras, con la familia a la que jamás había conocido.

Lo único que la frenaba era el juramento que le había hecho a Ezra. Pero no podía dejar de pensar que, de los dos, ella era la que había hecho el mayor sacrificio. Después de todo, Ezra sí sabía quién era —hijo del Profeta, sucesor al liderazgo de la Iglesia—, pero no podía decirse lo mismo de Immanuelle. La muchacha aún no sabía quién era, no sabía lo que era, y a menos que profundizara en los misterios de su pasado, no lo iba a saber jamás.

Immanuelle suspiró y cerró el diario, anduvo con pasos silenciosos hasta la ventana, se subió a un escalón que había al pie del alféizar y apartó las cortinas. El cuarto creciente de la luna se recortaba contra el cielo nocturno. A lo lejos, el Bosque Oscuro estaba envuelto en la negrura, en la quietud, y aunque no hubiera ningún viento que susurrara su nombre, Immanuelle sentía de todos modos su llamada. Las semanas de negación y represión no habían bastado para silenciarla. Immanuelle contemplaba los árboles y se preguntaba si algún día se liberaría de aquella tentación. O si la fascinación por el Bosque Oscuro era intrínseca en ella, igual que la Videncia lo era en Ezra.

Tal vez no tuviera elección. ¿Acaso era una necedad pensar que sí la tenía?

Un dolor sordo le atravesó el estómago, e Immanuelle, sobresaltada, volvió en sí.

Tardó largos instantes en darse cuenta de lo que era: los dolores del sangrado. Recogió la falda del camisón y se tanteó las bragas y, en efecto, las encontró húmedas y rojas.

Bajó del escalón, salió de su cuarto y descendió por la escalera de la buhardilla. Se metió en el baño y sacó su cesto de trapos del armario que estaba debajo del lavamanos.

Anna la había enseñado a cortarlos para que le resultaran cómodos al ponérselos, pero al mismo tiempo lo bastante gruesos para contener el flujo.

Se los puso bajo las bragas y luego se lavó las manos usando la jofaina. Mientras lo hacía, se dio cuenta de lo cansada que se veía en el reflejo del espejo. Unas gruesas bolsas afeaban sus ojos enrojecidos. Mientras regresaba a su cuarto, oyó fuertes golpes en la puerta trasera de la granja. Era medianoche, demasiado tarde para una visita. Pero los golpes continuaban a ritmo constante, como los latidos del corazón.

Siempre con una mano tanteando la pared, salió al pasillo y bajó por la escalera hasta llegar a la entrada. Encontró allí a Glory, de pie frente al sillón de Martha, con los ojos cerrados.

Entonces Immanuelle se tranquilizó, porque ya se sabía que Glory caminaba dormida.

Cuando estaba despierta, la niña no era tan osada, pero no era nada extraño que de noche la encontraran rondando en sueños por los pasillos. Los Moore cerraban las puertas todas las noches para evitar que saliese de la casa y fuese a parar al bosque.

—Glory. —Immanuelle apoyó ambas manos sobre los hombros de la niña y la sacudió para despertarla. Sintió la fiebre que ardía en su cuerpo a través de la tela de su camisón—.

Ya volvías a caminar en sueños. Al final tendremos que atarte las muñecas a la cabecera de la cama para que...

Un nuevo crujido. Este tenía el sonido hueco con el que se parte un hueso, y provenía de la cocina.

Immanuelle soltó los hombros de Glory. Siguiendo el sonido, atravesó la sala y se detuvo un momento para agarrar un pesado apoyalibros que había sobre la chimenea. Al dar la vuelta a la esquina y entrar en la cocina, lo empuñó en alto, dispuesta a golpear con él a cualquier desconocido que hubiera podido meterse en su casa. Pero allí no había ningún

intruso.

En el otro extremo de la cocina, de pie en el oscuro umbral, estaba Honor de cara a la puerta. La niña arqueó la espalda y golpeó hacia delante con la cabeza, y su frente se estrelló contra la madera con un crujido que revolvía el estómago. La sangre brotó del puente de su nariz.

Immanuelle corrió hacia ella. El apoyalibros rodó por el suelo.

Honor golpeó una vez más la puerta, esta vez con tanta fuerza que los cristales de las ventanas retemblaron en sus marcos. Entonces Immanuelle se arrojó sobre ella y se la llevó de allí, al tiempo que gritaba pidiendo ayuda. Honor se hallaba en sus brazos, rígida y silenciosa, ardiendo de fiebre, sorda a los gritos de Immanuelle.

Y así cayó sobre ellos la segunda maldición.

PARTE II

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTE

El hombre que conoce su pasado es el que tiene poder para decidir su futuro.

De Las parábolas del profeta Zacarías

En los días siguientes, más de doscientos cayeron enfermos. Sucumbieron primero a la fiebre y luego a la locura que esta provocaba. Immanuelle oyó historias de hombres ya crecidos que se arrancaban los ojos de sus cuencas, de recatadas mujeres de fe que se despojaban de sus vestiduras y huían desnudas al Bosque Oscuro, chillando por el camino. Otros, sobre todo niños pequeños como Honor, sufrían una aflicción distinta, pero tal vez más siniestra, y caían en las garras de un sueño profundo como la muerte. Hasta donde Immanuelle pudo saber, ninguno de los sanadores de Bethel había logrado despertarlos.

De los que cayeron enfermos durante los primeros días de contagio, sesenta murieron antes del Sabbath. Para impedir que la plaga se extendiera, quemaban a los muertos en hogueras purificadoras. Pero a los que huían al Bosque Oscuro en sus ataques de locura no se los volvía a ver ni a oír.

En cualquier caso, era la peor de las plagas en los mil años de historia de Bethel, y las gentes la llamaban de muchas maneras —la aflicción, la fiebre, la gripe maníaca—, pero Immanuelle siempre se refería a ella por el mismo nombre, el que aparecía escrito docenas de veces en las últimas páginas del diario de su madre: pestilencia.

—Más agua —le pedía Martha, al tiempo que se limpiaba la capa de sudor que le cubría la frente. Aunque todas las ventanas estuvieran abiertas, el viento hacía entrar el humo caliente de las hogueras que ardían por los Calveros—. Y trae la milenrama.

Immanuelle obedeció. Se arrodilló en la cocina y las faldas se arrebujaron en torno a sus rodillas. Agarró una jofaina de agua y un manojo de flores secas de milenrama de la caja de hierbas que guardaban bajo el lavamanos. Corrió escaleras arriba tan rápido como pudo sin tropezar con el dobladillo de la falda, y entró en la habitación de las niñas.

Encontró allí a Anna, que estrechaba los nudos en torno a las muñecas de Glory. La ataba al cabezal de la cama para impedir que escapara, como había tratado de hacer en seis ocasiones desde la noche en que cayó enferma. Anna la ataba con tanta fuerza que las muñecas de su hija estaban cubiertas de moretones, pero no se podía hacer otra cosa. Casi la mitad de los afectados por la pestilencia se había mutilado, o incluso dado muerte en su locura. Saltaban de ventanas o se golpeaban la cabeza hasta abrírsela, como Honor había estado a punto de hacer la noche en que Immanuelle la encontró.

En cuanto su madre la tocó, Glory se revolvió y chilló, sus piernas se enredaron con las sábanas. La fiebre hacía que le brillaran las mejillas.

Immanuelle dejó la jofaina al lado de la cama, tomó la milenrama —que llevaba en la boca— y agarró el cuenco que se encontraba sobre la mesilla de noche. Aplastó las flores

todo lo bien que supo y las desmenuzó hasta reducirlas a polvo. Luego les echó un poco de agua —aún levemente teñida por las últimas trazas de la plaga de sangre— y amasó la pulpa con los dedos.

Fue Martha quien administró la pócima. Sujetó con firmeza a Glory por la base de la nuca y la obligó a enderezarse, como habría podido hacer con un bebé recién nacido que no parara de chillar. Le puso el cuenco en la boca y Glory se retorció y escupió, tiró de las cuerdas, puso los ojos en blanco, mientras la pócima le resbalaba entre los labios y le empapaba la barbilla.

Honor estaba echada en el otro extremo del cuarto, con los ojos cerrados y las sábanas remetidas bajo el mentón. Immanuelle le acercó una mano a la mejilla y se estremeció. Aún ardía de fiebre. La niña estaba tan quieta que Immanuelle le puso una mano bajo la nariz para asegurarse de que aún respirara. No se había movido desde el inicio de la pestilencia.

Aquella misma noche había caído en un sueño profundo y temían que no volviera a despertar.

Siguieron así durante varias horas —Glory revolviéndose en el lecho, Honor en coma, Anna deshecha en lágrimas en la silla del rincón— hasta que Immanuelle no pudo soportarlo más. Salió de la granja a caminar por los pastos. Hacía unos días que el bracero, Josiah, había tenido que marcharse a su hogar, en una parte alejada de los Calveros, para cuidar de su mujer afligida por la pestilencia. Por ello, no había nadie que pudiera vigilar a las ovejas mientras pastaban, aparte de la

propia Immanuelle.

Mientras andaba cayado en mano por los pastos, pensó en las opciones que tenía. Sus peores miedos se habían hecho realidad. Al cabo, el sacrificio que había realizado en el estanque no había servido de nada. La pestilencia se había abatido sobre ellos e Immanuelle temía perder a las niñas si aquello no terminaba pronto. Pero ¿qué podía hacer para detenerla?

Su ofrenda de sangre no fue suficiente para romper la maldición y no podía acudir a nadie en busca de ayuda. La Iglesia parecía indefensa frente a aquella gran maldad.

Immanuelle se había planteado pedirle socorro una vez más a Ezra, pero al fin se decidió por no hacerlo. El joven le había dejado muy claro que no quería saber nada sobre plagas ni brujería, ni le interesaba tener ningún trato con ella. La última vez que la muchacha lo había involucrado en sus planes, Ezra estuvo a punto de pagarlo con su vida. Le habría parecido una crueldad recurrir de nuevo a él.

Pero si no a Ezra, ¿a quién podía acudir? Tenía que haber alguien, o algo. Una cura, o un método para poner fin a todo aquello. Tenía que creerlo, creerlo por principio, porque si no lo creía, tendría que aceptar que no había esperanza y que las niñas iban a morir.

Le vino a la cabeza un vago recuerdo, una imagen de los papeles de su censo, de la marca de bruja que figuraba bajo su nombre y bajo los nombres de los Ward que la habían precedido. ¿Podía ser que las respuestas que buscaba —sobre las plagas, las brujas y la manera de derrotarlas— la aguardasen en las Afueras, entre la familia que jamás había conocido? Si la marca de la bruja indicaba algo, era que estaban versados en la magia del Bosque Oscuro y en el contubernio que rondaba por sus caminos. Si se podía hallar alguna ayuda en Bethel, Immanuelle estaba segura de que la encontraría entre ellos.

Pero ¿cómo podría escapar a las Afueras sin que nadie se diera cuenta, con lo enfermas

que estaban Honor y Glory? No tenía manera de justificar su ausencia durante más de una hora, e iba a necesitar por lo menos un día para encontrar a su familia.

Immanuelle frunció el ceño y sus ojos se apartaron de las ovejas que estaban en los pastos para volverse hacia las ventanas del taller de Abram, iluminadas en la lejanía. Una idea empezaba a tomar forma en lo más recóndito de su mente.

Abram. Sí, por supuesto.

Immanuelle no lograría convencer a Martha... pero tal vez Abram se mostrara más comprensivo. Era un hombre de buen corazón, más gentil que Martha y menos devoto que Anna. Tal vez aprobara su deseo de ir en busca de su familia en las Afueras.

Al pensarlo, cobró coraje y llevó las últimas ovejas al corral donde pasarían la noche, y luego se dirigió al taller de Abram. Era un lugar humilde. Las tablas de madera del suelo estaban cubiertas de una espesa capa de serrín. Como de costumbre, el lugar de trabajo estaba abarrotado de encargos a medio terminar: un par de mesas hechas con un tronco aserrado por la mitad, una silla y una casa de muñecas que, sin duda, habría sido el regalo de cumpleaños de Honor.

Las paredes estaban cubiertas de pinturas. Todas las había hecho la madre de Immanuelle. Había amplios paisajes sobre tablas de madera, pergaminos pintados con flores en acuarela desvaída y unos pocos bodegones. Había incluso un autorretrato en el que Miriam aparecía sonriente, con los cabellos sueltos.

Immanuelle miró por encima del hombro de Abram para ver en qué trabajaba y se quedó como helada. Allí, sobre la mesa, había un ataúd pequeño a medio hacer. Era tan pequeño que solo habría podido recibir a un miembro de la familia Moore: Honor.

—Todavía está... con nosotros —dijo Abram sin apartar los ojos de su trabajo—. Pero quiero estar preparado... por si ocurriera lo peor.

Immanuelle se puso a temblar.

—Despertará.

—Puede ser. Pero si no... tengo que estar preparado... Siempre me había prometido...

que si tenía que... enterrar a otra hija... lo haría bien. En un ataúd... hecho por mí mismo. En el caso de tu madre... no lo hice. No quiero... que vuelva a ocurrir.

Immanuelle sabía a qué se refería. Las costumbres de Bethel dictaban que se enterrara a las personas sin mácula y se incinerara a los pecadores, con la esperanza de que las llamas de la hoguera los purificaran de sus pecados y así pudieran entrar en el reino del purgatorio.

Miriam había muerto en deshonor a causa de sus transgresiones y por ello no había tenido ataúd, ni la habían enterrado en el cementerio donde reposaban sus antepasados.

—¿La echas de menos?

—Más de lo que puedes imaginar.

Immanuelle se sentó a su lado en la banqueta.

—¿Y lamentas haberla escondido aquí hace años, cuando rompió el Protocolo? —La mano de Abram aferró el formón con más fuerza que antes. Pero el hombre hizo que no con la cabeza—. ¿Aunque fuera pecado?

—Mejor cargar con el pecado... sobre tus propios hombros... que dejar que otros...

sufran daño. A veces tenemos... la obligación... de actuar en interés... de un bien mayor.

Había llegado el momento e Immanuelle lo aprovechó.

—Durante ese tiempo, ¿mi madre habló de mi padre?

Abram vaciló y entonces dejó su herramienta.

—Más que de... ningún otro. Cuando la locura... se adueñó de ella, solía... llamarlo.

Decía que su espectro... vagaba por... los pasillos. Decía que la llamaba... para reunirse con él en su hogar. Me gustaría creer... que así fue.

Immanuelle sintió que se le hacía un nudo en la garganta, un nudo tan fuerte que casi no pudo hablar.

—Quiero ir a las Afueras, abuelo. Quiero conocer a las personas que lo conocieron.

Quiero conocer a su familia. A mi familia.

El rostro de Abram no cambió de expresión. Volvió a su trabajo y frotó el costado del ataúd con un trozo de papel de lija.

—¿Por qué ahora?

—Porque si no lo hago ahora, no voy a tener nunca la ocasión. Con esa fiebre que está por todas partes...

—¿Cuándo... quieres ir?

—Si es posible, mañana. Pero preferiría que Martha no lo supiera. Se preocuparía.

—Entonces ¿has venido a pedirme autorización?

—Autorización y ayuda. Quizá podrías distraer a Martha.

—Quieres decir que mienta... para ti. Que la engañe... para que crea algo... que no es verdad.

Immanuelle se estremeció, pero de todos modos asintió.

—Como tú mismo decías, a veces conviene actuar en interés de un bien mayor, aunque para ello haya que pecar. ¿Y no es bueno que conozca a mi familia mientras aún puedo?

Abram la miró con una infrecuente sonrisa. La muchacha habría jurado que parecía casi orgulloso de ella.

—Qué lástima... que no nacieras chico. Habrías sido un... buen apóstol, con esa facilidad... para darle la vuelta a las cosas.

—Entonces ¿lo harás? —susurró Immanuelle, que casi no se creía su buena suerte—.

¿Me ayudarás a ir a las Afueras?

Abram paró un momento para limpiar el serrín que se había acumulado dentro del ataúd.

—¿Qué no haría yo... por ti?

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTIUNO

Pues los fuegos de la purificación son justos y el Padre se regocija al contemplar sus llamas.

Immanuelle partió hacia las Afueras a la primera luz del alba. El viaje transcurrió como si por delante de sus ojos fueran pasando imágenes sin sentido, como si la posibilidad de conocer a su familia la hubiera abrumado de tal modo que no comprendiera lo que veía. Le pareció ver a un hombre con una máscara que simulaba el rostro de un cuervo atizando las llamas de una hoguera con una horca. Un cuerpo amortajado en la parte de atrás de un carro que rebotaba en cada uno de los baches. Por encima de los árboles ascendían volutas de humo azulado, tan denso que le escocía en los ojos, y en el aire resonaban los sollozos de los afligidos por la pestilencia.

Había mujeres que se paseaban sin más vestido que sus enaguas. Hombres descalzos que arrastraban los pies por los caminos. Unos pocos temblaban, otros aullaban, y se arañaban el cuerpo hasta que brotaba la sangre. Al pasar cerca de una granja vecina, Immanuelle vio a una muchacha que corría por un maizal moribundo, con los brazos tendidos hacia el Bosque Oscuro. No vestía más que un camisón largo y ensangrentado, y las faldas se le enredaban en torno a los tobillos. Un hombre corría tras ella. Tal vez fuera su padre, o su marido. A tanta distancia no se veía bien. La agarró por la cintura y la arrojó al suelo, a poca distancia de la linde del bosque, mientras la joven pataleaba y chillaba.

Immanuelle apartó la mirada. Aquella escena le parecía una de esas indecencias de las que no se debería ser testigo. Siguió adelante, temblorosa, a paso rápido por el camino principal, hasta que divisó las Afueras en medio de la humareda que brotaba de las hogueras.

El corazón se le aceleró hasta latir a toda velocidad, al mismo tiempo que aflojaba el paso y acababa por detenerse en medio del camino.

Después de tantos años de anhelo, iba a conocer por fin a sus familiares.

Immanuelle reemprendió la marcha. Se dio cuenta de que las Afueras estaban extrañamente silenciosas. No había niños en las calles, ni enfermos con la fiebre que huyeran hacia el bosque. Apenas si se veía a nadie, salvo algún granjero o mercader que pasaba con una carreta tirada por mulas. Las ventanas de las casas tenían los postigos echados. Los perros estaban atados a farolas y cercas. Unos pocos ladraron al pasar la muchacha. A menudo se oía el graznido de un cuervo en la lejanía, pero aparte de eso, el silencio era casi completo.

Por alguna razón —porque estaban poco pobladas, o por un acto de misericordia de las brujas—, las Afueras no padecían la pestilencia en toda su furia.

Al cabo de un largo paseo por calles tortuosas, Immanuelle encontró el centro del pueblo, donde se alzaba la capilla. Era una edificación extraña. A diferencia de la catedral del Profeta, que estaba construida con losas de pizarra, la iglesia de las Afueras tenía un

rústico techo de ramas y arbolillos entrelazados. En sus ventanas había vidrieras con retratos de santos extraños, de piel oscura, cuyos nombres Immanuelle no conocía. Cada uno de aquellos desconocidos santos sostenía alguna especie de talismán: una vela encendida, una rama cortada, una cinta roja entre los dedos, un hueso retorcido de los que se usan para jugar a las tabas.

En sus dieciséis años, Immanuelle no había visto nunca santos ni efigies semejantes a ella misma. Ninguna de las estatuas y pinturas de la catedral del Profeta se le parecían en nada. Pero al ver a esos santos inmortalizados en las vidrieras, sintió una especie de extraña familiaridad, como si le hubieran devuelto por fin algo cuya misma pérdida había olvidado.

La puerta de entrada era una gruesa pieza de madera de roble, y habría parecido más adecuada para los goznes de una cripta que para una iglesia. Aunque estuviera entreabierta, Immanuelle tuvo que hacer fuerza con el hombro y empujarla con todo su peso para que se abriera más. El interior estaba oscuro, lleno de humo de incienso, tan denso que los ojos le escocieron y se le llenaron de lágrimas. No había bancos, tan solo unos asientos largos y estrechos que cubrían la mitad de la longitud de la sala, dispuestos en hileras a lado y lado del pasillo central. En lo alto había una galería que recorría todo el perímetro interior del recinto. Varias mujeres estaban de pie en ella y la observaban.

Al final del pasillo central entre los asientos había una especie de altar. Pero a diferencia del altar de la catedral del Profeta tenía los bordes elevados, como si hubiera simulado una especie de cuenco. En su interior ardía un pequeño fuego. Un hombre estaba en pie frente a la ofrenda. El humo le bañaba el rostro. Al acercarse, Immanuelle se dio cuenta de que llevaba una daga sagrada, aunque vieja y herrumbrosa. Tenía la cabeza rapada y los ojos del color del ámbar más pálido, en vivo contraste con su lustrosa piel negra. Si hubiera necesitado adivinarlo, la muchacha habría supuesto que andaría por la misma edad que Abram, o tal vez algunos años menos. Vestía una

túnica sencilla, hecha con lo que parecía tosca arpillera, sujeta a la cintura con un ceñidor de cuero tan largo que las borlas de sus extremos rozaban el suelo. Al acercarse, Immanuelle sintió en él cierta gravedad que tan solo había experimentado en el bosque la primera vez que Lilith emergió de entre los árboles.

—Me llamo Immanuelle Moore...

—No es necesario que me lo digas —respondió el hombre, y se volvió de nuevo hacia el fuego. Al lado de este, sobre un pequeño pedestal de piedra, había un puñado de pollos jóvenes, con una cuerda que los sujetaba a todos por el cuello. El sacerdote agarró la cuerda y los arrojó a las llamas, al tiempo que murmuraba algo que tal vez fuera una plegaria, pero tan breve que Immanuelle no pudo estar segura. El olor a plumas quemadas y carne chamuscada se mezcló con el pesado perfume del incienso—. Ya sé quién eres.

—¿Cómo lo sabes?

El sacerdote se rio, como si la muchacha le hubiera contado un chiste especialmente ingenioso.

—Aquí son pocos los que no lo saben. Dime, ¿qué te trae hoy a las Afueras?

—He venido por mi familia.

—¿Y por qué la buscas ahora?

—Porque estoy preparada.

El sacerdote enarcó una ceja. Sus ojos examinaban a la muchacha a través de la nube

de humo.

—¿Y antes no lo estabas?

Immanuelle enderezó los hombros.

—Antes tenía miedo. Pero ya no. Así que me gustaría verlos, si me indicas dónde puedo encontrarlos.

La expresión del sacerdote pasó de la frialdad a la compasión.

—Mucho me temo que no has venido al sitio adecuado, Immanuelle Moore. Aquí no vive ningún Ward.

La muchacha sintió que le faltaba el aire, como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago. Se inclinó hacia delante y se agarró al respaldo de uno de los asientos.

—¿No queda ninguno? ¿Han muerto?

—No. Todos no. Por lo que yo sé, tu abuela, Vera Ward, es la última de la familia que aún vive. Pero se marchó de Bethel unos días después de que asesinaran a tu padre.

Así pues, aún le quedaba esperanza. Quizá no estuviera todo perdido.

—¿Sabes dónde se encuentra?

El sacerdote señaló hacia la derecha con la cabeza como invitándola. Immanuelle lo siguió por un angosto espacio entre dos bancos y entraron en una pequeña estancia que se hallaba junto a la capilla. Se parecía mucho a los ábsides y galerías de la catedral del Profeta, salvo en que aquel lugar era mucho más pequeño. Sus paredes estaban pintadas con un amplio mural que representaba Bethel y los territorios que se encontraban más allá. En la pared más alejada se encontraban los Calveros, las Afueras y las Tierras Santas, con los nombres de lugares conocidos, como el sepulcro del primer profeta, el Refugio, la iglesia de las Afueras y, por supuesto, la catedral del Profeta. Alrededor de todo ello se encontraba el Bosque Oscuro... solo que no estaba representado como bosque. En el mural, tomaba la forma de una mujer desnuda en posición fetal que envolvía Bethel.

Immanuelle contempló durante largo rato el fresco, silenciosa, sin aliento, siguiendo la forma de la mujer. Trató de descifrar su significado y no lo consiguió. Al fin, su mirada se detuvo sobre un breve verso inscrito sobre una placa de madera en el extremo derecho de la pared: «El bosque siente de una manera en que el hombre no siente. Ella ve con mil ojos y no olvida nada».

—¿Eso está sacado de las Sagradas Escrituras? —preguntó.

El sacerdote hizo que no con la cabeza.

—No lo encontrarías en tu libro sagrado. Tómatelo como... una adición no autorizada.

—¿Ese «ella» se refiere a la Madre o al propio bosque?

—A ambos —respondió el sacerdote—. La Madre es el bosque. Es el alma, y el Bosque Oscuro es Su cuerpo. Para nosotros, ambas

entidades están íntimamente unidas. Una es lo mismo que la otra.

Immanuelle puso la mano sobre un lugar que se hallaba en los márgenes del bosque y siguió con el dedo la linde que lo separaba de la tierra de los Moore.

—Nunca me lo habían explicado de esa manera.

—Eso es porque tu gente no está instruida en el saber de la Madre.

A Immanuelle no le gustó la manera en que había dicho «tu gente», como para negar la sangre que la unía a las Afueras y a los Ward. Pero no expresó su desacuerdo. Lo único que

hizo fue dirigir de nuevo su atención hacia el mural y levantar los ojos para ver la parte de más arriba. El techo era muy alto y estaba cubierto con tenues contornos de mapas, pero las ilustraciones eran mucho más abstractas que las que representaban Bethel. Vio unos pocos nombres que conocía... Hebron, Gall, Valta.

—¿Las ciudades paganas?

—En palabras de vuestro Profeta, sí.

—¿Es allí donde encontraré a mi abuela?

El sacerdote negó con la cabeza y dio un toquecito sobre una pequeña mancha blanca situada en las tierras agrestes que se encontraban justo al norte de Bethel. El pueblo se llamaba Ishmel. Para inmensa sorpresa de Immanuelle, no se hallaba lejos de Bethel. A juzgar por la escala del mapa, debía de estar a tan solo unas leguas de la Puerta Consagrada.

Pensó que un jinete bien entrenado, con un buen caballo, llegaría en un día, más o menos.

—¿Hay alguna manera de comunicarse con ella?

El sacerdote negó con la cabeza.

—Mandar cartas al otro lado de la puerta es ilegal, y aunque lograras hacerla pasar, no tenemos ninguna garantía de que te respondiera. Dudo que Vera envíe una carta de respuesta a Bethel y se arriesgue a sufrir la ira de la Iglesia. Si quieres hablar con ella, tendrás que ir tú misma. Busca a alguien que te haga pasar al otro lado de la Puerta Consagrada, y a otro que te traiga después.

—¿Eso es posible?

—Todo es posible si haces las preguntas adecuadas a las personas adecuadas y estás dispuesta a pagar el precio.

Por unos momentos, Immanuelle reflexionó sobre aquella posibilidad.

—¿Cómo puedo saber si mi abuela aún se encuentra en Ishmel?

—No puedes. No tienes manera de saberlo. Salir de Bethel es un acto de fe. Vera lo decía a menudo antes de marcharse.

—¿Quieres decir antes de que la desterraran?

El hombre la miró con el ceño fruncido, como si le hubiera faltado al respeto, o hubiese dicho algo fuera de lugar.

—Vera dio la espalda a este sitio por voluntad propia. Salió por la puerta antes de que vuestro Profeta tuviera ocasión de pronunciar una sentencia de destierro. De hecho, se fue la noche después de que su chico ardiera. El cuerpo aún estaba en la pira cuando huyó.

Immanuelle se encogió al pensar en su padre muerto en la hoguera.

—¿Crees que aún estará allí?

—Sí, lo creo —respondió el sacerdote—. Esa mujer estaba dispuesta a pagar con su propia sangre por alcanzar sus objetivos y siempre supo manejarse en el bosque. Estoy seguro de que el bosque la trató con gentileza.

Los pensamientos de Immanuelle retrocedieron varias semanas, hasta la última vez que había estado en las Afueras. Aquel día, cuando ella y Martha pasaron con la carreta por el lugar, vio un montón de ofrendas en la linde del bosque. ¿Así era como los afuereños evitaban que las plagas los golpearan con toda su cólera? ¿Alimentaban al Bosque Oscuro para ganarse su favor?

—¿Quieres decir que entregó ofrendas al bosque a cambio de... seguridad?

El sacerdote se rio. Su estentórea carcajada resonó por toda la capilla.

—El bosque no protege a nadie. Si lo que quieres es el anodino consuelo que brinda la seguridad, puedes ofrecerle un sacrificio de sangre al Padre, con la esperanza de apaciguarlo.

Pero si lo que quieres es poder, más te conviene dejar tus sacrificios a los pies de la Madre.

—Pero ¿cómo hay que ofrecer la sangre necesaria para obtener el poder de la Madre?

—preguntó Immanuelle, cada vez más confusa—. Me imagino que será algo más difícil que hacerse un corte en el pulgar y pronunciar una plegaria.

El sacerdote frunció el ceño con evidente recelo.

—¿Cómo es que una muchacha de los Calveros quiere saberlo?

—Por curiosidad —respondió Immanuelle, pero la muchacha notó que el sacerdote sabía que le mentía.

El hombre se alejó de ella para encaminarse a la capilla. Mientras andaba, se oía el roce de sus vestiduras.

—¿Sabes?, Vera quería que te quedaras con ella. Siempre había dicho que si Daniel y Miriam tenían hijos habría que criarlos en las Afueras.

—No lo sabía —susurró Immanuelle. Las lágrimas le impedían hablar. ¡Qué estúpida había sido a lo largo de todos aquellos años! Había dado por sentado que sus parientes de las Afueras no sentirían ningún interés por ella, que estaba sola en el mundo, aparte de los Moore. Aquella revelación le pareció extraña y maravillosa, pero también fue motivo de dolor. Le dolía pensar que la habían separado de una persona a la que habría podido conocer y amar. Una persona que quizá también la habría amado a ella, y la habría comprendido de una manera en que los Moore no podían comprenderla.

—Si algún día la puerta se abriera para ti, deberías ir en busca de Vera. Tú eres toda la familia que le queda. Se alegraría de verte.

Immanuelle se volvió y miró de nuevo la pequeña mancha en la pared, Ishmel, una pequeña isla en un enorme mar de tierras salvajes.

—Tal vez lo haga.

Ambos salieron del ábside y regresaron a la capilla. Los pollos aún ardían sobre el altar y una muchacha estaba de pie a su lado. Alimentaba el fuego con borrajo, musgo, ramillas secas de romero y otras hierbas cuyo nombre Immanuelle no conocía.

—Si no tienes más preguntas, debería volver a mi labor. — El sacerdote señaló al altar ardiente.

—Querría pedirte otra cosa.

El hombre enarcó una ceja.

—Espero que no tenga nada que ver con la brujería, ni con la magia de la sangre.

Immanuelle se ruborizó.

—No. No es nada de eso. Me preguntaba si podría ver la casa donde vivieron mi padre y mi abuela.

El sacerdote se paró unos instantes a pensar y luego asintió, y llamó a la muchacha que atendía a la ofrenda en el fuego. Era una joven imponente, alta y de piel oscura, con ojos grandes y pómulos pronunciados y bellos. Su cabello era varios tonos más oscuros que el de Immanuelle y lo llevaba recogido en cuatro gruesas trenzas que se entrecruzaban en un moño sobre su nuca.

—Adrine, te presento a Immanuelle Moore —dijo el sacerdote, e inclinó la cabeza hacia ambas—. La llevarás a las ruinas de la casa de los Ward.

Adrine escudriñó a Immanuelle con la mirada, con rostro inexpresivo. Asintió, giró sobre sus talones y salió de la capilla. Immanuelle se volvió para despedirse del sacerdote, pero este volvía a rezar sobre el altar y el humo velaba su rostro.

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Las puertas de la casa del Padre siempre están abiertas para quien le sirve con fidelidad. Pero se cerrarán ante el pecador.

Immanuelle y Adrine anduvieron por las calles vacías sin decir nada. El pueblo por el que caminaron estaba tan silencioso que se habría podido pensar que llevaba tiempo abandonado.

No había niños jugando por las calles. Ni perros que ladraran. Ni rastro alguno de vida, salvo los buitres que volaban en círculo.

—Todo está tan callado... —susurró Immanuelle cuando pasaron frente a una de tantas casas. De las vigas de su porche colgaba un móvil de campanillas de hueso, y estas chocaban entre sí con un sonido hueco gracias a la brisa que soplaba por la calle—. Los Calveros están devastados por la pestilencia.

Adrine arrugó la nariz.

—¿Así es como lo llamáis en los Calveros? ¿La pestilencia?

Immanuelle negó con la cabeza, avergonzada por el desliz.

—Es... un coloquialismo que me gusta. No sé si tiene un nombre de verdad.

—Nosotros lo llamamos aflicción del alma —declaró Adrine—. Nuestros antepasados contaban historias de brujas y adivinos que maldecían a los hombres con una enfermedad similar.

—Entonces ¿era una especie de arma?

Adrine asintió.

—En cierto sentido, sí.

—¿Piensas que tiene cura?

—Pienso que la enfermedad es la curación —respondió Adrine.

—Lo siento, pero no entiendo lo que quieres decir.

—A veces las cosas que parece que te hacen daño forman parte de la curación. Si un niño está enfermo y le haces una sangría, él pensará que el mordisco del cuchillo es un castigo, cuando en realidad es la curación. Cuando vosotros purificáis, hacéis mucho daño, pero veis la violencia y el fuego como una curación de pecados que son mucho peores. Quizá esta enfermedad sea lo mismo. Quizá sea un tipo de

purificación, quizá vaya a exterminar una maldad más profunda.

Cuando Immanuelle aún le daba vueltas a esa teoría, ambas se metieron por otra calle.

Partía de la principal y pasaba entre casuchas miserables. Allí el hedor de las cloacas impregnaba toda la atmósfera. Las calles estaban casi todas cubiertas de fango, y en varias ocasiones Immanuelle metió los pies en hoyos tan profundos que la mugre le ensució las botas hasta arriba. La calle que discurría entre las casuchas era estrecha, y las construcciones estaban tan cerca unas de otras que no podían pasar dos personas a la vez. La mayoría de los

hogares eran demasiado modestos como para permitirse lujos tales como cristal en las ventanas, pero Immanuelle vislumbraba el interior de las casas cuando el viento apartaba las cortinas. Había familias que se habían juntado para rezar, niñas que jugaban con muñecas de hoja de maíz, una madre que acunaba a su bebé, un gato negro que dormía en paz sobre una larga estera. Immanuelle vio muy claro que, a pesar de toda la miseria, ninguno de sus habitantes padecía la pestilencia.

Immanuelle sintió alivio al llegar al final del racimo de casas y salir una vez más a la pradera. En los Calveros —donde los ricos granjeros buscaban con codicia cualquier palmo de tierra que quedara libre—, aquellos parajes habrían sido cultivados y transformados en riqueza. Pero allí no se había hecho nada con la tierra, salvo el camino solitario que la atravesaba.

A lo lejos acechaba el Bosque Oscuro. Sus árboles eran tan frondosos que parecía impenetrable. El bosque la atraía allí con mucha más fuerza que en los Calveros, los árboles parecía que le cantaban cuando el viento soplaba entre ellos, e Immanuelle tenía que luchar contra sí misma para seguir por el camino en vez de dirigirse a la espesura.

—Es aquí —dijo Adrine, y señaló un terreno amplio, junto al bosque, donde las hierbas crecían hasta la cintura. Immanuelle salió del camino, anduvo por el prado, y tuvo que acercarse para ver las ruinas chamuscadas de la casa y las piedras agrietadas que habían sido sus cimientos.

Tan solo con ver los restos, Immanuelle se dio cuenta de que la casa había sido mucho más grande que las del barrio de chabolas que habían atravesado. De hecho, tal vez hubiera rivalizado en tamaño con la casa de los Moore. Estaba claro que los Ward, a pesar de residir en las Afueras, habían gozado de una posición económica holgada.

Tan solo una familia bien situada habría podido pagarse una casa tan grande.

Immanuelle se recogió las faldas y pasó con cuidado sobre un madero chamuscado que tal vez hubiera sido una viga. Dio una vuelta en torno al perímetro de la casa, caminando con precaución entre los escombros, y luego se detuvo y se agachó al lado de uno de los grandes bloques de pizarra que habían sido sus piedras angulares. Al mirar de cerca, vio que estaba inscrito en ella, con surcos profundos, un extraño símbolo —una cruz en el centro de un círculo— que parecía una letra de un alfabeto extranjero. Cuanto más lo miraba, más le recordaba la marca de la bruja.

—¿Qué es este símbolo? —preguntó Immanuelle mientras lo reseguía con los dedos. A pesar del implacable calor del sol de mediodía, la piedra estaba extrañamente fría.

—Es un sello —respondió Adrine, al tiempo que daba un paso hacia ella—. Tenemos costumbre de inscribir sellos en las piedras angulares de nuestras casas. Otorgan suerte, prosperidad, protección.

—¿Qué significa este?

—Es un trasvase —dijo la muchacha con un susurro, aunque no hubiera nadie cerca que pudiera oírlas, o por lo menos así le parecía a Immanuelle.

—¿Y qué es lo que se trasvasa?

Adrine le respondió con visible reluctancia.

—Poder. Desde el bosque.

—¿Y ese?

Immanuelle señaló otra de las piedras angulares. Aquella estaba marcada con ocho incisiones que se superponían, y que parecían trazadas en un momento de cólera.

—Un escudo —contestó Adrine—. Aleja el peligro.

Immanuelle no le preguntó por la marca de la siguiente piedra angular.

—La marca de la bruja.

Immanuelle se acercó a la última de las cuatro piedras, que se hallaba

en el ángulo opuesto de las ruinas, el más cercano al bosque. Estaba vuelta del revés y rota en dos grandes pedazos. Las muchachas tuvieron que unir fuerzas para darles la vuelta —las arañas y los gusanos que se cobijaban debajo se retorcieron al golpearlos de súbito la luz del sol— y encajar las quebradas mitades. Immanuelle quitó la tierra que había quedado sobre la piedra para poder verla bien, y entonces Adrine retrocedió con tal espanto que estuvo a punto de tropezar con una viga caída.

Immanuelle contempló la marca y pasó los dedos sobre las incisiones que había en la piedra. Parecía inocua, tan solo un pequeño hexágono con una serie de cruces en el interior.

—¿Qué es esto?

—Tenemos que irnos.

Immanuelle frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque es un sello de maldición —masculló Adrine—. Está ahí para hacer daño.

—Pero nosotras no le queremos ningún mal a nadie.

—No importa. Quién sabe lo que quería el autor del sello cuando hicieron esa marca.

—Pero han pasado años —replicó Immanuelle— y hace mucho tiempo que la casa está abandonada. En estas piedras no puede quedar ningún poder.

—Una vez se traza el sello y se arroja la maldición, no hay vuelta atrás —dijo Adrine, visiblemente exasperada con ella—. No importa que la persona se marche, o muera, o lo olvide. El poder que representa esa marca pervive.

Immanuelle pensó en las brujas y en las plagas que habían lanzado a través de su sangre, y sintió un vacío en el estómago.

—Entonces ¿me estás diciendo que las maldiciones perviven para siempre?

—Te digo que es difícil, a menudo imposible, deshacer lo que ya se ha hecho. En cuanto trazas una marca, se queda allí para siempre. Puede

alterarse, pero jamás se borra del todo.

Si lo que decía Adrine era cierto, habría que entender que quedaba poca esperanza de quebrar el ciclo de las plagas. Parecía que el poder oscuro de los bosques iba a seguir su camino. Pero ¿qué implicaba todo eso para Honor y Glory, y el resto de los que habían enfermado con la pestilencia? ¿Sobrevivirían hasta que terminara la plaga?

Immanuelle recordó la profética anotación al final del diario de su madre: «Sangre.

Pestilencia. Oscuridad... Matanza». Estaba claro que si no encontraban la manera de quebrar la maldición habría que pagar un precio en muertes. Tenía que haber una manera de frenar todo aquello, y a juzgar por lo que había descubierto hasta entonces, lo que mejor podía resultarle era decodificar los sellos, el lenguaje de la magia de las brujas. Si quedaba alguna posibilidad de derrotar las plagas enviadas por Lilith, tendrían que comprenderlos, saber contra qué peleaban.

Immanuelle dejó en el suelo la mochila que llevaba al hombro, buscó en su interior y sacó una hoja de papel y un trozo de grafito. Alisó cuidadosamente el blanco papel sobre la piedra angular y lo frotó con el grafito en todas direcciones, hasta que las marcas quedaron bien reproducidas. Después procedió a hacer copias de los tres sellos siguientes y recogió todas las hojas, las dobló con precaución y las guardó en la mochila para que no corriesen peligro. Se volvió hacia Adrine:

—Pero ¿cómo es que sabes tanto sobre esas marcas?

—Forman parte de nuestro lenguaje.

—¿De vuestro idioma original? ¿Eso quieres decir?

Adrine asintió.

—Para nosotros, estas marcas son más que palabras. Es la intención con que se han trazado la que hace que los sellos sean algo más... la que hace que sean peligrosos.

Immanuelle atravesó las ruinas de la casa y llegó a la estrecha franja de tierra que las separaba del Bosque Oscuro. A pocos pasos de allí se encontraban los restos abandonados de lo que tal vez hubiera sido un retrete, o un pequeño cobertizo de trabajo como el de Abram.

Más allá tan solo había un trecho de bosque oscuro y frondoso. Su

fascinación le resultaba casi embriagadora.

Immanuelle se acercó hasta allí y tropezó. Su bota chocó con lo que en un primer momento le pareció una roca que sobresalía del suelo. Pero al mirar qué era, vio una losa, y después otras más que formaban un camino. Llevaban hasta el extenso bosque que se abría más allá de la propiedad. Immanuelle siguió aquel camino hasta hallarse al pie de dos grandes robles gemelos que crecían uno al lado del otro. Sus ramas se entrecruzaban en lo alto para formar una especie de bóveda. Ambos troncos estaban marcados con idénticos sellos: una larga raya que iba desde el nacimiento de la primera rama hasta las raíces, atravesada en su parte superior por lo que parecían ser veinte rayas más cortas, de longitudes variadas.

Adrine negó con la cabeza.

—No sé lo que son esos sellos.

—Yo sí lo sé —susurró Immanuelle, y buscó en el fondo de la mochila. Abrió el diario de su madre por la página en la que aparecía la cabaña donde decía haber pasado el invierno.

En primer término, aparecían dos grandes robles con marcas idénticas a las de los dos árboles que tenía enfrente.

Immanuelle se acercó y removió con la bota las hojas caídas. Dejó al descubierto la continuación del camino de losas, que debía de conducir hasta las profundidades del Bosque Oscuro, hasta la cabaña donde su madre había pasado su último invierno. Apoyó una mano contra el tronco del roble más cercano donde estaba grabado el sello. Se volvió a medias hacia Adrine.

Pero la muchacha negaba con la cabeza.

—No voy a ir contigo. Ahí dentro, no.

Immanuelle se contentó con asentir. En parte, se sentía aliviada. Casi era como si estuviera celosa del bosque, como si quisiera guardarse sus secretos para sí misma, y solo para sí. Y así, sin detenerse ni mirar atrás, Immanuelle se recogió las faldas y dejó atrás los enormes robles y se adentró en las sombras del Bosque Oscuro.

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Me construí un hogar en el bosque. Lo cubrí con un techo de paja y levanté las paredes.

Y allí, en una habitación de madera y piedra, cerré el pacto, y no quise que fuera de otro modo.

Miriam Moore

El bosque del sur era distinto del que se hallaba a lo largo de los Calveros. Era más frondoso y estaba lleno de pinos solemnes que susurraban cuando el viento soplaba a través de sus agujas. Immanuelle echó a andar entre los árboles y fue como si el resto del mundo le quedara muy atrás. La luz del sol perdió brillo y las sombras se volvieron más compactas y amenazaron con engullirla. Los matorrales que murmuraban devoraron en seguida el camino que trataba de seguir. Sus botas no encontraban ya las losas que lo habían formado. Y

aunque supiera que habría debido asustarse, lo único que sentía era una terrible sensación de haber llegado al final. Como si se hubiera encontrado en el lugar exacto donde tenía que estar.

Immanuelle no sabía el tiempo que llevaba caminando, pero ya era casi mediodía cuando descubrió la cabaña. Solo con echarle una ojeada vio que llevaba mucho tiempo abandonada. No la habría sorprendido que sus propietarios originales se hubieran hallado entre los fundadores de Bethel, que se habían asentado siglos antes en el bosque. La casa entera parecía agazaparse sobre sus cimientos, encorvada y decrépita como un anciano que se apoya en su bastón.

En verdad, era más que nada una choza. Tenía una única puerta y una sola ventana. El tejado se había combado hacia abajo y el porche estaba podrido. Sus tablas ennegrecidas se hundían bajo las botas de la muchacha. Immanuelle llevó una mano a la puerta y la abrió de un empujón.

Entró en una habitación muy pequeña que olía a moho. A la izquierda se encontraba un aparador sobre el que descansaba un gran número de velas derretidas. En la pared del fondo había una chimenea con un espejo agrietado sobre la repisa, lo bastante grande para reflejar el rostro de una persona. La estructura oxidada de una cama ocupaba el centro.

Immanuelle.

Se volvió en busca de la persona que había dicho su nombre, pero entonces descubrió algo que le había pasado inadvertido. A la derecha de la chimenea ondeaba una tela blanca, y detrás de la tela, una abertura estrecha. Immanuelle apartó la tela con mano temblorosa. Esta cayó al suelo envuelta en un remolino de polvo y dejó al descubierto un pasillo angosto, sin luz, salvo por un único rayo de sol

que iluminaba el final del mismo.

Immanuelle buscó en la mochila y sacó primero la lámpara de queroseno, y después una única cerilla. Encendió esta última contra las piedras de la chimenea y entonces prendió la lámpara y se volvió hacia el estrecho pasillo. Mientras avanzaba, el rojo fulgor de la llama

alumbraba las paredes.

Al llegar al final se detuvo y levantó la lámpara, que arrojó luz sobre una habitación sin ventanas, vacía, salvo por un círculo de ceniza que se hallaba en el centro. Arriba, en el techo, se abría un pequeño agujero para dejar salir el humo. Vio huesos mezclados con las cenizas. Una mezcla de pezuñas y cuernos, costillas, vértebras y, en medio de todo, lo que parecía ser el esqueleto entero de un carnero... salvo por el cráneo.

Pero fueron las paredes lo que llamó la atención de Immanuelle. Estaban llenas de marcas, figuras y palabras que se juntaban y superponían. Apenas si quedaba un centímetro de pared sin cubrir.

Y la escritura se debía a una mano que la muchacha reconoció: la de su madre.

De pronto se dio cuenta. Aquello era la cabaña... la cabaña sobre la que Miriam había escrito en su diario.

Las palabras de Miriam cubrían las paredes como enredaderas. Repetían la misma frase una y otra vez: La doncella parirá una hija y la llamarán Immanuelle, y redimirá al rebaño de fieles mediante la ira y la plaga.

Immanuelle recorrió las inscripciones con mano temblorosa, siguiéndolas de una a otra pared. Las marcas podían separarse en tres figuras distintas: una en la pared izquierda, otra en la derecha, y una tercera en la pared del fondo, donde las otras dos se fundían. Le llevó un tiempo reconocer lo que eran aquellas figuras: sellos, como los que había visto en las piedras angulares de la casa de los Ward.

Tres figuras. Tres... sellos.

Immanuelle se agachó para dejar la lámpara en el suelo, y luego también la mochila, y sacó las hojas de papel en las que había copiado los sellos de las piedras angulares. Necesitó tan solo unos momentos para distinguir los diferentes símbolos y encontrar el sello de la maldición. Immanuelle sostuvo el papel contra la pared para comparar

las dos marcas y llegó a la conclusión de que coincidían en todo, salvo en el tamaño.

Se tragó el miedo que crecía en su interior y continuó.

El sello de la pared izquierda no coincidía con ninguno de los que estaban inscritos en las piedras angulares. Era una forma retorcida, sorprendente, que casi parecía unas manos unidas, o con los dedos entrelazados. Pero, de todos modos, le resultaba indudablemente familiar. Al cabo de unos momentos de perplejidad y silencio, de analizar la marca desde distintos ángulos, de seguir las incisiones con las yemas de los dedos, la reconoció. Apoyó una rodilla en el suelo y sacó de la mochila el diario de su madre, pasó las páginas hasta llegar al segundo autorretrato, la ilustración abstracta que había dibujado en los días que siguieron a su regreso desde el bosque. En la imagen estaba de pie, desnuda, cubriéndose las vergüenzas con los brazos... y… un sello sobre el vientre hinchado... el mismo que estaba inscrito en la pared. Si el primero de los sellos había sido una maldición, tal vez aquel segundo fuera la concepción de esa maldición. Una especie de sello de nacimiento, por así decirlo. Una marca de creación.

Immanuelle, desconcertada, pasó al último sello, el que se encontraba en la pared del fondo, el único que reconoció de inmediato porque lo había visto todos los días de su vida.

Era el mismo sello que llevaban las novias entre las cejas... un símbolo de unión, un sello que ataba.

Immanuelle se puso en pie y fue a examinar los sellos más de cerca. Fue siguiendo, uno tras otro, los amplios contornos de cada una de las inscripciones, pasando con lentitud de cada una de las paredes a la siguiente. Un sello de nacimiento, un sello de maldición, una marca de unión entre ambos.

«La sangre de ella engendra sangre.» Las palabras del diario de Miriam danzaban en su imaginación. Se acordó de la noche en la que había estado con las brujas en el estanque, en el comienzo de la contaminación de sangre. La primera plaga, y todas las plagas que la siguieran, empezaban con su primer sangrado.

Su sangrado. Su sangre.

«La llamarán Immanuelle. La sangre de ella engendra sangre.»

La verdad la golpeó como un puñal entre las costillas.

No era Lilith quien había lanzado las plagas. Las había lanzado Miriam.

Y la maldición era la propia Immanuelle.

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Pronto tendremos que elegir entre ser lo que queremos, o lo que debemos, para poder seguir adelante. De un modo u otro pagaremos un precio.

De las últimas cartas de Daniel Ward

Immanuelle nunca había sido proclive a la ira. De niña, bajo la autoridad de Martha, se había instruido bien en las virtudes de la paciencia y la contención. Le resultaba más fácil recibir la bofetada que darla. Pero en aquel momento, mientras vaciaba la lámpara y empapaba las paredes de la cabaña con el queroseno, una fea rabia la atravesó por dentro, como si un animal aprisionado dentro de ella tratara de abrirse paso hasta el exterior con sus garras.

La habían utilizado.

Era una verdad tan terrible que Immanuelle a duras penas podía imaginarla. Era peor que ser portadora de las plagas, peor que la propia condenación. La idea de que su madre —a la que había llorado a lo largo de casi diecisiete años— jamás la hubiese amado como a algo más que un arma, un agente de su propia venganza, le resultaba inconcebible.

Immanuelle arrojó lo que quedaba de la lámpara sobre los sellos con furia ciega. Sacó las cerillas de la mochila y encendió una, la sostuvo entre los dedos mientras observaba las inscripciones cubiertas de combustible.

Una para maldecir. Otra para unir. Otra para dar a luz.

Arrojó la cerilla al charco de queroseno que se había formado y un mar de fuego ardió por todo el suelo. Retrocedió mientras las llamas la seguían por el pasillo, atravesaban el umbral y llegaban a la primera estancia. En cuestión de momentos, el fuego envolvió casi toda la edificación.

Immanuelle salió de la cabaña envuelta en una nube de ceniza y carbonilla. No sabía si era la rabia o el humo lo que más la hacía

llorar. Ver la cabaña arder no la consoló. Unas pocas llamas no bastaban para protegerla de la verdad.

Miriam había entregado a su hija en cuerpo y alma al contubernio de Lilith para vengar a su amado. Immanuelle era su maldición hecha carne, y todo —la sangre y la pestilencia, y la oscuridad y la matanza que habían de llegar— se encontraba dentro de ella. Miriam no había querido justicia. Había querido sangre... e Immanuelle se la había dado. Aquella noche en el Bosque Oscuro, al sangrar por primera vez, lo había puesto todo en marcha. Ese era el legado de Miriam... no un legado de amor, sino de venganza y traición.

La cabaña ardió hasta que el humo se filtró entre las copas de los árboles. El calor era tan intenso que Immanuelle retrocedió tambaleándose. El aire estaba tan cargado de cenizas que casi la ahogaba.

Pero, a pesar de todo, no retrocedió.

En lo más íntimo de su corazón sabía que todo aquello no cambiaría nada... ni la cabaña incendiada, ni las llamas de la cólera que rugían en su interior. De todo ello no iba a

salir nada más que cenizas que arrastraría el viento. Pero qué bien se sentía, sí, qué bien se sentía, al arder y rabiar y perderse en las llamas. Aquello era su purificación personal y en aquel momento era el único consuelo que tenía. Casi sentía como si aquello la emborrachara, y tal vez Miriam hubiera sentido lo mismo, tantos años atrás, cuando huyó al Bosque Oscuro después de la muerte de Daniel Ward y cerró su trato con las brujas. Tal vez aquella rabia que todo lo devoraba le importaba más que todo el resto... su alma, su hija, su propia vida.

Pero, aunque la furia ardiese en su interior, aunque la rabia y la culpa la consumieran, le habría parecido inimaginable vender a su propia familia a la oscuridad, como Miriam la había vendido a ella.

Y esa era la diferencia entre ambas.

Entonces Immanuelle echó a correr, huyó del bosque y de todas sus maldades, abandonó la cabaña en llamas. Cada vez que cerraba los ojos, cada vez que parpadeaba, volvía a ver las palabras inscritas en las paredes, los sellos que la habían atado a las maldiciones... y corría con más ahínco.

Después de una carrera larga y brutal por la espesura, salió del bosque a la luz del sol poniente. Se sacudió las hojas que le habían quedado

prendidas en la falda y trató de recobrar la compostura. Se quitó las ramitas del cabello y se secó con la manga las lágrimas que aún le quedaban. Nadie debía saber lo que había encontrado en el bosque. Si quería seguir con vida, nadie debía saberlo.

Al regresar de las Afueras y llegar a la casa de los Moore, encontró a Martha al aire libre, hacha en mano, encorvada sobre el tajo. Sin decirle ni una palabra de saludo, la mujer fue al corral de los pollos, agarró a una gallina por la garganta y la puso por la fuerza sobre el tajo. Con un rápido movimiento de hombros, separó la cabeza del resto del cuerpo. La gallina descabezada escapó del tocón agitando las alas y al llegar al suelo trató de ponerse en pie.

Por lo general, los Moore solo mataban aves en días festivos, por lo que no era habitual disfrutar de su carne en un día ordinario. Pero Immanuelle no sintió ninguna alegría. Antes, al descubrir la cabaña, el miedo que se escondía en su vientre desapareció ante la rabia. Pero al ver el sombrío rostro de Martha volvió a sentir temor.

El pánico se adueñó de ella: la pestilencia, las niñas. A veces —en los días de mayor necesidad—, el Padre exigía sacrificio, sangre a cambio de una bendición. Y quizá, si la situación era lo bastante desesperada, si una de las niñas, o ambas, habían empeorado...

—Honor y Glory...

—Están bien —respondió Martha al tiempo que se secaba una salpicadura de sangre de gallina que le había quedado en la mejilla.

—Entonces ¿para qué ocasión matas a la gallina?

—Tenemos visita. —Martha recogió del suelo el cadáver cubierto de plumas—. El Profeta ha venido y nos ha dicho que quiere hablar contigo.

Immanuelle sintió un vuelco en el corazón.

—¿Ha dicho por qué?

Martha se limpió las manos y la hoja del hacha en el borde del delantal.

—Dice que ha venido en busca de confesión. He oído que él y su sucesor han estado en las Afueras desde el alba y han ido de casa en casa, para que los enfermos puedan confesarse,

por si les llegara el final. Han venido por Honor y Glory. —Volvió los ojos hacia Immanuelle—. Pero me imagino que, en su gentileza, también querrá oír tu confesión.

El corazón de Immanuelle se aceleró, le flaquearon las piernas, y tuvo que luchar con todas sus fuerzas para calmar el pánico que crecía en su interior. El miedo no iba a salvarla.

El Profeta había venido por algo, fuera lo que fuese. No tenía manera de huir y no quería acobardarse ante lo que no podría evitar. Enderezó los hombros y se echó a andar en dirección a la granja.

—Espera —le dijo Martha.

Immanuelle se detuvo cuando ya tenía una mano sobre el pomo de la puerta.

—¿Sí?

—Hace semanas, la noche en que regresaste del bosque, te traté con mucha severidad.

Perdóname, por favor.

Immanuelle tragó saliva. Tenía las palmas de las manos cubiertas de sudor.

—Sí, por supuesto.

Martha le respondió con algo que casi parecía una sonrisa.

—Aquella noche, al ir al Bosque Oscuro, me asustaste. Pensé que podíamos perderte...

igual que perdimos a Miriam.

—Pero ella regresó.

—No, no regresó. Al volver, trajo el Bosque Oscuro consigo. Por eso pasé tanto miedo cuando tú volviste... pero no debería haber permitido que el miedo me volviera cruel. Incurrí en pecado y ahora lo lamento.

—Tan solo hiciste lo que considerabas correcto.

—Y de poco sirve, si resulta que no lo era —respondió Martha, y señaló a la granja con la cabeza—. Ahora, ve y confiesa tus pecados,

igual que yo he confesado los míos. El Profeta te aguarda.

El Profeta estaba sentado a la cabecera de la mesa familiar, en el lugar de Abram. Tenía las manos unidas como si quisiera rezar, pero cuando Immanuelle entró en la sala le sonrió y le señaló la silla de Martha en el otro extremo.

—Celebro que hayas vuelto a casa sin sufrir ningún daño.

Immanuelle se sentó.

—Por Su gracia.

Ezra estaba de pie detrás de su padre, cuadrando los hombros, con las manos a la espalda. Aunque Immanuelle se hallara en su línea de visión, apenas si reaccionó ante su presencia. Y aunque la muchacha supiera que lo hacía para cumplir su juramento —dejar atrás el pasado por el bien de ambos—, aún le dolía ver que Ezra la contemplaba como si hubiera sido poco más que una desconocida.

El Profeta recostó el cuerpo contra el respaldo de la silla y el mueble crujió.

Immanuelle habría jurado que reconocía cierta angustia en su rostro. El hombre no dejaba de mirarla, inquisitivo como siempre, pero con mayor prevención que unas semanas antes, porque entonces no había tratado de disimular. Señaló con la cabeza en dirección a la mochila de la joven.

— ¿Qué traes ahí?

—Hierbas —respondió, con la esperanza de que el temblor en su voz no la delatase—.

Para mis hermanas.

—Tu abuela me ha contado que eres una excelente enfermera.

—Hago lo que puedo.

—Como todo el mundo —añadió el Profeta.

Glory, en el piso de arriba, soltó un chillido que resonó por toda la casa. La sonrisa del Profeta se ensombreció al oírlo. Se volvió hacia Immanuelle, y estaba a punto de hablar de nuevo cuando la puerta trasera se abrió y Martha entró con dos pollos ensangrentados. Anna la seguía de cerca. Empezaron a preparar la cena. Desplumaron las

aves y trocearon las verduras, y mientras tanto pretendían no escuchar. Una mirada de irritación afloró al rostro del Profeta. Volvió los ojos hacia la cocina e hizo oír su voz sobre el estrépito de cazos y sartenes.

—¿Podríais dejarnos a solas un momento?

Anna estaba pelando una zanahoria y la dejó a la mitad. Al volverse hacia ellos hizo caer al suelo sin querer varias pieles de naranja. Martha le puso una mano sobre el hombro y ambas hicieron una reverencia y se apresuraron a salir.

El Profeta le hizo un gesto con la cabeza a su hijo.

—Tú también.

Ezra, visiblemente tenso, asintió, y abandonó el lugar que ocupaba tras la silla de su padre. Pasó por el lado de Immanuelle sin mirarla y se dirigió a la escalera.

En cuanto las pisadas de Ezra se hubieron perdido en la distancia, el Profeta miró de nuevo a Immanuelle. La observó con atención extrema, como si hubiera tratado de aprenderse de memoria todos los rasgos de su cara. Su mirada era tan penetrante que la muchacha casi la sentía, como un dedo frío que le hubiera reseguido la frente, la costura que unía sus labios, y luego le hubiera bajado por la garganta hasta la curva de las clavículas.

Immanuelle estaba muy quieta, porque temía que el más ligero parpadeo la delatase como lo que era: la portadora de la plaga, herética frente a la Iglesia, peón de las brujas.

—Eres pastora, ¿verdad?

La muchacha asintió.

—Pastoreo el rebaño de mi abuelo.

El Profeta tomó en sus manos el tazón de leche de oveja y observó a la muchacha por encima del borde mientras bebía, y luego lo dejó sobre la mesa y se lamió la espuma que le había quedado sobre el labio superior.

—En eso nos parecemos tú y yo. Ambos tenemos que pastorear nuestro rebaño.

—Me atrevería a decir que tu vocación es de mayor importancia que la mía.

—Yo no. —La mirada del Profeta se detuvo en ella unos instantes. Luego, el hombre tosió violentamente, cubriéndose la boca con el brazo. Tardó algún tiempo en recobrar el aliento—. ¿Sabes por qué he venido?

—Para oír mi confesión y decirme cómo alcanzaré la absolución por mis pecados.

—¿Y crees que eso es tan simple? ¿Crees que el pecado se borra con unos pocos minutos de penitencia y un corazón contrito?

—No, todos los pecados, no.

—¿Y qué me dices del pecado de brujería?

El Profeta hablaba con voz mesurada, pero sus ojos albergaban una malicia que casi la hizo estremecer. Immanuelle pugnaba para que ninguna expresión aflorara a su rostro.

—El pecado de la brujería se castiga con la purificación en la hoguera.

—¿Y te has entregado alguna vez a semejante pecado? —preguntó el Profeta con voz gentil, como si tratara de sonsacarle la verdad—. ¿Alguna vez has conjurado hechizos o maldiciones?

Immanuelle sintió que el cuerpo se le agarrotaba. Las imágenes de los sellos inscritos en la cabaña pasaron por su cabeza. Si el acto de lanzar un hechizo se castigaba con la muerte, ¿cuál podía ser la pena por ser uno mismo portador de la maldición?

—Por supuesto que no.

—¿Has tenido trato con los habitantes del Bosque Oscuro, como hizo tu madre?

La rabia ardía en su interior, pero la reprimió.

—No soy mi madre... señor.

El Profeta bajó la mirada hacia sus propias manos y algo extraño apareció en sus ojos.

¿Amargura? ¿Dolor? La muchacha no logró descifrarlo.

—Eso no vale como respuesta, Immanuelle Moore.

Immanuelle sentía terror ante la misma idea de mentirle, pero sabía que la verdad la habría condenado. Además, ¿qué eran sus engaños al lado de los del Profeta y de la Iglesia?

Si tenía que mentir, mentiría tan solo para salvar la vida, y no podía decirse lo mismo de ellos.

—No sé nada del bosque ni de los pecados de mi madre. Me criaron para que practicase la fe.

El Profeta iba a responder, pero un nuevo ataque de tos se lo impidió. Pasó un buen rato con la nariz metida en la manga, resollando y tratando de tomar aliento. Cuando por fin terminó el ataque, bajó el brazo, e Immanuelle distinguió una pequeña mancha roja a la altura del codo.

—¿Y qué me dices de la lascivia?

Immanuelle sintió que se le agarrotaba todo el cuerpo.

—¿Qué?

—Prostituciones, fornicación, adulterio, lujuria. —El Profeta contó las faltas con los dedos—. Sin duda conoces tus pecados y conoces las Escrituras, si, como tú misma dices, practicas la fe.

Immanuelle sintió que se le encendían las mejillas.

—Conozco esos pecados.

—¿Y has participado en ellos?

La joven habría tenido que sentir miedo, pero lo que cobraba fuerza en su interior era el desprecio... desprecio por el Profeta, por la Iglesia, por cualquiera que arrojase piedras a los demás y ocultara sus propios pecados.

—No.

El Profeta se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Entonces ¿quieres decir que jamás has estado enamorada?

—Jamás.

—¿Y eres pura de corazón y de carne?

Immanuelle empezó a temblar.

—Sí, lo soy.

Hubo un largo momento de silencio.

—¿Rezas tus plegarias por la noche?

—Sí —respondió, aunque fuese mentira.

—¿Tienes cuidado con lo que dices y alejas de tus labios toda palabra pecaminosa?

—Sí.

—¿Honras a tus mayores?

—Lo mejor que puedo.

—¿Y lees las Escrituras?

La muchacha asintió. Una vez más, respondía la verdad. Immanuelle leía sus escrituras, desde luego... aunque no fueran las mismas a las que se refería él.

El Profeta inclinó el cuerpo sobre la mesa.

—¿Amas al Padre con todo tu corazón y toda tu alma?

—Sí.

—Entonces, dilo. —Era una exigencia, no una petición—. Di que lo amas.

—Lo amo —respondió Immanuelle, medio segundo demasiado tarde.

El Profeta empujó hacia atrás la silla en la que se sentaba y se puso en pie. Anduvo hasta el otro extremo de la mesa, se detuvo donde estaba sentada la muchacha y le puso una mano sobre la cabeza. Su pulgar recorrió el espacio entre las cejas, donde las mujeres casadas llevaban el sello.

La joven tuvo que esforzarse por no levantarse de un salto y huir.

—Immanuelle. —El Profeta saboreaba su nombre con la lengua como

si hubiera sido un terrón de azúcar, una golosina. Se inclinó sobre ella y la daga sagrada escapó del cuello de su camisa. La hoja envainada se balanceó en el aire y rozó la mejilla de la muchacha—.

Harías bien en recordar tus creencias. A menudo he visto que el alma se inclina por perderse en las tinieblas.

El corazón de Immanuelle latía con tanta violencia que la muchacha temió que lo oyera.

—Lo siento, pero no entiendo lo que me quieres decir.

El Profeta se acercó a ella todavía más. La joven sintió su aliento en el oído cuando susurraba:

—Pues a mí me parece que sí lo entiendes.

—Ya basta. —El Profeta levantó los ojos y apartó la mano de la cabeza de Immanuelle.

Ezra había entrado en el comedor y se había puesto al lado de la joven —. Ya ha respondido a tus preguntas y el sol va a ponerse. Tendríamos que regresar.

El Profeta se volvió hacia Ezra y su mirada se ensombreció, e Immanuelle se preguntó si alguna vez habría contemplado a su propio hijo con alguna emoción que no fuera el desprecio.

—Vámonos —insistió Ezra, y esta vez una amenaza traslució en sus palabras.

El Profeta frunció los labios en una mueca burlona. Iba a decir algo, pero se detuvo al oír su propio nombre.

—Grant... el muchacho tiene razón. —Immanuelle se volvió y vio a Abram en el umbral que separaba el comedor de la cocina. Se apoyaba en su bastón favorito, una rama de abedul con un pomo que él mismo había tallado en forma de cabeza de águila... y apretaba los labios con fuerza. Volvió a hablar con más fuerza que antes, aunque Immanuelle sabía que tenía que luchar por articular cada una de sus palabras—. Los caminos son peligrosos...

de noche... La enfermedad acecha.

Immanuelle sintió tanto alivio por la súbita aparición de Abram que estuvo a punto de echarse a llorar. Aquel no era el hombre frágil y

silencioso que la había criado. El hombre que se encontraba frente a ella se veía resuelto, con los hombros erguidos y la mandíbula firme.

Recordó algo que Anna había dicho en una ocasión: que después de la muerte de Miriam, al perder sus dones y verse despojado de su rango de apóstol, Abram se había transformado en una sombra del hombre que había sido. Pero en aquel momento, al cruzar el umbral con paso decidido y quedarse al lado de Immanuelle, parecía como si aquel hombre hubiera resucitado.

Ezra puso una mano sobre el hombro de su padre.

—Tiene razón, padre. Los enfermos pierden el entendimiento. La fiebre los enloquece.

Andar por los caminos después del ocaso es peligroso. Deberíamos ponernos en marcha.

Ahora mismo.

Immanuelle pensó que el Profeta se negaría, pero no lo hizo. Sin embargo, volvió la mirada hacia ella. Ya no había ardor en sus ojos.

—En verdad, vivimos días oscuros, pero el Padre aún no nos ha vuelto la espalda. Nos contempla. Siempre nos contempla, Immanuelle. Por eso tenemos que recordar nuestras creencias y, cuando menos, atenernos a ellas.

En cuanto el Profeta hubo salido, Immanuelle se puso en pie. Lo hizo de manera tan brusca que derribó la silla. Pero no se agachó a recogerla. Temblorosa y sin decir nada, salió del comedor y se dirigió a la entrada de la casa. Abram la llamó, pero la muchacha abrió la puerta y salió al porche. Una vez allí, se agazapó y apoyó las manos sobre el entablado de madera del suelo y trató de recobrar el equilibrio emocional. Respiró varias veces con aliento entrecortado, pero el aire estaba impregnado de humo e hizo bien poco por aliviar el ardor de sus pulmones. La joven aún sentía la mano del Profeta en su cabeza, el pulgar que había presionado entre sus cejas, y el mero recuerdo de su contacto bastaba para hacerla temblar de miedo.

—Immanuelle. —Ezra salió tras ella y cerró la puerta a su espalda—. ¿Estás bien?

La muchacha se puso en pie y alisó las arrugas de la falda en un vano intento de recobrar la compostura.

—Deberías marcharte.

—Hazme el favor de hablar conmigo un momento.

—¿Y por qué?

—Porque he venido a disculparme.

Immanuelle frunció el ceño.

—¿Para disculparte por qué?

—Porque me emborraché, porque fui brusco y desconsiderado. Por mi actuación en el

estanque, cuando me hallaba en plena visión. Por haberte hecho daño. Por haberme comportado más como un enemigo que como un amigo. No quiero que mis acciones vuelvan a hacerte dudar de mi lealtad. ¿Podrás perdonarme?

Tal vez fuese la mejor disculpa que Immanuelle hubiera recibido en toda su vida. Sin duda era la más verdadera.

—Igual que si todo eso no hubiera sucedido jamás —respondió la muchacha.

En los pastos, a través de la cortina de humo, Immanuelle vio al Profeta. Había montado a caballo y aguardaba a Ezra. Su mirada era seria y, a pesar de la lejanía, la muchacha se dio cuenta de que los observaba.

—Tienes que irte. Ahora mismo.

—Lo sé —respondió Ezra, pero no se movió, sino que se quedó allí y observó a su padre. La muchacha tardó un instante en reconocer la emoción que se reflejaba en su rostro: el miedo—. ¿Aún crees que hallarás una manera de poner fin a esto?

El humo de la hoguera cubría el camino y ocultaba al Profeta.

—Tenemos que encontrarla.

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTICINCO

A menudo me pregunto si mi espíritu pervivirá en ella. A veces espero que

sí, aunque solo sea para que no me olviden.

Miriam Moore

Aquella noche Immanuelle soñó que andaba por un camino de ámbar. Hasta donde alcanzaba a ver, el trigo dorado ondeaba bajo el soplo del viento. Los grillos entonaban canciones veraniegas. El aire estaba húmedo y cálido y en el cielo no había nubes.

A lo lejos se divisaban dos figuras que se movían por el trigo como peces en el agua.

La primera, una muchacha de cabellos dorados y sonrisa perversa. Immanuelle la reconoció por el retrato que había visto en el diario: era su madre, Miriam.

A su lado caminaba un joven alto, con la piel negra como la noche y ojos como los de Immanuelle. La muchacha supo a primera vista quién era, sin saberlo de verdad: Daniel Ward, su padre.

Ambos caminaban juntos por el trigo, cogidos de la mano. Sonreían, se reían, absortos el uno en el otro, con el rostro bañado en la luz del sol naciente. Se volvieron y se besaron, y lo hicieron con pasión... y anhelo.

Immanuelle trató de seguirlos por las ondas ambarinas, pero caminaban rápido, y ella andaba despacio, y si echaban a correr, Immanuelle tropezaba y se quedaba atrás.

El sol subía hacia lo alto, como si una cuerda tirara de él. Las sombras cubrieron los llanos y la pareja desapareció detrás de un collado. Immanuelle pugnó por seguirlos, y, al caer la noche, sintió un aroma a humo que le traía el viento.

Oyó el murmullo apagado de las llamas. Arrastrándose por el último trecho de trigal, contempló los llanos que había más abajo. Vio una multitud de unas cien personas congregada en torno a una pira. Sobre esa pira, sin camisa, cubierto de sangre, se hallaba su padre, Daniel Ward.

Un chillido se oyó a través del llano. Immanuelle se volvió hacia allí y vio a Miriam, que estaba acurrucada al pie de la pira y lloraba. Igual que su amante, estaba encadenada, con un grillete en el cuello. Trató de arrojarse sobre la pira, anduvo sobre manos y rodillas, la argolla se le clavó en la garganta, pero un cruel tirón la derribó y cayó a tierra una vez más.

Immanuelle no quería verlo. No quería moverse, pero sin darse cuenta empezó a descender del collado y la multitud se dividió en dos para dejarla pasar. Se detuvo a un lado de Miriam, a la sombra de la pira.

La multitud se separó de nuevo. Un hombre pasó en medio de la gente. Immanuelle tardó un momento en reconocerlo: era el Profeta, Grant Chambers, padre de Ezra. Empuñaba una rama en llamas, más grande que cualquier otra antorcha que la joven hubiera visto. La sujetaba con ambas manos y, con tres largas zancadas, recorrió todo el camino hasta hallarse al pie de la pira.

Miriam clavó las uñas en el suelo, chilló ruegos y escupió maldiciones, suplicó, lloró, juró por lo poco que le quedaba y por lo que podía jurar, por su vida, su sangre, su buena palabra, por el dios que pudiera oírla.

Pero, a pesar de todas sus súplicas y maldiciones, el Profeta no la escuchó. Acercó la rama a la pira, y las llamas rugieron y la leña se encendió.

Daniel no se movió. No se estremeció. No suplicó, como sí suplicaba Miriam. En cuanto las llamas le devoraron las piernas y lo engulleron, lanzó un solo grito, un grito inolvidable, y luego quedó en silencio. Y todo terminó con la misma rapidez con que había empezado.

De la carne solo quedaron huesos, y de los huesos, cenizas.

Immanuelle se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó de rodillas, se quedó en el suelo al lado de su madre. Se cubrió los oídos para no oír el rugido de las llamas, ni los lloros de su madre, ni las burlas e insultos de la muchedumbre. Cada vez que tomaba aliento sentía el hedor de la carne chamuscada.

El humo brotaba de las llamas, tan denso que no dejaba ver. Immanuelle se asfixiaba a ciegas en la oscuridad. La luz de la hoguera perdió fuerza hasta transformarse en poco más que el apagado fulgor de las ascuas en la noche.

Al terminar la oscuridad, Immanuelle se dio cuenta de que estaba sola. La pira había desaparecido y también la multitud. El Profeta y Miriam se habían esfumado. El llano estaba desierto.

En lo alto brillaba una enorme luna llena.

Immanuelle se esforzó por ver. Distinguió a lo lejos, a duras penas, la sombra de la catedral sobre los ondulados campos de trigo.

Immanuelle anduvo hacia allí por los pastos vacíos. Caminó hacia el este guiándose por la luz de la luna.

Al llegar a la catedral, flaqueó, y se quedó quieta a la sombra del campanario. Las puertas se abrieron poco a poco, y aunque fuera desde lejos, sintió en el aire el aroma a violencia, a sangre y carnicería.

Immanuelle subió por la escalinata de piedra y se adentró en una oscuridad opaca como la propia noche. Anduvo a tientas por el pasillo central, con las manos extendidas, de banco en banco.

Una llama cobró vida detrás del altar. En su fulgor, Immanuelle descubrió la sombra de una figura, Miriam. Llevaba puesto un vestido blanco para la incisión. Sus pliegues caían sobre la hinchazón del vientre. Al acercarse más, Immanuelle vio que sonreía..., una sonrisa que era como una raja húmeda. Con la mano derecha sostenía, a modo de daga, un cuerno partido. La sangre goteaba de su mellada punta.

Una figura grande apareció detrás de ella, como la araña que avanza hasta el centro de su red. Lilith caminó hasta que estuvo frente a altar y su cabeza se cernió sobre el hombro de Miriam. En cuanto llegó, la oscuridad retrocedió y la luz de las velas inundó la catedral. E

Immanuelle, en cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio lo que ocurría allí dentro, no pudo hacer más que ahogar un grito.

Aquel lugar era un sepulcro.

Había docenas de cadáveres caídos sobre los bancos y amontonados en los pasillos adyacentes, apilados bajo las vidrieras y a la sombra del altar. Todos ellos estaban

destrozados y desfigurados, con los miembros doblados, las cabezas retorcidas, las mandíbulas colgando rotas.

Reconoció algunos rostros entre la multitud de los muertos. Judith yacía sobre el banco, a su lado, con la garganta cortada. Un poco más allá, Martha estaba echada de bruces sobre un charco de sangre. Al lado de esta se encontraba Abram con el cuello torcido hacia un lado. Sus brazos rotos abrazaban a Anna, a quien la sangre seca había dejado los labios de color negro como la tinta. A sus pies estaban echadas Glory y Honor, inmóviles, pero con los ojos abiertos, las bocas desencajadas, como si las hubieran matado a la mitad de la plegaria.

Leah yacía sobre el altar y le habían abierto el vientre embarazado

como quien destripa a un cordero. Muy por encima de ella, clavado a la pared con la espada del mismísimo David Ford, se hallaba Ezra.

Las rodillas de Immanuelle flaquearon. El suelo se reblandeció bajo sus pies. Quiso avanzar y tropezó sobre el empedrado.

—¿Qué es lo que has hecho?

La luz de las velas jugueteaba sobre el rostro de Miriam. Su terrible sonrisa se ensanchó, como una herida, una desgarradura abierta. Empezó a reírse.

—Tú ya sabes lo que es esto.

En lo alto, el techo se arqueó, las piedras rechinaron como si la catedral estuviera a punto de hundirse. Immanuelle retrocedió torpemente, pero no tenía ningún sitio adonde huir.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto?

—Porque me quitaron a mi hombre —susurró Miriam, y al sonar su voz, la vela se extinguió y la catedral quedó a oscuras—. Sangre por sangre.

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Un niño es el mayor de los dones.

De Los escritos del profeta Enoch

—¡Levanta! —Immanuelle despertó y vio el fulgor de la lámpara y el áspero contorno de la silueta de Martha en la puerta.

Volvió a la realidad y le vino a la cabeza el recuerdo de la masacre: los cadáveres, la sangre, la matanza.

—Ezra ha venido del Refugio.

—¿Otra vez? —preguntó Immanuelle, con la voz aún pastosa y ronca después del sueño—. ¿Por qué?

Martha descolgó la capa de Immanuelle, que colgaba de un gancho en la pared, y se la arrojó.

—Leah está dando a luz y sangra mucho.

—Pero si aún faltaban semanas...

Martha se volvió hacia ella.

—¿Tú lo sabías?

Immanuelle se abrochaba con torpeza los botones del vestido.

—Sí, pero no me lo dijo hasta hace unas semanas. Te lo habría contado, pero me hizo jurar que guardaría el secreto y...

Martha levantó una mano para imponer silencio.

—Ahora no es momento de confesiones. Tenemos que ir al Refugio. Necesitaré tu ayuda en el parto y Leah también te necesita. Vístete deprisa. El carro que nos llevará ya está aquí.

Martha e Immanuelle fueron a toda velocidad hacia el Refugio, a la luz de las hogueras de purificación. Ezra se había adelantado a caballo y galopaba por los Calveros. Cuando llegaron a la entrada del Refugio, ya las estaba esperando. Immanuelle saltó al suelo antes de que el carro se detuviera y corrió hacia el muchacho a través de la humareda de las hogueras.

El muchacho las hizo pasar por el vestíbulo y las guio por el pasillo hasta la estancia nupcial.

«Dejadla vivir», rogaba Immanuelle al Padre, a las bestias del Bosque Oscuro, a las brujas, a quienquiera que la escuchase. «Por favor, dejadla vivir.»

Al cabo de un paseo que podría haber sido de varias leguas, entraron en una estancia nupcial que Immanuelle no conocía. Allí no llegaban los gritos de los enfermos de pestilencia y una única voz se elevaba por encima de todas las demás. Un sollozo estrangulado que golpeaba las paredes y les arrancaba ecos.

Las manos de Immanuelle se pusieron a temblar.

—No voy a ir más allá —dijo Ezra, y volvió los ojos hacia Immanuelle —. Sé fuerte.

La muchacha iba a responder, pero Martha la cortó en seco.

—Dile a tu padre que estoy aquí.

Ezra asintió y, sin decir una sola palabra, se marchó.

Martha se adelantó a Immanuelle. Mientras abría la puerta, murmuró una plegaria entre dientes. Entraron juntas en la estancia. Era pequeña y la alumbraba la luz del hogar. El aroma a sudor y a humo de leña impregnaba la atmósfera. Al final de la estancia se encontraban la madre de Leah y algunas de sus medio hermanas de más edad. Hablaban con voces ásperas y apremiantes. Tenían los ojos enrojecidos y casi todas ellas lloraban.

En el centro de la sala, donde se apiñaban en gran número las esposas del Profeta, se hallaba el lecho sobre el que se retorcía Leah. Su único vestido era un camisón de tela delgada que llevaba subido hasta las axilas. Entre sus muslos había un oscuro charco de sangre. Tenía el vientre hinchado y surcado por estrías que parecían heridas de cuchillo mal cicatrizadas. El niño se revolvía en su interior, y cada una de sus violentas contracciones le arrancaba un grito que parecía rasgar el mismo aire.

Martha palideció. Volvió los ojos hacia la madre de Ezra, Esther, que estaba en pie junto al cabecero de cama. Vestía una bata larga, manchada de sangre, y llevaba el cabello recogido en un moño bajo. Era la primera vez que Immanuelle no la veía impecable.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Dos días.

Immanuelle la miró con sorpresa.

—¿Habéis dejado que sufriera dolores de parto durante dos días sin pedir ayuda?

—Los médicos del Refugio estaban a su lado...

—Tendríais que haberme llamado antes —replicó Martha con aspereza.

—Lo sé, pero es que seguíamos órdenes del Profeta —se apresuró a explicarle Esther

—. Nos pidió que... ocultáramos durante algún tiempo las circunstancias en que se hallaba Leah.

De pronto, Immanuelle comprendió por qué. Trataba de mantener en secreto el nacimiento. Que Leah diera a luz con discreción, dentro del Refugio, atendida tan solo por médicos personales del Profeta que habían empeñado un juramento sagrado —bajo pena de purificación—

de servirlo y guardar sus secretos. Si ocultaba toda información, podría hacer desaparecer los datos que apuntaban a la ilegitimidad de la criatura y, aún más importante, su propio pecado. Habría anunciado el nacimiento del niño al cabo de unos meses y nadie habría cuestionado las circunstancias de su concepción. Todo se habría dado por bueno.

Martha se colocó junto a la mesa que se utilizaba para asistir al parto y empezó a examinar a la muchacha. Mientras la mujer trabajaba, Esther comenzó a pasar un paño húmedo sobre la frente de Leah. Paró un momento para susurrarle algo al oído, y sus palabras bastaron para hacerla sonreír en medio de sus lágrimas, aunque solo fuera un instante. Esther se volvió hacia Martha y le habló en voz tan baja que Immanuelle tuvo que leerle los labios para entender lo que decía:

—¿Os hemos llamado demasiado tarde?

La comadrona no respondió.

—Immanuelle. —Leah abrió sus ojos hinchados y le tendió la mano—. Por favor, ven.

—Estoy aquí —respondió Immanuelle, y se acercó para darle la mano a su amiga—.

Estoy aquí, contigo.

Leah sonrió y unas pocas lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—Lo siento. Siento tanto lo que te dije la última vez que te vi... Perdóname, por favor.

Lo siento tanto...

—Chsst. —Immanuelle le apartó un mechón de cabello de la cara—. No tienes por qué disculparte.

—No pensaba lo que decía. No quiero estar sola. No quiero... —Una violenta contracción interrumpió sus palabras, y se agarró a la mano de Immanuelle con tanta fuerza que le crujieron los nudillos—. No quiero estar sola.

—No estás sola. Ahora estoy aquí y no me voy a marchar. Te lo prometo.

—Pero yo sí me voy a ir. Noto que... —Lo que fuera que iba a decir se

transformó en alarido. Immanuelle vio muy claro que Leah estaba mal. La fiebre le enrojecía las mejillas y sus ojos, cuando no se ponían en blanco, se movían de un lado para otro con el mismo frenesí que los de Glory.

—Es la fiebre —murmuró Esther, y sujetó los hombros de Leah con ambas manos para que no los levantara de la cama—. Está así desde que empezaron los dolores de parto. Ni enfermeras ni doncellas han logrado calmarla.

Martha se arremangó y se lavó las manos en una jofaina de agua que se hallaba junto a la ventana.

—Así es como actúa la plaga.

—¿Afectará al niño? —susurró Esther, y entonces Leah exhaló otro largo gemido.

Martha le dirigió una mirada tan dura que habría marchitado un roble. Esther se calló.

La comadrona se acercó a Leah y le apretó la desnuda hinchazón del vientre con la mano.

Pasó los dedos sobre sus moretones y estrías.

—¿Qué es? —preguntó Leah con mirada feroz—. ¿Qué es?

Martha palideció.

—La pequeñita está muriendo.

—Una niña —dijo Leah, y puso los ojos en blanco—. Es una niñita.

—Tenemos que salvarla. —Esther dio la vuelta a la cama hasta donde se hallaba Martha—. Es la hija del Profeta.

Una mujer se acercó desde el extremo opuesto de la sala apoyándose en su bastón.

Hagar, la primera esposa del profeta anterior, alzó la voz para hacerse oír, a pesar de los gritos de Leah.

—Abridle el vientre.

Se hizo el más absoluto silencio. Engulló incluso los gritos de Leah. Unas pocas esposas se cubrieron los labios con la mano. Las más

jóvenes se dirigieron a toda prisa hacia la puerta.

Immanuelle oyó resonar su propia voz en la sala.

—¡¿Qué?!

Hagar se volvió hacia Martha.

—Abridle el vientre. Salvad a la niña. Esa es la voluntad del Padre.

—No —respondió Immanuelle, negando con la cabeza—. No podéis hacerle eso. Se morirá.

—Mi niña —murmuró Leah, que había perdido el juicio—. Oigo el latido de su corazón.

Immanuelle se acercó a su abuela y la agarró por la manga.

—Martha, por favor...

—Traedme vendas —dijo la comadrona mientras se ajustaba los lazos del delantal— y algo que podamos ponerle en la boca. Un trozo de cuero, incluso un trozo de madera pulida.

También necesitaremos ungüento de amapola para el dolor. —Se volvió hacia Immanuelle

—. Lo primero es la niña. No podemos hacer otra cosa.

Las criadas llevaron a Leah a otra sala. La transportaron sobre una gran mesa de roble que parecía un altar de madera. Immanuelle se quedó a su lado y le contó historias al oído, como antes había hecho con Honor y Glory.

—Todo irá bien —le susurraba Immanuelle, al tiempo que le recogía un mechón húmedo de cabellos y se lo colocaba detrás de la oreja.

Leah no respondía. Se había ido, se había perdido en el estupor que provocaba la tintura de amapola que Martha le había administrado unos minutos antes. Su magullado vientre se agitaba en una serie de violentas contracciones, pero la muchacha estaba tan sedada que a duras penas sentía el dolor.

—Sacadla —mascullaba—. Sacadla de mi vientre. No puede respirar. No puedo respirar si la tengo aquí dentro.

Martha entró desde el pasillo. Aún tenía las manos húmedas por los

alcoholes que había usado para lavárselas. Cuando se acercaba a la mesa, escalpelo en mano, sus ojos se cruzaron con los de Immanuelle.

—Sujétala bien para que no se mueva, aunque sea lo último que hagas.

Immanuelle asintió y puso una mano sobre cada uno de los hombros de Leah.

—Esto te va a doler —dijo Martha mirando a Leah, aunque Immanuelle no estuviera segura de que la muchacha, drogada y ebria por la misma fiebre de la pestilencia, pudiese oírla—, y será un dolor terrible, tal vez peor que ningún otro que hayas sentido. Pero tienes que mantenerte tranquila y ser fuerte, por tu hija, porque si no, morirá.

Leah volvió la cabeza hacia un lado.

—Sácala. Sácala de mi vientre.

Martha acercó el escalpelo a su cadera, justo debajo de la hinchazón donde se hallaba su niña. Hizo un corte profundo y firme. Mientras manejaba la afilada hoja, Leah gimoteó entre los dientes fuertemente apretados.

Cuando empezó a arquear la espalda y forcejear, Immanuelle presionó con todo su peso sobre sus hombros y la obligó a quedarse tendida sobre la mesa. Esther la sujetaba por las piernas y varias otras jóvenes se acercaron y la agarraron por los brazos para mantenerla inmóvil.

Entretanto, Martha trabajaba con sobria eficiencia. Tenía las manos y los antebrazos ensangrentados y las mejillas cubiertas de sudor. Immanuelle habría querido cerrar los ojos y taponarse los oídos, protegerse de los alaridos que resonaban por toda la habitación, pero lo único que pudo hacer fue mirar mientras la comadrona ensanchaba cada vez más la herida, hasta que quedó abierta como una sonrisa sanguinolenta.

Leah chilló.

—¡Sácala de mi vientre!

Martha, con los labios contraídos, sacó a la niña por la herida y la expuso a la cálida lumbre del hogar. La viscosa cuerda del cordón umbilical se arrastraba tras ella.

Leah se derrumbó sobre la mesa, exangüe, e Immanuelle, que hasta entonces se había quedado atrás, se acercó a Martha, que acunaba a la niña con los ojos desorbitados, boquiabierta.

—No tiene nombre —susurró Martha, y sus manos temblaban en torno a la cabeza de la niña con tal violencia que Immanuelle temió que la dejase caer—. No tiene nombre.

Sintiendo con fuerza en la garganta los latidos de su propio corazón, Immanuelle miró entre los pliegues de la sábana con que la habían envuelto. La niña era pequeña y sonrosada, y tenía los ojos grandes, con los iris de brillante color azul. Parecía una bebé normal, sana, salvo por un hoyuelo en el labio superior. Immanuelle acercó la mano y la niñita le agarró un dedo, y al mirarla hizo un gorgorito.

Leah sollozaba. Lágrimas frescas resbalaban por sus mejillas. El charco oscuro que se había formado entre sus piernas crecía y crecía.

—No —susurró Immanuelle—. No ha muerto. Respira. Está bien.

Martha trató de depositar a la niña en brazos de Hagar, pero la anciana se negó.

Retrocedió hasta ponerse de espaldas contra la pared. Su bastón cayó al suelo.

—Está maldita.

—Yo la sostendré —dijo Immanuelle, y se acercó para tomar en brazos a la niñita.

Acunó contra su pecho a la pequeña sin nombre, la protegió de las miradas entrometidas de las muchachas y sirvientas del Refugio que habían ido hasta allí a curiosear.

En el otro extremo de la sala, Martha trabajaba con fervor junto a la mesa. Con manos temblorosas, clavaba la aguja en la herida de Leah, pugnaba por suturarla, por impedir que la sangre continuara manando.

—Que la niña no lo vea —dijo Esther tan solo con el movimiento de los labios desde donde se encontraba. Estaba cubriendo la frente de Leah con una compresa fría.

Por ello, Immanuelle se mantuvo a distancia y sostuvo a la niña contra el pecho a la sombra de la chimenea, en un vano intento por

apaciguarla. Entonces Hagar, apoyándose en el bastón, susurró:

—Cenizas a las cenizas.

E Immanuelle levantó de nuevo los ojos hacia la mesa y vio a Leah tendida, inerme, sin aliento, los ojos vidriosos clavados en el techo.

Immanuelle estrujó a la niña contra su propio cuerpo.

—No. No está... ¿Está...?

—Muerta. —La palabra resonó por toda la sala. Martha se apartó de la mesa. Volvió los ojos hacia Immanuelle. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Ha muerto.

Immanuelle no recordaría quién había tomado a la niña de sus brazos. No recordaría haberse marchado por los pasillos, ni haber escapado del Refugio. No recobró los sentidos hasta que el frío soplo del viento nocturno le golpeó el rostro como una bofetada.

De pronto cayó de rodillas, le vinieron arcadas y tuvo dificultades para respirar, todo su cuerpo pugnaba por tomar aire, como si la pestilencia también ardiera en su interior. Luego

brotaron las lágrimas, y fuertes sollozos sacudieron todo su cuerpo y la dejaron sin aire en los pulmones.

Immanuelle no supo nunca cuánto tiempo había pasado agazapada en el suelo, llorando en las sombras, pero sí recordó haber visto la parte de arriba de las botas de Ezra cuando el muchacho bajaba por la escalera, y haber sentido su aroma cuando Ezra la tomó por los hombros y la atrajo contra su cuerpo.

El joven la sostuvo mientras lloraba. La muchacha hundió el rostro en los pliegues de su camisa. Se agarró a sus manos como si la carne y los huesos de Ezra hubieran sido el único vínculo que le quedaba con este mundo... y tal vez en aquel momento lo fueran.

—Todo irá bien —murmuró él, con los labios pegados a los cabellos de la muchacha, una y otra vez, como una plegaria. Y mientras lo decía, Immanuelle empezó a creerlo, empezó a creer que sobreviviría a todos los males que cayeran sobre la tierra. Después de todo, la maldición había nacido de ella misma. Immanuelle era la maldición, y la maldición era Immanuelle. El pecado y la salvación, la plaga y las purificaciones, todo estaba atado a un solo cuerpo mediante un pacto de sangre.

Sí, Ezra tenía razón. Todo iría bien. Vería arder todo Bethel sin sufrir ni un rasguño, porque Lilith y su legión no tendrían ningún interés en dañar a su salvadora, a la portadora de la maldición, al alma de las propias plagas.

Su propia madre la había usado, la había traicionado, la había vendido a las brujas.

Y había llegado el momento —como si su destino no hubiera sido ya lo bastante cruel

— en el que tendría que sufrir en silencio mientras todo lo que amaba y apreciaba era destrozado, masacrado, despedazado. Y cuando las plagas terminaran por fin, Immanuelle aún existiría, única superviviente en medio de huesos y cenizas.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Estaré con vosotros hasta el final.

La cremación de Leah tuvo lugar cuatro días más tarde. Como había sido esposa del Profeta, se celebró una breve ceremonia y ardió en una pira individual. En torno a las llamas se apiñaba una multitud, compuesta sobre todo de parientes de Leah que habían venido del pueblo para la ocasión, y unas pocas esposas que se habían aventurado a salir del Refugio del Profeta. La madre de Ezra, Esther, se encontraba entre ellas. La mayoría de los afligidos se quedaba lejos de las llamas y se cubría la boca con paños húmedos, porque temían que las cenizas les contagiaran la pestilencia.

—Siempre son los más gentiles quienes mejor guardan sus secretos —observó Martha, que miraba de soslayo el resplandor de la hoguera—. Los más gentiles son quienes mejor ocultan sus pecados.

Los leños de la pira se desmoronaron y el aire, ya muy cargado a causa del humo, se llenó de cenizas.

—Leah no pecó —le respondió Immanuelle—. Le quitamos lo que queríamos, se lo arrancamos del vientre, y luego la dejamos morir.

Aguardó la respuesta de Martha —una reprimenda, un bofetón en la cara—, pero la mujer solo se dignó a responderle con su silencio. Y el silencio era aún peor.

Immanuelle contempló de nuevo la hoguera. A través del fulgor sanguinolento de las llamas, sus ojos se cruzaron con los del Profeta. Estaba en pie entre sus apóstoles y veía arder a su esposa. Sus ojos, igual que los de Martha, estaban muertos.

Algo había anidado en lo más profundo de Immanuelle. La muchacha tardó un instante en reconocer su propio sentimiento. No eran las llamas de la rabia recién atizada, ni los fríos estertores del dolor. No, era algo cruel y silencioso... algo siniestro: La ira.

Al fin y al cabo, era el Profeta quien había llevado a Leah hasta la pira. Si no hubiera sentido lujuria por ella cuando era tan joven —una simple niña que cumplía penitencia en el Refugio—, si no se hubiera entregado a sus propias y enfermizas depravaciones, la muchacha no habría quedado embarazada antes de que le hicieran la incisión. Ni se habría visto obligada a guardar tan horrible secreto. Si el Profeta no hubiera tratado de ocultar su propio pecado, habrían ido antes a pedirle ayuda a Martha, y si lo hubieran hecho, quizá —

pero solo quizá— Leah habría seguido con vida. Pero en cambio, permitieron que sangrara, habían dejado que sufriera por el pecado de su marido. Sin embargo, el Profeta no era el único culpable.

No.

Aquella era la gran vergüenza de Bethel: la complacencia y la complicidad que había provocado la muerte de generaciones de muchachas. La enfermedad que anteponía el orgullo de los hombres a la inocencia que habían jurado proteger. Una estructura que explotaba a las más débiles en beneficio de los que habían nacido para ostentar el poder.

Por todo ello, Immanuelle quiso chillar. Quiso caer de rodillas y trazar sellos y maldiciones sobre la tierra, y aullar la promesa de plagas. Quiso derribar la catedral ladrillo a ladrillo. Pegar fuego a las capillas y al Refugio, a las grandes mansiones de los apóstoles.

Quemar pastos y granjas. Su rabia era tan grande que sintió que no se calmaría mientras no hubiera puesto de rodillas a todo Bethel. Y aquello la asustaba.

Immanuelle se echó a andar al mismo paso que las otras gentes enlutadas que deambulaban en torno al fuego. Ezra se acercó a ella y caminó a su lado, pero no le ofreció el pésame. No le dijo nada, y durante un rato anduvieron en silencio, codo con codo, y a intervalos se detenían para contemplar las llamas. Immanuelle notaba las miradas que los seguían. Martha vigilaba desde el otro lado de la hoguera. El Profeta y su caterva de apóstoles los observaban.

«Que hablen», pensó Immanuelle para sí. Al final no cambiaría nada, y la muchacha estaba convencida de que ese final no tardaría en llegar. Sus intentos por romper la maldición habían fracasado. Sus plegarias al Padre no habían hallado respuesta. Ya no les quedaba nada. No habría nadie que los salvara, ni una manera de mantener a raya las plagas que se acercaban. No tardaría en caer sobre ellos la oscuridad, y después de la oscuridad... la matanza. Y a veces pensaba, a la luz de todo lo que había visto —las mentiras, los secretos, los asesinatos, el pecado— que la matanza era lo que todos merecían.

Pero lo único que la hacía pensar así era su cólera. Solo hablaba su dolor.

Bethel no merecía todo aquello, igual que no merecía ser el vaso donde se vertían todas aquellas plagas. Aún había inocentes dentro de sus fronteras: Glory, Honor, las gentes de las Afueras, hombres y

mujeres que no habían podido elegir su destino. Por ellos, Immanuelle tenía que encontrar una respuesta a aquellas plagas, una manera de detenerlas. Y eso fue lo que buscó en los días que siguieron a la muerte de Leah, pues sabía que si fracasaba Bethel pagaría un precio muy alto.

Lo que necesitaba era alguien a quien pudiera acudir, una autoridad en las artes negras y los poderes de las brujas. Alguien que comprendiese el Bosque Oscuro y conociera el secreto que permitiría frenar su poder. Una persona que supiera lo que Miriam había hecho y tuviese una idea de cómo romper la maldición que había lanzado tantos años atrás.

Necesitaría una bruja o, como mínimo, una fuente de información que hubiera seguido un camino similar. Y en opinión de Immanuelle solo había una persona a la que pudiera recurrir: su abuela, Vera Ward.

Era el verdadero enlace entre Miriam y los poderes de la oscuridad. Los mismos sellos que había visto garabateados en las páginas del diario de su madre y en las paredes de la cabaña del bosque estaban inscritos en las piedras angulares de la casa de Vera. Tras descubrir el camino de losas que empezaba detrás de la casa de los Ward, Immanuelle veía muy claro que había sido Vera quien había guiado a Miriam hasta la cabaña, por su propia seguridad. Vera había cuidado de ella durante el invierno. Y tal vez fuese la propia Vera quien había revelado a Miriam el poder de las plagas. ¿Dónde, si no, habría podido tropezar

con semejante maldad la hija descarriada de un apóstol? ¿Cómo podía haber descubierto el poder de las brujas sino a través de Vera, que era bruja ella misma?

Por eso mismo, Immanuelle tenía que encontrar a su abuela, y descubrir si ella conocía la manera de detener las plagas de cuya creación había sido cómplice. Porque Immanuelle estaba convencida de que si había alguna persona que supiese qué había hecho Miriam tantos años atrás en el bosque, o cómo detenerlo, tenía que ser Vera.

Pero si quería encontrar a Vera antes de que llegase la siguiente plaga, tendría que marcharse pronto de Bethel. En algunos momentos se preguntaba si su partida sería lo mejor para todo el mundo. Quizá, si se marchaba, los horrores de las plagas se marcharían con ella, y todo sería de nuevo como tenía que ser. Bethel se salvaría.

Pero algo le decía que Lilith, con todo su poder y sus años de

sabiduría, no sería tan fácil de derrotar. El objetivo de las plagas era destruir Bethel, y una excursión más allá de la Puerta Consagrada no bastaría para ponerles fin. Tendría que hacer algo más.

El Profeta, al otro lado de la hoguera, se separó de sus apóstoles y se marchó solo entre el gentío. Pero no contemplaba las llamas.

Estaba mirando a Immanuelle.

El día de su confesión, el Profeta la había advertido de que el Padre nos observa en todo momento. Pero parecía que Él no era el único. Cada vez que Immanuelle se le acercaba, el Profeta le ponía los ojos encima. En la catedral, la seguía con la mirada cuando andaba entre los bancos. Durante los sermones del Sabbath, la muchacha se quedaba a menudo con la impresión de que predicaba tan solo para ella. Incluso cuando se hallaba en la intimidad de su dormitorio, cuando la noche era oscura y la casa estaba en silencio, parecía que la presencia del Profeta la persiguiera.

Immanuelle se echó a andar más rápido y bajó la voz hasta que tan solo fue un susurro:

—¿Cómo está la niña de Leah? No he sabido nada de ella desde la noche en que nació.

—Sigue viva —murmuró Ezra, como si eso hubiera sido lo único que podía decir.

—¿Corre peligro? —preguntó Immanuelle, y recordó la noche de desgracia en la que Martha había anunciado que la niña no tenía nombre. Como si estuviera maldita—. ¿Le harán daño?

Ezra tardó en responder. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que la muchacha apenas pudo oírlo en medio del fragor de las llamas.

—No. No se lo permitiré. Está a salvo.

—Bien.

—Tendrías que venir al Refugio a visitarla. Dentro de unos días, cuando todas esas gentes enlutadas se hayan ido. Es lo que habría querido Leah.

Immanuelle negó con la cabeza.

—Mucho me temo que no voy a poder.

Ezra se detuvo de pronto.

—¿Por qué?

—Porque me marcho, Ezra... y voy a necesitar tu ayuda para conseguirlo.

—No te entiendo.

Immanuelle se pasó los dedos de una mano entre los rizos y, a través de las llamas, contempló al Profeta y sus apóstoles. Si la verdad salía a la luz, si aquella gente descubría lo

que era Immanuelle, la mandarían a una hoguera como la que ardía ahora frente a sus ojos. Y

a pesar de todo ello sentía un anhelo por confesar, un anhelo casi desesperado. Sentía como si sus secretos se la comieran por dentro, y en aquel instante, por encima de todo lo demás, habría querido librarse de ellos... aunque solo fuera para no sentirse tan sola.

Cuando por fin habló, lo hizo con un susurro débil, anegado en lágrimas, tan estrangulado y tan insólito que al principio Immanuelle confundió su propia voz con la de otra persona.

—Yo he provocado las maldiciones. Las plagas son culpa mía.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Ezra.

—No tengo claro que te convenga saberlo, y aunque te conviniera, tampoco tengo claro que pueda hacértelo entender.

—Inténtalo.

La muchacha, por fin, halló su propia voz:

—Hace semanas te dije que era yo quien había despertado las maldiciones. Por aquel entonces pensaba que era verdad, pero me equivocaba. Yo no desperté las maldiciones. Yo soy la maldición.

—No te entiendo.

—Hace años, mi madre perpetró un acto indecible en el Bosque Oscuro. Cerró un trato con las brujas, me ató a su magia. Me convirtió en portadora de sus plagas. Por esto tengo que marcharme.

—¿Te... marchas? —exclamó Ezra, y a Immanuelle le resultó casi

entrañable que se lo viera más agitado por la noticia de su partida que por su confesión acerca de las plagas.

La muchacha asintió.

—La mujer que aparecía en mi registro censal... Vera Ward, la mujer que llevaba la marca de la bruja... vive en un pueblo llamado Ishmel, al norte de la Puerta. Creo que fue ella quien dio alojamiento a mi madre durante los meses que pasó en el bosque.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace unos días fui a las Afueras. Una vez allí, descubrí un sendero que partía de la linde de su propiedad, a unos pocos metros de la casa. Me llevó hasta una cabaña del bosque, la misma que describía mi madre en su diario.

Ezra, con la mirada gacha, se quedó pensativo unos momentos.

—¿Y estás segura de que esa mujer, tu abuela, está relacionada con las plagas?

Immanuelle asintió.

—Tú mismo viste la marca junto a su nombre en el censo. Y ahora sé que practicó las artes oscuras. Las gentes de las Afueras dicen que era una bruja en toda la extensión de la palabra, pero huyó de Bethel antes de que tu padre pudiese llevarla a la hoguera. Creo que fue ella quien enseñó a mi madre las artes de las brujas. Así que, si pudiera encontrarla...

—Podrías hallar una manera de detener las plagas que lanzó tu madre. Las plagas que dejó atadas a tu persona.

—Eso es.

Ezra calló unos instantes, mientras le daba vueltas a esas ideas.

—Los guardias de la Puerta te dejarán pasar si reciben una orden escrita. Tendría que hacérsela llegar varios días antes. Si entrego la orden a la persona adecuada, quizá logre

impedir que mi padre se entere.

—Y cuando la orden se halle en sus manos, ¿qué ocurrirá?

—Que los guardias tendrán la obligación legal de abrirte la puerta. La

única manera de impedirlo sería que mi padre firmara una segunda orden que revocara la mía. Pero si no se entera de que he mandado la orden, no lo hará.

—Entonces ¿estás diciéndome que puedes hacerlo? ¿Que puedes hacerme pasar por la Puerta?

—Estoy diciéndote que puedo hacerte salir de Bethel. Pero cuando quieras regresar...

—Lo sé —respondió Immanuelle, y asintió con la cabeza. Las leyes de Bethel eran implacables. Quienes desafiaban el Sagrado Protocolo y se marchaban de manera ilegal se ganaban la consideración de extranjeros hostiles. Si la orden de Ezra era revocada, o aún peor, anulada después de que se marchara, jamás la permitirían regresar—. Comprendo las repercusiones de mi decisión de marcharme. En cuanto haya salido de Bethel, lo que me ocurra ya no será tu responsabilidad. Lo único que te pido es que me permitas pasar por la Puerta Consagrada.

—¿Por qué tienes que marcharte? Tú no querías que sucediera nada de esto.

—Las plagas han nacido a través de mí, y por eso soy yo quien tengo que llevar esa carga, y nadie más. Tú no elegiste ser Profeta, pero de todos modos tienes la Videncia.

—Eso es diferente.

—No, no lo es. Las plagas son para mí lo mismo que la Videncia es para ti. Son el pecado que tengo que expiar. Solucionar esto es mi responsabilidad.

—Pues entonces, quédate. Podríamos solucionarlo juntos. Entre ambos hallaremos la manera.

Immanuelle negó con la cabeza mientras contemplaba las llamas que envolvían los huesos de Leah.

—Lo mejor que puedo hacer por Bethel es marcharme.

—¿Y si no sirviera de nada? —insistió Ezra, que de este modo ponía en palabras la pregunta que Immanuelle, por miedo, no se había atrevido a formular—. ¿Y si no encuentras a tu abuela? ¿Y si la encuentras, pero ella no puede detener las plagas? ¿Qué pasaría entonces? Te habrías quedado sola allí fuera.

—Ya estoy sola.

El dolor se pintó en los ojos de Ezra.

—Eso no es verdad.

—Escúchame —respondió Immanuelle bajando la voz—. Dentro de poco vas a ser el Profeta, y en tanto que Profeta no puedes seguir desafiando el Protocolo para protegerme.

—¿Por qué no?

—Las Sagradas Escrituras no lo permitirán. ¿No lo entiendes? Según las leyes de la Iglesia, yo tendría que arder ahora mismo en la hoguera.

—Al diablo con las Escrituras. Haré lo que quiera.

—Ese es el camino que ha seguido tu padre, y mira en qué se ha convertido.

—Immanuelle señaló a la hoguera, al cadáver en llamas de Leah—. No puedes permitirte gobernar con impunidad, como ha hecho él.

—Esto no tiene nada que ver con él —le espetó Ezra, que se había enfadado de verdad

—. Tú misma lo dijiste hace unas semanas. Mi padre va a morir. Dentro de poco, sus huesos reposarán en una cripta, igual que los del resto de profetas que hubo antes que él. Así pues,

¿qué importa? El rebaño, los apóstoles, el Profeta y su Guardia. Que vengan las plagas y acaben con todos ellos, y entonces, cuando todo haya terminado, cuando ardan en sus propias hogueras, o se pudran bajo tierra, no correrás ningún peligro.

—No puedes prometerme que no correré peligro. No tenemos manera de salvarnos de la realidad. Bethel no va a cambiar, Ezra. No importa lo que hagamos, las hogueras seguirán ardiendo. Ahora lo tengo claro. Las muchachas seguirán muriendo. Los apóstoles seguirán manteniendo el poder. Los juicios se seguirán celebrando...

Ezra negó con la cabeza.

—Un profeta no puede ir a juicio.

—Pero es que no soy profeta.

—Lo serás si llevas mi nombre.

Immanuelle tardó un instante en comprender del todo lo que le decía. Se lo había propuesto como si tal cosa, como si la invitara a dar un paseo por la tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que podrías ser la Primera Esposa, con todos los privilegios que acompañan a ese título. Podrías adoptar a la hija de Leah y criarla en el Refugio como tú quisieras. No correrías ningún peligro.

Cualquier otra muchacha de Bethel habría llorado de alegría al oír aquella propuesta, se habría arrojado sin pensarlo sobre una oportunidad de hallarse al lado de Ezra como esposa y compañera para toda la vida. Aquello era un sueño. O al menos tendría que haber sido un sueño. Pero Immanuelle solo pensaba en su madre. Aquella vida —una vida atada al Profeta, a la Iglesia y al Refugio— era lo que la había obligado a huir al Bosque Oscuro.

—Entonces ¿quieres que me hagan la incisión? —preguntó Immanuelle, sin apenas respirar—. ¿Quieres tenerme echada sobre el altar de la catedral, como un cordero a punto para que lo destripen? ¿Tú te crees que me voy a quedar en esa prisión disfrazada de fortaleza, sumisa y en silencio, y con la boca cerrada? ¿Y qué haré allí? ¿Rezar?

¿Lamentarme? ¿Compadecerme de mí misma para pasar el tiempo mientras las plagas rugen y devastan todo lo que encuentren en su camino?

—Podríamos construir otra casa —respondió Ezra—. Un lugar seguro, lejos del Bosque Oscuro. No nos faltarían medios.

—Tendremos suerte si nos quedan ascuas y cenizas cuando terminen estas plagas. ¿O

es que acaso ya has olvidado lo que has visto? ¿La sangre? ¿La pestilencia? Cada una de las maldiciones es peor que la anterior. No es momento para soñar.

—¿Y tan terrible es el destino que te ofrece ese sueño? Te estoy diciendo que puedo protegerte, aquí, en Bethel, si tú me dejas. Te lo juro por mi vida.

Immanuelle pensó en ello, se imaginó el futuro que tendría si se

decidía por quedarse con Ezra. Gozaría de una vida de lujos, buena comida y vestidos elegantes, de los refinados deleites con los que había soñado cuando era niña. Sería esposa de un profeta, su primera esposa. Jamás volverían a ridiculizarla, ni a despreciarla. No volvería a quedarse sola.

Pero cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que era una locura. Si se quedaba, no habría bondad ni misericordia, y la propia Bethel dejaría de existir. Las plagas lo

destruirían todo.

—No quiero tu protección —le dijo Immanuelle, y lo tomó de la mano. Entonces se dio cuenta de que ambos tenían cicatrices idénticas, Ezra en la mano derecha, la muchacha en la izquierda, ambas en la línea de la vida—. Quiero que me ayudes a resolver esto antes de que las plagas lo destruyan todo. Aún estamos a tiempo, si puedes hacerme pasar por la Puerta.

Ezra contempló la mano que Immanuelle había puesto sobre la suya. Entrelazó sus propios dedos con los de la muchacha.

—Por favor, Ezra, ahora que aún estamos a tiempo. Hazme una orden falsa con tu sello. Hazme pasar por la Puerta Consagrada. El destino de Bethel depende de eso.

Immanuelle pensaba que el joven se negaría y se preparó para encajar el golpe. Pero entonces Ezra asintió con resolución:

—Lo haré por ti, y tan solo por ti.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Espero una niña. Sé que tratarán de quitármela, igual que me lo quitaron a él. Pero no se lo permitiré. Antes moriría.

Miriam Moore

Immanuelle estaba sentada junto a la cama de Honor y contemplaba por la ventana un negro trecho de Bosque Oscuro. Habían pasado tres días desde que el cuerpo de Leah había ardido en la hoguera de purificación. Tres días desde que Ezra había accedido a preparar la orden que la permitiría pasar por la Puerta Consagrada.

En todo ese tiempo, Immanuelle hizo acopio de las provisiones que necesitaría para el viaje y se preparó para el adiós. Se había decidido a marcharse y estaba a punto para ello. No sabía lo que iba a encontrarse en tierras salvajes, ni qué hallaría al cruzar el muro, pero sí sabía que encontraría un lugar para sí misma en ese mundo, aunque tuviera que luchar para conseguirlo.

Immanuelle pasó los dedos por los cabellos de Honor y los ojos amoratados de la niña se abrieron. Hacía poco había despertado por primera vez en varios días, desde que la atacó la pestilencia. Pero no había dicho más de dos palabras.

Glory ya andaba con dificultad por los pasillos, y en sus días buenos se sentaba a cenar con el resto de la familia. Pero Honor aún no podía levantarse de la cama. A ratos temblaba, en otras ocasiones lloraba, como si la enfermedad le hubiese arrebatado algo y la niña llorara por ello.

Aquella noche Immanuelle cenó por última vez con los Moore. Se fijó hasta en el último detalle, con la esperanza de recordarlo todo. La manera como Abram daba caladas a la pipa entre bocados. Los hoyuelos en las mejillas de Anna cada vez que le sonreía a Glory.

Las canas que se entreveraban con los cabellos de Martha, pálidas como hilos de plata.

En cuanto hubieron terminado la cena y lavado los platos, Immanuelle se retiró a su habitación, donde empaquetó lo último que aún le faltaba para emprender el viaje. Metió las mantas en el fondo de la mochila, agradecida por el calor del verano que daría alivio durante un tiempo a sus familiares. Además de las mantas, metió una bolsa llena de monedas y comida: fruta seca, cecina, pálidos recuadros de galleta… Una vez Immanuelle hubo terminado de empaquetar, se echó la capa sobre los hombros y bajó con sigilo por la escalera, cruzó la sala y entró en la cocina.

—Es muy tarde para estar levantada.

Immanuelle se detuvo en seco al oír la voz de Martha. La abuela estaba frente a la ventana con las manos metidas en los bolsillos de la falda, la cabeza inclinada hacia el hombro, las mejillas bañadas en la luz de la luna. Miró a Immanuelle y se fijó en la capa y las botas, y en la mochila que colgaba de su hombro. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al reloj que estaba en la pared, sobre el lavadero.

—Ya casi es la hora de las brujas —dijo Martha, y una sonrisa amarga afloró a sus labios—. Quizás es así como el Profeta tendría que haber llamado a este año de desgracia.

Habría sido más adecuado, ¿no te parece? El Año de las Brujas.

La mano de Immanuelle se cerró con más fuerza todavía sobre la correa de la mochila.

—Quiero que sepas que me voy a marchar. Antes de que llegue la siguiente plaga.

La anciana parecía, más que colérica, exhausta. Su mirada se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Vuelve a la cama, Immanuelle.

—No.

Al oír su respuesta, Martha se volvió y se encaró con ella. Immanuelle se preparó para una reprimenda, e incluso un bofetón, pero la abuela no hizo más que preguntar:

—¿Qué llevas en la mochila?

Immanuelle irguió el mentón. Trataba de aparentar firmeza, aunque estuviera muerta de miedo.

—Provisiones para el camino.

La abuela se acercó a ella, arrastrando por el suelo sus pies descalzos.

—Déjame verlo.

Immanuelle dio un paso hacia atrás.

—No.

Martha no volvió a pedírselo. Se arrojó sobre ella y le arrebató la mochila del hombro.

Por un momento forcejearon, tiraron de extremos opuestos de la correa, pero Martha triunfó y arrancó la mochila de las manos de Immanuelle, y lo hizo con tanta fuerza que la muchacha perdió el equilibrio y cayó contra los armarios de la cocina.

Durante unos momentos la anciana revolvió en silencio lo que había dentro de la mochila. Sus cejas grises se unieron en un ceño fruncido. Empezó por sacar el libro de poesía, echó una ojeada a la primera página y al ver el sello sagrado en la esquina volvió a cerrarlo. Luego sacó el diario de Miriam, e Immanuelle se dio cuenta de que sus ojos se iluminaban como una candela. Lo había reconocido. Martha leyó las palabras de su hija, contempló los dibujos, primero con ojos entrecerrados, y luego llenos de lágrimas.

—¿Cómo has conseguido estos libros? Respóndeme. Ahora mismo.

—Me los regalaron —respondió Immanuelle, eligiendo con cuidado cada una de sus palabras—. Ambos son míos, y me gustaría que me los devolvieras, si eres tan amable.

—¿Amable? ¿Me pides que sea amable cuando me escondes secretos como estos? —

casi le gritó Martha, y sacudió el diario de Miriam con tanta violencia que unas pocas páginas se soltaron de la encuadernación y cayeron al suelo—. Esto es traición religiosa.

Algunos hombres han muerto por menos.

Immanuelle no se lo discutió. Tampoco habría servido de nada. Se contentó con tenderle la mano.

—La mochila, por favor.

Martha se volvió, metió de nuevo el diario dentro de la mochila y la arrojó al suelo con tanta fuerza que fue un milagro que no se despertaran todos los miembros de la familia Moore que se hallaban en la casa. Monedas y migajas rodaron por el suelo. Unos pocos papeles volaron.

Martha volvió a hablar, y esta vez su voz era un áspero susurro:

—Te arranqué del vientre de mi hija. Pedí tu nombre a los cielos y lo puse en ti. Te habría amamantado con mi propio pecho si hubiera podido. ¿Y así es como me lo pagas?

¿Con mentiras y engaños? ¿Con brujería y traición? ¿Abandonando a tu familia en plena noche, saliendo a hurtadillas de la casa como una ladrona, sin decir ni adiós? No te crie para que repitieses los pecados de tu madre, ni para que murieras en la hoguera como tu padre.

Las palabras golpearon a Immanuelle como un bofetón, pero la muchacha no dijo nada, no hizo nada, salvo agacharse para recoger las monedas y papeles que habían caído por el suelo. En cuanto hubo recuperado todas sus pertenencias, se irguió y se encaró con Martha.

—Ya sé que no soy la nieta que tú querrías, ni la muchacha que habrías deseado criar.

Si tuviera que hacer la lista de mis pecados, nos pasaríamos la mitad de la noche en vela, y lo lamento. Si hubiera podido ser lo que tú querías, lo habría sido. Pero créeme cuando te digo que eso es imposible. Me marcho para que nadie corra peligro.

—En el pecado no hay seguridades, Immanuelle. Tan solo desesperación.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la muchacha, y luego otra. No se molestó en enjugárselas.

—Ya lo sé.

—En otro tiempo, tu madre me dijo cosas parecidas. El día en que la hallé en brazos de aquel miserable mozo de granja en pleno bosque, me dijo que ya lo sabía, que ya lo entendía.

Pero no era verdad. Tú sabes lo que fue de ella, por culpa de su pecado y de su egoísmo.

—Yo no soy mi madre. Jamás he sido mi madre.

—No, pero eres su hija. Te pareces a ella más que a nadie, a pesar de todas mis plegarias y mis esfuerzos, a pesar de todo lo que he hecho para evitar que compartieras su destino. Ahora lo veo. Qué necia fui al pensar que sería de otra manera.

Immanuelle empezó a dar un paso hacia ella.

—Martha...

—No. —La mujer levantó una mano y se apartó, estremeciéndose, como si hubiera temido que Immanuelle arremetiese contra ella y la

golpeara—. Has elegido. Pero tienes que saber que si te marchas esta noche no podrás volver. En cuanto cruces esa puerta y salgas a la oscuridad, no habrá marcha atrás. No volverás a casa.

Immanuelle se limpió la nariz con la manga y trató de recobrar la compostura. Las lágrimas apenas si le permitían ver a Martha.

—No quería defraudarte. —La voz se le quebró mientras lo decía—. Quería, por encima de todas las cosas, que te enorgullecieras de mí, pero ahora sé que ese no era mi camino, y lo siento. Lo siento tanto...

Martha no dijo nada, pero mientras Immanuelle se volvía hacia la puerta, un sollozo escapó de los labios de la mujer, que se cubrió la boca con la mano en un fútil intento por ocultarlo.

En ese instante, al ver llorar a Martha, Immanuelle estuvo a punto de derrumbarse.

Pensó en soltar ahí mismo la mochila, arrepentirse de sus pecados, sacrificar un carnero en el siguiente Sabbath para expiarlos. Tal vez con eso hubiera bastado. Tal vez las plagas terminarían y la muchacha podría volver a empezar, volver a su vida anterior.

Tal vez no fuera demasiado tarde.

Pero al acordarse de su visión... La matanza en la iglesia, los cadáveres echados por los pasillos y amontonados sobre los bancos, sus seres queridos entre los muertos. Si se quedaba, echaría a perder las vidas de todos ellos y de muchísimos más.

No podía hacerlo, no lo haría por un sueño que había muerto el mismo día en que Miriam había escrito su nombre en las paredes de aquella cabaña.

Y así, sin más palabras, Immanuelle le dio la espalda a Martha, y a todo lo que había conocido, abrió la puerta y desapareció en la noche.

—— ✠ ——

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Con la oscuridad llega el pecado.

De Los escritos del profeta Enoch

Immanuelle huyó por los llanos. Corrió en la noche, halló el camino por los Calveros a la luz de las hogueras de purificación. Había

acordado con Ezra que se encontrarían en la entrada del Refugio, a la mitad del recorrido que llevaba hasta el pueblo por la vía principal.

Mientras corría, se llevó una mano al costado. Cada vez que tomaba aliento tenía que hacer un esfuerzo. El humo de las hogueras le ardía en los pulmones. Pero siguió adelante a toda velocidad, a pesar del dolor, a través de la negrura que parecía volverse más densa a cada paso que daba.

Era tan solo cuestión de tiempo que la noticia de su desaparición se conociera en Bethel. La perseguirían y, si le daban alcance, la llevarían a rastras hasta el Refugio y la pondrían en contrición, para hacerla pagar por sus faltas contra la Iglesia.

No permitiría que ocurriera tal cosa.

Immanuelle necesitó menos de una hora para llegar a la entrada del Refugio. Ezra la esperaba al lado de su carro. Lo había cargado de vituallas y le había uncido un corcel oscuro.

—Solo necesitaba la orden de salida —dijo Immanuelle, sorprendida por su generosidad—. No hacía falta que me dieras todo esto.

—Por supuesto que sí. Aunque te haga pasar por la Puerta, no te servirá de mucho si no tienes las provisiones necesarias para sobrevivir en las tierras salvajes que cruzarás. Y ahora ven conmigo, tenemos que ponernos en camino mucho antes de que la Guardia del Profeta salga a patrullar. En estos momentos ambos tenemos órdenes para pasar la Puerta, pero si mi padre descubre nuestro plan de fuga y las revoca, nos encontraremos con muchos problemas.

Immanuelle se quedó callada unos instantes. Se había dado cuenta de que Ezra llevaba a la espalda una mochila similar a la suya.

—Espera... ¿Quieres decir… los dos?

El muchacho asintió.

—He falsificado órdenes para ambos. Las tierras salvajes son demasiado peligrosas para una persona sola. —Le dio unas palmadas en la cerviz al caballo y este respondió con un áspero relincho—. Te llevaré hasta donde tengas que ir.

—Pero es que tú vas a ser Profeta algún día. Esto es tu hogar... tu rebaño de fieles...

—Y por eso necesito que encuentres a tu abuela. Como soy sucesor del Profeta, tengo tanta responsabilidad como tú en poner fin a todo esto. Lo que tengas que hacer a partir de ahora lo haremos juntos.

—Has hecho más que suficiente. No tienes por qué dejarlo todo atrás.

Ezra apretó la mandíbula.

—Hace semanas prometí ayudarte a proteger a quienes no pudieran protegerse por sí mismos. Por ello, iré contigo a buscar una manera de poner fin a estas plagas. Tanto si te gusta como si no.

Y así, ambos se pusieron en marcha por el largo camino que llevaba al pueblo. Ezra apremiaba al caballo para que avanzara, e Immanuelle se dio cuenta de que agarraba las riendas con tanta fuerza que le habían empalidecido los nudillos. La muchacha se sentaba a su lado, envuelta en una capa oscura de lana que Ezra había traído para ella. Llevaba la capucha hasta las cejas para evitar que las personas con las que pudieran cruzarse en la noche reconocieran su rostro.

Se hallaban a medio camino del pueblo cuando la campana de la catedral empezó a tañer.

Immanuelle volvió la cabeza y trató de ver en la oscuridad.

—¿Has oído eso?

Ezra asintió y agarró algo que llevaba en la parte de atrás del carro.

—¿Crees que era por nosotros? —preguntó Immanuelle—. ¿Piensas que nos buscan?

—Si vienen por nosotros —respondió Ezra, que miraba de nuevo hacia atrás con un rifle en la mano—, lo lamentarán.

El sonido de las campanas se volvió más fuerte. Tañían al ritmo del corazón acelerado de Immanuelle.

—Ezra... no puedes decirlo en serio. No podemos...

El muchacho sacudió las riendas y el caballo se lanzó a todo galope. Ezra gritaba y se hacía oír en medio del atronador estrépito de cascos.

—Te he prometido que te haría pasar por la Puerta y pienso cumplir la promesa.

—El caballo cobró velocidad y el bosque se desdibujó a su alrededor,

las sombras se difuminaron. Ezra giró la cabeza y soltó una palabrota —. Maldita sea.

Immanuelle se volvió y miró en la misma dirección que el muchacho. Divisó dos luces lejanas que temblaban más atrás en la penumbra.

Jinetes. La Guardia del Profeta.

La verdad la golpeó: Martha.

La anciana había descubierto que Immanuelle se marchaba y la Guardia tenía un puesto en las Afueras, a diez minutos a caballo. Debía de haber acudido a ellos. Había recurrido a la Guardia del Profeta para que la capturasen. Martha la había traicionado, y como la Iglesia ya sabía lo que había hecho Immanuelle, la Guardia la perseguiría hasta los confines de la tierra para castigarla. No tendrían misericordia.

—Espero que hayas rezado tus plegarias —gritó Ezra, haciéndose oír por encima del viento—. Porque ambos tendremos pecados que expiar cuando termine la noche. Toma. —

Puso las riendas en manos de Immanuelle, y esta tuvo que apuntalar los pies contra el fondo del carro para no caerse del asiento. Ezra trepó hasta la parte de atrás del vehículo, rifle en mano—. Sujeta las riendas con firmeza, pero que el caballo no se detenga. Que no pierda velocidad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Immanuelle. Las riendas se le clavaban de tal manera en las palmas de las manos que llegó a temer que le sangraran. A sus espaldas, en la

oscuridad, las luces ardían con mayor fulgor, cada vez más grandes, e Immanuelle distinguió el contorno de un jinete que estaba a punto de darles alcance.

Ezra empuñó el rifle y cerró un ojo mientras apuntaba. Llevó el dedo al gatillo.

—Vamos a ganar tiempo.

Lo que ocurrió después fue como una sucesión de imágenes apenas vistas. Un jinete emergió de la negrura envuelto en una capa. Su daga sagrada le rebotaba contra el pecho al tiempo que su caballo se acercaba. Se oyó un grito.

Una bala pasó surcando el aire cerca de la cabeza de Immanuelle. Ezra apretó el gatillo.

El guardia que los perseguía cayó del caballo y se estrelló contra el suelo, donde quedó inmóvil. La lámpara destrozada brillaba a su lado sobre el polvo. Otra luz en la oscuridad, más al sur. Otro jinete que se acercaba. Las balas surcaron la negrura e Immanuelle se agachó, sacudió las riendas y apremió al caballo para que corriera más rápido.

Ezra hizo unos pocos disparos de advertencia en la oscuridad y obligó a los jinetes a retroceder, pero entonces salieron otros de las sombras, con los rifles a punto, gritando órdenes y maldiciones en la noche.

Immanuelle apremió al caballo a galopar aún más rápido, pero los jinetes eran demasiado veloces, y cuando nuevas luces aparecieron en el oeste, la muchacha vio que todo era inútil.

Aquello había terminado.

—¡No lo conseguiremos! —gritó en medio del viento que rugía mientras las riendas se le clavaban en las palmas de las manos—. ¡Son demasiados!

Ezra bajó el rifle y volvió al asiento. Le quitó las riendas de las manos a Immanuelle y tiró con fuerza. El caballo se encabritó y Ezra saltó al suelo antes de que el vehículo dejara de moverse del todo.

—¿Qué haces? —exclamó Immanuelle.

—Conseguiré que salgas de Bethel. —Volvió a pasarle las riendas—. Los guardias apostados en la puerta te van a abrir. Tendrás que pasar enseguida, antes de que la Guardia del Profeta les ordene que vuelvan a cerrar. Pero una vez estés fuera, no correrás peligro, al menos hasta que mi padre autorice a la Guardia a perseguirte por las tierras salvajes.

—Ezra...

—Huye tan rápido como puedas y no mires atrás por nada. ¿Lo has entendido? En el carro llevas provisiones, monedas y cosas que podrás vender. Si logras atravesar las tierras salvajes y llegas a las ciudades del otro lado, te bastarán para pasar el invierno, si es necesario.

Immanuelle contuvo las lágrimas.

—Ezra... Te arrestarán por traición. Has disparado contra la Guardia

del Profeta. No puedes quedarte aquí. No puedes hacer esto.

—Si no lo hago, no llegarás a la Puerta —respondió Ezra con voz enronquecida—. Los jinetes son demasiado rápidos. Ganaré tiempo para ti.

—Pero ¿qué pasará con la orden?

—Los guardias ya la han recibido. La mandé hace un par de días. Te esperan, así que cuando te acerques a la puerta te abrirán. Pero tienes que irte. Ahora mismo.

El estruendo de cascos era cada vez más fuerte y ahogaba el tañido de las campanas de

la iglesia. Immanuelle divisó a lo lejos la brillante llamarada de una antorcha que alguien había encendido y sostenía en alto.

—Vete —dijo Ezra, y se volvió para enfrentarse a los jinetes, rifle en mano. Como Immanuelle no se movía, le gritó—: ¡Márchate de una vez!

La muchacha sacudió las riendas. El caballo se echó a galopar y se alejaron a toda velocidad en las tinieblas. Ezra quedó atrás.

Immanuelle oyó un disparo, pero no le quedó claro quién había disparado. No se volvió. No apartaba los ojos del camino, riendas en mano.

«No mires atrás», se decía una y otra vez, como si recitara una plegaria. «No mires atrás. No mires atrás.»

Otra bala silbó en la noche, más cercana que la primera. Luego una tercera.

Volvió la cabeza y vio que Ezra se tambaleaba y que el rifle casi se le escapó de las manos. El muchacho daba dos pasos adelante y uno hacia atrás. Luego volvía a apoyar el arma en el hombro y disparaba a la oscuridad.

Immanuelle sacudió las riendas. El pueblo ya estaba a la vista y distinguió las luces de la Puerta. Casi había llegado. Tan solo le quedaba media legua. Solo tenía que seguir adelante sin detenerse.

Otra bala silbó en la oscuridad.

Esta vez Immanuelle no se volvió para mirar. Empuñó con fuerza las

riendas e hizo que el caballo siguiera adelante, que entrara en Amas. Las casas del pueblo pasaron por su lado como si fueran borrones. El carro traqueteó sobre el empedrado y los profundos baches.

Las calles estaban casi vacías, pero los pocos que se encontraban en ellas corrían para ponerse a cubierto cuando Immanuelle pasaba a toda velocidad.

El estruendo de los cascos cobraba fuerza, porque la Guardia del Profeta se acercaba.

Jinetes que iban por su cuenta salieron de los callejones adyacentes y se abrieron paso entre los puestos vacíos del mercado. No muy lejos de allí, la muchacha vio la Puerta, alumbrada con la luz de antorchas llameantes.

Una bala pasó cerca de su cabeza.

Immanuelle sacudió las riendas y avanzó a toda velocidad, dispuesta a pasar al otro lado, aunque tuviera que abandonar el carro y trepar por la Puerta. Una vez lo consiguiera, los jinetes abandonarían la persecución, porque no tenían autoridad para perseguirla más allá de las fronteras de Bethel sin una orden formal del Profeta. En cuanto hubiera pasado al otro lado de la Puerta Consagrada, no correría peligro... al menos durante un tiempo.

Los guardias del Profeta reducían la distancia. Sus gritos y disparos resonaban entre los puestos vacíos del mercado. Iban a acorralarla en tan solo unos instantes. No conseguiría llegar a su objetivo. Ni siquiera lograría salir del mercado. La Guardia del Profeta la interceptaría y la llevaría de regreso al Refugio para someterla a contrición, juicio y purificación...

Algo se movió en la noche.

No fue el viento, sino la ausencia de este, como si algo hubiera absorbido el propio aire. Las antorchas se extinguieron, como si tratara de cerillas que alguien hubiese apagado entre dos dedos. Las lámparas de queroseno chisporrotearon y se apagaron. En lo alto, la luna murió, y a continuación fueron las estrellas. Todas y cada una de ellas parpadearon y se

extinguieron como cuando alguien sopla una vela, hasta que los cielos quedaron negros. Un gran manto de oscuridad cayó sobre Amas y cubrió el pueblo entero.

Por fin había llegado la plaga de oscuridad.

Immanuelle oyó a su espalda que los jinetes caían al suelo en la negrura. Disparos sin ton ni son se sucedieron en la penumbra. Los gritos de confusión de los guardias del Profeta resonaron en el aire.

Por pura suerte, y porque conservaba su aguda memoria, Immanuelle —ciega en aquel mar de noche— logró orientarse en medio de los últimos puestos del mercado y continuar por el camino principal. Le susurraba al caballo y lo apremiaba a avanzar en las tinieblas hacia el lugar donde sabía que se hallaba la Puerta, aunque las sombras fueran tan densas que no podía verla.

Entonces... brillaron unas luces, que se movían cual luciérnagas en el mar de negrura.

Antorchas en la puerta, el son de un cuerno de carnero, goznes que rechinaban hasta reventar los oídos. Al pálido fulgor de las antorchas recién encendidas, Immanuelle vio que la puerta se abría. Sacudió las riendas por última vez y el caballo salió disparado hacia delante, salió de Bethel y se adentró en la oscuridad de las tierras salvajes.

PARTE III

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA

El mundo es grande y peligroso, es un lugar inhóspito para el rebaño del Padre.

De Los escritos de David Ford

El camino principal seguía adelante en una tiniebla impenetrable. Immanuelle no veía el Bosque Oscuro, pero a medida que se adentraba más y más en las tierras salvajes sentía la familiar embriaguez de perderse a sí misma. El cielo, en lo alto, estaba negro. Ni lo salpicaban las estrellas, ni el cuarto creciente de la luna alumbraba el camino. Casi todas las farolas que había al borde del camino se habían quedado sin luz, y las pocas que no se habían apagado solo mantenían pequeñas llamas moribundas que parpadeaban como enloquecidas y amenazaban con extinguirse al más mínimo soplo de viento.

En aquel camino no había señales de vida, y tampoco en el bosque que lo flanqueaba.

Ni roderas, ni huellas, ni búhos sobre las ramas. Tal como había predicho Ezra, la Guardia del Profeta había dejado de perseguirla en el mismo momento en que atravesó la Puerta Consagrada. La muchacha estaba sola de verdad en el camino oscuro y agreste. Pero, a pesar del espeluznante silencio de la noche y de su propia y dolorosa soledad, se consoló al pensar que la llegada de la plaga de oscuridad probablemente implicaba que la pestilencia habría terminado, porque la llegada de la segunda plaga también había coincidido con el final de la primera. Rezó porque eso significara que Glory y Honor no morirían. Luego recordó que la plaga final iba a ser la matanza. No le quedaba otra esperanza que pensar que podría impedirla con su viaje.

Immanuelle siguió adelante. La noche continuó mucho después de que se agotaran las horas que le correspondían, y el negro manto de oscuridad era casi impenetrable. La muchacha hacía todo lo posible por llevar la cuenta del tiempo, pero la interminable negrura comportaba una especie de intemporalidad que lo hacía casi imposible.

Al cabo de lo que le parecieron varias horas —pero tal vez fueran solo unos minutos; no habría sabido decirlo, a causa de la oscuridad—,

empezó a lloviznar, lo que poco después dio paso a una pesada cellisca que todo lo embarraba. Aparte de la escasa protección que pudieran brindarle las copas de los árboles, Immanuelle no tenía dónde guarecerse, y lo único que la protegía de los torrentes que caían del cielo era la capa de Ezra. Cuando por fin llegó a las ruinas de un monasterio largo tiempo abandonado, iba calada hasta los huesos y las riendas le habían magullado las manos hasta dejarlas en carne viva y ensangrentadas.

Como sabía que estaba demasiado fatigada para continuar, decidió quedarse allí.

Era un edificio extraño, construido sobre un terraplén desde el que se contemplaba un barranco poco profundo. Era bajo, estrecho y alargado, como un pasillo o un establo para caballos. Sus columnas de piedra sostenían un tejado en ruinas, plano y de poca altura, y cubierto de hierba.

Immanuelle se acercó con el carro y se detuvo al lado de las ruinas, y entonces bajó del asiento, desunció el caballo y lo llevó hasta el interior del edificio para protegerlo de la cellisca. Le dio de comer y beber de las provisiones que llevaba en el carro, y luego, empapada y temblorosa, se retiró al fondo del monasterio mientras la tempestad arreciaba.

Cuando le pareció que había descansado lo suficiente como para volver a empuñar las riendas, se puso en pie, unció de nuevo el caballo y se adentró una vez más en la negrura.

Al cabo de un rato, las tierras se volvieron más agrestes y el camino se bifurcó. Uno de los ramales estaba bien empedrado y alumbrado, con farolas en ambos márgenes. Se dirigía al este, hacia lo más profundo del bosque. El otro no era más que un camino estrecho que le recordó los senderos que serpenteaban por los bosques de Bethel.

Immanuelle fue hacia el oeste, hacia Ishmel.

Mientras avanzaba por el angosto camino, las zarzas y las ramas se enredaban con sus ropas. Iban encontrando baches y todo tipo de obstáculos. En varias ocasiones tuvo que saltar del carro y despejar el camino para poder pasar. De hecho, hizo a pie la mayor parte del recorrido, llevando al corcel de Ezra por la brida. A menudo tenía que engatusar al animal para que anduviera por los estrechos pasos que cruzaban la espesura. Le murmuraba frases y le cantaba las mismas nanas que les había cantado a Honor y a Glory, tan solo para quebrar

el espeluznante silencio e impedir que la pobre bestia se asustara.

A medida que avanzaban, el camino se volvió cada vez más empinado, y por fin dio paso a una sucesión de sendas tortuosas y traicioneras que zigzagueaban por las estribaciones de las montañas. Immanuelle nunca había estado en las montañas y odió a la oscuridad por privarla de aquella ocasión de contemplarlas. Sentía el desesperado anhelo de tener a su lado a Ezra. ¡Qué aventura habría sido explorar unos parajes como aquellos con el muchacho a su lado!

Se preguntó si aún viviría, o si los guardias del Profeta le habrían dado muerte en el llano. Aunque Immanuelle hubiera perdido el hábito de rezar, rezó por Ezra. Rogó al Padre que lo salvara, y que, si no, le diera a ella una oportunidad de regresar a Bethel y buscar la manera de rescatarlo ella misma. Era demasiado joven y demasiado bueno para morir. Bethel lo necesitaba. Immanuelle lo necesitaba. Porque si Ezra le faltaba, ¿a quién regresaría? Leah había muerto. Martha la había traicionado a la Guardia del Profeta y la muchacha sabía que el resto de los Moore no osaría oponerse a la anciana. Por primera vez en su vida, Immanuelle tuvo que enfrentarse a la idea de que estaba sola de verdad, sola por completo.

Siguió avanzando por los traicioneros caminos de montaña, con la cabeza gacha para protegerse de los vientos de tormenta que rugían desde el oeste. Agarraba las riendas con tanta fuerza que se le entumecieron los dedos. Mientras su caballo rodeaba un risco particularmente abrupto, estalló un trueno muy fuerte. El animal dio una sacudida tan violenta que Immanuelle perdió el equilibrio. Entraron en una curva cerrada y el carro se ladeó, y los pies de Immanuelle resbalaron sobre el fango helado del suelo en un intento por detener al caballo. Pero este la obligó a seguir a paso rápido hasta una nueva curva —esta vez junto a un barranco tan profundo que Immanuelle no divisaba el fondo—, y entonces una de las ruedas delanteras del carro se metió en un agujero. Como consecuencia, las ruedas traseras resbalaron hacia el barranco y arrastraron al caballo tras de sí.

El corcel soltó un relincho que resonó por todo el paso de montaña. El animal pugnaba

por arrastrar de nuevo las ruedas del carro hasta el camino. Immanuelle tiraba de la brida con todas sus fuerzas y agarraba de tal manera la correa de cuero que la piel se le llenó de ampollas. Pero, a pesar de todos los esfuerzos de la muchacha, el caballo empezó a resbalar y ambos retrocedieron poco a poco hacia el borde del

barranco, arrastrados por el peso del carro.

Las cajas de vituallas se soltaron de la parte de atrás del vehículo. Hubo un largo momento de silencio y después Immanuelle oyó el estrépito con que se estrellaban contra el fondo del valle, muy, muy abajo. El corcel se deslizaba hacia atrás, y entonces Immanuelle se arrojó sobre él, soltó la brida y trató de desuncirlo. Las manos le temblaban, entumecidas por el frío, mientras trataba de soltar las hebillas para liberarlo de sus arreos. El caballo fue retrocediendo hasta el barranco, arrastrado por el peso del carro, hasta que sus patas traseras trataron de clavarse en el borde. Medio segundo antes de que el vehículo se lo llevara al vacío, Immanuelle soltó la última hebilla. El carro se precipitó por el barranco y se estrelló en el fondo del valle.

Immanuelle hizo el resto del camino a lomos del caballo, bajo la tempestad torrencial. Caía una lluvia fangosa que a veces daba paso a la cellisca o a un doloroso granizo. Para cuando divisó las luces de Ishmel en la oscuridad lejana, el frío y la fatiga la habían aturdido de tal modo que no creyó en sus propios ojos. Pero siguió adelante por el camino y las luces lejanas se volvieron más grandes y brillantes, y oyó sonido de voces, y sintió el olor del humo de las chimeneas en el aire frío de la noche.

Entró en un pueblo que se hallaba a la sombra de una montaña, mucho más pequeño que Amas. La oscuridad no era tan absoluta como en Bethel. El cielo se había teñido del azul amoratado del ocaso que precede a la noche, y las luces de la calle ardían lo suficiente para mantener a raya las sombras. Todas las casas que se alineaban a lo largo de las calles tenían cerrados los postigos y las puertas. La muchacha vio con alivio que la Guardia del Profeta no andaba por allí.

Immanuelle siguió adelante por el laberinto de calles de tierra compacta hasta llegar a lo que parecía el centro del pueblo. Una vez allí encontró una posada con grandes ventanas saledizas en las que relucía la luz del hogar. Cada vez que sus ventanas se abrían, se oía en la calle un batiburrillo de murmullos y acordes de lo que Immanuelle interpretó como un cántico plañidero. En los escalones de la entrada se agazapaba un pordiosero de anchas espaldas, con ojos brillantes y una barba larga muy enmarañada. Llevaba en las manos un pequeño tambor que podría haber sido un juguete abandonado por un niño. Al acercarse Immanuelle, empezó a marcar un ritmo, demasiado rápido e irregular como para corresponder a la música de violín que se oía dentro de la taberna.

Immanuelle se agachó para meter una moneda en el cuenco que había a sus pies.

—Quiero encontrar a una persona... ¿Podrías ayudarme?

—Depende de quién sea la persona que busques —respondió el hombre, con un acento que Immanuelle no había oído jamás.

—Una mujer... Se llama Vera Ward.

Podría haberle explicado que Vera era bruja y provenía de Bethel, pero no sabía si sería muy prudente mencionar tales cosas en un lugar como aquel. Desde luego, Ishmel parecía

desprovisto de la religiosidad pública que distinguía Bethel —la enorme catedral y las capillas que adornaban todas sus esquinas—, pero no por ello iba a ser un lugar totalmente seguro.

El hombre la observó a la luz aceitosa de una farola cercana. Luego asintió y le hizo una señal a Immanuelle para que lo siguiera por una calle estrecha que zigzagueaba hacia el este. El mendigo la guio por un laberinto de casas y luego por una calle empinada que daba la vuelta a un alto cerro, hasta que por fin llegaron a una pequeña propiedad al borde de un estanque, donde se erguía una casa de piedra.

Immanuelle ató el caballo a la verja que la separaba de la calle y anduvo hacia la casa.

Sus ventanas dejaban ver la luz de velas encendidas, y con eso bastó para que la muchacha reconociera el pequeño símbolo pintado en la puerta: era el sello de protección, idéntico al que había visto inscrito en la piedra angular de las ruinas de la casa de los Ward en las Afueras.

Llamó a la puerta y aguardó.

Se oyó algún ruido, sombras que se movían tras las cortinas, el sonido de pies descalzos sobre el suelo de madera, el chasquido de un cerrojo.

La puerta se abrió.

Una mujer salió al umbral. Tenía la piel clara para tratarse de una afuereña, una oscura melena rizada y ojos teñidos del verde exuberante de las plantas jóvenes. Immanuelle pensó que debía de tener la edad de Anna, tal vez un poco más, y sostenía un cesto de

colada contra la curva de su cadera. Pero en cuanto vio a Immanuelle sus brazos perdieron fuerza y el cesto cayó en el porche con un ruido sordo.

—Vera — pronunció el nombre con un fuerte acento—. Tenemos visita.

Otra figura apareció detrás de la mujer. Era más alta, de hombros anchos, y llevaba los calzones propios de los hombres de piel oscura. Se había recogido tras la cabeza sus mechones de color plateado. Vestía una camisa de trabajo con los botones de arriba sin abrochar, e Immanuelle vio que llevaba al cuello una correa de cuero de la que colgaban dos dagas sagradas talladas en madera de abedul. Tenía cejas oscuras y pobladas, y entre ambas se hallaba la marca de la Madre.

Las dos mujeres hicieron pasar a Immanuelle y la invitaron a sentarse frente a una chimenea encendida. La muchacha aún no había podido decirles ni siquiera un par de palabras. La que había abierto la puerta, y que se llamaba Sage, le cubrió los hombros con una gruesa capa y le preparó una taza de té con leche y varias cucharadas de miel. Vera salió a ocuparse del caballo y regresó unos minutos más tarde. Se sentó en una silla grande enfrente de Immanuelle. Era una mujer imponente, casi tan alta como Lilith, de piel oscura, e impresionante de una manera en que muy pocas personas lo son. De hecho, le recordaba las representaciones de la Madre Oscura, con su piel negra y facciones angulosas. Era tan hermosa que costaba apartar los ojos de ella.

Para que no se notara su pasmo, Immanuelle se puso a mirar por la habitación. La casa era más grande por dentro de lo que parecía por fuera. La sala estaba decorada con buen gusto. Había pieles de oso en el suelo y las mesas estaban adornadas con bagatelas como tapetes, velas y libros de poesía. Olía a levadura y especias, y los restos de la cena aún no se

habían retirado. En el sillón que se encontraba junto a la chimenea, dos gatitos, uno gris y otro negro, dormían felices.

Immanuelle no sabía qué decir ni qué hacer, y sorbió en silencio el té con miel.

Vera la observaba mientras bebía, impasible, casi huraña, a pesar de los fallidos intentos de Sage por empezar una conversación. Esperó a que Immanuelle terminara su té para hablar.

—¿Cómo me has encontrado?

—Fui a las Afueras —respondió Immanuelle, y dejó la taza sobre un refinado reposatazas que había en una mesilla cercana—. Encontré a un sacerdote que te había conocido. Me dijo que estarías aquí.

—¿Y has venido sola? —preguntó Sage al tiempo que se sentaba en una pequeña banqueta al lado de la chimenea. Immanuelle comprendió, avergonzada, que había ocupado lo que debía de ser la silla habitual de Sage, y trató de levantarse, pero la mujer la detuvo con un gesto.

—No estaba sola del todo. Tenía un amigo que me ha acompañado hasta la salida de Bethel. Ha logrado hacerme salir por la Puerta, pero... —La imagen de Ezra, de pie en medio del camino, con el rifle en alto, acorralado por los guardias del Profeta, la sacó de su ensimismamiento. Cerró los ojos para tratar de alejar el recuerdo y sacudió la cabeza—. Él no logró pasar.

—¿Y tu familia? —preguntó Sage con voz amable.

—Todavía están en Bethel.

—¿Saben que te has ido? —le preguntó Vera entonces.

—Sí.

Vera adelantó el cuerpo, con las piernas separadas y los antebrazos apoyados sobre las rodillas, como habría podido sentarse un hombre.

—¿Y saben por qué te has marchado?

Immanuelle negó con la cabeza y se apresuró a explicarse:

—No les he contado adónde iba ni que estabas aquí. No habría violentado de ese modo tu intimidad.

Vera la observaba a la pálida luz de la vela, como si tratara de descubrir si decía la verdad.

—¿Te han seguido?

Immanuelle iba a negar con la cabeza, pero entonces dudó.

Los ojos de Vera ardían de frustración.

—Es una pregunta sencilla. ¿Te han seguido? ¿Sí o no?

—Sí... pero solo al principio. La Guardia del Profeta ha dejado de

perseguirme tan pronto como he cruzado la Puerta. No he visto ni un alma por el camino hasta llegar a Ishmel.

Al oírlo, Vera calló. Se puso en pie y sacó una pipa de una caja que tenía sobre la chimenea, la llenó de tabaco que guardaba en una bonita lata y la encendió. Clavó los ojos en Immanuelle y exhaló una bocanada de humo.

—¿Por qué has venido?

—Vera —terció Sage en tono de reproche—. ¿Y si dejas que la muchacha descanse

antes de empezar el interrogatorio?

—Tenemos que saber por qué está aquí.

—Mírala, Vera. Es de los tuyos. Ha venido por ti. ¿Estás tan aburrida de la vida que no reconoces a tu propia familia cuando se sienta frente a ti?

Vera entrecerró los ojos tras un velo de humo de pipa.

—Por favor —dijo Immanuelle, fatigada y débil. La capa que llevaba en torno a los hombros le pesaba tanto como una bolsa repleta de piedras—. No tengo a nadie más. Deja que me explique, y si entonces llegas a la conclusión de que no quieres saber nada de mí, me iré.

Vera se quedó mirándola un largo instante. Un músculo de su mandíbula se contrajo y sufrió un espasmo.

—Es tarde. No sé qué has venido a decirme, pero tendrás que esperar hasta mañana.

Sage... —Se volvió hacia su compañera—. Prepárale la habitación.

—— ✤ ——

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ser mujer es un sacrificio.

De Los escritos de Temán, la primera

esposa del tercer profeta, Omaar

Immanuelle, acurrucada en el lecho bajo una gruesa capa de

edredones y pieles de oso, seguía despierta y espiaba la charla en voz baja que se desarrollaba al otro lado de la pared.

La conversación entre Vera y su compañera sonaba como el inicio de una discusión, pero la muchacha apenas si alcanzaba a distinguir más que unas pocas palabras en el siseo de sus murmullos.

«Peligroso» era una de las que decían a menudo. Otra era «obligación».

Immanuelle cerró los ojos y trató de evitar el llanto. En ningún momento había sabido muy bien qué esperaba encontrar cuando llegara a Ishmel, pero desde luego que no era aquello. Tal vez había sido ingenua al contar con un recibimiento más cálido. Después de todo, Vera y ella no se conocían, aunque compartieran sangre. Pero Immanuelle, a pesar de todo, había albergado la esperanza de que su llegada suscitara algo más que abierta frialdad.

Su decepción, unida al dolor que le causaba la traición de Martha, se le hacía casi insoportable. Que la rechazara una de sus abuelas —la mujer que la había criado y educado como a una hija— ya le resultaba muy triste, pero que también la dejara de lado la otra, tan solo unos días más tarde, le parecía un castigo particularmente cruel.

Pasaron las horas, pero la muchacha no se sentía cansada, quizá porque aquella noche sin fin la desorientaba. Se dio cuenta de que al no salir ni ponerse el sol, a menudo se perdía en el limbo entre la vigilia y el sueño. Nunca estaba del todo alerta, pero tampoco fatigada.

Para pasar el tiempo, Immanuelle empezó a mirar por el dormitorio. El lugar estaba cuidado, decorado con buen gusto. En las paredes había espejos y pequeños cuadros. La docena de velas que se apiñaban sobre el tocador estaban apagadas, pero la estufa de hierro fundido del rincón brillaba con una luz suave que alumbraba toda la estancia con su pálido resplandor. A juzgar por el polvo que cubría la mesilla de noche, aquel dormitorio no se usaba a menudo. Immanuelle se sorprendió, porque en la casa tan solo había dos.

Por fin, cayó en un sueño agitado, en el que presenció imágenes desvaídas, de esas que se suelen olvidar en cuanto se recobra la consciencia. No llegó a saber cuánto tiempo había dormido, pero cuando despertó estaba oscuro y sintió aroma a tocino recién frito.

Immanuelle se sentó sobre la cama y bajó al suelo. Se sorprendió al darse cuenta de que vestía un grueso camisón, aunque no recordara

haberse quitado la ropa húmeda del viaje.

Encontró un chal de punto en la cabecera de la cama y se lo echó sobre los hombros antes de salir de la estancia. La sala estaba alumbrada con velas, lámparas de queroseno y una araña de luces de hierro forjado que colgaba del techo al extremo de una gruesa cadena. En el rincón más alejado había una estufa de hierro fundido. Sage estaba de pie frente a ella y

tarareaba una canción semejante a los gorjeos de un pájaro, mucho más viva que todos los himnos que Immanuelle hubiera oído.

Sage se estaba dando la vuelta para colocar un plato sobre la mesa y se sobresaltó al ver a la muchacha.

—Eres sigilosa como Vera. Siempre se acerca sin que me dé cuenta.

—Perdóname —se disculpó Immanuelle, que se había quedado en el espacio que separaba la sala de la cocina, sin saber adónde tenía que ir ni lo que debía hacer. Sage sonrió y le indicó con un gesto que entrara.

—Come, por favor.

Immanuelle obedeció y se sentó frente a un plato grande con huevos, gruesas lonchas de tocino, patatas asadas y un pastel de maíz frito con grasa. Estaba famélica y comió en consonancia, pero Sage parecía deleitarse con su voraz apetito.

—Te pareces tanto a ella... —dijo Sage con melancolía—. He sabido que eras de la familia de Vera solo con ponerte los ojos encima.

—¿Tú también eres Ward?

Sage hizo que no con la cabeza.

—No, por los dioses. Soy una vagabunda, como la mayoría en Ishmel. Creo que no habría llegado a sentar cabeza si no hubiese conocido a Vera.

—¿Y habéis estado... —Immanuelle buscaba la palabra correcta—… juntas todo este tiempo?

—Once años —respondió Sage con evidente orgullo—. Me imagino que se puede decir que hacemos buena pareja.

En verdad, Immanuelle no estaba segura de entender lo que Sage

trataba de decirle, pero pensó que debía de ser algo parecido a los abrazos de las Amantes en el bosque.

También pensó en la segunda habitación, sobria y no ocupada, y en el dormitorio más grande, con dos mesillas de noche en vez de una y un colchón demasiado grande para una sola persona.

—Me alegro de que te encontrara a ti.

Sage se ruborizó. Parecía conmovida.

—Bueno, eres muy amable.

Immanuelle mojó un trozo del pastel de maíz frito en la yema de huevo.

—¿Dónde está Vera?

—Ha ido al pueblo para una reunión del concejo —respondió Sage al tiempo que le servía una taza de té—. No tardará en volver, estoy convencida. No querrá pasar mucho tiempo fuera, si tú estás aquí.

Se hizo un breve silencio. Immanuelle terminó la comida que le quedaba en el plato.

—¿Os han hecho daño las plagas?

Sage negó con la cabeza y luego vaciló.

—No como a vosotros. Nuestras aguas se mezclaron con sangre tan solo unos pocos días. Pero hemos oído historias de la contaminación que sufrió Bethel. Encontramos a una mujer, desnuda y enloquecida por la fiebre, que rondaba por las montañas agrestes que se encuentran más allá de Ishmel. Llevaba en la frente esa incisión que llevan vuestras mujeres y por eso supimos que era de Bethel. Murió en el pueblo unos días después de que la

encontráramos. Nada que hicieran los médicos podía aliviar su sufrimiento. Ningún ungüento, ninguna hierba, sirvió de nada. —Calló un instante y frunció el ceño al recordar—.

Pero no hemos tenido que sufrir los mismos horrores que tu pueblo. Sea lo que sea esa maldad, se encuentra casi toda ella dentro de las fronteras de Bethel. Pero Vera piensa que existe el riesgo de que con el tiempo el contagio llegue a Ishmel.

—Hace bien en tener prudencia.

Sage se puso en pie y empezó a quitar la mesa.

—Vera es todo prudencia. Espero que no hayas confundido su prevención con malicia.

Sé que a veces es... algo huraña..., pero se alegra de verte. Pienso que te ha esperado tanto tiempo que ahora que estás aquí no sabe lo que tiene que hacer, ni cómo sentirse. Pero ya se le pasará. Lo que necesitáis las dos es una oportunidad de acostumbraros la una a la otra. Eso es todo.

Como a propósito, la puerta de la calle se abrió y Vera entró en casa. Se quitó el abrigo, que parecía de hombre, igual que el resto de su ropa. Se sentó a la mesa y se sirvió comida de la que Sage había preparado. Mientras almorzaba, esquivó con destreza las preguntas de su compañera sobre cómo había pasado la mañana. Solo le respondía con asentimientos y con ocasionales palabras sueltas cuando se veía obligada a hablar.

Tal vez Sage se diera cuenta de que Vera le estaba insinuando que se marchara, y dijo que se iba a dar de comer a los pollos y limpiar el corral. En cuanto hubo salido, se hizo un largo silencio entre Vera e Immanuelle, interrumpido tan solo por el crepitar del fuego de la chimenea.

Fue Vera quien habló primero.

—No sé a quién te pareces más... Si a mi muchacho o a tu madre.

Era la primera vez que hablaba de Daniel, y el significado de aquel momento no pasó inadvertido a ninguna de las dos.

—Siempre he querido parecerme a él —respondió Immanuelle con timidez—. Cuando era niña, solía mirarme al espejo y trataba de imaginarme que era un chico, para saber qué aspecto habría tenido si lo fuera.

El rostro de Vera resultaba difícil de descifrar. Recordaba a Martha por su seriedad.

—Ojalá pudiera enseñarte un retrato, pero la Guardia del Profeta quemó todo lo que me quedaba de él.

—No todo —respondió Immanuelle, y entonces se puso en pie, se acercó a la puerta donde la noche anterior había dejado la mochila y buscó dentro hasta encontrar el diario de su madre. Lo llevó a la mesa,

lo abrió por la página donde se hallaba el retrato de Daniel, y lo empujó para acercarlo a su abuela.

Vera lo tomó con un ligero temblor en la mano y contempló la ilustración en silencio durante mucho, mucho tiempo.

—Tu madre siempre tuvo buena mano para el dibujo. Sí, este es él. Es como lo...

—Movió la cabeza de un lado a otro—. Gracias. Hacía mucho tiempo que no veía esta cara.

—¿Cómo... cómo era? —preguntó Immanuelle, dubitativa, porque no tenía claro que se le permitiera hacer esa pregunta. Le parecía un acto de mucho peso, y sagrado, pedirle a una madre que resucitara el recuerdo de su hijo muerto. Pero no le pareció que Vera se

turbara.

—Era un muchacho callado. Gentil, aunque no lo parecía la primera vez que lo veías.

—Vera sonrió, con los ojos puestos en el retrato en el que su hijo aparecía con el rostro ceñudo, y le recorrió las arrugas de la frente con la yema de un dedo—. A mí me gusta pensar que vio la realidad del mundo. La mayoría de nosotros no lo conseguimos. Incluso los profetas están cegados por sus propios vicios. Pero Daniel no. Veía todas las cosas tal como eran en realidad.

Immanuelle volvió a tomar el libro y puso una mano sobre la página opuesta para sujetarlo, y entonces, con sumo cuidado, arrancó el retrato del diario y se lo entregó a Vera.

—Toma. Te pertenece.

La mujer hizo que no con la cabeza.

—Tú también eres de su sangre.

—Pero ni siquiera tuve la oportunidad de perderlo. Era hijo tuyo. Deberías quedarte tú el retrato.

—Ya tengo mis recuerdos. Además, esto lo hizo tu madre.

—No pasa nada. Quédatelo, por favor. Es un regalo a cambio de tu hospitalidad.

—Hospitalidad —repitió Vera, y se rio sin una gota de alegría—. La hospitalidad consiste en servirle comida a un extraño. En recibir a un conocido para compartir pastel de ciruelas y té. Pero no en esto. Tan solo hago lo que debería haber hecho años atrás. Tendría que haberte esperado. Tendría que haberte llevado conmigo...

—Tú no tuviste la culpa.

—Sí la tuve..., al menos en parte.

Immanuelle hizo que no con la cabeza y le ofreció de nuevo el retrato.

—Es tuyo. Quédatelo.

Vera no se movió. Su mirada se endureció de nuevo, como se había endurecido la noche anterior. Señaló el diario con la cabeza.

—¿Quién te lo dio?

Immanuelle pensó que no tenía sentido mentirle, después de haber llegado tan lejos para conocer la verdad.

—Me lo regalaron dos mujeres. Brujas que encontré en el Bosque Oscuro.

El rostro de Vera no cambió de expresión. Se reclinó contra el respaldo de la silla.

—¿Por qué has venido?

Immanuelle agarró el diario de Miriam y lo abrió por sus últimas páginas, donde estaba escrito: Sangre. Pestilencia. Oscuridad. Matanza.

Se lo acercó a Vera.

La mujer contempló el diario. Immanuelle no lograba descifrar su expresión, pero sí vio algo: su abuela no se había sorprendido.

—Tú lo sabías —dijo Immanuelle, en voz tan baja que ella misma no estaba segura de que la oyera—. Tú sabías lo de la cabaña. Sabías lo de las plagas y las brujas, y el trato que mi madre cerró con ellas en el Bosque Oscuro. Sabías que mi madre me vendió.

Vera la miró, visiblemente perpleja.

—Miriam no te vendió a las brujas. Tu madre te amaba. Te eligió a ti

por encima de todo lo demás. Su hogar, su familia, su vida, incluso su alma.

—Eso no es cierto. No sé qué te diría a ti, ni qué crees saber sobre mi madre, pero no me amó como tú amabas a Daniel. No hizo sacrificios por mí. Me vendió. Me ató a la oscuridad antes de que naciera. Mi madre compró las plagas con mi sangre. Lo único que la movía era la venganza.

—Tu madre trataba de protegerte. Todo lo que esa chica podía dar te lo dio a ti.

—Pues entonces, ¿por qué lanzó las maldiciones? —preguntó Immanuelle, ya enfurecida—. Yo misma vi la cabaña. Sé lo que significaban esos sellos de las paredes. Si tanto me amaba, ¿por qué me utilizó de ese modo?

—Ya te lo he dicho, trataba de protegerte.

—¿Y para eso me convirtió en un arma? ¿En un peón en manos de Lilith?

—Miriam trataba de darte el poder que ella misma jamás había tenido. Pero estaba desgarrada por el dolor, y asustada. Tan solo tenía dieciséis años y era más vulnerable de lo que creía. Lilith lo vio. Pervirtió el deseo de Miriam por protegerte, explotó su debilidad. Yo vi lo que ocurría. Cada vez que entraba en los bosques, regresaba algo más enloquecida que la vez anterior. Al final, creo que se parecía más a ellas que a nosotras.

—¿En qué sentido?

Vera calló un momento antes de responder, como para poner en orden sus pensamientos.

—En esta vida, la mayoría de nosotros gozamos del privilegio de buscar los matices.

Aunque nos enfurezcamos, podemos compensar esa furia mediante compasión. Tal vez estemos pletóricos de alegría, pero eso no nos impide empatizar con los que no lo están. Pero después de morir, eso cambia, y nos transformamos en un destilado de nuestros instintos más rudimentarios. En un solo deseo, tan poderoso que anula todos los demás.

—¿Como Lilith y su deseo de venganza?

Vera asintió.

—Hacia el final, tu madre se volvió como ella. Estaba obsesionada con protegerte, con imbuirte del poder y la libertad que ella había querido con desesperación, pero que jamás pudo alcanzar. Como si no hubiera vivido para nada más. Como si ya hubiese estado muerta.

Aquello explicaba la locura de Miriam. Los escritos y dibujos de su diario, su singular obsesión con el Bosque Oscuro y con las brujas que se escondían en él. Pero había algo que aún torturaba a Immanuelle y atizaba las llamas de su rabia.

—Si sabías todo eso... Si sabías que Lilith había manipulado y utilizado a mi madre, que la había enloquecido por medio de su rabia... ¿Cómo es que no hiciste nada para detenerla?

A Vera le costó responder.

—Porque en esa época... yo estaba tan enferma como ella. Había perdido a mi muchacho, lo vi arder en la hoguera con mis propios ojos, y sus chillidos me perseguían, igual que las brujas perseguían a tu madre. Pero no sabía que Miriam recurriría a las plagas, ni que haría recaer todo eso sobre tu cabeza.

Por un momento, Immanuelle pensó en todo ello en silencio. Aún no tenía claro si creer lo que le había dicho Vera.

—La cabaña donde lanzó el hechizo... ¿era tuya?

Vera asintió.

—En parte. Pero también te pertenece a ti. A lo largo de doce generaciones, las mujeres de la familia Ward practicaron allí su magia.

—¿Y es allí donde le enseñaste los saberes de las brujas? ¿La práctica de las artes oscuras?

—Yo no le enseñé nada a Miriam —replicó Vera con vehemencia—. Lo poco que sabía lo aprendió de Lilith y del propio Bosque Oscuro.

—Pero ¿cómo es que Lilith se molestó en ir a buscar a mi madre? Si no era más que una moza de granja desgarrada por el dolor, ¿cómo es que las brujas respondieron a su llamada?

—Es que no le respondieron —dijo Vera en voz baja—. Las brujas se le aparecieron tan solo porque te llevaba a ti en el vientre. Fue tu sangre,

al circular por las venas de Miriam, la que le dio poder para lanzar las maldiciones. Fuiste tú quien atrajo a las brujas.

El corazón de Immanuelle dio un vuelco. Por un momento fue como si se parara.

—No lo entiendo.

Entonces Vera le habló en voz muy baja, y por un brevísimo instante miró a Immanuelle con la misma ternura con que había contemplado el retrato de su propio hijo.

—Miriam era una moza de granja con el corazón roto, deseosa de venganza, y tenía un temperamento cruel. Y sí, ella trazó los sellos, orquestó las plagas. Pero el poder que utilizó provenía de ti. De una niña con sangre de brujas corriéndole por las venas. Un poder estaba naciendo y por ello pudo apropiárselo. Fuiste el vehículo perfecto.

Immanuelle se sentó, conmocionada. Trató de hablar y no lo consiguió. En su interior sabía que Vera le había dicho la verdad, pero un detalle la hizo pensar.

—Si para las brujas no soy más que un vehículo, ¿por qué me dieron el diario?

—Las brujas son, por encima de todo lo demás, evangelizadoras. Si no ¿cómo te crees que cuatro muchachas extranjeras habrían podido juntar ejércitos lo bastante numerosos como para hacer frente a las fuerzas de Bethel? ¿Cómo iban a sembrar las semillas de la discordia si no se hubieran ganado los corazones y las almas del rebaño de la Iglesia?

—Entonces ¿no trataban de engatusarme... lo que querían era adueñarse de mi alma?

Vera asintió.

—Te quieren a ti, Immanuelle... tu poder, tu potencial. Nada le gustaría tanto a Lilith como que te unieras a ella, como hermana y sierva del contubernio. Y escúchame bien: antes de que llegue el final, te harán una propuesta. Te invitarán a unirte a sus filas.

Immanuelle tomó en consideración la idea e imaginó lo que sería andar por los bosques en compañía de Lilith. No tendría que seguir luchando contra la tentación ni humillarse a los pies del Profeta. Viviría libre del Protocolo y del castigo... Podría ir por donde quisiera

y hacer lo que le apeteciese.

—¿Qué sucederá si rehúso su oferta?

—Entonces sufrirás el mismo fin que Bethel.

Immanuelle enderezó el cuerpo. Sus manos dejaron de temblar. Cuadró los hombros.

Por primera vez, miró a los ojos de Vera.

—¿Existe algún modo de detenerlas?

Vera asintió.

—Sí, sí existe. Un poderoso sello que redirija la energía de las plagas. Tienes que

inscribírtelo en el brazo con un cuchillo consagrado.

—¿Como una daga sagrada?

—Sí, pero solo la del Profeta. Verás, un sello poderoso tiene que trazarse con una poderosa herramienta. La hoja tiene que estar consagrada, imbuida con el poder que se obtiene mediante la plegaria o los hechizos. Tan solo existen unos pocos objetos de esa naturaleza en Bethel. Solo se me ocurren la daga sagrada del Profeta, el cuchillo sagrado de los sacrificios y la espada de David Ford, el primer santo de las cruzadas, que cuelga sobre el altar en la catedral del Profeta. Una punta de la cornamenta de Lilith también nos bastaría.

Sospecho que fue eso lo que utilizó tu madre para trazar los sellos en la cabaña.

—Entonces ¿todo lo que tengo que hacer es inscribirme el sello en el brazo con una hoja consagrada y todo terminará? ¿Se acabarán las plagas y todo volverá a ser como antes?

—No será tan fácil —respondió Vera con una sonrisa triste—. Cuando inscribas el sello, este hará que el poder de las plagas regrese a su lugar de origen: tú. Una vez lo hayas hecho, y si eres capaz de sobrevivir a semejante proeza, podrás usar el poder de las plagas como a ti te plazca.

Immanuelle paró un instante a imaginarlo: la pestilencia y la sangre, la oscuridad, y la matanza que aún no había llegado, serían como armas en sus manos. Con ellas tendría el poder necesario para poner

de rodillas a la Iglesia, salvarle la vida a Ezra y castigar al Profeta por sus pecados. Si quisiera, podría reinar sobre todo Bethel, y bajo su gobierno se acabarían las hogueras y las purificaciones. Las chicas jóvenes ya no deberían tenderse sobre el altar para que les hicieran las incisiones. Los habitantes de las Afueras ya no tendrían que vivir en la miseria. Con un poder como ese, podría arrasar la Iglesia del Profeta hasta sus mismos cimientos. Construir un nuevo Bethel.

—¿Cuál sería el coste? —preguntó, porque sabía que sería elevado. Si había aprendido algo hasta entonces era que el poder jamás se obtiene a cambio de nada.

—No sabemos qué coste tendría, ni cuándo lo pagarías. Pero sí debes saber que el precio de un poder como ese siempre es elevado. Podría cobrarse tu vida, igual que se cobró la de tu madre. Corroerte los huesos y extenderse por tu cuerpo como un cáncer. O quizá te manipularía los sentidos y te arrebataría la cordura a modo de compensación. Tal vez se lleve la vida de tu primogénito, o te vuelva estéril. La única certeza es que algún día te hará pagar por el poder que has conseguido.

—¿Y existe alguna cura para esas... aflicciones?

—Quizá, pero dependería por completo de cuál sea el mal que te aflija.

Immanuelle asintió para sí misma, después para Vera.

—Enséñame cómo hacerlo.

Vera se echó a reír. Su carcajada era áspera y fea, casi temible. Immanuelle vio que el horno que se hallaba al otro extremo de la cocina se había calentado tanto que se notaba en el aire la distorsión provocada por las ondas de calor, y la tetera que se hallaba sobre el fuego empezó a silbar. El agua hirviendo escapó por el pitón y siseó sobre los carbones.

—¿Qué es lo que te divierte tanto?

Vera se acomodó en la silla y se secó las lágrimas de los ojos.

—Que creas que te condenaré a un final como ese. —Su sonrisa se desvaneció, y de pronto la mujer se puso seria, hasta casi adoptar un tono de gravedad—. Hace demasiado

tiempo que Bethel lo carga todo sobre los hombros de muchachitas.

Yo ya perdí a mi chico.

No voy a permitir que sufras el mismo destino. Y todavía menos en un fútil intento de salvar un país que no merece salvación.

—Bethel aún alberga esperanza. Allí hay personas buenas, y si no las ayudo morirán cuando lleguen las plagas.

—Las buenas personas no agachan la cabeza, ni se muerden la lengua cuando otras personas buenas sufren. Las buenas personas no se hacen cómplices del mal.

—Allí hay niños —respondió Immanuelle, en un intento por hacérselo entender—.

Niñas pequeñas como mis hermanas, que no tienen culpa de nada de todo esto.

—Y lo siento por ellas. Sí, lo siento. Pero si sufren no es a causa de las brujas, ni de las plagas, ni de ti. Todo se debe a que sus padres, y los padres de sus padres, crearon este desastre. Quizá deberíais exigirles que respondieran por ello.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Quedarme aquí con las manos atadas? ¿Volverle la espalda a Bethel, mi hogar?

—Si ocurriera lo peor...

—Ocurrirá.

—Si ocurriera, entonces nos iríamos —dijo Vera—. Hay otros mundos además de este, Immanuelle.

—¿Te refieres a las ciudades paganas? ¿Valta, Hebron, Gall, y las demás?

—No solo ellas. El mundo es enorme y te mereces la oportunidad de verlo. Podríamos explorarlo juntas. Las tres. Somos una familia. —Vera tendió el brazo desde el otro lado de la mesa, le agarró la mano y se la estrechó—. Déjame que haga lo que debería haber hecho hace diecisiete años. Déjame que te lleve conmigo.

Era una oferta tentadora y unas semanas antes habría podido aceptarla. Pero Immanuelle había aprendido muchas cosas desde entonces.

—No puedo dar la espalda a Bethel, ni a mis seres queridos que están

allí.

—Eso es lo que tu padre dijo hace años sobre tu madre, y así fue como terminó en la hoguera. Si regresas, morirás allí, igual que él murió.

—Bethel es mi hogar. Si tengo que morir en algún sitio, que sea en Bethel. Pertenezco a ese lugar y no le daré la espalda, ni daré la espalda a las personas que me importan. —La muchacha apartó la mano—. Vine aquí en busca de una manera de arreglar esta situación, no para huir, como huiste tú.

Vera se estremeció ante aquel insulto.

—Immanuelle...

—Hazme un dibujo de ese sello. Enséñame cómo puedo poner fin a esto y no me hagas esperar. Por favor. Te lo ruego.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Pues entonces regresaré con las manos vacías y moriré sin pelear. De una manera u otra, volveré a Bethel. O regreso con un arma, con un medio para defenderme de la plaga y la Iglesia, o volveré indefensa a Bethel. Pero regresaré. Es mi obligación.

—El mundo de esas gentes no quiere a personas como tú. ¿No lo ves? No importará lo que hagas, ni lo buena que seas, aunque los salvaras de las fauces de la mismísima Madre.

Entre ellos siempre estarás marginada. No te ganarás nunca su favor ni su confianza.

—No lo hago por mí.

—Pero serás tú quien se sacrifique —le replicó Vera alzando la voz. Se recostó contra el respaldo de la silla y se pasó una mano por las trenzas mientras trataba de recobrar la compostura—. Vamos a suponer que te doy el sello. ¿Cómo quieres derrotar a cuatro de las brujas más poderosas que hayan pisado la tierra si te asustas solo con ver tu propia sombra?

—Yo no soy cobarde.

—Puede que no lo seas frente a ciertos peligros. De hecho, has venido hasta aquí tú sola. Te has adentrado en las tierras salvajes que se encuentran después de Bethel sin poder confiarte a una sola alma. Así

es como se forja la leyenda de una heroína... pero me pregunto si afrontarás con el mismo coraje los otros peligros que temes.

—¿Qué otros peligros?

—La condenación. La reprobación del Padre. El ridículo al que te sometería la Iglesia.

La pérdida de tu alma, tu virtud y tu buen nombre. —Vera iba contando con los dedos—. Y

quizá, más que nada, miedo a ti misma. Miedo de tu propio poder. Porque eso es lo que más te aterroriza, ¿verdad que sí? No el Profeta, ni la Iglesia, ni Lilith, ni las plagas, ni la ira del Padre... lo que más te asusta es tu propio poder. Por eso lo reprimes.

Immanuelle no sabía si Vera podía ser una especie de vidente, como Ezra, o como el padre de Ezra, o si su propia debilidad era tan manifiesta que quedaba a la vista de una persona que apenas la conocía. Pero se ruborizó, porque sentía vergüenza al verse expuesta con tanta facilidad.

La mirada de Vera se suavizó.

—Si quieres poner fin a esas plagas, tendrás que aceptarte a ti misma, aceptarte entera.

No solo según las virtudes que la Iglesia te ha enseñado a apreciar. También tus rasgos de maldad. Sobre todo, los rasgos de maldad. La rabia, la codicia, la lujuria, la tentación, el hambre, la violencia, la crueldad. Los sacrificios de sangre no sirven de mucho si no logras controlar el poder que te otorgan. Y si eres la mitad de fuerte de lo que pienso, ese poder será inmenso. Ya viste cómo tu madre sucumbió a él. —Vera dio un toque sobre el diario—.

Hacia el final, había perdido totalmente el juicio. Y cuando todo esté dicho y hecho...

también podrías perderlo tú. ¿Estás dispuesta de verdad a hacer ese sacrificio?

—Sí —respondió Immanuelle, sin pensarlo ni un instante—. Estoy dispuesta a poner fin a todo esto.

—Eres, en verdad, hija de tu madre —dijo Vera, y volvió del revés sobre la mesa el retrato de Daniel, tomó un trozo de grafito y esbozó

un pequeño sello que Immanuelle reconoció como marca de la maldición, pero con un pequeño cambio: una serie de líneas bifurcadas que habrían podido parecer flechas que partían el símbolo por la mitad—. Las plagas nacieron de tu sangre. Si trazas esta marca sobre tu brazo, volverán a ti.

—Si es que soy lo bastante fuerte como para acogerlas.

—Lo eres —le respondió Vera—. Tendrás que serlo.

Immanuelle había abierto los labios para responderle, pero calló de pronto al oír un grito de mujer. La muchacha y Vera se levantaron al instante. Sus sillas cayeron por el suelo.

Agarraron la lámpara que estaba sobre la mesa y salieron a la puerta. La oscuridad que había más allá era casi impenetrable. Tan solo se divisaban tres halos de luz. En los halos había hombres, ocho hombres, con lámparas y antorchas en alto. Todos vestían el uniforme de la

Guardia del Profeta. Dos de ellos habían agarrado a Sage y le retorcían los brazos tras la espalda, la obligaban a ponerse de rodillas, a pesar de sus patadas y forcejeos.

Uno de los guardias se acercó e Immanuelle lo reconoció a la pálida luz de la antorcha.

Era el medio hermano de Ezra, mayor que él. Saul. El oficial de ojos crueles a quien muchos consideraban hijo favorito del profeta. La muchacha vio, con horror, que llevaba al cuello la daga sagrada de Ezra. Un signo manifiesto de que lo había sustituido, o iba a sustituirlo como sucesor del Profeta.

—¡No!

Immanuelle echó a correr hacia él, hacia Sage, pero Vera la agarró por el brazo y la obligó a retroceder.

Cuatro de los guardias del Profeta alzaron sus rifles a la vez, con el dedo en el gatillo, pero Saul los detuvo con un gesto. Tenía los ojos puestos en Immanuelle.

—Bajad las armas. Llevaremos a la muchacha a Bethel sin que sufra ningún daño.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Me observa, sé que me observa. Siento su santo ojo sobre mí durante la noche, pero no le tengo miedo.

—¿Crees en las Escrituras de tu Padre y tu Profeta?

Las palabras del apóstol resonaron por las celdas y por el pasadizo de la mazmorra.

—Sí —respondió Immanuelle.

El apóstol Isaac se alisó las vestiduras. Era un hombre alto, de carnes enjutas, con una cabeza casi tan pálida y flaca como la de Lilith. Parecía tan solo medio humano, como si al despojarse de sus vestiduras hubiera podido andar entre las bestias del bosque sin que apenas se notara la diferencia. Sostenía en una mano las Sagradas Escrituras y en la otra una pequeña vela a la que ya le quedaba poca mecha.

—¿Y crees que el fuego del infierno recibe a quienes viven en contravención de la ley del Padre?

—Sí.

—¿Alguna vez en tu vida has transgredido la ley del Padre?

Immanuelle asintió.

—Sí, lo he hecho.

Habían pasado por lo menos diez días desde que la joven había regresado a Bethel, y más de diez desde que la Guardia del Profeta había asaltado el hogar de Vera, arrancado a la muchacha de los brazos de la única familia leal que le quedaba y llevado a Immanuelle a contrición. Pero la lóbrega negrura de las mazmorras del Refugio la hacían sentir como si llevara mucho más tiempo allí.

Immanuelle trataba de dormir para ayudar a pasar las horas, pero si no la despertaban sus pesadillas, lo hacían los alaridos de sus compañeras de encierro. Por el hedor de las aguas de cloaca, adivinaba que las celdas estaban abarrotadas de mujeres y niñas a las que se sometía a contrición por brujería. Había oído hablar a los guardias del Profeta sobre las redadas nocturnas que habían tenido lugar mientras la muchacha se hallaba en Ishmel.

Hablaban en susurros de niñitas a quienes habían arrancado de los brazos de sus madres, de hogares que habían allanado, de docenas de

mujeres que habían arrestado y escoltado hasta el Refugio en plena oscuridad. Por fin, la cólera del Profeta se había manifestado.

Immanuelle había pasado su encarcelamiento sin compañía, en una celda apartada de las demás. No había visto a nadie salvo al apóstol Isaac y a unos pocos de los guardias de menor rango del Profeta, que una vez al día —más o menos— metían un cuenco de agua y una hogaza de pan mohoso entre los barrotes de su celda. Por horrible que pueda parecer, aguardaba casi con ganas el interrogatorio diario, aunque tan solo fuera porque interrumpía aquel tedio que la enloquecía... y la soledad, que era aún peor. Cuando la dejaban sola

durante demasiadas horas, no era que el tiempo se volviera lento, sino que dejaba de transcurrir. Y era en ese extraño ensimismamiento intemporal, en el que los segundos parecían suspendidos en el letargo del infinito, cuando los pensamientos de Immanuelle se volvían oscuros. Aquello que moraba en su interior —el torbellino, el monstruo, la bruja—

cobraba vida.

Hacía que se sintiera peligrosa. Hacía que se sintiera... a punto.

Casi todas las piezas encajaban en su lugar. Disponía del sello de reversión y sabía qué herramienta necesitaba para trazarlo: la daga del Profeta. Tenía que apoderarse de ella, y no le resultaría fácil, dadas las circunstancias. Pero en cuanto tuviese el arma en la mano, le bastaría con trazar el sello.

El apóstol Isaac se le acercó aún más.

—Dime en qué has pecado.

Immanuelle regresó a sus primeros recuerdos. Estaba sentada sobre las rodillas de Abram, frente a un fuego, con el libro de las Sagradas Escrituras abierto sobre el regazo.

Recordó que había juntado sílabas hasta formar palabras, y que las palabras se habían transformado en frases, y que estas se habían convertido en salmos y narraciones. Apareció otro recuerdo, un día de verano, años atrás, en el que había chapoteado con Leah en las aguas bajas y enfangadas del río. Habían nadado en secreto. Recordó lo libre que se había sentido la primera vez que se había dejado llevar por la corriente.

Las cadenas de Immanuelle se deslizaron por el suelo de la celda. La

muchacha se había puesto en pie y encontraba su propia voz.

—He vivido libre... libre del Protocolo, de las Escrituras, de la ley del Profeta. Ese es mi único pecado.

El apóstol frunció el ceño.

—¿Esa es tu confesión?

—Sí.

—¿Y quieres quedar limpia de tu pecado?

Immanuelle levantó sus ojos hacia los del apóstol. La luz de la vela la hizo bizquear.

Pensó en mordazas, en cuchillos sacrificiales, en velos de novia y grilletes. Pensó en las muchachas a las que daban latigazos hasta que quedaban cubiertas de sangre porque se habían olvidado de abrocharse los botones de arriba del vestido. Pensó en las hogueras de purificación y en las mujeres que morían en ellas, chillando, y en las cabezas que se clavaban en la punta de los barrotes de la puerta del Refugio. Pensó en la mirada del Profeta recorriendo su propio cuerpo, en Leah, que se había retorcido y suplicado mientras los dolores de parto la atormentaban, hasta que la vida escapó de ella y no pudo chillar más.

Pensó en el sello de reversión, imaginó que se lo marcaba en la carne desnuda del antebrazo y que podía detener las plagas.

—No tengo pecados de los que deba quedar limpia.

Se hizo el silencio en la celda, salvo por el eco lejano de pisadas y por el rítmico goteo del agua que se filtraba en la esquina. Allí, muy por debajo de la superficie de la tierra, el agua tenía un sabor salado y metálico. La contaminación provocada por la maldición de la sangre no había desaparecido del todo.

El apóstol Isaac caminaba de un extremo a otro de la celda. Immanuelle se daba cuenta

de que todo aquello era un espectáculo: la manera como andaba, la forma en que predicaba las Escrituras y proclamaba los pecados de la muchacha. Quería plantar en ella el terror, como una semilla.

—Dicen que te metiste en el Bosque Oscuro. ¿Es verdad?

Immanuelle se recostó contra la húmeda piedra. Estaba demasiado débil para sostenerse en pie. El hambre la corroía por dentro, como una rata, y le costaba dejar de pensar en ella.

—Eso es cierto.

—Cuentan que hablaste con los demonios que moran en él.

Se oyó en el corredor el sonido de una puerta que se abría entre chirridos, los chillidos de una muchacha que suplicaba piedad.

—Sí, lo he hecho.

—Dicen que los demonios responden a tus llamadas.

—Solo a veces.

El apóstol se acercó a ella.

—Y esas criaturas... ¿qué nombres tienen?

—Ya los sabes —respondió Immanuelle—. Los pronunciáis en las fiestas y en los días de incisión. Les pegáis fuego en las celebraciones. Lilith, Delilah, Jael, Mercy.

El apóstol enarcó las cejas. La llama de la vela danzaba en el extremo de la mecha.

—¿Y fueron las brujas quienes te ordenaron que lanzaras las maldiciones? ¿Es su magia la que conjuras? —Immanuelle no respondió. La verdad importaba bien poco en aquellos interrogatorios —. Eres hija de Miriam Moore, ¿verdad?

—Sí.

—Miriam también entró en el Bosque Oscuro. ¿No es verdad?

—Sí, lo es.

Algo semejante al triunfo pasó por los ojos del apóstol.

—¿Y el dios al que rezas por la noche es el de tu madre? ¿Son sus bestias a las que llamas?

—Esas bestias no eran suyas. No pertenecen a nadie.

—Y sin embargo, te obedecen.

Immanuelle negó con la cabeza.

—No escuchan a nadie.

Al oírlo, el apóstol sonrió, como si ambos hubieran compartido un secreto obsceno. Se acercó aún más, arrastrando las botas por el suelo, y se agachó a su lado.

—Pero Ezra atiende a todos tus caprichos, ¿verdad?

Era la primera vez que Immanuelle oía hablar de él en un tiempo que podría haber sido de varias semanas. El sonido de su nombre bastó para llenarla con una embriagadora mezcla de miedo y esperanza. La muchacha habría querido preguntar si aún vivía, y en el caso de que aún viviera, cómo estaba, pero no se atrevió, porque temía cuál pudiera ser la respuesta del apóstol.

—Ezra siempre responde a tu llamada, ¿verdad que sí? —volvió a preguntarle el apóstol, molesto ante su silencio—. ¿Te ha prestado ayuda en tus planes?

Immanuelle no sabía qué responder. Si decía que no, cargaría con toda la

responsabilidad por las acusaciones que el apóstol arrojara contra ella. El castigo por sus crímenes sería la muerte por purificación, y si moría en la hoguera antes de que hubiera tenido la oportunidad de revertir las plagas, Bethel estaría condenada. Pero si respondía que sí, entenderían que Ezra era cómplice, o incluso culpable de las transgresiones de la muchacha. ¿Qué consideración se daría a semejante crimen? ¿Conspiración contra la Iglesia, quizá? ¿Traición religiosa? En el primer caso sufriría cincuenta latigazos, y en el segundo, la muerte.

Pero no podían ejecutar al futuro profeta, ¿verdad? ¿Osarían golpearlo en la espalda con el látigo? ¿O aún peor, mandarlo a la hoguera?

Una dolorosa quemadura sacó a Immanuelle de sus pensamientos. La muchacha gritó y apartó la mano.

El apóstol seguía frente a ella. Había inclinado la vela para que la cera caliente se derramara sobre la mano de la joven.

—Responde a la pregunta, chica.

Immanuelle eligió con cuidado las palabras al mismo tiempo que se

arrancaba trozos de cera del dorso de la mano.

—Ezra es amigo mío. Me escucha como suelen escuchar los amigos.

—¿Y cuál es la naturaleza de vuestra amistad?

—Me ha dado libros. Hemos hablado sobre poesía y sobre las Escrituras.

El apóstol se acercó a ella con una mueca burlona en el rostro. Cuando habló, la muchacha sintió su cálido aliento sobre la mejilla.

—¿Habéis yacido juntos?

Immanuelle se puso en tensión.

—No.

Immanuelle no tenía claro si el apóstol la había creído. Este se puso en pie y le dio la espalda. Fue hasta la puerta de la celda.

—Eres una muchacha enferma y llena de pecado, ¿lo sabías?

A pesar de los pesares, Immanuelle casi sonrió.

—Eso me han dicho.

El apóstol se dio la vuelta de pronto y volvió a inclinar la vela. La cera fundida salpicó las mejillas de Immanuelle y la muchacha se encogió. Fue todo lo que pudo hacer para no llorar. No quería darle ese placer.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo el apóstol, que se apartó para que Immanuelle pudiera ver bien el corredor. La luz de la vela iluminó el pasillo y un rostro familiar apareció tras los barrotes: Martha.

Vestía una capa de seda negra que solía reservar para los funerales. La capucha le caía sobre el rostro y le cubría de sombra los ojos.

—Hola, Immanuelle.

Al ver a su abuela, Immanuelle se puso en pie, y se encogió de tal manera contra la pared de la celda que las rugosidades de la piedra le arañaron la espalda.

—¿Qué quieres de mí?

—No es manera de saludar a la mujer que te crio —la regañó el

apóstol.

Immanuelle no apartaba los ojos de Martha. Retrocedió, acompañada por el sonido de

sus cadenas sobre el suelo.

—Ya no es familia mía.

Un viento húmedo entró por el corredor. La antorcha llameó y la vela de Martha se apagó.

—Yo solo quise ayudarte, Immanuelle.

—¿Ayudarme? Me traicionaste.

—Traté de salvarte de la mejor manera que pude.

—Me dijiste que me dejarías libre.

—Sí, te lo dije —asintió Martha, al tiempo que se acercaba—. Y eso es lo que he hecho. Por eso estás aquí, en contrición, para que quedes en libertad. Para que te liberes de tus pecados y alcances el perdón.

El apóstol Isaac frunció los labios en una mueca burlona. Se acercó a la puerta y le puso una mano en el hombro a Martha.

—Y así será, cuando confiese. El Profeta se asegurará de ello.

Martha tembló con tal violencia que la vela traqueteó en el candelero que llevaba en la mano. En un raro momento de debilidad, sus ojos se llenaron de lágrimas. Cuando por fin habló, no se dirigió al apóstol, sino a Immanuelle.

—Honor y Glory lloran de noche por ti. Anna está destrozada. La tristeza ha postrado a Abram de tal manera que a duras penas come. —Immanuelle cerró los ojos con fuerza porque no quería llorar. Su familia, y la ternura que sentía por todos ellos, habían sido siempre su gran debilidad. Martha lo sabía, quizá mejor que nadie—. Mañana, cuando vayas al juicio, tienes que confesar todos tus pecados. Reconoce tus culpas, para que te perdonen y puedas volver a casa con quienes te aman. Conmigo. Si estás dispuesta a hacerlo, no habremos perdido toda la esperanza.

Immanuelle se rio de su propuesta en su interior. Si Martha hubiera sabido lo que planeaba... si hubiera sabido qué sello quería trazar... si supiera lo que pensaba hacer, no habría sitio para ella en la mesa de

Abram. No habría sitio para ella en todo Bethel, salvo en la estaca de una hoguera de purificación. En cuanto tuviera una daga consagrada en la mano

—tanto si se trataba de la daga del Profeta como del cuchillo sacrificial— actuaría. Solo tenía que tomarse su tiempo.

—¿Y si me niego a arrepentirme?

Una lágrima resbaló por la mejilla de Martha.

—Entonces, que el Padre se apiade de tu alma.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

He confesado mis pecados y he hecho las paces con mi destino. Si me aguarda la hoguera, que se alcen las llamas. Estoy preparado.

Del juicio de Daniel Ward

Immanuelle despertó echada en la celda. Unos pasos que se acercaban la habían sacado de su sueño. Apoyó las manos sobre el suelo de ladrillo y se incorporó con torpeza. La puerta de la celda se abrió chirriando y la luz rojiza de la antorcha se reflejó en las paredes. El apóstol Isaac se hallaba en el umbral.

—Hoy te van a juzgar —le dijo a modo de saludo.

Immanuelle se alisó la falda sobre los muslos. Avanzó hacia el apóstol y sus cadenas traquetearon contra el suelo. Dos miembros de la Guardia del Profeta se adelantaron para cerrarle el paso, pero si el apóstol se sintió amenazado por ella no lo demostró de ningún modo. Alzó una mano nudosa e hizo un gesto para que los guardias se apartaran.

—Dejadla pasar.

Y la dejaron pasar. Uno de ellos la agarró por las cadenas. El otro acercó la antorcha a la parte baja de su espalda. La acercó tanto que Immanuelle temió que le prendiera fuego al vestido y muriera achicharrada antes de haber visto siquiera la pira.

—Que no se te ocurra hacer nada, bruja.

Los guardias tomaron un camino que Immanuelle no conocía y que los llevó a las partes más alejadas del Refugio. Dejaron atrás las paredes de ladrillo y siguieron por pasillos excavados en roca viva. Algunos de los corredores no eran más que largas cuevas de tierra compactada, donde el suelo era tan blando que a cada paso el frío barro se le metía entre los dedos de los pies.

Al cabo de un rato llegaron a una puerta al final de un corredor, un pasillo tan estrecho que los guardias tuvieron que pasar pegados a la pared. Immanuelle subió por una escalera empinada —poco más que tablones de madera encajados en la tierra compactada— y llegó a la puerta de hierro que se encontraba al final.

El más alto de los dos guardias se adelantó a abrirla y una fría racha de limpio aire nocturno saludó a Immanuelle. La muchacha respiró hondo y saboreó aquella frescura después de todo el tiempo que había pasado en las hediondas catacumbas bajo el Refugio del Profeta. Durante su detención había vivido momentos en los que llegó a pensar que no volvería a andar por los llanos. Y, sin embargo, se encontraba

en ellos. Aunque hubiera sido su última oportunidad de visitarlos antes de que llegara el final, le habría bastado. Una última noche para oír el viento entre los árboles, para sentir la hierba que se le metía entre los dedos de los pies... Para vivir.

Pero al escudriñar la interminable negrura, Immanuelle se dio cuenta de que los llanos ya no eran los prados alumbrados por la luna que recordaba.

Lo que se extendía frente a ella era la nada.

No brillaba ninguna luz aparte de la de las antorchas, y la lejana oscuridad era demasiado opaca como para ver a través de ella. En lo alto no había luna, ni estrellas. Parecía que la negrura hubiera engullido incluso las hogueras de purificación.

En cuanto sus ojos se hubieron acostumbrado a las sombras, vio figuras extrañas, de pesadilla, a pesar de la oscuridad. Vislumbró un rostro indescriptible, una niñita que se ahogaba en las profundidades, una sombra en forma de hombre que vibraba y se transformaba y hacía ademán de llamarla hacia la negrura señalándola con un dedo.

El guardia agarró las cadenas de Immanuelle y le dio un cruel tirón, la arrastró hacia delante, y las formas que la muchacha había distinguido en la negrura desaparecieron.

—¿Qué hora es? —preguntó, y fue como si la noche devorara sus palabras.

—Hace poco del mediodía —respondió el apóstol Isaac—. Dime, ¿cuál de las brujas te enseñó a arrojar una maldición tan poderosa? ¿O es que te prostituiste con la oscuridad para que te diera este poder?

Immanuelle tropezó en una rodera del camino y se golpeó un dedo del pie con una roca.

—No he arrojado ninguna maldición.

Al menos, no lo había hecho a propósito. El verdadero conjuro había sido obra de su madre. Immanuelle no era más que su portadora.

El guardia volvió a acercarle la antorcha a la espalda.

—Muérdete esa lengua mentirosa, bruja. Ya confesarás en el juicio.

La muchacha no cometió de nuevo el error de hablar.

Siguieron adelante. En la negrura, el tiempo pasaba de manera extraña, como si los segundos transcurrieran con mayor lentitud, pero Immanuelle terminó por ver luces a lo lejos. Tardó un momento en darse cuenta de lo grande que era la muchedumbre. Había docenas de personas reunidas al pie de la catedral. Empuñaban antorchas y atizaban el fuego de la pira. El fulgor iluminaba sus rasgos.

Los guardias precedieron a Immanuelle y al apóstol Isaac y abrieron un camino entre la multitud para que pudieran pasar. Cuando avanzaron entre el gentío, empezó una cantilena que sonaba como un himno, pero sin música: «Bruja. Puta. Bestia. Pecadora. Zorra. Hija de tu madre».

Immanuelle entró en la catedral. La luz la hizo entrecerrar los ojos. Había lámparas y antorchas encendidas en todos los soportes para expulsar las sombras que entraban por puertas y ventanas. Los bancos estaban repletos de gente que se había reunido para presenciar el juicio. Allí estaban las esposas del Profeta y las gentes del pueblo, e incluso unos pocos venidos de las Afueras.

Los siete apóstoles se hallaban de pie tras el altar, y para horror de Immanuelle los Moore se encontraban frente a ellos. Iban a sentarse en la primera fila de bancos. Anna estaba de pie, vestida de negro. Se cubría los ojos con un pañuelo húmedo y no quiso mirar a Immanuelle cuando pasaba. Al lado de Anna se encontraba Abram, con ojos enrojecidos e inexpresivos. La siguiente era Martha, ataviada con la misma capa negra que llevaba la noche que había visitado a Immanuelle en las catacumbas. Honor y Glory no estaban.

Seguramente aún no se habían recobrado del todo de la pestilencia.

—Adelante —le ordenó el guardia.

Immanuelle subió tambaleándose por los escalones de piedra del altar. Sus pies embarrados resbalaban. Se cayó sobre la escalinata y se hizo daño en las rodillas, y alguien se rio. El guardia le acercó la antorcha hasta pocos milímetros de los hombros y las llamas le chamuscaron la nuca.

—Sube de una vez. Estás dando un espectáculo.

Immanuelle se puso en pie y subió cojeando al altar. Los apóstoles se separaron para hacerle sitio. Una vez allí se quedó en pie frente a la comunidad, con la cabeza gacha y las manos unidas frente al cuerpo. Recordó que pocos meses antes, en un día muy distinto, Leah se había erguido en el mismo lugar, cuando la vida aún albergaba ciertas

alegrías.

Las puertas de la catedral se cerraron de golpe y lo único que pudo hacer Immanuelle fue contener las lágrimas. La imagen de la comunidad que tenía en los ojos se volvió borrosa y llegó a ver doble. Todos ellos la contemplaban con una misma mirada llena de muerte, con el mismo ceño y la misma expresión de desprecio. Entonces vio que votarían para enviarla a la hoguera de purificación, dijera lo que dijese. Ya lo tenían decidido. El juicio no era más que una formalidad. Había peleado con tanto ahínco para salvarlos a todos de las plagas de Lilith, y ellos tan solo querían verla arder. Vera había tenido razón... no podría hacer nada para ganarse su favor. Pero de todos modos tenía que salvarlos. Y para lograrlo, debería probar su propia inocencia. Porque si la declaraban culpable y la condenaban a la hoguera de purificación como castigo por sus pecados, no podría trazar el sello de reversión.

Por la supervivencia de Bethel, y por la suya propia, tendría que defender su inocencia.

El Profeta apareció al fondo de la catedral y avanzó tambaleándose por el pasillo central. Cada pocos pasos tenía que detenerse para apoyarse en el respaldo de un banco y tomar aliento. Al cabo de un largo y penoso camino hasta el altar, se volvió para dirigirse a su rebaño:

—Estamos aquí reunidos para juzgar a Immanuelle Moore, acusada de brujería, asesinato, hechicería, robo, prostitución y traición religiosa contra la Iglesia del Padre Bueno.

—La comunidad la abucheó—. Hoy oiremos su confesión. No la juzgaremos de acuerdo con las pasiones de nuestro corazón, sino según las leyes del Padre y las Sagradas Escrituras.

Solo así podrá hallar verdadero perdón. Que empiece el juicio.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Si conserváis algún honor, algún rasgo de gentileza o decencia, dejadla con vida. Por favor, dejadla con vida.

La confesión final de Daniel Ward

El primer testigo que salió a declarar fue Abram Moore. Se acercó con

pasos tambaleantes, apoyándose en el bastón. Anduvo renqueando hasta la sombra del altar con el rostro hecho una estampa de dolor.

Immanuelle no había esperado que la mirara a los ojos, pero lo hizo.

—He acudido a testificar... en nombre de mí mismo y... de mi esposa, Martha Moore.

Immanuelle es mi nieta... hija de Miriam Moore, que murió el... día en que nació Immanuelle. No tenía padre, y por eso... la crie... como si hubiera sido mía. Lleva... mi apellido.

—¿La criaste para que fuera lo que es? —preguntó el apóstol Isaac, al tiempo que se acercaba al altar. Era el apóstol que había reemplazado a Abram después de que Miriam lo deshonrara, e Immanuelle no pudo evitar preguntarse si aprovecharía la oportunidad para derrotar una vez más a su rival.

—La crie en el... temor del Padre —dijo Abram—. Y... creo que vive en el temor del Padre. —Se oyó un grito de protesta colectivo, pero Abram no calló—. No es más que... una niña.

El apóstol Isaac avanzó hasta el borde del altar. Contempló a Abram con una mirada tan llena de desprecio que Immanuelle se estremeció.

Pero Abram no se arredró.

—Quisiera recordarte las palabras de nuestras Sagradas Escrituras —dijo el apóstol, hablando muy despacio, como si pensara que Abram era corto de entendederas—. «La sangre engendra la sangre. Ese es el precio del pecado.»

—Conozco las Escrituras... del Padre. Y sé que... se ofrece clemencia a quienes no tienen sana la mente... o el corazón.

—Está sana —le replicó el apóstol—. Hemos sostenido largas conversaciones.

—La muchacha padece... la enfermedad de su madre.

—La única enfermedad de su madre era la brujería.

La muchedumbre respondió con aplausos. Los hombres que se hallaban al final de los congregados levantaron los puños en dirección al techo y pidieron a gritos sangre y hoguera.

—El pecado puede ser una dolencia... una dolencia como cualquier

otra —respondió Abram. Se volvió para dirigirse al rebaño—: El pecado ha caído sobre nosotros en la forma...

de estas plagas, y sin embargo... no nos castigamos a nosotros mismos. No nos damos... con el látigo... en nuestras propias espaldas.

El apóstol Isaac lo interrumpió.

—Porque la culpa no es nuestra. Nosotros somos las víctimas de esta maldad. Pero esa muchacha —señaló a Immanuelle con un dedo tembloroso— es su origen. Es una bruja. Fue ella quien conjuró las maldiciones que han asolado estas tierras, ¿y aun así quieres que ande libre entre nosotros? ¿Quieres que la soltemos?

—Yo no la soltaría... aquí —respondió Abram—. La liberaría... en las tierras salvajes.

Desterradla de Bethel. Que viva... su propia vida al otro lado del muro.

El apóstol Isaac abrió los labios para contradecirlo, pero el Profeta levantó la mano para imponer silencio. Se adelantó al apóstol y al pasar por su lado lo rozó como si no hubiera sido más que una cortina.

—Gracias por tu testimonio, hermano Abram. Aceptamos con agradecimiento tu verdad.

Mientras Abram arrastraba los pies hacia su asiento, el Profeta dirigió su mirada al pueblo y escudriñó a lo largo de los bancos.

—¿Alguien más quiere ofrecer su testimonio?

Una voz pequeña y frágil se hizo oír al final de la catedral.

—Sí.

Immanuelle tardó un instante en reconocer a la muchacha que se acercaba cojeando, cargada de cadenas y flanqueada por dos de los guardias del Profeta.

La contrición no le había sentado bien a Judith. Parecía un cadáver.

Le habían dejado sus rizos de color caoba —que en otro tiempo le llegaban a la cintura

— cortos como los de un muchacho y mugrientos. Estaba delgada como un muerto, y sucia, y vestía un corpiño con desgarrones y faldas

manchadas de sangre. A pesar del frío, no llevaba zapatos, ni un chal sobre los hombros. Tenía los labios partidos y le empezaron a sangrar cuando habló:

—Quiero hacer una confesión.

El Profeta asintió.

—Proclama tu verdad, hija mía.

Judith se detuvo junto al borde del altar, con la cabeza gacha, aunque siguió de cara al rebaño. Se retorcía las manos y sus cadenas traqueteaban, y entonces levantó el rostro hacia el Profeta, como si aguardara algún tipo de señal. Cuando por fin abrió los labios, habló con voz monótona y sin vida, como si estuviera recitando una catequesis, o las Sagradas Escrituras.

—Immanuelle Moore ha desafiado el Sagrado Protocolo. Ha arrojado sus hechizos y obrado sus maldades contra los hombres y mujeres de esta Iglesia.

El Profeta la observó con rostro inexpresivo.

—¿Y qué pruebas tienes de que la acusada haya cometido tales crímenes?

—Sus propias palabras —respondió Judith con voz temblorosa. Vaciló unos instantes, como si tratara de recordar qué le habían ordenado que dijera—. Hace semanas, en Sabbath, Immanuelle explicó que le gustaba pasear por el bosque en compañía de diablos y bailar desnuda a la luz de la luna junto con las brujas.

Se oyó un coro de exclamaciones. Todos llevaron la mano a sus dagas sagradas y murmuraron plegarias.

Judith miró de nuevo al Profeta, e Immanuelle se dio cuenta de que este le respondía

con un levísimo asentimiento. La joven se volvió de nuevo hacia la comunidad y se puso a hablar con voz atropellada:

—Cuando Immanuelle dijo esas palabras, Ezra Chambers se echó a reír como si no pudiera parar. Todo su cuerpo se agarrotó, como ocurre con los enfermos cuando sufren la fiebre que esa muchacha ha arrojado sobre nosotros. Sedujo a Ezra —dijo Judith, y levantó los ojos hacia el Profeta—. Hechizó a tu hijo, y lo hizo con la magia de la

Madre Oscura. Así que ya lo ves, él no tuvo ninguna culpa. Immanuelle lo obligó a pecar.

—No lo hice —respondió Immanuelle, que hablaba por primera vez desde que había empezado el juicio—. Jamás le haría ningún daño a Ezra. Puedo poner la mano sobre las Escrituras y jurarlo por los huesos de mi madre.

—No queda ningún hueso de tu madre sobre el que puedas jurar —replicó el apóstol Isaac en voz baja y ponzoñosa—. El cadáver de tu madre ardió en la hoguera. Lo único que queda de esa bruja son las cenizas.

—Gracias sean dadas —proclamó el rebaño de fieles.

Una vez más, el Profeta alzó la mano para pedir silencio.

—Gracias por tu confesión.

Judith abrió la boca como para decir algo más, pero una mirada de su esposo bastó para silenciarla. Con la cabeza baja, regresó con los guardias, que la sujetaron por los brazos.

Mientras se la llevaban de la iglesia, se puso a llorar en silencio.

El Profeta calló unos momentos. La luz parpadeante de las antorchas iluminaba su seria expresión. Por fin, habló:

—Querría llamar a mi hijo, Ezra Chambers, para que dé testimonio sobre las afirmaciones de la última testigo. —Immanuelle sintió que el corazón se le helaba en el pecho—. Traed a mi hijo al altar.

En respuesta a su orden, las puertas de la catedral se abrieron chirriando y dos guardias emergieron de la oscuridad. Ezra caminaba entre ambos. Parecía que le hubieran pegado una paliza. Tenía una costra de sangre seca bajo la nariz y unas bolsas oscuras como moretones bajo los ojos. A través de la delgada tela de su camisa, Immanuelle distinguió las vendas sucias que le envolvían el pecho, y que habrían tenido que cambiarse con urgencia.

Ezra anduvo cojeando a lo largo del pasillo y se apoyó con ambas manos sobre el altar.

Respiraba con aliento entrecortado. Sus nudillos se hallaban a pocos centímetros de las yemas de los dedos de Immanuelle, y la muchacha habría querido, por encima de todo, poder darle la mano. Pero no osó

moverse.

Aquel giro de los acontecimientos podía echar a perder el plan de la joven. Si hacían que Ezra testificara contra ella, si usaban su inocencia como prueba de la culpabilidad de la muchacha, ¿cómo podría Immanuelle limpiar su propio nombre sin condenarlo a él?

El Profeta se plantó frente al altar y clavó la mirada en su hijo.

—¿Es verdad que estuviste en compañía de la acusada en el decimoquinto Sabbath del año de la Siega?

Ezra cambió de postura. Se movió de tal modo que se le subió la manga y quedó al descubierto un moretón que le rodeaba todo el antebrazo, idéntico a los que Immanuelle tenía en las muñecas y los tobillos. Las marcas de las cadenas y los grilletes.

—Sí, estuve.

—¿Y es verdad que ese día Immanuelle habló de sus tratos con diablos?

Ezra sufrió un leve temblor en las manos. Cerró los puños con fuerza.

—Ese día, muchas personas hablaron de muchas cosas.

—Pero ¿recuerdas sus palabras?

—No las recuerdo.

El Profeta ocultó las manos en los pliegues de su túnica.

—La acusada ha dicho que te considera amigo. ¿Es cierto?

Ezra titubeó. Immanuelle no le habría reprochado que lo negara. Todo hombre inteligente y que quisiera seguir con vida lo habría hecho. El muchacho aún estaba a tiempo de salvarse.

—Es verdad. Immanuelle es amiga mía, una amiga leal.

Al oír esas palabras, Immanuelle ahogó un sollozo, y Ezra debió de oírlo, porque le acercó la mano unos pocos milímetros y la muchacha sintió la calidez de sus nudillos en las yemas de los dedos. Por primera vez, Ezra volvió los ojos hacia ella.

«Todo irá bien», parecía decirle con la mirada. Las mismas palabras que le había susurrado al oído la noche de la muerte de Leah. «Todo

va a ir bien.»

El Profeta anduvo en torno a ambos. Estaba cerca, tan cerca que si Immanuelle hubiera alargado la mano habría podido agarrar su daga sagrada por el puño. Sintió la tentación de hacerlo, de arrebatarle el arma y de inscribirse el sello en el brazo en aquel mismo momento y lugar. Pero sabía que, si lo intentaba, los guardias del Profeta la matarían de un disparo.

No, sería mejor esperar. La matanza aún no había llegado. Aún le quedaba tiempo.

El Profeta se agachó al lado de su hijo.

—Dime, ¿qué relación tienes con la acusada? ¿De qué naturaleza es vuestra afinidad?

Ezra tragó saliva con fuerza y volvió los ojos hacia su padre. Irguió los hombros, como si estuviera buscando la fuerza que necesitaba para hablar.

—Soy culpable de todos los cargos de los que se me acusa. Pero Immanuelle es inocente. Todos los pecados y crímenes que pueda haber cometido los cometió por orden mía, y tan solo mía.

La comunidad exhaló un gemido fuerte, espantoso. Muchos se echaron a llorar sin ningún recato. Otros se rasgaron las vestiduras. Los niños se refugiaban en las faldas de sus madres, y algunos de los hombres más piadosos se arrodillaron para rezar.

El sucesor los había traicionado.

El Profeta se acercó poco a poco al altar, arrastrando sus ropajes tras de sí.

—Entonces, ¿estás diciendo que tú atrajiste a Immanuelle Moore a la maldad? ¿Que tú suscitaste dicha maldad? —Se volvió y señaló a su hijo con un dedo acusador—. ¿Todas estas plagas han caído sobre nosotros por tu culpa?

Ezra asintió. Sus hombros se agitaron visiblemente bajo la camisa y apoyó todo su peso contra el altar.

—Sí. Así es.

—Y manipulaste su poder para hacerte con el título de profeta, lo que

te hace ser un hereje. Un falso profeta.

No era una pregunta, pero Ezra respondió de todos modos.

—Sí.

Su confesión suscitó un rugido de protesta. La desesperación se transformó en perplejidad, y la perplejidad en furia. La multitud abucheaba, trataba de acercarse, pateaba contra el suelo y gritaba. Los ecos de sus bramidos resonaban en las paredes. En esta ocasión, el Profeta los dejó aullar.

—¡No! —gritó Immanuelle, pero nadie oyó su voz en medio del tumulto. En aquel momento no pensaba ya en su propia inocencia o culpa. No pensaba en el sello de reversión, ni en Bethel, ni en controlar el poder de las plagas. Ya solo pensaba en Ezra y en el grave peligro que corría a causa de la falsa confesión.

—¡Miente! ¡No es verdad! —gritó él con desesperación.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra de protesta, miembros de la Guardia del Profeta se arrojaron sobre Ezra para prenderlo. Lo sujetaron por los brazos y lo arrastraron hacia las puertas de la catedral.

—Gracias por tu confesión —dijo el Profeta—. Se suspende el juicio.

—— ✣ ——

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

A veces pienso que me ama. No sin egoísmos, como me amas tú, sino con una especie de avidez. Ese amor encierra poder, pero también malicia. A menudo me pregunto qué será de mí cuando esa malicia se manifieste.

De las cartas de Miriam Moore

Un chorro de agua fría y una patada en las costillas despertaron a Immanuelle.

—¡Levanta!

La muchacha se estremeció, abrió los ojos y contempló al guardia que se erguía frente a ella. Este, como el resto de sirvientes que habían acudido a su celda para interrogarla y atormentarla, llevaba una máscara sobre la boca, como si temiera contaminarse con la maldad de la muchacha al respirar su aliento. Sostenía una lámpara de

queroseno tan brillante que Immanuelle tuvo que entrecerrar los ojos para evitar que la cegara.

Sin decir palabra, se obligó a sí misma a levantarse del frío suelo de piedra y se puso en pie.

El guardia le dejó los grilletes puestos mientras andaban por los corredores del Refugio. Immanuelle trató de memorizar el camino —«dos a la izquierda, una a la derecha, tres veces a la izquierda, cuatro a la derecha, pausa frente a la puerta de hierro»—, pero de nada le sirvió. La oscuridad le impedía distinguir un corredor del siguiente.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, disgustada por el temblor de su propia voz.

El guardia no le respondió. Siguieron adelante.

Mientras caminaban, los pensamientos de Immanuelle se alejaron de allí, y la muchacha tuvo que concentrarse, ya no para memorizar el camino, sino simplemente para sostenerse en pie. La cabeza se le iba y las piernas le flaqueaban. Se puso a temblar, y no tenía claro si por miedo, o por hambre, o por ambos motivos.

Mientras andaban por los corredores, Immanuelle pensó en Ezra, en su falsa confesión, en su sacrificio, en todo lo que había dicho y hecho para protegerla. Había sido el gesto de un necio. El joven tenía que ser consciente de lo que había hecho. La muchacha se había condenado en el mismo instante en el que abandonó la casa de los Moore. Pero, a pesar de todo, Ezra había tratado de salvarla, había mentido bajo juramento sacro y entregado su propia herencia, su libertad, su vida, a cambio de las de Immanuelle. Era un enorme sacrificio y la muchacha se lo agradecía. Solo le quedaba la esperanza de poder decírselo antes del final, si la suerte aún la acompañaba.

Al cabo de una larga y silenciosa caminata por el Refugio, el guardia la llevó por un corredor vacío. Al final había una puerta de madera tan grande que ocupaba toda la pared.

Cuando ya estaban cerca, se abrió, y Esther emergió de una sala a oscuras. Estaba despeinada, con las faldas arrugadas y los lazos del corpiño mal anudados. El cabello le caía en desorden sobre los hombros y tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Pasó por el lado de

la muchacha y del guardia, y dirigió a Immanuelle tal mirada de repugnancia que esta sintió un escalofrío por toda la espalda.

El guardia tiró de las cadenas de Immanuelle y la obligó a avanzar mientras Esther desaparecía en la penumbra del corredor. El guardia dio a la muchacha un golpe violento entre los hombros para que cruzara la puerta, y una vez hubo atravesado el umbral, esta se cerró de golpe a su espalda.

Immanuelle se quedó cerca de la entrada, demasiado asustada para moverse. Escudriñó la sala en la que se encontraba. En el centro de la pared opuesta había una cama. Su tamaño habría bastado para acoger a cinco personas. Estaba montada en un gigantesco marco de hierro forjado, sorprendentemente parecido en técnica y estilo a la puerta principal del Refugio. Sobre ella colgaba una espada grande, herrumbrosa. Se veía tan vieja que Immanuelle no se habría sorprendido de que su dueño original hubiera sido uno de los cruzados de la Guerra Santa. A ambos lados del arma había ventanas desde las que se habría podido contemplar lo que Immanuelle imaginó que debían de ser los llanos, pero estaba demasiado oscuro como para ver unos milímetros más allá del alféizar.

—Qué bien que hayas venido.

Immanuelle se sobresaltó y se dio la vuelta, y vio a un hombre sentado en el extremo opuesto de la sala, encorvado sobre un pequeño escritorio. Más allá del círculo de luz de la lámpara de queroseno, la estancia se hallaba a oscuras, e Immanuelle no lo reconoció hasta que sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra.

El Profeta.

Y comprendió que aquellos debían de ser sus aposentos privados.

Al cabo de un largo silencio, el Profeta apartó los ojos del papel y la contempló. A la luz de la vela que parpadeaba en su escritorio, la muchacha vio la cicatriz que le atravesaba el cuello por un lado.

—Suelen rapar a las muchachas que entran en contrición. Los guardias las esquilan para librarse de los piojos, pero les pedí que a ti no te lo hicieran.

Contempló a la joven con mirada expectante, como si hubiera esperado su agradecimiento.

Immanuelle no dijo nada.

—¿Sabes por qué te he hecho venir aquí?

Immanuelle se acordó de lo que le había contado Leah, de que el Profeta había abusado de ella, se había aprovechado de su inocencia cuando no era más que una niña que hacía penitencia. Acalló sus miedos y negó con la cabeza.

El Profeta hundió la pluma en el tintero y escribió algo al final de la carta.

—A ver si lo adivinas.

—N... no lo sé.

El hombre frunció el ceño.

—Me habían contado que eras una chica con mucha imaginación. Me defrauda que no sepas qué decir.

—Estoy fatigada, señor.

—¿Fatigada? —El Profeta enarcó una ceja—. ¿Tú tienes idea de la hora que es?

Immanuelle miró por la ventana a la negrura de los remotos llanos. Hizo que no con la

cabeza.

—Es mediodía —dijo el Profeta—. El sol no ha salido desde la noche en que mis guardias te dieron caza. Hay quien cree que no volverá a salir. —La escudriñó con la mirada, de la cabeza a los pies, e Immanuelle se preguntó a cuántas muchachas habría hecho daño en aquella estancia—. Cuesta creerlo, ahora que te tengo delante de mí. Una moza con poder para oscurecer el sol, apagar las estrellas... por mero capricho.

—Yo no he provocado las plagas.

Los ojos del Profeta centellearon. Se agachó para abrir uno de los cajones del escritorio y sacó el diario de Miriam.

—Pues entonces, dime, ¿qué hace una muchacha inocente con un libro de brujería?

Immanuelle vio borroso el libro y luego lo vio doble, y la estancia empezó a dar vueltas. Las rodillas le fallaron y retrocedió como un metro de distancia, y se tambaleó hasta que por fin pudo agarrarse a uno de los pilares de la cama.

El Profeta se volvió de nuevo hacia la carta que estaba escribiendo. Immanuelle se dio cuenta de que llevaba al cuello la daga sagrada, el arma que necesitaba para trazar el sello de reversión. Si pudiese acercarse a él y arrebatársela...

—¿No te dan de comer ahí abajo?

Immanuelle se sobresaltó y apartó los ojos de la daga.

—Solo en los días buenos.

El Profeta señaló el pequeño cuenco con frutas que se hallaba en la esquina de su escritorio.

—Come.

Immanuelle estaba demasiado hambrienta para perder tiempo con recelos. Se acercó al escritorio con pasos torpes y agarró una manzana del cuenco. La devoró en unos segundos y luego se limpió la boca con el dorso de la otra mano.

—Mañana te condenarán a muerte —dijo el Profeta con aire despreocupado—. ¿El apóstol Isaac te lo ha explicado?

La muchacha sintió que se le retorcía el estómago y percibió el sabor de la manzana en el fondo de la garganta.

—No.

—Pues entonces considéralo una advertencia. Mañana por la mañana te sentenciarán a morir en la hoguera por traición religiosa. Ezra recibirá la misma condena cuando finalice su juicio.

Entonces se calló y acabó la carta. No escribía con mano firme, e Immanuelle se dio cuenta de que sujetaba mal la pluma. La sostenía entre el pulgar y el anular. Los nudillos se le doblaban en ángulos extraños y casi parecía que se los hubiera roto.

—Pero, a pesar de las advertencias de mis apóstoles y de la Iglesia, creo que me mostraré clemente. Quiero salvarte. —Volvió los ojos hacia ella y le aclaró—: Quiero salvaros a los dos.

Immanuelle no osaba hacerse esperanzas. Todavía no. Debía de haber alguna trampa.

Siempre había una trampa.

—¿Y por qué?

El Profeta no le respondió. Lo que hizo fue apartarse de la mesa. Las patas de la silla

rechinaron contra el suelo. Al ponerse en pie, sufrió una violenta tos y gotas de sangre le mancharon la camisa y salpicaron el entablado del suelo.

Immanuelle sabía suficiente como para entender que aquella tos no era de las que se curan. No era una gripe pasajera, ni el frío que se mete en los pulmones al cambiar las estaciones. No, aquellas toses sin resuello eran los jadeos de un moribundo.

Cuando el acceso terminó, el Profeta se limpió la boca con el dorso de la mano y se acercó a la joven. Se le acercó tanto que Immanuelle reconoció el olor a sangre en su aliento.

—Lo haré porque te aprecio, Immanuelle. Y porque pienso que, con tiempo y penitencia, podríamos ayudarnos mutuamente.

El arma consagrada se hallaba a pocos centímetros de la mano de Immanuelle.

—¿De qué manera?

El Profeta se miró las manos. Cuando bajó la cabeza, la muchacha vio el extremo de su cicatriz, que se asomaba sobre el cuello de la camisa.

—De manera santa, a través del vínculo del matrimonio. Si mi sello está inscrito en ti, quedarás exenta de todo castigo al que te condenen en el juicio. Se te perdonará la vida.

Era una extraña oferta, dada la situación del Profeta. ¿Qué interés podía tener un moribundo en tomarla en matrimonio? Immanuelle no creía que sobreviviera más que unos pocos meses, tal vez un año, dada la rapidez del ascenso de Ezra. A menos que... quisiera frustrar la sucesión. Se le ocurrió una idea horrible: ¿Y si el verdadero plan del Profeta consistía en acabar con la vida de Ezra para prolongar su propio reinado? ¿Y si pretendía ejecutar a su propio hijo?

La consternación debió de pintarse en el rostro de Immanuelle, porque el Profeta le dirigió una sonrisa tranquilizadora, que tal vez la habría reconfortado de no ser por la dureza de sus ojos.

—Vamos, no te asustes. Casarse con un profeta no es el peor de los

destinos. Aquí, en el Refugio, podrías vivir una larga vida sin peligro. No conocerías el dolor de las llamas. Mi sello te absolvería por completo y serías libre para empezar de nuevo.

Entonces la muchacha tuvo una idea, tan astuta como repulsiva. ¿Y si le seguía la corriente al Profeta, se prestaba a seguirlo al altar, permitía que le inscribiera el sello en la frente y la tomara como esposa? Aquella misma noche cumpliría sus obligaciones de esposa en el lecho nupcial, y cuando terminaran, el Profeta estaría fatigado, de bruces sobre la cama, e Immanuelle tendría una ocasión inmejorable para arrebatarle su daga sagrada, marcarse en el brazo el sello de reversión e invocar el poder de las plagas. Si lo conseguía, no importarían las intenciones del Profeta, ni lo que quisiera hacerle a Ezra. Bastaría con que actuara antes que él.

—¿Y qué será de Ezra? ¿Has dicho que también serás misericordioso con él?

Al oír el nombre de su hijo, el Profeta contrajo nerviosamente un párpado.

—Sí, lo he dicho, y soy hombre de palabra. En cuanto te hayan hecho la incisión, Ezra será absuelto de sus crímenes.

Eso significaba que el Profeta no pondría en marcha su plan hasta después de que le hicieran la incisión a Immanuelle. Por lo tanto, tenía tiempo.

—Así pues, ¿vas a dejarlo en libertad?

—¿En libertad? —El Profeta resopló con desprecio, casi se rio—. Eso no puedo

hacerlo. Ezra es mi sucesor, ha sido apóstol, y se había comprometido con la Iglesia. Ha roto ese compromiso al dar la espalda a su fe para ayudarte. Eso es un acto de traición religiosa.

Y la traición religiosa comportaba la pena de muerte en la hoguera de purificación.

—¿Hasta qué punto podremos contar con tu misericordia si no acepto tu oferta?

La mirada del Profeta se ensombreció.

—No podréis contar con ella en absoluto.

La rabia bullía en lo más hondo del estómago de Immanuelle. Apretó los puños.

Prácticamente la estaba obligando a ir cargada de cadenas al altar. O se casaba con el Profeta, o Ezra y ella misma arderían en la hoguera. No había otra alternativa.

—Qué mirada tan penetrante —dijo el Profeta con sonrisa burlona—. Cuando me miras así me la recuerdas.

—¿A quién te recuerdo?

—A tu abuela. Vera Ward. ¿Sabes que, después de tu arresto en Ishmel, te siguió a caballo hasta la Puerta Consagrada? Cuando llegó, estaba tan derrengada que su arresto fue una obra de misericordia.

—¿Vera está aquí? —susurró Immanuelle horrorizada.

—En carne y hueso, desde hace una semana.

—¿Qué quieres de ella?

—Esa mujer es de Bethel —respondió el Profeta—. El sello sagrado está inscrito entre sus cejas. Tengo la obligación de guiar de nuevo su alma hasta la luz del Padre, y no será una tarea fácil, si tenemos en cuenta todo el tiempo que ha vivido en las tinieblas. Además, me compadezco de ella, me compadezco de verdad. Imagínate: para empezar, la pobre mujer tuvo que ver a su propio hijo ardiendo en la hoguera. Ahora, diecisiete años más tarde, parece que su nieta, la última persona de su sangre que aún vive, compartirá el mismo destino. Es una tragedia terrible.

Immanuelle no podía respirar. No podía hablar. Había pasado tanto tiempo persiguiendo a bestias y diablos, convencida de que la maldad empezaba y terminaba en ellos... Qué necia había sido. La verdadera maldad no acechaba en los parajes recónditos del Bosque Oscuro. No residía en Lilith ni en su contubernio, ni siquiera en las maldiciones que arrojaban.

Entonces Immanuelle se dio cuenta de que la verdadera maldad se ocultaba bajo la piel de los hombres buenos. Recitaban plegarias, no maldiciones. Fingían misericordia donde tan solo había malicia. Estudiaban las Escrituras tan solo para escupir mentiras. Lilith lo sabía, y Miriam lo supo también. Por ello, habían lanzado sus maldiciones e invocado las plagas.

Habían tratado de arreglar las cosas a su propia y retorcida manera, poner fin a la maldad que había empezado con el Profeta y con todos los profetas que habían reinado antes que él.

—Pondré fin a esto —dijo Immanuelle, sin ni siquiera saber si era posible—. Si nos perdonas a Ezra y a mí, si nos permites abandonar Bethel con mi abuela, encontraré una manera de poner fin a las plagas. Dejaré que todos vosotros viváis en paz.

—Me había parecido oír que no controlabas las plagas.

—No, solo te he dicho que no las invoqué yo. No es lo mismo.

El Profeta la contempló un instante y después volvió a su escritorio. Se sentó, firmó al final de la carta, sopló sobre la tinta para secarla y la metió dentro de un sobre. Inclinó la vela

y dejó caer una gota de cera en la solapa del sobre, sacó la daga que hasta entonces había llevado oculta bajo la camisa y presionó el pomo de la empuñadura sobre la cera para que tomara la forma del sello sagrado.

—Una solución apresurada no me interesa, Immanuelle. No te creas que ahora vendré gateando hacia ti y te rogaré que retires las plagas. La cosa no funciona así, ni es eso lo que el Padre exige. Si encontramos una manera de detener las plagas, no será porque profundicemos en las tinieblas.

—Entonces, ¿cómo piensas lograrlo? ¿Crees que, por hacerme la incisión, o por meter en la cárcel a tu hijo, vas a cambiar algo? ¿Tú te crees que a Lilith y a sus brujas eso les importa un comino?

—No, no lo creo —respondió el Profeta sin alterarse—. Por eso, si la plaga continúa, estoy dispuesto a arrasar el Bosque Oscuro hasta que tan solo queden piedras y ceniza.

Encenderé tales hogueras que en comparación las santas purificaciones de David Ford parecerán un fuego de chimenea. De una manera u otra, Bethel triunfará, y el Padre se cobrará Su expiación.

Immanuelle cerró los puños.

—Si lo que buscas es expiación, si eso es lo que de verdad exige el Padre, ¿por qué no empiezas contigo mismo?

Fuera sonó un trueno y pareció que la oscuridad se volviera más

compacta y tratara de atravesar los cristales de las ventanas.

—¿Qué es lo que tengo que expiar?

—Creo que ya lo sabes.

—Jamás he pretendido ser perfecto, Immanuelle. Todos nosotros cometemos errores.

La rabia ardía en el interior de la joven. Fuera, el viento rugía en la negrura.

—No te hablo de errores. Te hablo de crímenes. Te acostaste con Leah mucho antes de su incisión, le arrebataste la virtud mientras cumplía penitencia aquí, bajo lo que tendría que haber sido tu protección. Enviaste a mi padre a la hoguera por celos y despecho. Has encarcelado a tu propio hijo bajo acusaciones que sabes que son falsas. Y las mazmorras que se encuentran bajo nuestros pies están abarrotadas de chicas inocentes a las que torturas por el delito de tener la marca de la bruja en su registro del censo. No te arredrarías por nada, no respetarías a nadie, con tal de conservar el poder en tus manos.

El Profeta palideció. El escaso color que quedaba en sus labios y mejillas se desvaneció, y se irguió frente a la muchacha, lívido y macilento como las brujas del Bosque Oscuro.

—Tienes razón.

La muchacha se quedó pasmada.

—¿Qué?

—Te he dicho que tienes razón... sobre mí, mis pecados, mis vicios, mi vergüenza, mi lujuria, mis mentiras. Todo es cierto. —Miró a la joven e inclinó la cabeza a un lado—.

¿Pero quieres saber qué es lo que me impide dormir de noche? Las mentiras de la Iglesia no.

Tampoco mis pecados, ni siquiera mi enfermedad. Lo que me impide dormir... lo que hace que me vuelva y revuelva sobre la cama, y que deje las sábanas empapadas de sudor... es el conocer la fragilidad de todo esto. Los huesos se rompen y las personas mueren. Las

hogueras se consumen y al fin no pueden mantener a raya las

sombras. Las fuerzas que se encuentran más allá de nuestros muros se acercan cada día un poco más... y el rebaño está inquieto.

El hombre volvió la mirada hacia sus propias manos e Immanuelle se sorprendió al ver que estaban temblando.

—¿Y a quién busca todo el mundo en tiempos de necesidad? ¿Quién es el responsable de atender a sus heridas? ¿Quién enciende los fuegos que los guían en la noche? El Padre no descenderá de los cielos para cuidar de sus hijos. Los apóstoles vuelven a sus esposas y a sus lechos. El rebaño no sabe cuidar de sí mismo y por ello la carga recae sobre mis hombros.

Yo soy su salvación y haré lo que sea necesario, pecados, purificaciones, incluso asesinatos, para garantizar su supervivencia. Porque en eso consiste ser profeta. Lo fundamental no es la Videncia. No es la gentileza, ni la justicia, ni bañarse en la luz del Padre. No, el Profeta tiene que estar dispuesto a sacrificar su propia alma por el bien del rebaño. La salvación siempre exige un sacrificio.

Immanuelle se quedó mirándolo... mirando al hombre que se servía de sus propias mentiras para creerse mártir. El Profeta pensaba que era él quien había hecho el verdadero sacrificio, pero no podía estar más equivocado.

No era el Profeta quien sostenía Bethel. No era el Profeta quien cargaba con Bethel sobre sus espaldas cual piedra de molino. Eran todas las muchachas y mujeres inocentes, como Miriam y Leah, que sufrían y morían a manos de los hombres que las explotaban. Ellas eran el sacrificio de Bethel. Ellas eran los huesos sobre los que se edificaba la Iglesia.

Su dolor era la gran vergüenza de la fe del Padre, y todo Bethel lo compartía. Hombres como el Profeta, que acechaban y deseaban a las inocentes, que se complacían en su dolor, que las trataban con brutalidad y las destrozaban hasta que no eran nada, que explotaban a las mismas personas que debían proteger. La Iglesia, que no solo excusaba y perdonaba los pecados de sus dirigentes, sino que les daba medios para cometerlos: con el Protocolo y la picota en el mercado, con mordazas y latigazos, y unas Escrituras perversas. Era todo aquello, era el propio corazón de Bethel lo que imponía que todas las mujeres que vivían dentro de sus puertas tuvieran tan solo dos opciones: la resignación o la ruina.

«Esto tiene que acabarse», pensó Immanuelle. Que se acabaran los

castigos y los Protocolos. Que se acabaran las mordazas y la contrición. Que se acabaran las hogueras y los cuchillos sacrificiales. Que se acabaran las palizas a las muchachas y el maltrato que las silenciaba. Que se acabaran las novias en camisón blanco que subían al altar cual corderos para la matanza.

Pondría fin a todo ello. Se casaría con el Profeta, y cuando compartieran lecho le arrebataría la daga, se inscribiría el sello en el brazo y terminaría de una vez con todo.

—Puedes hacerme la incisión, si quieres. Encadéname a la pira, empápame de combustible y enciende una cerilla. Pero así no salvarás tu vida... ni tu alma miserable.

El Profeta se estremeció, e Immanuelle vio con horror que alzaba la mano y empuñaba la daga sagrada. El hombre volvió los ojos hacia ella, y la muchacha retrocedió tambaleándose y chocó con el borde de la cama. Pero no tenía adónde huir.

—He dejado bien claras mis intenciones —dijo el Profeta, y para alivio de Immanuelle soltó la daga y se retiró a la silla del escritorio, renqueando y resollando—. He tenido toda la

paciencia contigo. Pero te lo voy a explicar por última vez: tu vida, y la de Ezra, dependen de lo que hagas en el juicio de mañana. Te propongo que regreses a tu celda y pienses en mi oferta. Mañana por la mañana, si lo que buscas es misericordia, te morderás la lengua y elegirás bien.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Me he entregado a la lujuria y la lascivia. Me he complacido en los placeres de la carne. Por tales crímenes, conoceré el castigo de las hogueras de purificación. Le ruego al Padre que se apiade de mí.

La confesión final de Daniel Ward

La mañana en la que iba a dictarse su sentencia, Immanuelle despertó con el nombre de Ezra en la punta de la lengua. Había soñado con él durante la noche, y cuando despertó el rostro del joven aún la perseguía.

Momentos después de que se pusiera en pie y se quitara la paja del pelo, uno de los guardias del Profeta apareció en el umbral de su

celda.

—Es la hora —fue todo lo que le dijo. Le ofreció un chusco de pan negro ya seco a través de los barrotes de la celda. Era el desayuno.

Immanuelle dijo que no con la cabeza. Solo con pensar en tomar algo, aparte de unos pocos tragos de agua, hacía que se sintiera mal. Se alisó las arrugas de la falda con manos temblorosas.

—Estoy preparada.

Fueron por el camino más corto, por la salida que se encontraba en el mismo corredor y permitía subir hasta el edificio principal, hasta la entrada del vestíbulo. Era la ruta que Immanuelle conocía mejor y la que habría seguido si hubiera tenido la oportunidad de fugarse. Una vez allí tomaron un carro que los llevó a buena velocidad por la fría negrura de los llanos, pasando junto a los restos humeantes de las piras funerarias bajo el cielo sin estrellas.

Las luces de la catedral brillaron en la lejanía. Immanuelle cruzó los brazos sobre el pecho. Sintió un fuerte escalofrío y le castañetearon los dientes, el frío le había entumecido los dedos.

Había llegado el día en que se decidiría su destino: el Profeta o la hoguera.

La comunidad de Bethel entró en masa en la catedral y llenó los bancos. El gentío era el doble que en la primera sesión del juicio y muchos hombres y mujeres estaban de pie a lo largo de las paredes, o se sentaban en el suelo de los pasillos.

En cuanto todos los bancos y asientos estuvieron ocupados, Immanuelle tomó su sitio junto al altar, cruzó los brazos sobre el regazo y bajó la cabeza.

«Por Ezra —se decía a sí misma, repitiendo mentalmente el nombre—. Por Honor. Por Glory. Por Miriam. Por Vera. Por Daniel. Por Leah. Por Bethel y por todos los inocentes que viven aquí.»

Los apóstoles se congregaron detrás de ella y formaron en hilera a lo largo del altar. Se habían puesto sus vestiduras más formales: gruesas túnicas de terciopelo negro, tan largas que les llegaban a los pies. Mientras los últimos miembros de la comunidad encontraban

lugar en los bancos o de pie junto a las paredes, el Profeta entró. Él también se había vestido con sus atuendos más adecuados: una túnica

de intenso color bermejo, tan oscura que casi parecía negra. Iba descalzo y, mientras avanzaba por el pasillo, los dedos de los pies le asomaban bajo el dobladillo de la túnica.

—Es hora de que la acusada testifique. Hoy oiremos su confesión final.

Las manos de Immanuelle temblaban sobre el regazo. La muchacha se agarró las rodillas. Tenía la lengua seca y pegajosa. Al levantar el rostro, contempló a la multitud que se había reunido allí. Vio algunas caras conocidas...: Esther, que se sentaba en primera fila, y los Moore, que ocupaban el banco que estaba detrás de ella... y a muchos otros no los reconoció. La catedral estaba abarrotada de hombres y mujeres, y todos ellos la observaban con la misma repugnancia con que la propia Immanuelle había mirado en otro tiempo a Lilith en el Bosque Oscuro.

El Profeta se volvió hacia ella.

—Habla, y que se conozca la verdad.

Immanuelle enderezó los hombros y se obligó a sí misma a mirar al rebaño de cara.

Sabía que no había hecho nada malo, que no tenía verdaderos pecados por confesar, ni ninguno que tuvieran que perdonarle. Pero también sabía que su propio destino, y el de Ezra, dependían de su confesión. Lo que dijera en ese instante decidiría si ambos llegaban con vida al día siguiente. Si lo que se necesitaba para salvarlos a ambos era una falsa confesión de culpabilidad, que así fuera.

—Me llamo Immanuelle Moore. Soy hija de Miriam Moore y Daniel Ward.

Sus palabras no hallaron otra respuesta que el silencio. Un silencio fúnebre, opresivo, nauseabundo.

—He venido a confesar que soy asesina, mentirosa y pecadora en todo. He deshonrado el nombre de mi familia. He deshonrado las Escrituras, al Profeta y al Padre Bueno. —

Immanuelle calló, y por un brevísimo instante sus ojos se cruzaron con los de Martha—. He avanzado por la senda del pecado —prosiguió Immanuelle—. He hablado con las bestias del Bosque Oscuro en su repugnante idioma. He desobedecido el Protocolo del Padre y vivido en rebeldía contra su reino. He leído en secreto. He seducido a hombres de la Fe Buena con mis argucias y he pervertido su corazón.

He faltado a la santa obligación de proceder con sumisión y recato y he hablado cuando no correspondía. He practicado la brujería en las sombras. He trabado amistad con el mal y he evitado el bien que hallaba en mi camino. Por estos pecados, os pido el perdón, para que el Padre pueda, en su misericordia, purificar mi alma de toda tiniebla. Esta es mi confesión.

Una vez más se hizo el silencio, salvo por el rítmico eco de las pisadas del Profeta, que anduvo a lo largo del altar hasta hallarse frente a Immanuelle. Llevó una mano a su cabeza y sus dedos se enredaron en los rizos de la muchacha.

—Gracias por tu testimonio, hija mía. Bien lo hemos oído.

El rebaño no dijo nada. Aguardaba boquiabierto, ávido por oír la sentencia. Por saber que se celebraría una ejecución en la hoguera, una purificación en vida, como dictaba la ley.

Pero si lo que querían era sangre, aquel día no la iban a tener. Porque el Profeta había trazado otros planes. Planes que había expuesto a Immanuelle, planes que contemplaban la ruina de Bethel con tal de que el Profeta pudiera retener el poder en sus manos.

—El Padre me ha hablado por medio de la Videncia. — La mano del Profeta se apartó de la cabeza de Immanuelle. El hombre avanzó hasta quedarse delante del altar—. He visto que sus hijos andaban en libertad por los llanos y por los bosques que se encuentran más allá.

He visto que el sol se elevaba sobre la tierra y expulsaba las sombras. He visto el ojo santo del Padre una vez más sobre nosotros.

Entonces se oyeron exclamaciones de alabanza y gloria.

El Profeta alzó la voz para imponerse a sus gritos.

—Pero tendremos que pagar un precio por la riqueza y las bendiciones que he presenciado.

El apóstol Isaac se adelantó. Los ojos le brillaban de puro delirio.

—¡Sea cual sea el precio, lo pagaremos! —Se volvió de cara a la comunidad—. ¿Por la gloria del Padre?

El rebaño gritó al unísono en respuesta.

—¡Por la gloria del Padre!

El Profeta levantó ambas manos para pedir silencio. El sudor le empapaba la frente y los músculos se le marcaban en el cuello, como si hubiera tenido que luchar para sacarse las palabras de la garganta.

—El Padre ha exigido que arrasemos el Bosque Oscuro y nos apoderemos de él.

Un nuevo grito brotó del rebaño. Estallaron en un aplauso entusiasta. Unos pocos de los que se hallaban en los primeros bancos cayeron de rodillas y elevaron las manos al cielo.

—Con ese fin —afirmó entonces el Profeta—, con el fin de apoderarnos de lo que es nuestro, tendremos que imponernos a la oscuridad que, en distinta medida, mora dentro de cada uno de nosotros. No debemos tener miedo de purificarla, tal como hizo David Ford en el momento más difícil de la Guerra Santa, cuando invocó el fuego del Padre para que descendiera desde el cielo. —Calló unos instantes para crear expectación—. Es por ello por lo que el próximo Sabbath me casaré con Immanuelle Moore y la purificaré de su maldad.

Inscribiré el sello sagrado en su frente. Entonces, y solo entonces, se romperá la maldición.

Immanuelle sintió que el propio aire se aquietaba. De pronto no se oyó ningún sonido.

Ni el berrido de un bebé, ni el quejido de un niño. Ni un aliento, ni el latido de un corazón.

—¿Le ofreces misericordia? —preguntó el apóstol Isaac, con el rostro lleno de repugnancia—. ¿Le ofreces un lugar a tu lado a esta bruja, como recompensa por sus pecados y crímenes?

—Ofrecería mi propia vida con tal de que terminaran estas plagas. Todo lo que el Padre me exija, lo voy a dar, si con ello pongo fin a nuestro sufrimiento. —El Profeta se pasó una mano sobre la cabeza, como para ganar tiempo y poner orden en sus pensamientos. Pero cuando habló de nuevo, su voz resonó en las vigas del techo—: Hemos emprendido purificaciones, y hemos levantado piras, y estamos aún peor que antes. Enviar a la muchacha a la hoguera no aliviaría nuestro sufrimiento. Está atada en cuerpo y alma a la Oscuridad de la Madre y tenemos que hallar un medio de quebrantar ese impío vínculo. Y yo he rezado, me he prosternado a los pies del Padre para que me diese una respuesta... para que me mostrase la manera de poner fin a este mal que ha caído a través de ella sobre Bethel, y el Padre me ha

respondido. Solo existe una manera en que podamos purificarnos de la maldad que esta bruja ha arrojado sobre nosotros: un sagrado sello entre la esposa y el esposo, entre

el esposo y el Padre Santo. Para que expíe sus pecados, tendremos que atarla a mí. No se puede hacer de otra manera.

El Profeta se volvió una vez más hacia Immanuelle. El pecho del hombre se hallaba a escasos centímetros del borde del altar.

—¿Aceptas los términos de tu sentencia?

Se hizo el silencio en la catedral. La oscuridad presionaba contra sus ventanas.

Se acercaba el final.

Immanuelle agachó la cabeza, con los brazos en torno al vientre, como para impedir que sus propios huesos se le salieran de lugar. Alzó el rostro para mirar a los ojos del Profeta y así selló su destino.

—Sí, acepto.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La última vez que lo vi estaba amarrado a la estaca de la pira, con los brazos atados a la espalda, la cabeza gacha. No me miró. Aunque lo llamara por su nombre mientras las llamas rugían, no me miró.

Aquella noche Immanuelle no regresó a su celda. En cuanto terminó el juicio la entregaron a las esposas del Profeta, que la escoltaron en la negrura hasta el Refugio, hasta los aposentos donde aguardaría, enclaustrada, el día de la incisión.

Era la estancia de Leah. Al ver el nombre de su amiga pintado sobre el travesaño de la puerta, Immanuelle estuvo a punto de reírse de la ironía de su situación. Apenas si quedaban muebles. No habían dejado nada que pudiera recordar a Leah. Solo una cama grande con un marco de hierro. A su lado se hallaba una mesa con una jofaina, una jarra y un ejemplar de las Sagradas Escrituras en formato muy pequeño. Por encima de la cama, una ventana enrejada con un candado de hierro en el pestillo. Al lado de la puerta, una vela parpadeaba sobre una mesilla y arrojaba largas sombras sobre las paredes.

Immanuelle se quitó su vestido andrajoso y lo arrojó a un rincón del dormitorio. Sacó un camisón limpio que encontró en un baúl al pie de la cama. Exhausta, se metió bajo las sábanas y se cubrió hasta el mentón.

Cerró los ojos y se esforzó por no oír los aullidos que resonaban fuera, en el torbellino de oscuridad. La plaga tenía vida y mente propias, y le hablaba, igual que le hablaba el Bosque Oscuro. Susurraba contra los cristales de las ventanas, la seducía para llevarla a la negrura. Immanuelle casi se sentía tentada de sucumbir, de abandonar todos los horrores que la aguardaban: la contrición y el cuchillo de la incisión, el lecho nupcial del Profeta. Que la oscuridad lo borrara todo. Tal vez fuera eso mismo lo que haría en cuanto dispusiera del poder de las plagas. Llamar a la noche, dejar que lo engullera todo. Se asustaba de sí misma por lo mucho que le gustaba la idea, por la tentación que sentía de hacerla realidad.

El crujido de la puerta que se abría sacó a Immanuelle del laberinto de sus pensamientos. Antes de que hubiera tenido tiempo de incorporarse, Esther Chambers entró en la habitación.

La madre de Ezra vestía un camisón largo del color de la niebla y una bata. Llevaba el cabello recogido sobre la cabeza y sujeto con dos peinetas de oro. En cuanto se hubo acercado lo suficiente para que la lámpara de queroseno la alumbrara, Immanuelle vio que tenía la piel pálida y los labios sin color.

—Van a quemar a mi chico —le dijo—. Lo enviarán a la hoguera. —Immanuelle quiso abrir los labios para responder, pero Esther la interrumpió—. Lo han acusado de conspiración contra la Iglesia y traición religiosa.

—Cuánto lo siento —susurró Immanuelle.

—No quiero tus condolencias —respondió Esther con voz aguda y penetrante, como el tañido de la cuerda de un arpa—. Solo quiero que sepas que, si dejas morir a mi muchacho por tus pecados, me aseguraré de que te vayas con él.

Las mejillas de Immanuelle ardían de vergüenza y dolor.

—Ezra no morirá. El Profeta me dijo que le salvaría la vida. Me dio su palabra.

—Su palabra no vale nada —replicó Esther con amargura—. Menos que nada. No quiero que me vengas con falsas esperanzas y promesas. Lo que quiero es saber cómo vas a salvar a mi hijo. ¿Qué harás para liberarlo?

Immanuelle había tenido cuidado, mucho cuidado, de mantener en secreto todos los detalles de su proyecto. No había hablado en ningún momento de sus planes para inscribirse en el cuerpo el sello de reversión y había representado el papel de futura esposa sumisa y derrotada. Pero cuando vio a Esther destrozada y temerosa, su propia conciencia la empujó a ofrecerle algún motivo de tranquilidad, lo suficiente para que se diera cuenta de que Ezra no estaba solo.

—Tengo planes para liberarlo en cuanto me hayan hecho la incisión. Pero voy a necesitar tu ayuda.

Esther miró de soslayo a la puerta. Entonces habló en susurros:

—¿Qué tengo que hacer?

—Dime dónde está. Tengo que verlo esta noche, antes de que se dicte sentencia, para que esté a punto cuando llegue el momento.

—Ezra ha ido a la biblioteca con la hija de Leah. Las puertas no están cerradas, pero dos guardias patrullan por los corredores. Puedo distraerlos para ganar tiempo.

—Con eso me bastará.

Immanuelle aguardó hasta que el eco de las pisadas de Esther se hubo perdido en la lejanía, y entonces se movió con sigilo por la habitación, tomó un chal, se lo echó sobre los hombros y salió al pasillo. Le resultaba extraño que la puerta no estuviera cerrada por fuera —cuando tan solo unas horas antes se había visto encadenada a la pared de una celda en las catacumbas

—, pero entonces recordó que ya no estaba presa. Era un trofeo, un tesoro, la más reciente entre las futuras esposas del Profeta.

Además, aquel hombre sabía que Immanuelle no iba a huir. Estaba atada al Refugio, atada por la promesa que le había hecho... al Profeta, al rebaño de fieles, a Ezra. El tiempo de huir había terminado. Lo que le quedara por hacer, debería hacerlo en Bethel.

Immanuelle anduvo descalza por el corredor principal del Refugio, atenta a caminar siempre protegida por las sombras. Cada vez que pasaba frente a una ventana, la oscuridad le salía al encuentro, amenazaba con romper el cristal e inundar los pasillos. La muchacha trataba de ignorarla, pero su llamada le resonaba en la cabeza como el tañido de una campana, y sentía su tirón en lo más hondo del estómago, sentía que la arrastraba hacia la noche.

A la mitad del pasillo, se detuvo frente a una alta vidriera y contempló la oscuridad.

—¿Qué quieres de mí?

Al sonar su voz, la oscuridad se agitó como si de agua se tratara, se arrugó en ondas y pliegues, se dobló sobre sí misma. Immanuelle llevó los dedos a la ventana y sintió en la

mano su frío cristal. Las sombras se alzaron para ir a su encuentro y la muchacha vio en ellas un sorprendente reflejo de sí misma. La joven que le devolvía la mirada tenía sus mismos rasgos —idénticos ojos oscuros y labios carnosos, nariz firme y hoyuelo en el mentón—, pero todos los detalles se acentuaban, todos sus rasgos se refinaban. El reflejo era hermoso y perspicaz, y poseía una fuerza desafiante que se ponía de manifiesto en la manera como se erguía, con hombros firmes, mentón levantado. Y había algo en su mirada que hacía que fuera... algo más. Como si la muchacha que se hallaba en la oscuridad fuera todo lo que Immanuelle habría querido ser.

El reflejo puso su mano contra la de Immanuelle, al otro lado del cristal. Ella se acercó aún más a la ventana y la muchacha de la oscuridad señaló el pestillo, casi con coquetería.

Immanuelle alargó la mano para abrirlo y la muchacha se pegó al cristal, se pegó de tal modo que sus labios lo rozaban.

Immanuelle deslizó el pestillo de hierro y la ventana se abrió. Una bocanada de viento invernal sopló en el pasillo y apagó lámparas y velas. La noche entró por la ventana abierta y todo el corredor quedó a oscuras.

Se oyó un ruido de pasos lejano, y una voz:

—¿Quién anda ahí?

Immanuelle dio la espalda a la oscuridad y echó a correr. Huyó de los guardias y del pasillo, y de la muchacha que moraba en la negrura.

No tardó en hallar la catedral antigua, donde se encontraba la biblioteca. Anduvo sobre las frías baldosas de piedra del pasillo, agachada, porque temía hallar vigilancia en las puertas. El corredor estaba vacío.

Immanuelle siguió adelante, aliviada. Ya estaba a medio camino de las puertas de la biblioteca cuando oyó pisadas. Se volvió y se encontró con un guardia, armado con una larga espada que colgaba de su cinturón. Y la estaba mirando a ella.

—Tranquila —le dijo. Al acercarse, el hombre pasó bajo la lumbre de una de las antorchas, y entonces Immanuelle se dio cuenta de que era uno de los que la habían escoltado en el viaje de regreso a Bethel. El único guardia que la había tratado con cierta gentileza. Iba mirando alternativamente a la muchacha y a las puertas de la biblioteca. Luego le dijo, con un susurro débil y apremiante:

—Pasa.

—Gracias —balbució la muchacha. El joven no llegaría a saber jamás cuánto le había agradecido su compasión. Se volvió hacia las puertas de la biblioteca y se adentró a través de ellas en la oscuridad.

—¿Ezra? —susurró en las sombras—. ¿Estás ahí?

Se oyó el traqueteo de hierro sobre piedra, el roce de cadenas sobre baldosas.

—¿Immanuelle?

La muchacha siguió el sonido de su voz, zigzagueó entre anaqueles,

tropezó sobre montones de libros que habían caído por el suelo.

—Soy yo.

Y entonces vio a Ezra, e Immanuelle se arrojó a sus brazos, y Ezra a los de Immanuelle. Se abrazaron en silencio y las manos de Ezra recorrieron la espalda de la muchacha, y los contornos de ambos cuerpos encajaron a la perfección.

—¿Estás herido? —le dijo por fin Immanuelle, con los labios pegados a su hombro.

—No —respondió Ezra, y la joven se dio cuenta de que mentía. No había luz, pero ella le levantó con cuidado una esquina de la camisa. Palpó los vendajes que le envolvían el estómago y el pecho. Estaban húmedos, y cuando los tocó, Ezra dio un respingo.

Immanuelle tomó aliento.

—Ezra....

—De acuerdo —dijo el joven resollando—. Será que he tenido un breve encuentro con una bala, o quizá dos, pero no ha sido nada. ¿Y tú?

—Me encuentro bien.

En realidad había sufrido una soberana paliza la primera noche de contrición, y luego varias sesiones de latigazos, pero no quería atormentarlo con tales cosas. No en ese momento, en que lo sentía tan débil, tan frágil en sus brazos.

—¿Qué haces aquí?

Immanuelle se dio cuenta de que Ezra no sabía. No, por supuesto, no podía saber. No había estado allí. No había oído su confesión final.

—Hoy me han sentenciado —susurró—. Me han sentenciado y el Profeta ha decidido liberarme.

—¿Cómo es posible? Pero si a mí aún no me han condenado...

—¡Escúchame! —Immanuelle le agarró las dos manos—. Cuando vayan a sentenciarte a ti, diles que te has arrepentido de tus pecados. Júrales que te has arrepentido.

—No te entiendo.

La muchacha oyó eco de pisadas en la lejanía y se agachó por instinto. Se escondió tras una estantería cercana.

—He cerrado un trato con tu padre.

—¿Qué clase de trato, Immanuelle? —Ezra hablaba con voz tensa—. ¿Qué has hecho?

—Lo he aceptado en matrimonio para salvar tu vida y la mía —le dijo, y las palabras le supieron a bilis en la lengua—. Me harán la incisión el próximo Sabbath.

—No.

Las manos de Ezra apretaron las suyas hasta hacerle daño, y era tanta la repugnancia, tanta la rabia que se sentía en su voz, que Immanuelle se estremeció y se alejó de él.

—Era el Profeta o la pira —respondió Immanuelle, apresurándose a explicarse—. Me dijo que te perdonaría la vida si me casaba con él, y he accedido... para ganar tiempo, para salvarte.

—Ha mentido —le dijo Ezra en voz tan baja que apenas si era audible —. Yo ya había cerrado otro trato con él. Me dijo que si me declaraba culpable sobrevivirías a la sentencia, y que te dejaría libre.

La muchacha se dio cuenta de que el Profeta les había mentido a ambos. Lo que de verdad estaba en juego no era el sacrificio de Immanuelle, ni el de Ezra. El Profeta decía cumplir la voluntad del Padre, pero lo que lo empujaba era el deseo de poder. Poder para purificar, para castigar, para controlar. Eso era todo lo que le interesaba.

—Immanuelle, no puedes seguir adelante con esto —insistió Ezra—. Te hará daño. Te destrozará, igual que destroza a todo el mundo.

Ella cerró los ojos, y al cerrarlos vislumbró la fatídica noche en la que el Profeta se

había vuelto contra su madre, y su madre se había vuelto contra él.

—No me pondrá un dedo encima, ni te lo pondrá a ti, ni a nadie. Hallaremos una manera de detenerlo, de detener todo esto, pero necesito que estés bien, y a mi lado.

—Esto es una locura —replicó Ezra—. ¿No bastaría con que nos

salváramos nosotros?

Ya has pasado una vez por la Puerta. Podríamos volver a escapar. Deberíamos huir esta misma noche. Conozco un camino por los pasillos de atrás que nos permitiría salir del Refugio. Si consigues liberarme de estas cadenas, saldríamos de aquí sin que nadie se diera cuenta. Podríamos marcharnos.

Immanuelle le dio vueltas a aquella idea. Se imaginó que le daba la espalda a Bethel y a todos los problemas de aquel lugar, que huía con Ezra, que empezaban una nueva vida más allá de la Puerta. Era un sueño atractivo, pero Immanuelle sabía que tan solo era eso. El destino de la muchacha no era huir. Había regresado a Bethel para poner fin de una vez por todas a las plagas y estaba dispuesta a conseguirlo.

—No basta con que nos salvemos nosotros —replicó con firmeza —. En Bethel hay otras personas que también sufren y que merecen algo mejor. Tenemos que ayudarlos. A todos.

Durante largo rato, Ezra no dijo nada. Al fin preguntó:

—Entonces… ¿te entregarás a ti misma en pago? ¿Venderás tus propios huesos a ese tirano?

—Sí. Eso es exactamente lo que voy a hacer. Y después, cuando me hayan hecho la incisión, terminaré de una vez por todas con estas plagas.

—¿Cómo?

Immanuelle pensó en el sello, en el sacrificio que debería aceptar para que su poder se hiciera efectivo.

—Es mejor que no lo sepas. Así, si alguna vez te lo preguntan, podrás alegar ignorancia.

Ezra suspiró y apoyó su frente contra la de la joven. De repente, Immanuelle se dio cuenta de que jamás habían estado tan cerca el uno del otro. Pero lo único en que podía pensar mientras se abrazaban en la biblioteca a oscuras era que quería tenerlo más cerca todavía.

—No soporto esto —dijo Ezra. La muchacha sentía su cálido aliento en el rostro—. No soporto estar encadenado. No poder ayudarte. Tener que quedarme aquí, cargado de cadenas, mientras él te hace la incisión y dice que eres suya.

—Lo hecho, hecho está —susurró Immanuelle—. Déjame que te ayude esta vez. Deja que luche por ti.

Ezra no respondió. Sus brazos se deslizaron por el cuerpo de la muchacha. Sus manos encontraron el rostro, las mejillas, y luego bajaron hasta el suave hoyuelo del mentón.

Recorrió con la yema de un dedo el contorno de sus labios y luego se acercó todavía más. Le besó el labio superior y luego el inferior.

—De acuerdo —dijo el joven entonces.

PARTE IV

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

He visto las bestias del bosque. He visto los espíritus que acechan entre los árboles y he nadado con los demonios de las aguas profundas. He visto andar a los muertos con pies humanos, he buscado la compañía de los malditos y los crucificados, de los depredadores y su presa. He conocido a la noche y la he llamado amiga.

Miriam Moore

Immanuelle estaba de rodillas en el centro de su estancia, con las palmas de las manos unidas, ataviada con las pálidas sedas del vestido que llevaría durante la incisión. Se suponía que rezaba, pero no era el Padre lo que ocupaba sus pensamientos. Mientras estaba de hinojos en el suelo, los recuerdos de los últimos días brillaron en su memoria, como la luz que nos deslumbra y precede a la jaqueca.

La farsa de juicio a la que habían sometido a Ezra había empezado y terminado con rapidez, y se había dictado sentencia. Fue declarado culpable de todos los cargos, igual que Immanuelle, pero la muchacha no había sabido nada más. Solo que aún estaba vivo y encarcelado en el subsuelo, en las catacumbas del Refugio. La muchacha solo podía esperar que lo trataran con mayor gentileza que a ella. Aunque lo cierto era que al cabo de muy poco tiempo ya no iba a importar.

Durante los días previos a la incisión, la muchacha había trazado una y otra vez el sello con los dedos: sobre la carne del interior del codo, sobre paredes y mesas, y en las almohadas sobre las que dormía por las noches. Y cada vez que trazaba la marca —y así la consolidaba una y otra vez en la memoria— se preparaba para el inminente sacrificio. El sacrificio que haría la noche de la incisión, cuando la llamaran al lecho de su esposo. Pensó que en todo ello había una especie de justicia poética. Diecisiete años después de que Miriam se hubiera apoderado de la daga sagrada del Profeta, Immanuelle se haría con aquella misma arma e inscribiría el sello que pondría fin a las maldiciones que su madre había lanzado tantos años atrás.

Actuaría aquella misma noche, después de la incisión.

Immanuelle ya estaba a punto cuando las esposas del Profeta fueron a buscarla.

Anduvo descalza por los corredores de la casa del Profeta y salió a la puerta del Refugio, donde la aguardaba el carro. Subió al banco delantero —las esposas ocuparon los asientos posteriores— e iniciaron el largo y silencioso viaje hacia la catedral.

Todas las hogueras ardían de nuevo. Las gentes de Bethel habían alimentado las llamas con leña recién cortada y las rojizas llamas subían muy alto y alumbraban el camino.

Cuando llegaron a la catedral, no hubo multitudes que los recibieran. Ni lámparas encendidas. Ni música. Ni regocijo. Ni fanfarrias. En el

espectral silencio, Immanuelle bajó del carro y avanzó por el camino de tierra apisonada de la entrada. Se detuvo en el lindar de la catedral. Las esposas se apiñaron a su alrededor. Tal vez en ese instante hubiera debido

rezar —a algo, a quien fuera—, pero tan solo se le ocurrió conjurar una maldición:

«Que todos los que han alzado la mano contra mí cosechen el dolor que sembraron.

Que las sombras extingan su luz. Que sus propios pecados les pidan cuentas…».

La puerta de la catedral se abrió antes de que pudiera terminar. La saludaron la luz bailarina de las antorchas y los rostros desdibujados de la comunidad, que la contemplaba expectante. En medio del gentío se hallaba la familia Moore: Martha y Abram, Glory y Anna, que sostenía a Honor contra el pecho, envuelta en chales y mantas. También habían acudido docenas de afuereños, que ocupaban los bancos del final. Lo único que se le ocurrió a Immanuelle era que habían ido hasta allí en representación diplomática. Al cabo, era la primera vez en la larguísima historia de Bethel que un Profeta se unía en matrimonio con una mujer de su pueblo. Aquella ceremonia podía considerarse histórica y era razonable que hubieran acudido a presenciarla.

Immanuelle avanzó en solitario por el pasillo central. Subió los escalones de dos en dos, arrastrando la cola del vestido tras de sí, y llegó al altar. La piedra estaba fría y pegajosa, como si el sirviente se hubiera olvidado de limpiar los restos del sacrificio del Sabbath.

Se tendió sobre el altar con los brazos abiertos a lado y lado. El Profeta se cernió sobre ella, daga en mano. Intercambiaron votos con voz inexpresiva. Immanuelle murmuró las palabras que iban a ligarla al Profeta —carne y hueso, alma y espíritu— para siempre.

Un sacrificio tan real como cualquier otro.

Una vez hubieron terminado con el rito, el Profeta tomó la daga que colgaba de su cuello y aferró la empuñadura con toda la mano. La hoja de metal descendió hacia la frente de la muchacha. Immanuelle no se encogió siquiera.

Luego, las otras esposas vendaron a Immanuelle en una sala oscura que se encontraba en la parte de atrás de la catedral. Le curaron las

heridas con un ungüento que escocía tanto que los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Al tiempo que Esther le vendaba la frente, la sangre le resbalaba por la nariz. Sentía palpitaciones en la cabeza, como si el Profeta le hubiera hecho la marca en el cráneo, no en la carne.

Immanuelle ya pertenecía al Profeta. Era del Profeta, igual que el Profeta era de Immanuelle. Una comunión de carne y sangre, un lazo que la muchacha jamás había querido.

Cuando estuvo lo bastante aseada, Esther y Judith acudieron en su ayuda. Entre ambas la guiaron por la catedral, cruzaron el lindar y bajaron por los escalones hasta el banquete. El Profeta, envuelto en sus vestiduras sagradas y sus galas, la aguardaba sentado en la mesa.

Así como la incisión de Leah había sido una fiesta, aquello se asemejó más bien a un funeral. Los invitados ocupaban sus puestos con patente desagrado, como si los hubieran llevado hasta allí a punta de cuchillo. Los afuereños se sentaban en mesas aparte, con el rostro pétreo y silenciosos. Su incomodidad era casi tangible. No se oían charlas, ni risas, ni canciones. A lo lejos, las hogueras ardían bien altas. Sus llamas acariciaban el cielo sin estrellas y mantenían a raya la oscuridad.

Vera estaba de pie en las sombras, separada del festín, con guardias a lado y lado. Le habían rapado la cabeza, como dictaba el Protocolo para quienes se hallaban en contrición, y llevaba un atuendo de color desvaído que parecía una enagua más que un verdadero vestido.

El tejido era demasiado fino para aquella noche tan fría. Había perdido peso y se la veía

débil, pero cuando la mirada de Immanuelle se cruzó con la suya, enderezó los hombros y asintió con severidad, como para decirle: «Es la hora».

Immanuelle se sentó a un lado del Profeta y este la agarró por la rodilla. Sus dedos fríos se metieron entre los pliegues de las enaguas de la muchacha.

—¡Esposa mía!

Immanuelle tuvo que agarrarse al brazo de la silla para no pegar un salto. Recorrió la mesa con los ojos. Enfrente de ella había un plato de porcelana sobre el que se amontonaban verduras chamuscadas, porciones de carne pasada y una pequeña jarra llena de hidromiel.

Llevó la jarra a los labios. Un sorbo para pedir suerte y otro para pedir valor. Necesitaría lo uno y lo otro durante las próximas horas.

Los que estaban sentados en torno a la mesa observaban al Profeta y a Immanuelle con una mirada que la muchacha tan solo habría sabido calificar como de velada repugnancia. Su descontento era tan palpable que colgaba sobre ellos como una mortaja.

Estaba claro que habían esperado que la plaga terminara de inmediato tras la incisión.

Pero la oscuridad era tan opaca como antes y la noche no terminaba. El sello que le habían marcado entre las cejas no había bastado para que la plaga se retirara, como había prometido el Profeta.

Hacia la mitad de aquella lamentable celebración, el Profeta se puso en pie para hablar, como si hubiera sabido que tenía que hacerse con el control del rebaño antes de perder para siempre su confianza.

—Por medio del perdón, por medio de la expiación, por medio de la purificación y el dolor, quedamos limpios. Hoy, mi prometida, mi esposa, Immanuelle Moore, ha sangrado por sus pecados. Ha sufrido y ahora está limpia.

El rebaño alzó la voz en respuesta.

—Por la gloria del Padre.

El Profeta tuvo un ataque de tos y se cubrió la boca con una manga. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz ronca:

—Pero mi esposa no es la única que está necesitada de gracia. Antes de que termine el día de hoy, otra persona expiará sus pecados y hallará el perdón. Otro pecador quedará limpio por la misericordia del Padre. —Calló unos instantes, con los ojos cerrados y la boca abierta, como si tratara de sacar fuerzas de flaqueza para continuar—. Traedme a mi hijo.

Las puertas de la catedral se abrieron y a Immanuelle se le paró el corazón. El pánico la atenazaba. Vio con horror que dos apóstoles cruzaban el umbral de la catedral con Ezra y bajaban por la escalinata. El muchacho se tambaleaba. Tuvieron que llevarlo a rastras hasta su padre y sus botas dejaron un doble surco en la tierra. El apóstol Isaac lo obligó a ponerse de rodillas con un fuerte golpe entre los hombros. Cayó al suelo. Su cabeza colgaba a pocos centímetros sobre los pies de su padre.

—Ezra Chambers. —El Profeta escudriñó a su hijo con la mirada. En sus ojos brillaba la luz de la hoguera de purificación—. ¿Te arrepientes?

Ezra no se movió. Hundió ambas manos en tierra, como si buscara un apoyo más firme. Por fin, dijo:

—No he hecho nada de lo que deba arrepentirme.

—Muy bien —dijo el Profeta, y asintió—. Que el Padre tenga misericordia de tu alma.

El corazón de Immanuelle martilleaba dentro del pecho. Al momento se puso en pie con tanta precipitación que derribó su silla al suelo.

—¿Qué significa todo esto?

Nadie se movió. Nadie habló. Nadie emitió ningún sonido, salvo Esther, que profirió un grito desencajado. Pero el Profeta no le concedió ni siquiera una mirada. Tenía los ojos clavados en Immanuelle. No en su hijo, ni en los guardias, ni en el rebaño de fieles.

En ella.

Y era a ella a quien hablaba el Profeta cuando ordenó:

—Llevadlo a la pira.

Los guardias no cometieron el error de volver a vacilar. Agarraron a Ezra por ambos brazos y lo obligaron a ponerse en pie. El Profeta los siguió como una sombra en el camino hacia la hoguera.

—¡No! —Immanuelle fue tras ellos, trató de alcanzar a los guardias, a Ezra, con las manos tendidas, como si hubiera podido arrebatárselo. La muchacha sabía desde el principio que aquello terminaría por ocurrir, pero no esperaba que fuera tan rápido. Había pensado que por lo menos le quedaría algo de tiempo, pero se equivocaba.

—Le prometiste a Ezra que no moriría —exclamó, aun sabiendo que sus protestas serían en vano—. ¡Habíamos cerrado un trato!

—Immanuelle, por favor. —Ezra hablaba con voz cansada, resignada —. Esto ha terminado. Déjalo ya.

Immanuelle no le hizo caso. Corrió tras ellos, y mientras lo hacía tropezó con el dobladillo de su vestido de incisión.

—¡Eres un tirano! —Seguía al Profeta tan de cerca que casi le pisaba los talones con sus zapatillas—. ¡Eres un mentiroso! ¡Eres un loco! Me prometiste que no le pasaría nada.

—Lo agarró de la manga y tiró con tanta fuerza que rasgó el terciopelo —. ¡Me lo prometiste!

Entonces el Profeta se volvió hacia ella, levantó la mano y le dio un bofetón.

Immanuelle se cayó de espaldas y se golpeó contra un banco cercano. Oyó que Ezra gritaba una vez más su nombre. La voz del muchacho le resonó en los oídos.

—Teníamos un trato —gimió, al tiempo que se levantaba. Las sombras cubrieron sus ojos. Sintió el sabor de la sangre—. Me lo habías prometido.

El Profeta miró la mano con que la había abofeteado, como si él mismo no pudiera creer lo que había hecho, en lo que la joven le había provocado a hacer.

—Tan solo cumplo mi promesa. Te dije que no le haría ningún daño. Y por eso mismo voy a liberar su alma y lo salvaré del fuego del infierno.

Immanuelle trató de incorporarse, pero no lograba sostenerse en pie.

—Me diste tu palabra.

—Mi palabra son las Escrituras, y las Escrituras exigen expiación cruenta.

—Mientras hablaba, el Profeta hizo un nuevo gesto con la cabeza a los guardias, y estos, en respuesta a su orden, arrastraron a Ezra al pie de la pira de purificación más cercana. Sus botas dejaban surcos en la tierra. Una vez allí, lo agarraron por los brazos y lo obligaron a ponerse de espaldas a la hoguera. Se estremecieron con las llamas que se agitaban y rugían ante ellos.

El fuego lamió la espalda de Ezra. El muchacho gritó de dolor.

Immanuelle se dio cuenta de que el Profeta nunca había querido que su hijo viviera. Se protegería a sí mismo por encima de todo, aunque eso significara entregar a su hijo a las llamas de la pira y verlo arder.

El Profeta se volvió hacia su rebaño.

—Los pecados deben expiarse con sangre y purificación. Esa es nuestra ley más antigua y más importante. Sangre por sangre. Cenizas a las cenizas. Eso es lo que nos exige el Padre y lo que nosotros le daremos esta noche.

—Pues entonces tómame a mí.

El fragor del fuego de purificación impidió que los demás la oyeran.

Pero Immanuelle volvió a hablar, y esta vez lo hizo gritando:

—¡Tómame a mí!

Los guardias soltaron a Ezra y el muchacho cayó de rodillas. Su cuerpo chocó contra el suelo con un golpe sordo. De su camisa salía humo, porque las llamas ya habían empezado a chamuscarla.

Immanuelle vio que tenía que detener aquello. O actuaba de inmediato, o no podría hacer nada.

Dejó atrás al Profeta y se adelantó hacia la pira.

—Me ofrezco como sacrificio. Mi vida a cambio de la de Ezra.

Entonces no se oyeron abucheos, gemidos ni maldiciones. Todas las almas de aquella comunidad —hombres, mujeres e hijos— callaron, silenciosas como lápidas en un cementerio.

Todas salvo Glory Moore, que soltó un grito prolongado, estridente, que desgarró la noche en dos. Abram trató de tomarla en brazos, pero la niña se revolvió y forcejeó con tanta violencia que ni siquiera Anna pudo calmarla.

—¡No! —chilló, y su voz resonó por los llanos—. ¡No!

Entonces fue Vera la que quiso acercarse. Trató de escapar de sus guardias, pero estos la arrastraron de nuevo a su lugar antes de que hubiera podido hacer nada, salvo gritar al viento el nombre de Immanuelle.

A lo lejos, en la oscuridad, el bosque se agitó.

Immanuelle se obligó a sí misma a mirar de nuevo al Profeta. Estaba más atrás, con la boca abierta, la faz teñida de rojo por el reflejo de la luz de la hoguera. Miró a su hijo, doblegado ante las llamas, y luego

volvió a mirar a Immanuelle con tal ira que la joven sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Recuerda que, por encima de todo, eres mi esposa.

—Soy dueña de mí misma —le replicó Immanuelle, que pugnaba por hablarle con voz serena—. Mi sangre y mis huesos me pertenecen a mí, y solo a mí, y estoy dispuesta a ofrecerlos para expiar los pecados de tu hijo. Voy a ocupar su lugar.

El Profeta dio un paso hacia ella.

—No tienes derecho.

En esta ocasión, Immanuelle no se arredró.

—Tengo todos los derechos. Mi ofrenda es pura. Tú no puedes interceder.

—Pero llevas mi sello. Has pronunciado un juramento que te ata a mí.

—Y ahora voy a pronunciar otro —respondió Immanuelle—. Pongo a los fieles de Bethel por testigos de que iré al altar en sustitución de Ezra.

El Profeta quiso hablar de nuevo, pero se le quebró la voz. Ante su silencio, el apóstol Isaac se acercó cojeando. A cada uno de sus pasos el bastón se hundía en el suelo.

—¿Es verdad que nadie ha tocado a la muchacha?

Esther se puso en pie, aunque las otras esposas la agarraran por la falda y trataran de hacerla callar.

—La muchacha no miente. Es pura.

—Si es pura —declaró el apóstol, al tiempo que volvía el rostro hacia el Profeta—, será un digno sacrificio.

—No —dijo Ezra con voz ronca. Trató de ponerse en pie, pero uno de los guardias lo golpeó con tanta fuerza que se le doblaron las piernas y cayó de nuevo al suelo—. No le hagáis daño. Por favor. Tiene que haber otra solución.

—La hay. —Una voz resonó en la oscuridad, y para consternación de Immanuelle, Martha pasó entre las mesas y se adelantó—. Yo iré en su lugar. Dejadla con vida.

El apóstol contempló a la mujer con ojos entrecerrados y frunció con asco el labio superior.

—Tú no eres pura en la carne.

—No —respondió Martha, retorciendo las manos entrelazadas con nerviosismo—.

Pero sí soy pura en el alma. He rezado siempre mis plegarias. He vivido con verdad y honor.

He servido siempre al Padre. He impuesto nombres a varias generaciones de acuerdo con Su voluntad. Puedo ocupar su sitio. Por favor.

—Martha —dijo Immanuelle, y su abuela la miró a los ojos. Estaba llorando, sus sollozos eran violentos y brutales, y cada vez que tomaba aliento parecía más cercana a derrumbarse—. Déjalo. Estoy dispuesta.

El rostro de Martha perdió toda expresión, y unas pocas lágrimas descendieron por sus mejillas hasta el mentón. Se tambaleó, y habría caído al suelo si Anna no la hubiese agarrado por el brazo y la hubiera sostenido.

Immanuelle se obligó a mirar de nuevo al Profeta. Esta vez su voz no se quebró.

—Mi vida por la de Ezra.

Por un momento pensó que el Profeta se negaría, que la agarraría por la garganta, la arrastraría por los cabellos hasta el Refugio, o la metería en lo más profundo de aquellas horribles mazmorras, de donde no volvería a salir. Pero el Profeta se contentó con bajar la cabeza, con las manos unidas, los dedos entrelazados, como si rezara.

—Llevadla al altar.

Por segunda vez en ese mismo día, llevaron a Immanuelle a la catedral y avanzaron con ella por el largo pasillo entre los bancos hasta el altar. Entonces, a la vista del rebaño, se despojó del vestido nupcial y se deshizo las trenzas. Semidesnuda, sin nada que estorbara sus movimientos, subió al altar.

El viento sopló a través de las puertas y la enagua del vestido nupcial le pareció delgada y escasa. Pero poco le importaba ya el pudor, a la vista de lo que pretendía hacer.

El rebaño de fieles entró en la catedral. No se molestaron en sentarse en los bancos, como habían hecho durante el juicio. Se metieron dentro, se apiñaron en el pasillo y se

congregaron al pie del altar, deseosos de encontrar un buen sitio desde donde presenciar el sacrificio. Entre ellos se encontraban los Moore, que lloraban y se rasgaban los vestidos.

Vera venía más atrás, escoltada a ambos lados por guardias, con el rostro de quien ya ha muerto. Y entonces, al frente de la multitud... atado, con la ropa chamuscada, cargado de cadenas... apareció Ezra.

Immanuelle había visto en otras ocasiones hombres destrozados. Hombres condenados a morir por sus pecados en la plaza del pueblo, con la soga al cuello. Había visto hombres que tomaban en brazos a sus hijos muertos, hombres que recibían latigazos en la espalda.

Hombres enfermos, o heridos, hombres a quienes la ira había enloquecido. Pero jamás había visto a ninguno tan deshecho como vio en aquel instante a Ezra.

El Profeta salió de entre la multitud y ocupó su sitio tras el altar. Colocó una mano sobre la desnuda curva del vientre de Immanuelle y la otra en la cabeza de la muchacha. Su pulgar oprimió con fuerza el sello que había marcado tan solo unas horas antes.

La sangre descendió por el puente de la nariz de Immanuelle y se depositó en el surco de su labio superior.

La muchacha aguardó la plegaria con los ojos muy abiertos, pero la plegaria no llegó.

Querían enviarla a la otra vida sin anunciarla ni darle la bienvenida, sin últimos ritos ni plegarias rogando misericordia... y tal vez fuera lo mejor, a la vista del grave pecado que estaba a punto de cometer. No habría un lugar para ella en las santas moradas del Padre. No hallaría misericordia en la otra vida si hacía lo que estaba a punto de hacer.

El apóstol Isaac se acercó arrastrando los pies. Sostenía con ambas manos el cuchillo sacrificial. Al ver la hoja, la muchacha fue presa del temor. El corazón le palpitaba contra las costillas y tuvo que agarrarse al borde del altar para no huir.

El Profeta aferró la empuñadura con mano temblorosa. Por un momento contempló el arma, como si estimara su peso. Luego su mirada se volvió hacia Immanuelle.

—¿De verdad quieres morir por él? ¿Estás dispuesta a condenarte?

La muchacha asintió. Sabía que su momento había llegado. Ya no podía volver atrás.

—Sus pecados son los míos.

—No. —Ezra trató de acercarse a ella, en pugna contra sus propios grilletes, clavando las uñas en el suelo en un intento por incorporarse —. Immanuelle. Por favor, no.

El Profeta puso una mano sobre la frente de la muchacha y apretó con fuerza suficiente para que el sello de la incisión le doliera. Empuñó en alto el cuchillo sacrificial.

—Sangre por sangre.

—— ✠ ——

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

La doncella parirá una hija y la llamarán Immanuelle, y redimirá al rebaño de fieles mediante la ira y la plaga.

De los escritos de Miriam Moore

Immanuelle aferró el cuchillo sacrificial, sujetó la empuñadura con una mano y la hoja desnuda con la otra, y paró su descenso una fracción de segundo antes de que se le clavara en el pecho. Con toda la fuerza que aún le quedaba, lo arrancó de las manos del Profeta.

La comunidad gritó con horror. Los guardias pasaron a la acción. Se apostaron entre los bancos y llevaron el dedo al gatillo del rifle. Todos ellos apuntaban contra Immanuelle.

Se oyeron a la vez exclamaciones que los exhortaban a disparar y otras a contenerse, pero Immanuelle no les prestó atención. Empuñó el cuchillo sacrificial y se rasgó la manga del vestido. Entonces, en una serie de cinco atroces cortes, trazó el signo de reversión en la carne desnuda de su antebrazo.

Ante sus propios ojos, el tiempo se fragmentó. El dolor de los cortes creció hasta que casi no pudo soportarlo. Una serie de violentos espasmos le sacudió el cuerpo, la obligó a ponerse de rodillas, y mientras forcejeaba y se retorcía de dolor, el altar empezó a estremecerse al mismo tiempo que ella, sus piedras se desencajaron,

sus esquinas se vinieron abajo.

Immanuelle volvió la cabeza a un lado, miró hacia las ventanas de la catedral, pero constató con horror que la oscuridad seguía ahí. Escrutó el lejano cielo por si descubría alguna traza del alba, un atisbo de luz del sol, un rayo de luz de luna, el fulgor azulado de la primera aurora... pero la noche seguía igual. El sello no había funcionado. Había fracasado.

La catedral sufrió un violento temblor. Algunos cascotes que se desprendían del techo rebotaron sobre los escalones y rodaron por los pasillos. Las tablas del suelo se combaron y las vidrieras traquetearon. Las vigas, en lo alto, se movían. Cayó una lluvia de polvo y escombros. El rebaño fue presa del pánico. Se oyeron gritos por toda la catedral y los niños llamaron chillando a sus madres. Unos pocos hombres corrieron hacia las puertas, pero los demás se quedaron acurrucados en los bancos e hicieron lo poco que pudieron para protegerse a sí mismos y a sus familias de la lluvia de escombros.

Immanuelle se miró el brazo ensangrentado. Quería que el poder del sello se activara, que llamase a las plagas para que regresaran dentro de ella. Pero no sirvió de nada. Bethel estaba perdida.

El Profeta retrocedía tambaleándose, pálido y boquiabierto, y se enredaba los pies en su propia túnica mientras trataba de refugiarse detrás del altar. Las paredes se pusieron a retemblar con mayor violencia que antes y amenazaron con venirse abajo, y una única palabra pasó por la cabeza de Immanuelle: matanza.

Todas a la vez, las ventanas de la catedral se hicieron añicos, sus cristales explotaron

hacia dentro en una tempestad de pequeños vidrios relucientes de colores. Un río de oscuridad penetró en el santuario.

Y con la noche, entró la legión.

Las primeras bestias se metieron volando en la catedral. Se instalaron en lo alto mientras, abajo, el rebaño chillaba y se quedaba encogido y aterrorizado en el suelo.

Murciélagos de grandes colmillos se posaron sobre las vigas. Una bandada de buitres trazaba ominosos círculos en lo alto. Masas de langostas que zumbaban sin cesar entraron por las ventanas rotas y los cuervos penetraron por un boquete en el tejado, graznando y chillando al tiempo que irrumpían en gran número en el santuario.

La comunidad chillaba y se dejaba llevar por el caos. Hubo quien corrió hacia las puertas. Otros se escondieron bajo los bancos, desesperados por escapar de la horda que se apiñaba en lo alto. Unos pocos guardias del Profeta alzaron las armas y defendieron al rebaño con balas y flechas. Pero su esfuerzo fue en vano. El ataque no se detuvo.

Después de la legión alada llegaron las criaturas terrestres. Irrumpieron por las puertas abiertas y las ventanas destrozadas. Había mujeres con cabeza de perro, arañas grandes como corderos que correteaban bajo los bancos. Las legiones de los muertos, las víctimas de la pestilencia, las almas perdidas, las víctimas de las purificaciones del pasado, destrozadas por el fuego, venían tambaleándose por los pasillos.

En cuanto entraron empezó la confusión de verdad. Las madres huían con sus niños.

Los hombres corrían hacia las ventanas rotas y las puertas, tan solo para que les cerrara el paso la inmensa legión que rodeaba los muros, y que con sus colmillos desnudos y sus garras obligaba al rebaño a retroceder de nuevo hacia los bancos.

Entonces llegaron las brujas.

Las primeras en entrar fueron las Amantes, Mercy y Jael, que avanzaron cogidas de la mano por el pasillo central. Las hordas del infierno se apartaron para dejarlas pasar. Luego llegó Delilah, que salió de una grieta que se había abierto en el suelo y emergió cubierta de lodo y con ojos salvajes. Las tablas del suelo se pudrían cuando las pisaba.

La catedral retembló de nuevo, esta vez con tanta violencia que Immanuelle temió que el techo se viniera abajo. Buscó entre la agitada multitud, desesperada por encontrar a Vera, o a los Moore, pero no los vio en medio de aquella confusión. Los temblores continuaron.

Los bancos se volcaban y hombres adultos rodaban por el suelo. La Espada del Cruzado que estaba sujeta en la pared, tras el altar, cayó y se hizo pedazos a pocos centímetros del lugar donde se acurrucaba el Profeta. Immanuelle trató de aferrarse al altar, pero sus manos resbalaron sobre la piedra que la sangre había vuelto resbaladiza y la muchacha rodó hasta el pasillo.

Un muchacho tropezó sobre ella. Una mujer le pisó la mano. Un apóstol que huía de un lobo estuvo a punto de pisotearla, pero

entonces sintió en el brazo una mano que tiraba de ella y la llevaba a lugar seguro.

Ezra.

Immanuelle oyó un estruendo ensordecedor y una viga se vino abajo y se estrelló contra el suelo en el lugar donde ella había estado momentos antes. Aplastó al infortunado apóstol y al lobo que lo acosaba. La fuerza del impacto hizo que Immanuelle y Ezra cayeran de espaldas en medio de una nube de escombros. Ezra se incorporó al instante, agarró a la

muchacha por el codo y la llevó a lugar seguro a la sombra del altar.

La catedral dejó de retemblar y la legión se detuvo. Ezra atrajo a Immanuelle hacia sí y ambos contemplaron con horror las puertas principales de la catedral que se abrían poco a poco.

Lilith emergió de las sombras de aquella noche sin fin.

Estaba sola en el umbral. Una neblina escapaba por las grietas de su cráneo y se arremolinaba en la negrura de las cuencas de sus ojos. Sus astas se curvaban en lo alto, cual diadema de huesos blanqueados. Entró en la catedral y se oyeron chillidos. Hombres ya adultos cayeron de rodillas y le rogaron al Padre mientras la reina bruja pasaba por su lado.

Descalza y con los brazos abiertos, Lilith avanzó por el pasillo central, anduvo hasta el altar en medio de la multitud de bestias y trasgos hasta el lugar donde se hallaban Immanuelle y Ezra, inmóviles en el suelo. Las otras brujas acudieron a flanquearla: las Amantes a su izquierda, Delilah a su derecha.

Ezra quiso adelantarse para proteger a Immanuelle, pero esta lo agarró por el hombro y lo detuvo.

—Esto tengo que hacerlo yo —le dijo.

El muchacho no retrocedió.

—Immanuelle...

—Confía en mí. Me prometiste que confiarías en mí.

Ezra movía nerviosamente la mandíbula, dudoso. Immanuelle todavía lo agarraba por el hombro. Entonces el joven asintió y la muchacha lo

soltó.

Immanuelle se levantó y se irguió sobre unas piernas que flaqueaban. Se encaró con las brujas. Por un momento se miraron en silencio. Entonces Lilith le tendió la mano.

Immanuelle entendió enseguida lo que le quería decir: «Únete a nosotras o muere con ellos».

Era una propuesta sencilla, e incluso generosa. Sin duda, más gentil que el destino que su madre había sufrido. Tal vez no aceptarla fuera una necedad. Después de todo, el rebaño del Profeta se había inclinado enseguida por condenar a la propia Immanuelle al sepulcro...

¿Tan mala cosa habría sido salvarse, y abandonarlos al mismo destino que habían querido para ella?

La mirada de Immanuelle recorrió los bancos y vio las caras de las gentes que se encontraban allí... Anna, con Honor agarrada a su cuerpo y Glory deshecha en lágrimas, Abram y Martha, Vera, que estaba en pie, resuelta y sin miedo. Gentes de los Calveros y de las Tierras Santas, y de las Afueras. Algunos eran inocentes, otros cómplices. Todavía eran más los que se hallaban en ese terreno incierto que separa el bien del mal. Pocos habría que no merecieran ningún reproche, y ninguno libre de pecado. Pero no había ni una sola alma en el santuario a la que quisiera condenar a la ruina que los amenazaba.

Immanuelle, resignada a su destino, se encaró de nuevo con las brujas.

—Si esto es el final, moriré con ellos.

Se sintió una agitación en el aire. La catedral sufrió un leve temblor y una brisa fría se coló por las ventanas rotas y levantó nubes de polvo. La oscuridad se volvió más densa y las pocas antorchas que aún ardían empezaron a parpadear sin apenas luz, impotentes ante las sombras de la noche.

Lilith no retiró la mano.

En vez de ello, la bruja se volvió con imponente ademán para encararse con el rebaño de fieles, escudriñó a la multitud con sus ojos negros y muertos, observó la sala entera. Sus ojos pasaron sobre el Profeta, que estaba amedrentado bajo el altar, sobre los cascotes y escombros, sobre los cadáveres que se amontonaban en los pasillos de

la catedral.

Luego se volvieron hacia los Moore. Su mano se transformó en codiciosa garra.

Anna soltó un débil grito, aferró a Honor con una mano y metió a Glory entre sus faldas con la otra. La bruja se les acercó y Martha alargó un brazo para tratar de protegerlas.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, aunque la expresión de su rostro se mantuviera firme. Pero fue Abram quien se adelantó, quien salió cojeando al pasillo central para interponerse entre la Reina Bruja y su propia familia. Se quedó allí, silencioso e indefenso, apoyado en su bastón. Entonces, por orden de Lilith, un sabueso enorme, de rostro huesudo, surgió de entre las filas de la legión.

Todo ocurrió tan rápido que Immanuelle no tuvo tiempo de gritar.

Abram, que momentos antes había estado en pie, solo, en medio del pasillo central, acabó de pronto en el suelo. Las fauces de la bestia se cerraron sobre su nuca con un horrendo y repugnante chasquido.

Un formidable rugido abrumó a Immanuelle. Los márgenes de su visión se oscurecieron y terminó por no ver nada, salvo el cuerpo sin vida de Abram tendido en el suelo. De pronto creyó estar en la cabaña, entre paredes donde se habían inscrito plagas y promesas. Vio la sombra de su madre, que arrojaba las maldiciones y trazaba línea a línea el destino de su hija.

Algo se agitó en lo más profundo de su interior. El sello inscrito en su brazo empezó a arder, y sangró con tanta profusión que el rojo líquido empezó a resbalar desde sus dedos y formó un charco a sus pies. Un gran temblor sacudió la catedral. Immanuelle levantó sus manos ensangrentadas y, con un grito desencajado, invocó el poder de las plagas.

Delilah fue la primera en caer.

Una lágrima roja brotó del ojo derecho de la bruja, y luego del izquierdo. La sangre le llenó los oídos. Las gotas quedaban suspendidas como pequeñas joyas al final de sus lóbulos.

Delilah escupió, tosió y luego empezó a ahogarse, y con cada nueva convulsión vomitaba un nuevo chorro de sangre espesa y negruzca. Cayó de rodillas, su cuerpo se contrajo dos veces y luego se desplomó y dejó de moverse.

Sangre.

Immanuelle se volvió hacia Mercy. La bruja se detuvo sobre el charco de sangre de Delilah, que se extendía sin cesar. Su cuerpo se balanceó ligeramente de un lado para otro y luego cayó sobre manos y rodillas, como si una fuerza invisible la hubiera empujado.

Levantó la cabeza en dirección a las vigas del techo y arqueó la espalda hasta casi partirse la columna vertebral. Entonces, al tiempo que soltaba un grito estrangulado, golpeó la cabeza contra el suelo y su frente se quebró con un espeluznante crujido que resonó por toda la catedral. Levantó la cabeza ensangrentada, volvió a arquear el cuerpo y golpeó la frente contra el suelo una vez más, y otra, y otra.

Pestilencia.

A continuación, fue Jael la que se adelantó, e Immanuelle se volvió hacia ella. La bruja

se detuvo al lado de su amante. Parecía dispuesta a atacar. Pero antes de que tuviera oportunidad, el poder de la maldición recorrió de nuevo a Immanuelle. Hizo un gesto con la mano y una marejada de sombras bañó el suelo de la catedral, fustigó los tobillos de la bruja y le arañó las piernas, el pecho, las mejillas. Jael logró exhalar un solo grito antes de que la convulsa negrura la devorase.

Oscuridad.

Immanuelle se precipitó a recoger el cuchillo sacrificial, que había quedado en el suelo, a un par de metros de la escalinata del altar. Después se volvió hacia Lilith y empuñó en alto la daga bañada en sangre, cortando el aire que se interponía entre ambas.

—Detente.

Lilith no obedeció. La Reina Bruja, sin arredrarse, avanzó por el pasillo central y se abrió paso entre los cadáveres de su caído contubernio. Se detuvo frente a Immanuelle, tan cerca de ella que la punta del cuchillo sacrificial casi le tocaba el vientre.

Pero Lilith no se amilanó.

Por el contrario, llevó una mano fría y pálida a una de las mejillas de Immanuelle y se acercó a ella todavía más. Su frente tocó la frente de Immanuelle, y el cuchillo de la joven se hundió en el estómago de la bruja.

La muchacha contempló la negrura en las cuencas de los ojos de Lilith y sintió que el hechizo del bosque la dejaba sin sentido. Los sonidos de matanza murieron en el silbido del viento que soplaba entre las copas de los árboles. Las sombras avanzaron desde los márgenes de su visión e Immanuelle oyó que el bosque la llamaba desde lo más profundo de su ser, con un sonido como el pálpito de la sangre en los oídos. El pulgar de la Reina Bruja presionaba en una y otra dirección el pulso de Immanuelle, como si quisiera medir el ritmo de sus latidos, con gesto tierno... casi maternal. Immanuelle casi podía imaginar qué clase de líder debía de haber sido en un tiempo muy lejano, antes de que la aflicción de su venganza y su sed de sangre hicieran de ella aquel monstruo en el que se había convertido.

Lilith resiguió con un dedo los labios de la joven, y de pronto la agarró por el cuello.

La bruja la levantó del suelo. Un chillido murió en la garganta de la muchacha.

Immanuelle, sintiendo que se ahogaba, clavó las uñas en los dedos de Lilith. Estaba suspendida en el aire y Lilith la levantaba más y más.

Presa del pánico, acuchilló a ciegas. Primero la hoja encontró hueso, y luego carne, y se clavó profundamente en el hombro de Lilith.

La Reina Bruja soltó un chillido que hizo retemblar la iglesia entera. Se abrieron fisuras en las paredes y el techo empezó a hundirse. El rebaño de fieles y la legión huyeron por igual hacia las puertas, porque la catedral se les venía encima. En medio de aquel caos, oyó que Ezra gritaba su nombre, y entonces la voz del muchacho desapareció en el tumulto, como todo lo demás.

Immanuelle empezó a ver borroso. Agarró una vez más el cuchillo, tratando de permanecer consciente, aferrándose con desesperación a la escasa fuerza que le quedaba.

Gruñendo, arrancó la hoja ensangrentada del hombro de Lilith y empuñó el arma en alto.

Esta vez su golpe fue certero.

La hoja se clavó hasta la empuñadura en el pecho de Lilith. La bruja cayó hacia delante, se estrelló contra un banco cercano y terminó en tierra. Pero, para espanto de

Immanuelle, tan buen punto tocó el suelo volvió a ponerse en pie. Se

apoyó en un banco cercano, agarró la empuñadura del cuchillo, se lo arrancó del pecho y lo arrojó al pasillo central.

Por un instante se quedaron inmóviles, allí, en el pasillo central de la catedral. Ambas estaban heridas y sangraban, y a duras penas se tenían en pie. Immanuelle sabía que el final había llegado y que tan solo una de las dos saldría del edificio.

Lilith alzó ambas manos.

El entablado del suelo empezó a combarse. Las raíces que se hallaban bajo los cimientos de la catedral se liberaron y reptaron cual serpientes por el pasillo central.

Pequeños arbolillos se abrieron paso entre las tablas de madera y crecieron en cuestión de instantes, sus ramas se extendieron entre las vigas. Las raíces que se arrastraban por el suelo se enrollaron en torno a los tobillos de Immanuelle y apretaron con tanta fuerza que la muchacha gritó de dolor. Dio pasos tambaleantes, pugnó por liberarse, pero no logró avanzar.

El sello que se había inscrito en el antebrazo rabiaba de dolor, como si la hubieran marcado con un hierro al rojo vivo. La joven cerró los ojos para defenderse de él, acudió a las profundidades de sí misma y sacó todas las fuerzas que pudo.

Las raíces le soltaron los tobillos, retrocedieron a las grietas del entablado por donde habían surgido. Los árboles que desplegaban en lo alto su ramaje se doblaron, derrotados por un viento fantasma que soplaba a lo largo de la catedral como el inicio de una tormenta de verano.

Lilith retrocedió tambaleándose y quedó acorralada contra el altar, porque un viento poderoso se abatió sobre ella con tanta violencia que la piel de su mano extendida empezó a desprenderse del músculo, y el músculo del hueso. La bruja chilló y atacó.

La fuerza del poder de Lilith arrancó del suelo a Immanuelle. La muchacha giró en el aire y se estrelló en un brutal aterrizaje sobre un montón de raíces y tablas de madera destrozadas. El crujido de sus costillas fue espantoso, e Immanuelle jadeó y forcejeó, agarrándose a su última brizna de consciencia.

El viento murió y se transformó en sordo resuello, a la vez que Lilith bajaba del altar y se acercaba a ella, abriéndose paso entre los árboles como la primera noche en la que se habían encontrado. En ese

momento había luz en las cuencas de sus ojos... dos motas de fulgor que se movían como si fueran pupilas y se clavaron en Immanuelle. Su rabia era palpable... Enfrió el aire e hizo que los árboles se estremecieran. Cada uno de los pasos de la bruja parecía sacudir la catedral hasta sus quebrantadas piedras angulares.

La joven trató de escapar y fracasó. Lilith era demasiado veloz. La bruja la derribó con un único golpe del dorso de su mano e Immanuelle cayó de nuevo al suelo. Las luces que brillaban en los ojos de Lilith empezaron a danzar y multiplicarse, se esparcieron por la negrura de las cuencas de sus ojos como las ascuas de una hoguera de campamento arrastradas por el viento. Asestó una feroz patada en las costillas de Immanuelle y la muchacha chilló de dolor, y arañó las tablas del suelo en fútil búsqueda de un asidero.

Se oyó un chasquido suave. El sonido de una bala que entraba en la recámara. Luego, la voz de Ezra:

—Déjala en paz.

La bruja se apartó de Immanuelle y se encaró con Ezra. El muchacho se había plantado entre dos pinos y la apuntaba con el arma. Tenía el dedo curvado sobre el gatillo.

Lilith avanzó hacia él con una mano en alto.

El suelo empezó a sacudirse bajo los pies de Ezra, los árboles y las raíces brotaron otra vez entre las tablas rotas y lo sujetaron por las piernas, como lo habían hecho aquel día en el estanque. El muchacho disparó contra Lilith, pero las raíces, sujetándolo por los brazos, impidieron que la bala alcanzara su objetivo.

La bruja, sin arredrarse, fue hacia él. Cuando ya estaba cerca, una de las raíces se enrolló en torno al cuello de Ezra y tiró con fuerza hacia atrás. El muchacho trató de disparar una vez más, pero una raíz se apoderó del rifle y lo lanzó al suelo.

Immanuelle luchaba por volver a levantarse. El cuchillo sacrificial estaba cerca. Si lograba alcanzarlo, acabaría con la bruja y pondría fin a aquello de una vez por todas.

Ezra, casi ahogado, habló con dificultad:

—Immanuelle... Corre...

Un lobo de rostro huesudo se le acercó por detrás. Era el mismo que

había derribado a Abram. Todavía llevaba su sangre en el hocico. Fue hacia Ezra con las fauces abiertas, dispuesto a arrojarse sobre él. Entonces, Immanuelle levantó el brazo.

El suelo se abrió bajo el lobo, las tablas se desencajaron y una avalancha de escombros cayó por el hueco. El lobo gimoteó, resbaló, sus zarpas arañaron el entablado, y se precipitó al vacío.

Immanuelle logró ponerse en pie. Cada vez que tomaba aliento, sentía una punzada de dolor en las costillas, pero de todos modos consiguió hablar:

—Soltadlo —ordenó.

En respuesta, las raíces soltaron a Ezra, y el muchacho medio se arrastró, medio se abalanzó para escapar del boquete abierto en el suelo. Agarró el rifle. Lo apoyó en el hombro y disparó de nuevo contra Lilith cuando esta se volvía una vez más hacia Immanuelle. La bala le partió la clavícula por la mitad. Lilith se detuvo... y luego, tambaleándose, se apoyó en un árbol cercano. Sus rodillas se doblaron.

—¡Immanuelle!

Vera estaba en el centro del pasillo con el cuchillo sacrificial en la mano. Se acercó con pasos vacilantes, cojeando sobre lo que parecía una pierna rota, y arrojó el arma en su dirección.

El cuchillo dio vueltas en el aire, trazó un arco sin dejar de girar. Immanuelle alargó el brazo y lo agarró por la empuñadura medio segundo antes de que llegara al suelo. Entonces, con un grito estrangulado, se volvió hacia Lilith y se arrojó sobre ella.

La hoja se clavó hasta la empuñadura en el mismo centro del cráneo de la bruja. Se abrió una grieta grande en el hueso y entonces, con un levísimo sollozo, la Reina Bruja se derrumbó.

Immanuelle, exhausta, se desplomó en el suelo a su lado, jadeante, cubierta de sangre, tan débil que pensó que no volvería a levantarse. Con sus últimas fuerzas, puso una mano sobre el cráneo de la bruja y manchó el hueso con su propia sangre.

Lilith la contemplaba con respiración trabajosa. Unas volutas de sombra emergieron por las grietas de su cráneo y quedaron suspendidas en el aire como si fuera humo. Uno de

sus cuernos se partió y cayó al suelo. Por fin, con un estremecimiento que sacudió la catedral hasta sus piedras angulares, la bruja perdió la vida.

Matanza.

—— ✠ ——

CAPÍTULO CUARENTA

Y ese día, cuando termine la oscuridad y el sol salga de nuevo, los pecados de los engañadores saldrán a la luz y la verdad emergerá de las sombras.

La última profecía de David Ford

Immanuelle despertó. El sol le iluminaba las mejillas. Abrió los ojos y se sentó en el suelo, aturdida, esforzándose por aclararse la mirada. Trató de comprender la escena que sus ojos contemplaban.

La catedral estaba en ruinas. La mitad del techo se había hundido y el suelo había quedado cubierto de vigas y escombros. En las grandes grietas que se habían abierto en sus cimientos habían crecido árboles. Sus ramas se agitaban al soplo del viento. Los supervivientes vagaban entre bancos derribados y ventanas rotas en busca de los heridos y de los que habían quedado atrapados. Los cadáveres de bestias, guardias y fieles se mezclaban con los escombros. Entre ellos se encontraba el cadáver de Lilith, que yacía inerte a la sombra del altar.

—Calma. —Ezra se hallaba junto a ella y la agarró por la cintura cuando trató de levantarse—. Estás bien. Ahora ya no corres ningún peligro.

Al contemplar la carnicería, la muchacha cerró los ojos. Se sentía débil y enferma. Los recuerdos del combate volvieron a ella: las legiones que habían entrado por las ventanas destrozadas, las bestias y demonios que habían buscado víctimas entre los bancos de la iglesia, los chillidos de los niños, las mujeres en fuga, Abram atrapado contra el suelo...

Abram. ¡Abram!

—¿Dónde está? —preguntó, volviéndose hacia Ezra—. Quiero ver a Abram.

—Immanuelle...

—Tengo que verlo. Ahora mismo.

La multitud les abrió camino. Los miembros del rebaño se apartaban arrastrando los pies. Allí, tendido e inmóvil entre las ruinas, se hallaba Abram. Glory se había acurrucado sobre su cintura como hacía cuando era bebé, y Honor estaba a su lado y lloraba. Anna se había sentado al lado de Honor y sollozaba con el rostro oculto en los pliegues de sus faldas.

Martha se erguía a su lado, con el rostro como de piedra, inmóvil. La mujer se volvió hacia su nieta y no dijo nada. Tan solo movió la cabeza de un lado a otro.

Immanuelle apenas podía sostenerse en pie. Tal vez se habría caído si Ezra no hubiera estado allí para agarrarla por el brazo. La muchacha le obligó a soltarla, cayó sobre manos y rodillas y gateó sobre los escombros hasta el lugar donde yacía el cuerpo de Abram.

No quería tocarlo, por miedo a liberar de nuevo el poder de las maldiciones. Por ello, no hizo más que sentarse a su lado, cubriéndose la boca con una mano para que no se oyeran los sollozos.

—¿Ves ahora el precio del pecado? ¿Lo entiendes ahora? — Immanuelle alzó el rostro

y vio que el Profeta salía tambaleándose de detrás del altar en ruinas, donde se había ocultado durante lo peor de la masacre. El hombre levantó la voz para dirigirse a la multitud

—: ¿Veis la maldad que esta muchacha ha atraído sobre nosotros? Ella invocó a la oscuridad e hizo venir al contubernio. Aún veo la sombra de la Madre en sus ojos. —Al oírlo, los supervivientes de la matanza murmuraron entre sí. Unos pocos se dirigieron hacia las paredes dando traspiés. Otros se escondieron tras los bancos volcados y los montones de escombros. Todos ellos parecían temer las maldiciones que Immanuelle pudiera conjurar—.

Mirad lo que ha hecho esta joven —seguía diciendo el Profeta al tiempo que gesticulaba en todas direcciones para llamar su atención sobre la carnicería—. Mirad la ruina que ha atraído sobre nosotros.

—¿Por qué no te muerdes tu lengua mentirosa? —exclamó Ezra dando un paso adelante—. ¿No ves lo apenada que está?

—Esa muchacha solo está apenada por su propia muerte. Es una bruja.

—Puede ser —replicó Ezra. Parecía dispuesto a arrancar el cuchillo sacrificial del cráneo de Lilith y usarlo contra su propio padre—. Pero mientras tú estabas acobardado detrás del altar, suplicando por tu vida miserable, Immanuelle ha luchado por Bethel. Ha dominado las plagas y la oscuridad de la Madre, y eso es más de lo que ha podido hacer ningún profeta ni ningún santo. Nos ha salvado a todos nosotros.

—No nos ha salvado —le espetó el Profeta—. Ha sido ella quien ha provocado toda esta maldad. Ella misma me lo confesó hace unos días. Estas plagas han nacido de su carne y de su sangre. Todo esto se debe a ella.

Decía la verdad. Immanuelle no podía negarlo. Todo —la sangre y la pestilencia, la oscuridad y la matanza, la muerte de Leah y la de Abram—, todo había ocurrido por su causa. Miriam había muerto para transmitirle un poder con el que pudiera defenderse, pero la muchacha solo había conseguido hacer daño a los mismos que pretendía salvar.

Immanuelle contempló una vez más a su abuelo y reprimió un sollozo. Quiso tocarlo con la mano, pero se contuvo, y cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas.

—Lo siento —susurró, no al Profeta, ni al rebaño de fieles, sino a Abram—. Cuánto lo siento.

—Tú no has tenido la culpa. —Ezra se había agachado a su lado—. Tú nos has salvado, Immanuelle. Todos seguimos con vida gracias a ti.

—No, todos no —respondió la joven, y recorrió con la mirada las ruinas de la catedral.

Los Moore no eran los únicos que tenían motivos para llorar. Había más muertos entre los cascotes y los escombros. Un guardia yacía sobre un banco roto, rodeado de cadáveres de bestias. El cuerpo de un anciano que reconoció como el vendedor de velas estaba atrapado bajo una viga caída del techo. A poca distancia del vendedor, una de las esposas del Profeta estaba sentada en medio de los escombros y le cantaba en voz baja una nana a un bebé muerto que sostenía en brazos.

Eran las bajas de una guerra en la que jamás podrían triunfar. Immanuelle lo veía por fin. La violencia continuaría. Otro hombre reclamaría el título de Profeta. La catedral se reconstruiría y los contubernios de las fallecidas volverían a alzarse algún día. La guerra

entre bruja y Profeta, Iglesia y contubernio, oscuridad y luz, continuaría hasta el día en que

ya no quedaría nada, no quedaría nadie que pudiese llorar a los caídos.

¿Ese era el destino que quería el Padre? ¿Eso era lo que había ordenado la Madre?

¿Acaso Ellos enviaban por propia voluntad a Sus hijos a la matanza? ¿Podía ser esa Su voluntad?

No.

Al mirar por la catedral —los cadáveres amontonados por los pasillos; Glory, que sollozaba contra el pecho de Abram, todo el sufrimiento y la falta de sentido—, Immanuelle solo podía estar segura de algo: no había nada divino en aquella violencia. Ni justicia. Ni santidad. Toda aquella ruina y aquel dolor no eran obra de la oscuridad de la Madre ni de la luz del Padre, sino del pecado del hombre.

Eran ellos quienes habían atraído aquel destino sobre sí mismos. Eran cómplices de su propia condenación.

Ellos lo habían hecho.

No la Madre. Ni el Padre.

Ellos.

—Deberías arder por esto —dijo el Profeta, que en ese momento hablaba en susurros, aunque en la iglesia reinara tal silencio que todo el mundo podía oírlo—. Llevadla a la pira.

Al oír la orden, lo que quedaba de la Guardia del Profeta avanzó con los rifles en alto.

Pero Immanuelle y Ezra ya estaban preparados. Cuando los hombres del Profeta se disponían a acorralarlos contra el altar, Immanuelle se arrojó sobre el cadáver de Lilith y le arrancó del cráneo el cuchillo sacrificial. Ezra tomó el rifle de uno de los guardias muertos y lo empuñó con el dedo en el gatillo.

—No nos obliguéis a hacerlo —dijo Immanuelle al tiempo que alzaba el cuchillo sacrificial—. Hoy se ha derramado ya demasiada sangre.

Se oyó un coro de insultos y gritos. Una turba de supervivientes entró

en el pasillo central. Immanuelle se acercó a Ezra, con el cuchillo sacrificial en alto, a punto. Se abriría paso hasta las puertas de la catedral, si era necesario. No había llegado tan lejos para morir a manos de una turba. Pero cuando el gentío estuvo cerca, Immanuelle se dio cuenta de que no les gritaban a ella y a Ezra.

No. Estaban mirando a su Profeta.

Vera fue la primera en adelantarse a la Guardia del Profeta. Recorrió cojeando la distancia que la separaba de Immanuelle. Había salido maltrecha del ataque. Parecía que tuviera una pierna rota y se había hecho un profundo corte en la frente al inicio del cabello, y la parte izquierda de su cara estaba cubierta de sangre. Pero, a pesar de la gravedad de sus heridas, avanzaba con la firmeza de un soldado.

—Si queréis ir por ella, antes tendréis que matarme a mí.

Otras mujeres la siguieron, casi todas ellas de las Afueras, y se plantaron como escudos humanos entre ella y la Guardia de Profeta. Glory fue con ellas y se abrió paso hasta ponerse al lado de Immanuelle con un grito fiero, y Anna la siguió, llevando en brazos a Honor.

Luego se acercó Martha, para gran desconcierto de Immanuelle.

—Estoy con ellos.

Esther anduvo con pasos tambaleantes hasta donde se encontraba su hijo, y unas pocas esposas del Profeta se envalentonaron ante el ejemplo de su matriarca y la siguieron. Otros se

unieron a sus filas. Hombres de las Afueras. La madre y las hermanas mayores de Leah, y también otras mujeres de la Iglesia. Niñitas sin más años que los de Glory, matriarcas que a duras penas podían andar sin la ayuda de un bastón. Todos ellos avanzaron a la una, llenaron los pasillos, se interpusieron entre Immanuelle y el Profeta.

La Guardia vaciló y unos pocos hombres bajaron los rifles, incapaces de apuntar contra sus propias esposas y madres... contra sus propias hermanas y tías. Poco a poco, más y más mujeres, y unos pocos hombres, se fueron uniendo a la multitud.

Empezó un cántico. Al principio era poco más que un murmullo, como el sonido de un trueno lejano. Pero entonces todo el gentío empezó a entonarlo y se elevó hasta las vigas del techo y resonó por toda la catedral.

—Sangre por sangre. Sangre por sangre. Sangre por sangre.

El Profeta se acurrucó en las sombras del altar, asustado, y vio con horror que su rebaño alzaba la voz contra él. Dejaron los bancos para apiñarse en el pasillo central, y llenaron la parte frontal de la iglesia.

—Sangre por sangre. Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

Ezra alzó la mano y todo el mundo calló, como perros de presa entrenados para sentarse a los pies de su dueño. Se volvió hacia Immanuelle.

—Dame el cuchillo.

Nadie se movió.

Nadie pronunció ni una sola palabra. Ni una maldición. Ni una plegaria. Ni una protesta. Todo el rebaño de fieles observaba en silencio.

Immanuelle miró al muchacho, y luego al Profeta. Miró al padre, y luego al hijo. No se movió.

Ezra tendió la mano.

—Por tu padre —susurró—. Por tu madre. Por Leah. Por Abram. Por nosotros. Que todo esto termine. Que todo esto llegue a su fin.

La joven contempló al Profeta, acurrucado en el suelo. Se agarraba con los puños a su vestido de incisión y suplicaba por su vida. Entonces ella se volvió hacia Ezra.

—¿De verdad que es esto lo que quieres? ¿Es esto lo que quieres ser?

Ezra se acercó a ella con cuidado, como si tuviera miedo de asustarla.

—Lo que quiero es asegurarme de que esto no vuelva a ocurrir. Quiero un mundo en el que los pecados se expíen. Un mundo en el que los malvados sufran por sus fechorías.

—Es lo mismo que quería Lilith —susurró Immanuelle—. Lo mismo que quería mi madre.

Ezra se encogió al oírlo, como si aquellas palabras lo hubieran herido profundamente.

—Merece morir por lo que ha hecho. Ha estado a punto de clavarte un

puñal en el corazón. Mató a tu padre. Acosó a tu madre y a muchas otras chicas. No puede quedar libre.

La sangre engendra sangre.

—Ese chico tiene razón, Immanuelle. —Vera se abrió paso hasta aparecer al frente de la multitud, cojeando pesadamente—. Piensa que tu padre murió en la hoguera. Piensa en las gentes de las Afueras, resignadas a una vida de miseria y sufrimiento por la codicia de este hombre y la de todos los que lo han precedido. Ahora tienes la oportunidad de cobrarte venganza por su sufrimiento. Así pues, empuña el cuchillo y cóbratela.

La mano de Immanuelle se cerró con fuerza sobre la empuñadura. Supo al instante lo que tenía que hacer.

—El mundo que queréis no se puede comprar con sangre. Lo construiréis con vuestras propias decisiones, con vuestros propios actos. Podemos continuar con las purificaciones, mantener encendidas las hogueras, con la esperanza de que nuestras plegarias basten para salvarnos... y también podemos construir algo mejor. Un mundo sin muertes violentas. —Se calló y le ofreció el cuchillo sacrificial a Ezra —. La elección es tuya. Yo no puedo arrebatártela.

Ezra observó el arma que la muchacha le ofrecía, quiso agarrarla, pero no lo hizo.

—No. Tú eres la única que tiene ese derecho. La elección es tuya, y solo tuya.

Immanuelle quedó en silencio y aguardó a la sombra del altar. El Profeta se arrastraba a sus pies, se agarraba a sus faldas, le suplicaba misericordia.

—Por favor —Resoplaba y jadeaba como si tuviera que luchar por cada bocanada de aliento—. Por favor. Por favor.

Ella se volvió y contempló los rostros en medio de la multitud... Anna y Honor, Martha y Glory, Vera y Ezra, gentes de los Calveros, de las Tierras Santas y de las Afueras. Todo lo que había hecho lo había hecho por ellos, por el sueño de que su hogar se convirtiera en algo mejor, para que los que vinieran después no conocieran el calor de la hoguera ni el dolor de sus llamas.

Un mundo sin matanzas ni crueldad. Ese era el destino que buscaba.

Y ese era el destino que iba a encontrar.

Se volvió hacia los bancos y soltó el cuchillo, y el arma se estrelló contra el suelo con un estrépito que resonó por toda la catedral.

—Hoy elegimos la misericordia.

El rebaño de fieles respondió a la una:

—Ahora y por siempre.

—— ✤ ——

EPÍLOGO

Immanuelle estaba sentada en los escalones del Refugio y contemplaba la salida del sol entre los árboles. En los días posteriores al ataque contra la catedral había pasado muchas mañanas en aquella escalera con una taza de té en las manos o un libro de poesía, a la espera de que el sol se elevara sobre las copas de los árboles, tan solo para estar segura de que saldría. A veces, cuando se quedaba sola, se recogía la manga del vestido y examinaba la arrugada cicatriz del sello que se había inscrito en el brazo, hacía ya muchas semanas.

En sus momentos de mayor tristeza, acariciaba la esperanza —incluso rogaba— que se abatieran sobre ella las consecuencias de su acto, aunque tan solo fuese para no tener que esperar en un estado de perpetuo temor, bajo la amenaza de una aflicción sin rostro que aún no conocía. Más le valdría resolver aquello de una vez por todas, enfrentarse al contragolpe, para dejar atrás por fin todo el conflicto. Porque, si no lo hacía, ¿en qué se habría convertido?

¿Qué honor podía haber en una muchacha capaz de pelear para salvar a todo el mundo salvo a sí misma?

—Estás otra vez en las nubes —le dijo Ezra, con la mirada fija en el horizonte. Se había sentado a su lado, como hacía siempre que tenía tiempo para ello—. ¿En qué piensas?

Immanuelle recogió las rodillas contra el pecho y contempló los llanos bañados por el sol, la luz que se filtraba entre los árboles. Se agarró el antebrazo y las yemas de sus dedos apretaron la cicatriz del sello hasta que le dolió. ¡Cuántas cosas habían cambiado en unas pocas semanas! La salud del Profeta había empeorado y se empezaron los preparativos para su muerte. Una parte del rebaño había conservado su lealtad para con él, pero otros veían a Ezra como nuevo dirigente de la Iglesia y la

fe. Esperaba que las tensiones entre grupos enfrentados no culminaran en un cisma, o aún peor, en una guerra de religión, pero los susurros que se oían en los bastiones de la vieja iglesia apuntaban a que la sucesión del Profeta solo podría decidirse mediante derramamiento de sangre.

Pero Immanuelle trataba de no pensar en ello. Ezra le había dicho una y otra vez que esas cuestiones ya no eran de su incumbencia. La muchacha había cumplido con su papel.

Había salvado Bethel de las plagas y de toda la maldad que se había llevado a cabo en su nombre. Había llegado el momento de vivir en calma.

—Estaba pensando en cómo es posible que tantas cosas cambien y, al mismo tiempo, sigan igual.

Ezra frunció el ceño.

—¿Lo dices por el cisma?

—Por el cisma, por las sentencias, por la amenaza de guerra de religión. A veces presiento que lo único que hacemos es repetir el pasado. Me revienta pensar que hemos llegado hasta aquí para volvernos iguales a quienes nos han precedido.

—No estamos repitiendo el pasado —respondió Ezra— y vamos a garantizar que nadie

lo repita. Tenlo presente.

Immanuelle se volvió hacia el oeste, hacia las distantes ruinas de la catedral. A veces, cuando cerraba los ojos, presenciaba de nuevo la matanza, los cuerpos caídos entre los escombros, la sangre que ensuciaba las baldosas, Vera con el cuchillo sacrificial en la mano.

El cadáver de Abram en el suelo.

—Ahora es demasiado tarde. Parece que ya no pueda tener presente nada que importe de verdad. Lo que hago es tratar de recoger los pedacitos de la muchacha que fui y de la que soy ahora, después de todo lo que ha ocurrido.

Ezra llevó una mano a la mejilla de la joven. Le pasó el pulgar por el labio inferior.

—Yo los iré recogiendo. En todo momento, en toda ocasión. Y cuando seamos más fuertes, transformaremos esos pedacitos en algo más grande.

Ella lo miró y sonrió. Era una pequeñez, una sonrisa leve, fugaz como el parpadeo de una llama, pero era algo. Era un comienzo.

Acercó el rostro a la mano de Ezra y le dio un beso. Primero en la yema del pulgar, luego en los labios, y entonces el muchacho se acercó a ella y la agarró por la cintura. La joven lo abrazó. Immanuelle habría podido seguir así hasta que el sol descendiera hacia el horizonte y se hundiera de nuevo en las sombras. Pero al cabo de un minuto se apartó de él.

Se zafó de los brazos de Ezra, se puso en pie y bajó descalza por la escalera hasta los llanos bañados en humo. El viento le agitó los rizos y tiró de sus faldas. En el lejano horizonte, las últimas hogueras de purificación ardían sin llama y se extinguían.

—Se me ha ocurrido un nombre para el año que viene — dijo, y entrecerró los ojos a la luz rojiza del sol naciente. Por un momento creyó ver a Lilith en la linde del Bosque Oscuro, con las puntas de sus astas enredadas en las ramas de un abedul. Pero solo era un engaño de las sombras. Los muertos dormían y los bosques estaban en calma. Immanuelle entrecerró los ojos y contempló el sol naciente que se elevaba sobre las copas de los árboles—. Creo que deberíamos llamarlo año del Alba.

El Año de las Brujas

Alexis Henderson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Year of the Witching*

Diseño de la portada, R. Shailer / TW

© Alexis Henderson, 2020

© de la traducción, Joan-Josep Mussarra Roca, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2021

ISBN: 978-84-450-1014-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima

lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- SINOPSIS
- PORTADILLA
- DEDICATORIA
- LA BESTIA
- PARTE I: Sangre
  - CAPÍTULO PRIMERO
  - CAPÍTULO SEGUNDO
  - CAPÍTULO TERCERO
  - CAPÍTULO CUARTO
  - CAPÍTULO QUINTO
  - CAPÍTULO SEXTO
  - CAPÍTULO SÉPTIMO
  - CAPÍTULO OCTAVO
  - CAPÍTULO NOVENO
  - CAPÍTULO DÉCIMO
  - CAPÍTULO ONCE
  - CAPÍTULO DOCE
  - CAPÍTULO TRECE
  - CAPÍTULO CATORCE
  - CAPÍTULO QUINCE
  - CAPÍTULO DIECISÉIS
  - CAPÍTULO DIECISIETE
  - CAPÍTULO DIECIOCHO
  - CAPÍTULO DIECINUEVE
- PARTE II: Pestilencia
  - CAPÍTULO VEINTE
  - CAPÍTULO VEINTIUNO
  - CAPÍTULO VEINTIDÓS
  - CAPÍTULO VEINTITRÉS
  - CAPÍTULO VEINTICUATRO
  - CAPÍTULO VEINTICINCO
  - CAPÍTULO VEINTISÉIS
  - CAPÍTULO VEINTISIETE
  - CAPÍTULO VEINTIOCHO
  - CAPÍTULO VEINTINUEVE
- PARTE III: Oscuridad
  - CAPÍTULO TREINTA
  - CAPÍTULO TREINTA Y UNO
  - CAPÍTULO TREINTA Y DOS
  - CAPÍTULO TREINTA Y TRES

- CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
- CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
- CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
- CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

- PARTE IV: Matanza
  - CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
  - CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
  - CAPÍTULO CUARENTA
- EPÍLOGO
- CRÉDITOS
- ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!